

«Si te gustan Jack Reacher o Dirk Pitt, tienes que conocer a Levi Yoder. Te cautivará y entretendrá.» —KEVIN J. ANDERSON, autor superventas del New York Times.

, LA CIÉNAGA

LEVI YODER-4



DEL AUTOR SUPERVENTAS DEL USA TODAY

M.A. ROTHMAN

LA CIÉNAGA

UN THRILLER DE LEVI YODER

M.A. ROTHMAN

Traducido por
MERCÈ DIAGO ESTEVA

Primordial Press

Título original: *The Swamp*

Copyright © 2022 Michael A. Rothman

Traducción de Mercè Diago Esteva

Diseño de cubierta de M. S. Corley

Esta es una obra de ficción. Los nombres, los personajes, los establecimientos comerciales, los lugares y los acontecimientos son producto de la imaginación del autor o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o eventos reales es pura coincidencia.

ÍNDICE

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo Dieciséis](#)

[Nota Del Autor](#)

[Avance – Multiverso](#)

[Avance – Nueva Arcadia](#)

[Apéndice](#)

[El Autor](#)

«La responsabilidad social de un negocio es aumentar sus beneficios».

-Milton Friedman, 1970

«La avaricia, a falta de una palabra mejor, es buena. La avaricia está bien. La avaricia funciona».

-Gordon Gecko, 1987

«Si no despiden al fiscal [ucraniano], no recibiréis el dinero».

Joe Biden, 2018

CAPÍTULO UNO

Con el corazón acelerado, John aparcó la furgoneta en la plaza de parking más cercana a la línea de la tercera base del Simpson Field. Era muy temprano y el rocío hacía relucir la hierba. Veía con claridad el campo de entrenamiento de béisbol del Congreso y a los jugadores alineados.

Por el retrovisor, vio a un hombre aproximarse por el lado del conductor. Dio un golpecito en la ventanilla con los nudillos y le indicó que la bajara.

John echó un vistazo a la placa del cinturón y obedeció.

—¿Sí?

El policía se inclinó y recorrió rápidamente con la mirada el interior de la furgoneta Toyota de último modelo antes de centrarse en él.

—Señor, soy el agente Sánchez de la policía del Capitolio. Hoy entrenan unos congresistas. Si desea observar, por supuesto que está en su derecho, pero antes tendremos que registrarle a usted y el vehículo.

John tenía veinte años y parecía un chico blanco inocente de clase media—alta, pero no se fiaba de la policía. Intentó mantener la voz calmada mientras apagaba el motor y se desabrochaba el cinturón de seguridad.

—¿Hay algún problema? Solía venir aquí con mi hermano y nunca nos registraban. —Abrió las puertas y se bajó de la furgoneta mientras otro agente aparecía en la ventanilla del lado del pasajero.

John miró al otro policía por encima del hombro—. La puerta está abierta. No tengo nada que ocultar.

Sánchez le indicó que levantara las manos.

—Después de que en 2017 dispararan a un congresista actualizaron las medidas de seguridad. Levanta los brazos a los lados.

Tras un cacheo rápido pero completo, Sánchez miró a su compañero, que levantó el pulgar en señal de aprobación y corrió la puerta de la furgoneta para cerrarla.

—Bueno, señor, todo correcto. Disfrute del entrenamiento.

John sonrió mientras dejaba atrás las gradas descubiertas y sacaba un recorte de periódico del *New York Times*. Fue mirando repetidas veces del artículo a los jugadores que estaban en el campo. Por lo menos uno de ellos, no, dos del artículo estaban en el terreno de juego. Un pelirrojo de unos cincuenta y pico años y el otro, un hombre con el párpado izquierdo caído. Probablemente hubiera más, pero tendría que acercarse para verlos mejor.

Y no pensaba arriesgarse ni por asomo.

Además, no necesitaba verlos desde más cerca. Aquellos individuos eran todos unos traidores al país por el que su padre había luchado y muerto en Afganistán. Aquellos congresistas se pegaban la gran vida gracias al dinero de los contribuyentes. Eran todos unos mentirosos y unos tramposos.

Escudriñó los alrededores rápidamente y, tal como había imaginado, vio que la policía estaba reunida alrededor de la cabina de prensa y del banquillo. Por ahora quedaban fuera de su camino.

John se guardó el artículo en el bolsillo de cualquier manera y se acercó a unos frondosos árboles que quedaban ocultos desde el campo. Al pie de un roble, encontró lo que estaba buscando. Echó otra mirada a su alrededor y, con las manos, escarbó en la tierra hasta encontrar lo que había escondido allí hacía dos días.

Desenterró la caja de munición, abrió los cerrojos, levantó la tapa y sonrió.

La caja contenía un viejo revólver Smith & Wesson y una ametralladora Heckler & Koch MP5. Ambos habían pertenecido al padre de John.

Se guardó el revólver en la cinturilla y luego introdujo el cargador lleno en la MP5, echó hacia atrás la palanca de carga de la ametralladora como había visto hacer a su padre innumerables veces y preparó la primera ráfaga.

Al seleccionar la posición «auto», recordó los detalles del artículo del *New York Times* y se puso rojo de ira. El titular decía: «Un día los ciudadanos del mundo notarán los efectos del voto de hoy en Washington D. C. ». El artículo pasaba a identificar a los traidores que habían cambiado de chaqueta para unirse a la oposición.

—Algunos ciudadanos notarán hoy esos efectos —masculló.

Se colgó la MP5 al hombro, la ocultó bajo el cortavientos y se encaminó al campo.

El partido había empezado. Se realizó un lanzamiento y el bateador del plato golpeó la pelota con fuerza. Los asistentes siguieron su trayectoria hasta el jardín.

Mientras el fuerte latido de su corazón ahogaba el resto de los sonidos del terreno de juego, John sacó la metralleta, apuntó a su primer objetivo y apretó el gatillo.



Levi Yoder esperaba la llegada de su contacto sentado en un banco de la zona norte de Lincoln Park. Era el mediodía de un día radiante en Washington D. C. y, aunque el riesgo de infección por COVID era prácticamente nulo al aire libre, la mayoría de la gente llevaba mascarilla. Era una época extraña en la que política y ciencia se confundían con frecuencia.

Levi no había sufrido ni siquiera de una leve tos desde que superara el cáncer hacía unos años, pero también llevaba mascarilla. No porque pensara pudiera servirle a él sino porque, de lo contrario, llamaría la atención, y eso era lo último que quería.

Como miembro iniciado de la mafia italiana sin raíces en aquel país europeo, hacía tiempo que Levi había optado por una vida de oscuridad y sombras. Pero hoy no estaba trabajando para la familia

Bianchi. De hecho, de haber sabido Don Marino lo que estaba haciendo... en fin, lo habría acribillado a preguntas incómodas.

El móvil le vibró y activó el receptor Bluetooth que llevaba en la oreja.

—¿Qué pasa?

—Levi, soy Brice. Te llamo para informarte de que los monitores de disparos del FBI acaban de activar una alerta en tu zona.

Levi apretó los labios de forma que se convirtieron en una línea fina.

—No he visto nada fuera de lo común.

—Han disparado al otro lado del río, a unos tres kilómetros de donde estás ahora. Según los ordenadores, eran disparos de arma automática. Aún no tengo ningún escáner de tráfico policial, pero la policía del Capitolio va a perder la cabeza por esto. No te extrañe que todos los lugares públicos que rodean el D. C. se cierren en los próximos quince minutos.

—¿Cambia eso mis planes?

—No, se mantienen. Solo quería que supieras que hay movida cerca y que quizá veas un aumento de actividad en la zona.

—Oído.

Levi colgó y se recostó en el banco del parque con todos los sentidos aguzados.

Brice era el jefe de tecnología de una organización llamada «la Panda», una parte del gobierno de la que nadie hablaba jamás. La Panda era también su segundo «trabajo», por así decir. No es que lo tuvieran en nómina, pero de vez en cuando necesitaban que se encargara de ciertas cosas que exigían sus recursos y habilidades extraordinarias.

Precisamente, era uno de esos días.

Miró su reloj y frunció el ceño. Pasaban dos minutos de la hora señalada y eso decía mucho de la persona a la que la Panda había enviado a reunirse con él.

En la sociedad a la que Levi pertenecía, nunca se llegaba tarde a una cita sin tener un motivo de mucho peso. Y llegar tarde a una cita con un superior equivalía a una bofetada. Algunos habían recibido una paliza por menos.

Sin embargo, no tenía una cita con un capo de la mafia, ni tampoco con un conocido de ninguna empresa. Era una especie de títere y, al igual que la mayoría de los funcionarios federales, debía de pensar que era el centro del mundo.

El teléfono volvió a vibrar.

—¿Sí? —respondió.

—Estoy caminando hacia la estatua de Mary Bethune con los dos niños. —A Levi, aquella voz nasal le recordó a Paul Lynde, la voz de la rata Templeton de los dibujos animados *La telaraña de Carlota*, y quizá a una estrella aún más rutilante de algún programa de juegos de los años setenta.

—Llegas tarde.

—Lo sé, lo siento. Es que...

—Estoy sentado en el banco situado más al norte.

Levi colgó y escudriñó el parque en busca de su contacto. A lo lejos se oían sirenas.

Al cabo de un minuto vio a un hombre delgado con traje oscuro andando a paso ligero en su dirección. Tenía unos cuarenta años y el traje le quedaba bien; estaba hecho a medida y probablemente tuviera un precio muy superior al que podría pagar un típico funcionario del gobierno.

Se miraron a los ojos y, al aproximarse, el contacto asintió.

Se sentó en el otro extremo del banco, se volvió hacia Levi y preguntó con una sonrisa:

—¿Cuál es su forma preferida de ocultar un cadáver?

—Poco hecho, bañado en mantequilla al ajo y maridado con un buen Chianti. —Levi fulminó al hombre con la mirada—. ¿Se puede saber qué coño de pregunta es esa?

El hombre se encogió de hombros, echó la mandíbula hacia delante y bajó la mirada ante el mafioso.

—Intentaba romper el hielo. Sé quién es, señor Yoder. También estoy al corriente de sus vínculos con Nueva York y el resto de las familias de la costa Este. Ha hecho de I. C. en otras ocasiones y me alegra que esté dispuesto a ayudarnos una vez más.

Levi tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no estrangular al sujeto que tenía sentado al lado. El único cuerpo de

seguridad para el que había trabajado en D. C. era el FBI y nunca había hecho de confidente.

—No sé qué se cree que sabe sobre mí, pero si insinúa que alguna vez he sido informante confidencial para usted o para otros, se equivoca de pleno, señor...

—Smith. Puede llamarme agente Smith.

—De acuerdo, Smitty. ¿Qué quieres?

El agente frunció el ceño.

—Supongo que le habrán dicho para qué he venido. ¿Lo tiene?

Levi exhaló un suspiro y sacudió la cabeza.

—No sé qué tipo de formación os dan en la academia del FBI, pero la cosa no funciona así. Eres tú quien pide un favor. —Se inclinó hacia delante y dijo con un gruñido—: ¿Qué coño quieres de mí?

Smith abrió ligeramente los ojos aunque, por lo demás, mantuvo la compostura.

—Me han dicho que tiene unas fotos para mí.

—Muy bien, Smitty. —Levi le dedicó una mirada fría—. Ahora dime qué tipo de fotos crees que tengo. ¿Quieres esas en las que sales en pelotas con la hija de tu vecino?

—¿Cómo? —El agente sacudió la cabeza y soltó un bufido desdeñoso—. Ni siquiera conozco a mis vecinos y mucho menos sé si tienen hijos. Me dijeron que tienes unas fotos comprometedoras de la esposa de un congresista.

—¿Y a santo de qué ibas a quererlas?

El agente bajó tanto la voz que quedó reducida a un susurro.

—Puedo recurrir a la fuerza del FBI si hace falta. No tengo por qué explicar los motivos.

—Sandeces. Me importa un comino quién te creas que eres, no tienes autoridad para una mierda.

Levi no estaba nada intimidado por aquella amenaza vacía. Le costaba imaginar por qué la Panda había optado por darle a aquel imbécil pomposo poder para algo. Pero, al fin y al cabo, tenía que confiar en su información sobre el asunto.

Sacó un sobre del bolsillo interior de la americana y se lo tendió.

—Aquí tienes, agente Smitty. ¿Esto es lo que querías?

El agente echó un vistazo al interior del sobre y sacó unas cuantas polaroids. Mientras las repasaba, una sonrisa asomó a su rostro. A Levi no le entraba en la cabeza qué gracia podía tener para un agente del FBI ver a una mujer esnifando polvo blanco.

Smitty guardó las fotos y se levantó del banco.

—Gracias, señor Yoder. Ha hecho un gran servicio al país. —Se dio la vuelta y regresó por donde había venido.

A Levi le vibró el teléfono y dio un toquecito al auricular que llevaba. Era Brice.

—Os he observado desde una de las cámaras de seguridad del parque. ¿Has terminado?

—El pavo ha tenido suerte de que no le haya disparado a la rodilla, pero sí, tiene las fotos. ¿Había algo más antes de regresar a Nueva York?

—Sí, Mason quiere verte. Ahora. Si puedes ir a Georgetown, me reuniré contigo en un bar llamado Rooster and Bull. Acabo de enviarte la dirección.

Levi se levantó sacudiendo la cabeza y se encaminó al coche de alquiler.

—Nunca habría pensado que eras de los que frecuentan bares, Brice. Estaré allí en veinte minutos. ¿De qué va la cosa?

—Si te soy sincero, no tengo ni idea. Lo único que me han dicho es que Mason quiere verte hoy. Los caminos de los jefes, al igual que los de Dios, son inescrutables.

—Bueno, independientemente de lo que Mason haya planeado, esta noche vuelvo a Nueva York. Tengo una cita que no pienso perderme. Díselo.

—Oído, Levi. Se lo diré.



Había policía por todas partes a lo largo de la ruta que iba de Lincoln Park por el National Mall y más allá de Foggy Bottom camino del viejo Georgetown, donde Levi había quedado con Brice y Mason. El tiroteo del que Brice le había hablado aún no había alcanzado las

ondas de radio, pero Levi notó la tensión en el ambiente mientras recorría el corazón de la capital del país. Había por lo menos el doble de coches de policía de lo normal, y en Georgetown vio a un par de polis haciendo la ronda en cada manzana. Quedaba claro que algo había alborotado el cotarro.

Levi aparcó en un hueco al a un lado de la carretera, bajó del vehículo e introdujo monedas en el parquímetro. Mientras lo hacía, se fijó en un viejo con ropa raída y sucia que lo miraba desde el otro lado de la calle.

—¿Puedes darme algo de comer?

Levi negó con la cabeza y caminó hacia el sur por la calle 31 hasta que vio lo que buscaba: un rótulo descolorido en el que aparecían un gallo a la izquierda y una cabeza de toro con largos cuernos a la derecha. Abrió la puerta situada bajo el rótulo y le asaltó un olor a cerveza pasada y cera para madera.

El local era como cualquier otro antro. Luz tenue, unas cuantas mesas y reservados, un hombre entrecano detrás del mostrador secando un vaso. Obviamente era una hora de poca afluencia, puesto que en el local solo había un hombre rollizo en la barra. El hombre al que Levi venía a ver.

Brice se levantó y le tendió la mano, sujetando el borde de una moneda entre el pulgar y el índice. Era una moneda de desafío. Tales monedas eran habituales en el ejército y solían significar que la persona que las llevaba era miembro de un grupo o campaña determinados. Esta era un poco distinta. Tenía el mismo propósito, pero la mera posesión de tal moneda no era lo único que se exigía para identificarse como miembro de la Panda.

Levi sujetó la moneda por el otro lado. Al principio no sucedió nada pero, tras uno o dos segundos, la moneda empezó a calentarse. En ella aparecía una pirámide, semejante a la del reverso del billete de un dólar, y cuando el ojo de la pirámide empezó a brillar, lo cual significaba que las dos personas que sujetaban la moneda habían superado una identificación biométrica, Brice se la guardó en el bolsillo e hizo una seña hacia el taburete vacío que había a su lado.

—Mason llegará en cualquier momento. —Hizo un gesto hacia el barman—. Tráele a mi amigo... —Miró a Levi—. Si no me falla la memoria, eres abstemio, ¿no?

Levi levantó la vista hacia el camarero canoso.

—Un agua de Seltz, por favor.

El barman colocó un vaso de agua con gas en la barra y, mientras Levi sacaba la cartera, el viejo le indicó que no hacía falta.

—Las bebidas están pagadas. Aquí tu dinero no sirve.

Mason apareció enseguida, por una puerta trasera.

—¡Levi! —exclamó al acercársele con la mano extendida. Se estrecharon la mano con fuerza y el hombre bajito esbozó una sonrisa pícar—. ¡Hace tiempo que espero este día!

—¿Ah sí? —Levi frunció el ceño—. Brice te ha dicho que no tengo mucho tiempo, ¿verdad? Tengo que coger un tren.

Brice asintió.

—Le dije que tenías cosas importantes que hacer.

El director dedicó a Levi una sonrisa torcida.

—Seguro que tienes tiempo de que te haga una visita guiada a nuestro cuartel general.

Levi exhaló un suspiro.

—Lo siento, solo me da para una reunión corta. Ya sabes el tráfico que hay.

—Entonces supongo que el hecho de que no tengamos que conducir es una buena noticia —repuso Mason con una sonrisa—. Estás en nuestro vestíbulo. —Se apartó de la barra y, con un gesto, le indicó que lo siguiera—. Bueno, date prisa. Dices que no tienes mucho tiempo, ¿no?

El director condujo a los dos hombres por una puerta situada al fondo del local y por un pasillo desnudo que desembocaba en dos puertas de aseos. Mason empujó la del aseo para hombres e invitó a Levi a entrar el primero.

Levi se paró en seco.

—No lo entiendo.

Brice adelantó a Levi con expresión divertida.

—Ahora verás.

Levi entró en el baño mientras Mason sostenía la puerta abierta.

Había dos urinarios en una pared y tres compartimentos cerrados, con un cartel de «No funciona» pegado con celo en la puerta del más alejado. Pasados los lavamanos, había un hombre de pelo cano sentado en un taburete que llevaba un pantalón de vestir color canela y una camisa de cuadros abotonada. Asintió hacia Brice y luego miró a Levi a través de sus gafas estilo John Lennon, como si lo calibrara para una pelea.

—¿Este es el nuevo? —preguntó.

Brice se encogió de hombros mientras Mason entraba y cerraba la puerta tras él.

—¿Qué es esto? —preguntó Levi—. ¿Por qué estamos en los lavabos con un viejo que me mira con cara de asco?

—¿A quién llamas viejo? —dijo el hombre de pelo cano, cruzándose de brazos.

—No te recomiendo que cabrees a Harold —aconsejó Brice—. A lo mejor se equivoca.

—Se equivoca ¿con qué? —preguntó Levi.

—Se equivoca de toalla. Solo ha pasado una o dos veces —explicó Brice. Aceptó la toalla que Harold le tendía y luego fue al compartimento fuera de servicio—. Por lo menos eso es lo que he oído —añadió cuando la puerta se cerró detrás de él.

Desde el interior del compartimento se oyó un fuerte clac metálico, seguido de un largo sonido de presión de agua.

—Esos rumores nunca se confirmaron —dijo Harold en voz alta para que se le oyera por encima de la cadena del váter. Le tendió a Levi otra toalla.

Mason le indicó que la cogiera, y eso hizo. Pesaba más de lo esperado pero, por lo demás, era suave y esponjosa y... bueno, una toalla.

Mason empujó la puerta del compartimento fuera de servicio. Brice no estaba dentro. Estaba vacío.

—¡¿Qué coño...?! —exclamó Levi—. Miró su toalla. ¿Era algún tipo de entrada rara?

—Coloca la toalla en la palanca y descarga —indicó Mason—. Pero asegúrate de que la toalla esté en contacto con la palanca cuando la presiones.

Levi entró en el compartimento y cerró la puerta. Inspeccionó el inodoro, miró detrás del depósito y alrededor de la parte inferior de la taza. Parecía un váter normal y corriente. Palpó la toalla entre las manos, la recorrió con los dedos para ver si encontraba algo extraño.

—Pon la toalla en la palanca de descarga —dijo Mason desde fuera.

Levi obedeció.

—¿Y tiro de la cadena de forma normal?

—Eso es.

—Es un poco lento, ¿no? —comentó Harold.

Levi sacudió la cabeza y presionó la palanca para tirar de la cadena.

CAPÍTULO DOS

En cuanto la cisterna se vació, el suelo se hundió, llevándose a Levi y al inodoro con él. Se apoyó en la cisterna para mantener el equilibrio mientras bajaba por algo parecido al hueco de un ascensor.

Se le revolvió el estómago y abrió unos ojos como platos cuando las paredes marrones del lavabo quedaron reemplazadas por un amasijo de cemento gris pizarra con franjas alternas de color amarillo y negro.

Acto seguido, las paredes cayeron y el lavabo ascensor se quedó casi parado, lo cual obligó a Levi tuviera a esforzarse por mantener el equilibrio mientras descendía a una sala anodina de un tamaño parecido al del baño de arriba. La plataforma acabó en un hueco del suelo y se detuvo.

—¿Sorprendido?

Al volverse, Levi vio que Brice sonreía.

—Ya puedes decirlo.

—Ponte aquí.

En cuanto Levi sacó los pies, la plataforma salió disparada hacia arriba, con inodoro incluido, y desapareció por el techo. Al acoplarse arriba, una serie de clics resonaron por el hueco.

Levi sacudió la cabeza y miró a su alrededor. Se encontraba en una sala vacía. Lo único que había era un cubo de la basura lleno de toallas de mano. Y la única salida, al margen del hueco del ascensor, si es que aquello era una opción, era una puerta de acero

lisa, junto a la que había un panel con la silueta estarcida de una mano.

A Levi le recordó a un refugio radioactivo. El ambiente desprendía el olor a cerrado propio de un almacén abandonado.

Los pistones hidráulicos silbaron y la plataforma con inodoro incorporado descendió de nuevo portando a Mason.

Levi frunció el ceño.

—¿Qué es este lugar y por qué estamos aquí?

El director le dedicó una sonrisa pícaro y, con un gesto, lo invitó a seguirle hacia la puerta de acero.

—He conseguido permiso para enseñarte el santuario de la Panda. No es algo habitual con mi gente.

—¿«Tu» gente? —Levi enarcó una ceja porque no sabía cómo tomarse el comentario. Había conocido a un puñado de gente relacionada con la Panda, gente como Brice, pero no tenía ni idea de cómo estaba organizada, más allá del hecho de que Mason era una especie de reclutador o gestor. También sabía que tenía acceso a ciertos componentes de un grupo paramilitar. Una especie de Equipo A, pero sin los típicos galones y jerarquías del ejército.

—Sí, «mi» gente. —Mason, que estaba delante de la puerta, se volvió y miró a Levi con expresión seria—. Mi función dentro de la Panda es reclutar a personas que en cierto modo estén... en los márgenes. Y me tomo muy en serio esa responsabilidad. Pero tendemos a no compartir demasiado con los miembros de la DCOI...

—¿La DCOI? —interrumpió Levi. ¿Te refieres a...?

—La División de Crimen Organizado e Inteligencia. Es el grupo para el que te reclutaron. Como iba diciendo, tendemos a no compartir demasiado con... a ver cómo lo digo delicadamente, la gente de tu calaña. Obviamente, todas las personas que recluto han demostrado tener una variedad de talentos que a la Panda les resultan útiles. Y todos habéis sido investigados, por supuesto, para asegurarnos de que tenéis características compatibles con nuestras necesidades.

—Y, si bien siempre he considerado que las personas que recluto son de fiar, mis superiores... pues no son tan fáciles de convencer. En ningún momento olvidamos de dónde salen mis reclutas y a qué

se dedican. Así que lo que estamos haciendo aquí y lo que estás haciendo aquí... es una excepción. Los mandamases me han dado permiso para llevar a uno de mis reclutas al redil a modo de prueba.

—¿Y yo soy el conejillo de indias?

—Exacto.

—¿Por qué?

—¿Te acuerdas de cuando dije que eras un ángel con piel de lobo?

Levi asintió.

—No era un eslogan. Confío en que haces lo que debes, pero nuestra organización es antigua, es muy conservadora, y no lleva en esto el tiempo que lleva gracias a asumir riesgos. Tampoco somos un grupo numeroso. No me malinterpretes, todos los miembros de la Panda son sumamente hábiles y eficaces, pero no somos tantos.

»Pronto sabrás más. Estamos ampliando el círculo de confianza contigo para poder mostrarte lo que somos realmente. Si la cosa funciona, podría convertirse en un acuerdo permanente.

Levi frunció el entrecejo al contemplar el entorno.

—Todo esto suena muy bonito, pero aún no sé de qué estás hablando. ¿Qué hay aquí abajo exactamente?

Mason sonrió.

—Me alegro de que preguntes. —Se colocó junto a la puerta y apoyó la mano en el panel liso. Una línea azul ascendente y descendente recorrió su mano por debajo, se encendió un led verde y un clic resonó desde el interior de la pared. El director dio un paso atrás y tres cerrojos enormes se deslizaron desde los bloques de retención situados en la parte derecha de la puerta.

—Apártense —advirtió una voz digitalizada, y la puerta se abrió hacia fuera lentamente.

Una vez abierta, Brice tocó con los nudillos el lateral de la puerta.

—Un metro veinte de grosor, acero reforzado. Esta cosa soportaría una explosión nuclear. No te pilles los dedos mientras se cierra. El resto de tu vida tendrías que pintar con los dedos de los pies.

Levi miró más allá de la puerta y vio un pasillo de cemento liso que parecía prolongarse treinta metros.

—¿Cómo demonios habéis conseguido meter aquí esta puerta gigantesca? —preguntó Levi.

Mason respondió mientras lo conducía hacia un pasillo gris iluminado por brillantes luces led.

—Hay otro hueco excavado expresamente para el transporte pesado. Pero no fue tarea fácil, te lo aseguro. Lo sé, porque tuvieron que cambiar la puerta original hace diez años. Este mamotreto pesa dieciocho toneladas.

—¿Desde cuándo existe este lugar?

—Fue excavado en la pura roca a finales de la década de 1950.

Doblaron la esquina y el pasillo desembocó en otra puerta. Mason acercó el ojo a un recuadro que había en la pared y, después de que una luz verde destellara, la puerta hizo clic.

Mason la empujó para abrirla.

—Bienvenido al cuartel general de la Panda en Estados Unidos, señor Yoder.

Levi cruzó el umbral.

Se encontró en una pasarela metálica situada a seis metros por encima del suelo de una sala más grande que la mayoría de los almacenes. Había cubículos dispuestos en forma de cuadrícula que se extendían hasta donde alcanzaba la mirada, con hombres y mujeres absortos en su trabajo delante de pantallas de ordenador o hablando entre sí. Allí arriba, al nivel de Levi, había pasarelas de metal que conducían a los despachos situados alrededor de la sala, con vistas a la zona central de trabajo. A través de las ventanas de los despachos, Levi vio a más gente trabajando frente a ordenadores.

En pleno centro de la sala había cuatro pantallas gigantes, de por lo menos quince metros de ancho, colgadas del techo y que proyectaban información, mapas, fotografías e imágenes de satélite, entre otras cosas.

—Es como la guarida del malo en una película de James Bond —dijo Levi.

Brice se colocó al lado de Levi y sonrió.

—Tuve la misma impresión la primera vez que vi este lugar. Al principio parece raro, pero uno se acostumbra rápido.



Levi abrió unos ojos llenos de asombro al ver en el techo la imagen de un ojo gigantesco.

—¿Qué significado tiene ese ojo rodeado de palabras en latín? Parece el logo que hay en los billetes de banco.

Mason asintió.

—Es el Ojo de la Providencia. Los fundadores de la organización crearon ese logo como representación de quiénes somos y qué somos. *Novus Ordo Seclorum* significa «Nuevo Orden de los Tiempos» y *Annuet Coeptis*, «La providencia favorece nuestro empeño».

—Un momento. —Levi observó la imagen y tuvo la certeza de que, de un modo u otro, la había visto por todo D. C.—. ¿Insinúas que la Panda es anterior a la fundación de este país?

—¿Tan sorprendente te resulta? —preguntó el director con un deje divertido—. Los componentes originales de la Panda fueron los Agentes de la Revolución. De hecho, así se llamó la organización en un principio.

—¿Y a qué se dedican los Agentes de la Revolución? —preguntó Levi con un tono todo lo neutro que pudo a pesar de su creciente escepticismo.

—La Panda se fundó en la época de las guerras de la revolución —explicó Mason—. De ahí el nombre. Empezó con un grupo de oficiales británicos que no eran especialmente leales a la Corona, junto con los miembros del Congreso Continental original. Vieron la necesidad de crear una organización que pudiera hacer lo que había que hacer... pero no a la vista del público.

—¿Como qué? —inquirió Levi.

—Como asesinar al rey de Inglaterra.

Levi arqueó una ceja.

—Estoy prácticamente seguro de que el rey de Inglaterra nunca fue asesinado.

Mason asintió.

—La guerra terminó antes de que llegaran a ejecutar el plan. Pero estaban en ello. En aquel momento se creía que el rey Jorge III sufría una enfermedad mental. Su hijo, Jorge IV, era lo bastante mayor para acceder al trono, y tenía un espíritu mucho más blando, era un mecenas de las artes. Washington directamente dio el visto bueno a la operación.

—Pero eso no fue más que el comienzo. Después de ganar la guerra, los padres fundadores sabían que seguirían necesitando a la Panda. Habían visto las polémicas que se desataban en el Congreso por nimiedades, y se dieron cuenta de que, si necesitaban actuar con diligencia en algún momento, tendrían que ser capaces de evitar tanto papeleo.

—O sea que incluso entonces había demasiada burocracia.

—Exacto —convino Mason—. Ya has visto cómo es, en tu mundo igual que en el nuestro. A menudo lo bueno queda empantanado por el peso de la burocracia. La Panda es una manera de esquivar tanta tontería por el bien de todos. —Pero esto es D. C. Todo el mundo quiere una tajada del pastel; todos quieren meter baza en las decisiones. Por tanto, tenemos un mandato: si es factible, actuamos. Así de sencillo. No nos hace falta presentar una causa irrefutable ante un tribunal ni necesitamos convencer a los políticos de que hay que eliminar a un objetivo en concreto mientras juegan al golf. Lo hacemos y punto.

La curiosidad de Levi fue en aumento.

—Suenan peligrosos. Como el sueño húmedo de un anarquista. ¿Y si os equivocáis o uno de los vuestros se descontrola y abusa de su poder?

—¿Un agente descontrolado? —Mason negó con la cabeza—. Nunca ha ocurrido. Con respecto a si acertamos en nuestras apreciaciones, por supuesto que tenemos que estar convencidos de estar del lado de los ángeles antes de emprender cualquier acción. La diferencia es que no necesitamos convencer a capas y más capas de burócratas. Recibimos la aprobación dentro del grupo.

Levi frunció el ceño.

—Es difícil creer que nunca haya habido una manzana podrida en el grupo.

—Bueno, pues es cierto. Pero recuerda, tenemos dos tipos de recursos humanos a nuestra disposición. El tipo con el que *yo* suelo tratar son nuestros contactos dentro del crimen organizado, hombres como tú. Confío en ellos porque los he aprobado personalmente, pero no la organización. Por tanto, nunca tienen la perspectiva completa de lo que sucede, se les emplea para misiones concretas y punto. Obviamente, tú has experimentado lo que digo en primera persona.

Levi asintió con expresión burlona.

—Y luego están los agentes a quienes introducimos en el redil. Hay un nivel de confianza distinto para los de dentro. Ahora tú estás dentro de ese límite de confianza. Tal como he dicho, es una especie de experimento. Según tus mismas palabras, eres como un conejillo de indias. Sabemos que eres leal a tu familia de la mafia de Nueva York, pero esperamos que también hagas lo más oportuno para tu país y tus compatriotas.

Levi frunció el ceño.

—¿Por qué yo? ¿Y por qué ahora?

—Necesitamos ayuda —declaró Brice.

Mason le dedicó una mirada dura antes de asentir.

—Brice tiene razón. No te pedimos ayuda para conseguir esas fotos inculpativas de la mujer de un congresista porque ahora de repente vayamos a dedicarnos a la política. Están pasando cosas graves en D. C. , algo que podría desestabilizar a nuestro gobierno.

Y sospechamos que quienes mueven los hilos están vinculados con organizaciones criminales extranjeras patrocinadas por sus propios gobiernos.

A Levi le picó la curiosidad.

—¿Los chinos? ¿Los rusos? —Había estado en contacto con varios de los sindicatos del crimen rusos y con las tríadas. Incluso de vez en cuando se acostaba con la viuda de uno de los líderes de la mafia.

Brice se encogió de hombros.

—Aún no lo sabemos, al menos no a ciencia cierta. Esas fotos que le pasaste al jefe de gabinete del congresista...

—Un momento. —Levi apretó la mandíbula—. ¿El cabrón del parque no era del FBI?

Mason miró a Brice, que sacudió la cabeza.

—¿Dijo que lo era? —preguntó Brice.

Levi frunció el ceño.

—Lo insinuó. —En ese momento le entraron unas ganas enormes de darle un buen susto a aquel gilipollas engreído.

Mason sonrió.

—Bueno, es un delito grave que nos viene muy bien. Hacerse pasar por agente federal está castigado con hasta tres años de prisión.

—Menuda estupidez por su parte. —Brice estaba sorprendido—. El tío se llama Tony Banks. Lleva más tiempo en D. C. que la mayoría de los políticos. Uno más de lo que nos gusta llamar «la ciénaga».

—Con que la ciénaga, ¿eh? —Levi ya había oído esa palabra utilizada en algunos medios de comunicación—. O sea que existe.

—Uy, desde luego que sí. —Mason resopló con desdén—. Todo el mundo conoce a los elegidos. Son los que se ponen continuamente delante de los micrófonos o las cámaras de televisión para no decir nada sustancial. Pero no son los que ejercen el verdadero poder en D. C. , los llamados «trabajadores» que facilitan las cosas son el verdadero poder. Los que atan cabos y hacen que pasen cosas en el Capitolio. Pero esos no salen nunca en los periódicos ni en las noticias. Desgraciadamente, esa gente existe en casi todos los gobiernos.

El director consultó la hora e hizo una seña a Brice.

—Tengo que marcharme, pero él te hará la visita completa y te informará de aquello en lo que podamos necesitarte.

Levi y Mason se estrecharon la mano y el misterioso hombre bajito bajó rápidamente las escaleras metálicas que conducían a la planta baja y enseguida desapareció de su vista.

Levi se volvió hacia Brice.

—Bueno, ¿y ahora qué?

Brice le indicó que lo siguiera.

—Vayamos a mi laboratorio. Allí te informaré.



La entrada al laboratorio de Brice era una puerta normal y corriente en la planta inferior. Brice pasó un dedo por una almohadilla y la puerta se abrió con un clic.

—Disculpa el desorden —dijo Brice—. No esperaba invitados.

La estancia parecía más el taller de un hojalatero que el laboratorio de un científico. Una mesa enorme llena de chatarra, alambres, herramientas para soldar y piezas electrónicas varias dominaban el lugar. Pero Brice la ignoró y condujo a Levi a un escritorio situado en un rincón, donde abrió la tapa de un portátil.

Levi acercó una silla a su lado.

—Este sitio parece la trastienda de Denny —dijo.

—No me extraña. Le gustan los *gadgets* tanto como a mí. —Se rio por lo bajo mientras tecleaba—. Cuando estudiábamos, Denny siempre manipulaba la centralita de la residencia. Por aquel entonces, casi todo era analógico y... —Miró a Levi de reojo—. Baste con decir que nunca pagábamos conferencias cuando llamábamos a casa. Era indicio de lo que el chico iba a depararnos, ¿no te parece?

Levi sonrió al pensar en su viejo amigo de Nueva York. Denny era un genio de la electrónica a quien recurría cuando necesitaba algún aparatito.

—Típico de Denny —convino Levi—. Pero me sorprende que te aprovecharas. Pareces de los que nunca harían nada dudoso.

Brice se encogió de hombros.

—No te equivocas. Pero Denny y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo, y... supongo que nunca consideré que lo que hacíamos entonces fuera reprochable. No éramos más que dos tipos raros toqueteando cosas y dándonos cuenta de que algunas no eran para chicos como nosotros.

Un monitor de pantalla plana en la pared mostraba lo que Brice hacía en el portátil. Mientras tecleaba, apareció el mapa de un terreno cuyo centro quedaba atravesado por un río, y un punto rojo parpadeaba cerca de la orilla.

—¿Ves esto? —preguntó Brice—. Es Tony Banks con las polaroids que le diste. Al parecer, se dirige a un lugar remoto del Potomac. — Pulsó unas cuantas teclas más y mostró el mismo mapa ampliado, con una línea roja que lo atravesaba—. Este es el camino que ha seguido. Todo apunta a que, cuando te dejó en Lincoln Park, tomó la I-395 S y acabó girando en Wisconsin Avenue.

—¿Wisconsin? —dijo Levi—. ¿No es allí donde están las embajadas?

Los dedos de Brice se desplazaban por el teclado a toda velocidad, e hizo aparecer una secuencia de vídeo a nivel de calle, tal vez de una cámara de tráfico, o quizás de una cámara de seguridad externa de algún establecimiento. En el extremo inferior aparecían unas palabras en alfabeto cirílico.

Brice le dio al botón de avance rápido y se detuvo cuando encontró lo que buscaba: un Mercedes negro en el centro del fotograma.

—Ahí está su coche, justo al pasar por delante de la cámara de vídeo de la plaza Boris Nemtsov.

—¿La embajada rusa?

Brice asintió.

—Acaba de pasar con el coche por delante de la entrada.

Levi arqueó las cejas al caer en la cuenta de la rapidez con la que Brice había accedido a la cinta de la cámara de seguridad de la embajada rusa.

—Bueno, nuestro hombre acaba de pasar a todo trapo frente a la embajada camino del sitio adonde va a pescar. Quizá sea una

coincidencia. Quizá el navegador lo haya llevado por ahí.

—No creo que sea casualidad —comentó Brice—. Pasar por ahí le ha alargado el trayecto quince minutos. Apuesto a que nuestro hombre tiene algún tipo de sensor de proximidad pasiva; cuando pasa por la embajada rusa, se envía una alerta a un activo con instrucciones predeterminadas. O eso, o cuando pasa por ahí con el coche se establece una comunicación puntual, aunque yo pensaba que los rusos ya no usaban ese método. Tendré que confirmarlo.

Levi frunció el ceño.

—¿Y qué está tramando ahora nuestro hombre polaroid?

Brice reprodujo otro vídeo. En este aparecía una persona bajando por una ladera hacia la orilla del Potomac. Pero la toma era demasiado lejana como para identificar gran cosa.

Levi entrecerró los ojos.

—¿Lleva una caña de pescar?

Brice amplió la imagen, pero entonces se veía demasiado pixelada.

—Diría que sí. Por desgracia, no tenemos ninguna cámara más cerca. Esta es la que controla el tráfico, y está situada a casi cuatrocientos metros, en el Chain Bridge.

—Bueno, no veo que lleve un cubo ni nada por el estilo —apuntó Levi—. Solo la caña. ¿Qué tipo de pesca será?

—Ni idea. Pero es la segunda vez que nuestro hombre visita esa zona.

Levi miró a Brice.

—Supongo que le has colocado un micrófono en el coche, ¿no?

—No exactamente, pero sí lleva un transmisor activo. También hay algo en las fotos propiamente dichas. Y tengo un dispositivo listo para rastrear todas sus llamadas. Lleva un móvil proporcionado por el gobierno, por el Centro de Datos de Utah, para controlar cualquier movimiento sospechoso. Pero nuestro hombre es cauteloso. Nada que destacar en el teléfono. Aun así, mi sexto sentido me dice que algo no cuadra.

Levi enarcó una ceja.

—Me parece que no has pedido permiso a ningún juez para hacer eso.

Brice soltó un bufido.

—Recuerda nuestro lema: si se puede hacer algo, lo hacemos. Además, si ese tipo no tiene nada que ocultar, el hecho de que sepamos adónde va y con quién habla no va a hacerle ningún daño.

A Levi le gustaban las implicaciones del lema de la Panda. Se acercaba mucho a cómo había vivido su vida. No era de los que pedían permiso y, aunque hacía todo lo posible mantenerse dentro de la legalidad, jamás ninguna ley le había impedido hacer lo que consideraba que debía hacer.

—¿Qué fue lo que te hizo ir a por ese hombre? ¿Y qué tiene que ver conmigo? Todavía no me has dicho por qué estoy aquí.

Brice se recostó en el asiento.

—No ha salido en las noticias por motivos obvios, pero hace seis semanas desaparecieron dos confidentes del FBI. Y luego, justo la semana pasada, un inspector de la FDA detectó algo extraño en un lote de carne picada importada para un fabricante de comida para mascotas. En posteriores investigaciones se detectó ADN humano en la muestra de carne.

—Uno de los confidentes —dijo Levi.

Brice asintió.

—La carne procedía de una granja de caballos de Francia.

—¿Carne de caballo? Pensaba que no era legal importarla.

—Oh, es legal, lo que pasa es que en Estados Unidos a nadie le gusta pensar en comérsela. Y, sea como sea, era comida para mascotas... Después de investigar un poco más, descubrí que el propietario de la granja tiene vínculos comerciales con algunos personajes poco recomendables del bloque del Este. Esos socios... son gente con un perfil parecido al tuyo en ciertos aspectos. En cualquier caso, aún no hemos desentrañado toda la maraña, pero creemos que vamos a necesitar tu ayuda especial. Por eso queremos darte toda la información, para que seas lo más eficaz posible.

Levi había trabajado con y contra mafiosos rusos anteriormente, y sabía que eran un grupo calculador y volátil. No vacilarían si había que hacer picadillo a alguien. De hecho, hasta la mafia a la que pertenecía tenía su propio historial de acciones más que reprobables...

Brice observó el monitor, donde su objetivo seguía junto a la orilla.

—Ya sabes que siempre ha habido filtraciones en D. C. Forma parte de la cultura. Tenemos un dicho: si más de una persona sabe una cosa, se filtrará. Es un poco exagerado, pero últimamente no vamos tan desencaminados.

—Voy a ponerte un ejemplo. La semana pasada, un artículo del *New York Times* incluía un fragmento de información confidencial que solo conocían cinco personas. Los cinco pasaron por el detector de mentiras y todos lo superaron.

—Pasar la prueba de un detector de mentiras no tiene mucho mérito —apuntó Levi—. Yo lo he hecho.

—Cierto. Pero ahora tengo a los cinco en el punto de mira. Así que ya veremos. ¿Y el tiroteo de esta mañana? Es una larga historia, pero fue provocado por otra filtración que se publicó. La cosa está empeorando y es cada vez más frecuente.

Levi exhaló un suspiro.

—No sigo a ningún político, así que no estoy muy enterado de quién dice qué en los periódicos. ¿Las filtraciones tienen algún denominador común?

—Lo hemos analizado. Por desgracia, las hay por todas partes. Las que más nos interesan a nosotros son las internacionales, más que nada porque los temas nacionales no dan para que haya gente que salte por los aires o acabe secuestrada. Al menos no siempre. Y han pasado muchas cosas en el terreno internacional ahora que el presidente trata de manera despiadada a algunos líderes del antiguo bloque soviético. Los ucranianos y los rusos han estado causando problemas y se ha hablado mucho de sanciones, de aumentarlas o reducirlas, para todos los gustos. Además, hay mucha agitación incluso entre naciones amigas. En circunstancias normales, estos temas, las discusiones del gabinete ministerial en la Casa Blanca, no llegan a la prensa. Pero ahora sí.

—Supongo que has investigado a los reporteros —apuntó Levi—. ¿Cómo consiguen los datos?

—Nunca por teléfono. Si así fuera, lo sabría, porque tengo a prácticamente todos los periodistas en plantilla de los periódicos más

importantes vigilados por el UDC. Lo que suponemos es que esas filtraciones llegan en un sobre normal y corriente, siempre anónimo. Casi imposible de rastrear. Y, por supuesto, los reporteros ni se plantean colaborar. Hoy en día los periódicos no son más que unos títeres, más interesados en los clics que obtienen y en cobrar que en el periodismo real, y les importa muy poco la seguridad nacional.

—Pero de alguna manera has llegado hasta el tal Banks, ¿no? —dijo Levi—. ¿Cómo lo descubriste?

Brice metió la mano en un cajón del escritorio y le tendió una carpeta.

—Aquí tienes una copia de su expediente en el FBI.

—¿O sea que también está en el radar del FBI?

Levi abrió la carpeta y empezó a hojear el contenido.

—No es tan raro en D. C. —dijo Brice—. Muchos trabajadores están fichados de un modo u otro. El FBI lo tiene vigilado desde que fue sospechoso de desbaratar la vigilancia de un topo ruso en la Casa Blanca. Resulta que se fijaron en Banks en unas imágenes de vídeo, hicieron un reconocimiento facial, y entonces fue cuando la cosa se puso emocionante.

Levi arqueó una ceja.

—¿Qué se veía en el vídeo?

—Yo no lo vi, pero una fuente me dijo que filmaron a nuestro hombre junto a un punto de recogida ruso. —Brice señaló el archivo del caso que Levi tenía en el regazo—. Nuestra sabandija lanzó un vaso de granizado a medio acabar a la basura y «por casualidad» soltó también su teléfono móvil. Eso pasó justo después de que alguien que el FBI sospechaba que espiaba para los rusos utilizara la papelera. Creen que Banks recogió lo que fuera que hubieran dejado en ese punto de recogida.

Levi frunció el ceño.

—¿Creyeron que Banks era el agente ruso con el que el otro tipo se comunicaba?

—Al principio no pensaron nada de eso porque tenían a otras personas en mente y, evidentemente, Banks hizo bien el papel de torpe. Pero acabaron investigándolo en profundidad. A pesar de su

estatus, registraron exhaustivamente su casa. No encontraron nada. Estaban en un callejón sin salida.

»Pero... eso me devuelve a la filtración del *Times* de la que hablaba antes. Nuestro hombre trabaja para un congresista veterano que resulta ser una de las cinco personas que estaban al corriente de la información confidencial que se filtró al *New York Times*. Como te decía, todos ellos superaron la prueba del detector de mentiras. Ninguno de ellos era responsable de la filtración, al menos a propósito. Pero uno sí reconoció haber compartido la información con alguien más.

—El jefe de Banks se lo dijo.

—Bingo.

—¿Eso no es ilegal? —preguntó Levi—. Pensaba que había que tener autorización para recibir información confidencial.

Brice soltó un bufido.

—Por supuesto que es ilegal. Pero sigue pasando. Esos congresistas son todos iguales: las normas para los demás, no para ellos.

»O sea que Banks volvió a ser investigado. A él también lo sometieron al detector de mentiras. Lo pasó. Otro callejón sin salida. Solo que en esta ocasión había hecho lo suficiente como para llamarme la atención a mí. —Brice sonrió—. Y permíteme que te diga que es mejor no llamarme la atención.

—¿Qué descubriste?

—Para empezar, que no es tan tonto como parece. De hecho, por mucho que me pese, se graduó en el MIT. Ahí obtuvo su MBA, y desde entonces trabaja en D. C. Ha creado una red considerable desde que está aquí, miembros de grupos de presión en la calle K, congresistas, incluso goza de la confianza de uno o dos jueces del Tribunal Supremo.

Levi cerró la carpeta del FBI y se la devolvió.

—¿Y las fotos de la esposa del congresista? ¿Eran para algún tipo de soborno en D. C.?

Brice se encogió de hombros.

—Lo cierto es que no lo sé, pero habría que suponer que sí. Su esposo es el presidente de un subcomité poderoso, así que sí, eso es

una ventaja que hay que aprovechar.

—Mis hombres seguro que le encuentran alguna utilidad —dijo Levi con una sonrisa.

—No lo dudo.

Levi señaló la pantalla, en la que seguía apareciendo la misma imagen pixelada.

—En realidad no está pescando, ¿no? ¿Es un sitio al que van pescadores o ni siquiera?

Brice volvió a una toma más amplia de la imagen y apareció otro pescador en la orilla opuesta del río, a unos cincuenta metros.

Levi entrecerró los ojos para ver mejor.

—No parece que Banks haya lanzado el anzuelo, solo ha introducido el extremo de la caña en el agua. Amplíalo.

Brice obedeció y Levi asintió.

—Esa caña y el carrete... —dijo—. Cuesta de ver, pero creo que es demasiado grande para agua dulce. Es un aparejo para alta mar.

Los dos se quedaron mirando cómo Banks hacía algo con la mano izquierda mientras sujetaba el carrete con la derecha.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Brice—. Parece que junta las manos.

Justo entonces, Banks sacó la caña del agua y se dispuso a desmontarla. Se alejó de la orilla, paró y se arrodilló en el suelo. Había algo brillante a los pies del hombre, que luego se incorporó y continuó colina arriba, dejando atrás algo parecido a una pequeña hoguera.

En la esquina superior izquierda del monitor se encendió un indicador rojo.

—¡Mierda! —se quejó Brice—. Acabamos de perder la señal de las fotos.

—¿Es eso lo que está en llamas? —Levi observó el monitor—. Aleja la imagen. ¿Qué está haciendo nuestro hombre del río?

Brice volvió a un enfoque más amplio. El pescador de la otra orilla había desaparecido.

—¿Hay alguna otra cámara en esa orilla del río?

Brice sacudió la cabeza.

—Coincidencia o a propósito... un misterio envuelto en un enigma.

Levi miró su reloj.

—Vaya, qué interesante, pero tengo que marcharme. No puedo perder el vuelo.

—Lo entiendo. Te acompañaré hasta el bar.

—¿No tienes que vigilar esto? —preguntó Levi señalando la pantalla.

—Los ordenadores grabarán al señor Bank cada vez que lo detecte una cámara. De hecho, es más fácil esperar a que recopilen ellos solos toda la información.

Mientras acompañaba a Levi al exterior del laboratorio, Brice dijo:

—Entonces... ¿crees que puedes ayudar?

—Depende de adónde lleve esto y de lo que quieras que haga. Pero si consigues algo firme que señale a mi gente... veré qué puedo hacer.

—Gracias, Levi. Este tío me tiene preocupado, es escurridizo. Y creo que Mason está en lo cierto contigo: en cuanto le hincas el diente a algo, no lo sueltas. Por cierto, ¿por qué tanta urgencia para regresar a Nueva York?

Levi negó con la cabeza.

—Deberías saber que es mejor no preguntar. Digamos que es mucho más importante que un tipo que quema unas cuantas polaroids.

CAPÍTULO TRES

Levi inspiró el intenso olor del cuero nuevo al recostarse en los mullidos asientos del nuevo coche de Vinnie, un Mercedes Maybach S580. Miró por la ventanilla trasera y enseguida reconoció el lugar donde se encontraban: al sudeste de Lancaster, después de salir de Leaman Road para tomar un camino de tierra compactada. Había recorrido ese camino rural innumerables veces en su infancia. Levi miró a su viejo amigo, que estaba a su izquierda; era el cabecilla de la familia Bianchi.

—Estaba pensando que quizá sea la primera vez que un Mercedes como este recorre los caminos de cabras del país de los amish.

Vinnie pasó el dedo por la consola central y sonrió.

—Tu gente habla alemán y este coche es alemán, así que encaja. Y no puedo presentarme aquí con una tartana, mi fama me precede.

—No malcríes a los niños. —Levi sonrió al recordar la última vez que Vinnie había ido con él a la granja. Sin él saberlo, el hombre llevó cinco quilos de caramelos y, para cuando la madre de Levi se dio cuenta de lo que estaba pasando, el jefe de la mafia los había repartido no solo entre los niños de Levi, sino entre todos los que rondaban por allí. Vinnie se hizo famoso enseguida entre los chavales del lugar—. Esta vez, contrólate con los caramelos o mi madre me va a echar la bronca del siglo.

El jefe de la mafia hizo caso omiso del comentario de Levi mientras el coche viraba bruscamente para evitar un carro tirado por

caballos, un medio de transporte habitual en las zonas de Pensilvania habitadas por los amish.

—Una chuchería de vez en cuando no va a hacerles ningún daño. Esos niños tuyos crecen bien, igual que tú, en contacto con la naturaleza.

—Chicos, estamos justo en el desvío. —Paulie habló lo bastante alto como para que el pinganillo captara su voz por encima del ruido del aire acondicionado.

Vinnie echó una mirada por la ventanilla trasera y se inclinó hacia delante.

—Oye, Paulie, ¿qué pasa con el Beemer? No lo veo.

¿Beemer? Levi se giró para mirar hacia atrás. Vio que les seguían dos Cadillacs grandes, que llevaban a los matones que acompañaban habitualmente al jefe a todas partes.

El conductor miró a Vinnie por el retrovisor y sonrió.

—Don Bianchi, Richie preguntó si podía parar a llenar el depósito antes de entregar el coche. Le dije que adelante.

Vinnie asintió.

—Asegúrate de que no se pierda.

—Un momento. —Levi miró de frente a su jefe y viejo amigo.

—¿A qué se refiere con lo de entregar el coche? No estarás pensando en regalarle un coche a Alicia, ¿no?

—Buf. —Vinnie emitió un sonido desdeñoso y sacudió la cabeza—. Por supuesto que no. Lo único que tengo para regalar son caramelos.

Levi entrecerró los ojos para contemplar al cabecilla de la familia Bianchi y supo que tramaba algo. Pero no tenía intención de intentar sonsacarle nada. Cuando se le metía algo en la cabeza, era tozudo como una mula.

El coche giró hacia un largo camino de tierra que discurría entre dos campos, uno de tabaco y el otro en barbecho esa temporada.

Levi se fijó en el flamante Bentley Continental estacionado delante del granero de su madre e hizo una mueca.

Al ver el coche, Vinnie señaló hacia él desplegando una enorme sonrisa .

—Estoy convencido de que no es de tu madre. ¿Es de tu dama dragón?

Levi vio a Lucy a lo lejos, cerca de la pequeña escuela. Ella se volvió en su dirección y, aunque estaba demasiado lejos, Levi notó su penetrante mirada posada en él.

—No esperaba que estuviera aquí.

Paulie accionó el freno de mano y bajó del coche de un salto para abrirle la puerta a Vinnie.

Vinnie le dio a Levi un golpe en el hombro con actitud juguetona.

—¿Sigue queriendo echarte el lazo?

Levi se encogió de hombros.

—Es complicado.

—Me lo imagino. —Cuando salieron del coche, el jefe de la mafia se echó a reír.

El barullo de una docena de niñas de entre doce y diecisiete años gritando «papi» y corriendo en su dirección resonó por el campo cubierto de hierba.

A punto estuvieron de tirarlo al suelo cuando lo abrazaron todas a la vez. Hacía un par de meses que no las veía, por lo que incluso derramaron alguna lágrima, y no querían soltarse, como solía pasar cuando hacía tiempo que no lo veían.

Las doce niñas, de origen asiático, hablaban todas a la vez con una gran sonrisa en la boca, luchando porque les hiciera caso.

Aquellas chiquillas eran la vida de Levi. Hacía tiempo que las había rescatado de una vida infernal en las calles y, por suerte, algunas no tenían recuerdos de su vida anterior a la granja. Las otras estaban marcadas, pero no rotas por sus experiencias pasadas.

Se habían convertido en chichas amish normales que vivían en una granja. El hecho de que fueran de origen asiático y tuvieran un padre adoptivo que era un «solucionador» de una de las familias de mafiosos de la ciudad de Nueva York resultaba irrelevante.

Vinnie se acercó a las niñas con una bolsa de caramelos envueltos en celofán. Una de las más pequeñas gritó «¡itío Vinnie!» y le dio un fuerte abrazo en cuanto empezó a repartir caramelos.

—¡Chicas! —gritó la madre de Levi en alemán de Pensilvania desde el porche de la casa en la que se había criado—. Ayudadme a

poner la mesa para nuestros invitados. Alicia, tú relájate y tómatelo con calma. Hoy es tu día especial. —Blandió el dedo en dirección a Levi y gritó—. ¡Lazarus, haz el favor de decirle a tu amigo que nada de chucherías antes de la cena!

Mientras la mayoría de las niñas se aprestaban a ayudar a su abuela adoptiva, Levi rio y observó cómo su madre, que se acercaba a la setentena, las hacía entrar en la casa.

—Vinnie, llevamos aquí tres minutos y ya me has metido en un lío.

El jefe le dio una palmada en la espalda.

—Igual que cuando vivíamos en el viejo barrio. —Se volvió y se encaminó hacia Paulie, que medía casi dos metros, y hablaron en susurros.

Alicia, la mayor de las chicas, se acercó a Levi con una sonrisa radiante.

—¡Ya te han quitado los aparatos! ¡Qué guapa estás!

Así era. Hoy celebraba su diecisiete cumpleaños, y a Levi le costaba creer lo madura y compuesta que se la veía. A sus ojos, seguía siendo la valiente niña de diez años a la que rescató de una red de tráfico infantil.

Aunque llevaba la discreta vestimenta de una típica joven amish, con la cabellera negra entremetida en la cofia blanca, se había convertido en una belleza. Era alta, casi metro setenta y cinco, y tenía los pómulos prominentes y la estructura facial de una modelo.

Iba a volver locos a los chicos.

Alicia le dio un fuerte abrazo y susurró:

—*Ahhbah*, te he echado muchísimo de menos. Creo que ya he tomado una decisión sobre mis estudios.

Ahhbah quería decir «padre» en cantonés. Alicia era una de las chicas que no habían olvidado nada de su pasado. En muchos sentidos, era asombrosa. Desde el primer momento se había responsabilizado de ayudar a las más pequeñas y había sido un pilar para ellas cuando él no estaba. Levi la sostuvo por los hombros con los brazos extendidos y le preguntó con tono esperanzado:

—¿Te han respondido de Princeton?

La joven frunció el ceño.

—No. Es una mierda, porque incluso les llamé. Supuse que, como no recibía ninguna carta de ellos, ni siquiera un mensaje tipo «lo sentimos, pero no das la talla», pues que la solicitud no les había llegado. No conseguí que nadie de admisiones me diera una respuesta clara. Pero la buena noticia es que me han aceptado en Stanford, que también es una buena universidad. —Alicia bajó un poco la mirada y dijo en tono preocupado—: Es muy buena, pero son casi ochenta mil dólares al año y no me han dado ninguna beca. Si es demasiado...

—Un atraco a mano armada, señorita. —Vinnie se le acercó, le tendió un tofe envuelto en celofán, que ella cogió, y preguntó—: ¿No has dicho que querías ir a Princeton?

Alicia levantó la cabeza y respondió en tono práctico.

—Sí, pero no entré, o sea que tengo...

—¿Estás segura? —Vinnie sacó un sobre de un bolsillo interior de la americana y se lo tendió—. Me he reunido con un amigo que resulta que tiene vínculos con esa universidad. Un decano o algo así... en fin, le hablé de ti y de lo inteligente que eres. Y como iba a verte por tu cumpleaños, quise saber si... —el jefe de la mafia sonrió— podía echar un vistazo a tu solicitud. Podría ser que se hubiera traspapelado. —Hizo una seña hacia el sobre que estaba en manos de Alicia—. Adelante, a ver qué dice.

Levi notó una sensación de afecto fraternal por su viejo amigo. Aunque solo le había mencionado de pasada el deseo de Alicia de ir a Princeton, estaba claro que había movido algunos hilos.

Lucy se acercó al grupo y a Levi le costó desviar la mirada de la escultural belleza oriental con la que mantenía una relación intermitente desde hacía años. Como de costumbre, llevaba un vestido ceñido, y él sabía por experiencia que no había nada debajo. Ella le guiñó el ojo y luego se centró en Alicia.

A la joven le temblaban las manos.

—Es de la oficina de admisiones.

Alicia abrió el sobre con cuidado, sacó un fajo de papeles y desdobló la carta de presentación. Recorrió el papel rápidamente con los ojos y emitió un sonido parecido al graznido de un polluelo.

—¿Y bien? —Levi se le acercó—. ¿Qué dice?

Con los ojos empañados de lágrimas, sostuvo la carta y leyó con voz temblorosa:

—Felicidades. El comité ha revisado su solicitud y nos satisface informarla de su admisión para el curso 2023. Princeton ha recibido una cantidad récord de solicitudes este año pero su expediente académico, logros extraescolares y cualidades personales destacaron de entre la mayoría. Al comité le impresionó todo lo que ha hecho. Gracias por su solicitud. Estamos encantados de aceptarla.

Levi sonrió y miró a Vinnie, que también sonreía de oreja a oreja.

—Es fantástico, cielo...

—Pero *Ah bah* —Alicia tenía los ojos bañados en lágrimas mientras escudriñaba el resto de los documentos del departamento de admisiones—. Probablemente no me hayan dado la beca, así que será muy caro. —Alzó la vista hacia él con el mentón temblándole de emoción, y luego se miró los pies—. Es demasiado...

—Cielo, no pasa nada. —Levi dio un paso adelante y envolvió a su protegida en un abrazo. Las chicas no sabían a qué se dedicaba realmente. Tanto ellas como su madre pensaban que se encargaba del negocio de importación y exportación de Vinnie—. Chiquilla, tengo dinero reservado para que todas vayáis a la universidad, así que ni te lo pienses. Los gastos están cubiertos.

—Y esto debería ayudar. —Lucy sonrió al tenderle a Alicia un sobre rojo. En la cultura china, la tradición era meter el dinero que se regalaba en un sobre rojo—. Con esto deberías poder pagar algunos de los gastos en libros.

Alicia besó a Levi en la mejilla y aceptó el grueso sobre rojo con mano temblorosa.

—No me lo puedo creer. Sois demasiado.

Lucy hizo un gesto de impaciencia.

—Venga, ábrelo.

Alicia abrió el sobre y abrió unos ojos desorbitados mientras Levi atisbaba dos fajos de billetes sujetos con gomas. Miró a Levi.

—¡Eh! —exclamó Lucy de repente. Y dijo en cantonés—: Para esto no necesitas la aprobación de tu padre. Es un regalo de mi parte, él no tiene nada que opinar.

Levi sonrió, asintió hacia Alicia y luego miró a Lucy.

—Deberías hablar conmigo antes de hacer este tipo de regalos.
—Desvió la mirada hacia Alicia y le dio una palmadita en la mejilla—. Entremos a ver qué está haciendo la abuela...

—Un momento, aún no hemos terminado —interrumpió Vinnie con una sonrisa de oreja a oreja, dándole un suave codazo a Levi en las costillas—. Tu padre tiene otro regalo que ha olvidado mencionar.

Levi se volvió hacia el jefe de la mafia y lo miró sin comprender, porque no sabía a qué se refería.

Vinnie hizo un gesto hacia Alicia.

—Sígueme, cielo. He hecho que uno de mis chicos nos lo traiga.

—¿Traer qué? —preguntó Alicia mientras todos se encaminaban a la parte delantera de la granja, donde estaban aparcados los coches y permanecía el resto del personal de Vinnie.

Levi se fijó en que uno de los mafiosos sacaba brillo a un retrovisor, y enseguida comprendió las intenciones de Vinnie. No le gustaba malcriar a los niños con cosas materiales, pero el capo de la familia Bianchi no compartía su opinión y, dadas las circunstancias, iba a resultar difícil impedirselo.

Vinnie pasó el brazo por encima de los hombros de Alicia y habló en tono conspirador.

—Tu padre es un hombre modesto, pero ha trabajado para mí en unos proyectos importantes y se ha ganado unas buenas bonificaciones. Quería asegurarse de que tuvieras algo fiable para ir a la universidad. —El jefe de la mafia levantó el brazo y señaló hacia un reluciente descapotable nuevo aparcado entre dos Cadillacs—. ¿Qué te parece?

Alicia ahogó un grito al ver el descapotable BMW, de un intenso color naranjafuego. Se veía muy fuera de lugar en aquella zona rural de Lancaster.

Vinnie le pasó discretamente un juego de llaves a Levi y guiñó el ojo.

Levi lanzó un gruñido ante el jefe de la mafia, que rio.

—Has escogido un color muy chulo, Levi —dijo en voz alta para que todos lo oyeran—. ¿Es el nuevo naranja atardecer?

Lucy silbó de admiración y le dio una palmada a Levi en el brazo.

—Es el tipo de coche que una joven debe llevar si estudia en una universidad de la Ivy League. Me alucina que el tacaño de su padre haya abierto la cartera por un coche tan vistoso.

Alicia se apartó del automóvil y miró a Levi con el rostro surcado de lágrimas.

—No me lo merezco —dijo entre sollozos.

En ese momento, Levi fue consciente de que todo iría bien aunque le dejara quedárselo. Se adaptó rápidamente a la situación, le lanzó las llaves y dijo:

—Venga, cariño, demuéstreme que sabes conducirlo.

Cuando Alicia corría hacia el lado del conductor, Levi besó a Vinnie en las mejillas y le dio una palmada en el hombro.

Entre ellos sobraban las palabras.

—La juventud solo se vive una vez. —Vinnie sonrió y señaló el coche—. Diviértete un poco.

—¡Lazarus! —llamó su madre desde la puerta principal—. La comida estará en la mesa dentro de diez minutos. Diles a tus amigos que se laven.

Lucy le dio una palmada en el trasero y dijo:

—Ya le diré a tu madre que llegarás a tiempo para la cena.

El motor del BMW se encendió con un rugido y Levi se acomodó en el asiento del copiloto.

Se centró en su hija mayor mientras metía la marcha y circulaba lentamente por el camino de tierra.

Se emocionó al ver la expresión de felicidad absoluta de Alicia e hizo un gesto hacia el pueblo.

—Vayamos hasta Lancaster y volvamos. Tu abuela nos matará a los dos si llegamos demasiado tarde.

Mientras la joven conducía con cautela por el camino lleno de baches, lo miró y dijo:

—*Ahba*, ya tengo diecisiete años, ¿no crees que va siendo hora de que me cuentes la verdad?

Levi se volvió en el asiento y contempló el perfil de Alicia, que fijaba la vista en la carretera.

—¿La verdad sobre qué?

—¿El tío Vinnie se apellida Bianchi?

—Sí —repuso Levi con cierta vacilación. No recordaba haberle dicho nunca su apellido—. ¿Por qué lo preguntas?

—Venga ya. No soy tonta. Tú y el tío Vinnie acabáis de llegar aquí en un Maybach. ¿Esos coches no cuestan 200 000 dólares? Y hace años que sé que Lucy perteneció a la mafia, o por lo menos que estuvo casada con un mafioso.

—Un momento. —Levi frunció el ceño y notó cierta angustia. No había imaginado mantener esa conversación con ella—. ¿Quién te lo ha dicho?

—¡Pues ella! —Alicia hizo un gesto de desdén—. Resulta que las chicas hablan, ¿sabes?

—Ya veo —musitó Levi, no muy emocionado con el rumbo que estaba tomando la conversación.

—Y no puede decirse que estéis casados, pero sé que estáis juntos.

Levi rezó en silencio para que Lucy hubiera tenido la sensatez de mantener en secreto ciertas intimidades entre ellos dos.

—Bueno, hice una búsqueda inversa de imágenes en la biblioteca y descubrí que Vinnie es el jefe de algo que la gente denomina «la familia de mafiosos Bianchi de Nueva York».

—¿Que hiciste qué? —Levi no tenía ni idea de qué era una búsqueda inversa de imágenes—. Bueno, da igual. Vinnie es un hombre de negocios muy exitoso y siempre se rumorean cosas raras de gente como él. Cariño, no te preocupes por nada.

Alicia se echó a reír.

—Oh, no estoy preocupada. Lo único es que me pregunto cómo es posible que un amish como tú sea un mafioso.

—¡Alicia! —gritó Levi—. ¡No deberías decir esas cosas en voz alta!

—¿O sea que perteneces a la familia Bianchi? —Alicia abrió unos ojos como platos y se quedó boquiabierta.

Levi sacudió la cabeza y la apoyó en el reposacabezas.

—Siempre os he dicho la verdad y pienso seguir haciéndolo. Solucionar problemas se me da muy bien y a eso me dedico. Y ten presente una cosa, esta conversación que estamos teniendo no va a repetirse, ¿entendido?

Alicia asintió.

—Hace casi treinta años que conozco a Vinnie. Lo que dicen de él en los periódicos es todo una sarta de mentiras, no le des más vueltas. Con respecto a lo que yo hago... tengo amigos variopintos...

—He conocido a algunos, todos son italianos, ¿verdad?

—No todos —rio Levi—. Pero buena parte de ellos sí. Has estado en mi apartamento del Upper West Side, ahí no hay muchos italianos, pero ten en cuenta que Vinnie y yo y muchos de sus hombres procedemos de un barrio de Nueva York llamado Little Italy. Pero has conocido a Dennis, es tan italiano como tú judía. Sea como sea, no te digo exactamente a qué me dedico porque a veces son asuntos confidenciales.

Alicia volvió a abrir mucho los ojos.

—¿Confidenciales? ¿Te refieres a confidenciales como para el gobierno?

—Sí. Y eso es todo lo que puedo decir.

—¡Guau, fantástico! ¿Me estás diciendo que mi padre es 007?

—No estoy diciendo nada, pero me han llamado cosas más raras.

—Levi se echó a reír e hizo un movimiento circular con las manos—. Volvamos ya, supongo que las clases que pagué sirvieron de algo porque no has chocado con el coche y no nos hemos caído a ninguna zanja. Cambiando de tema, con respecto a la universidad, ¿sigues interesada en la ciencia?

—De hecho, eso es lo mejor: en Princeton está el Instituto de Neurociencia, y en eso quería centrarme...

Siguió hablando emocionada sobre sus estudios, y Levi exhaló un pequeño suspiro de alivio. Aparte del voto de silencio con respecto al negocio familiar en Nueva York, el hecho de que ella no supiera nada a ciencia cierta servía sobre todo para protegerla. Y él no mentía... casi nunca.

A Levi le vibró el teléfono y se dio un toquecito en el pinganillo.

—¿Qué ocurre?

—Levi, ¿puedes hablar?

Era Vinnie. Alicia lo miró y él le hizo un gesto para que continuara con la vista fija en la carretera.

—Sí, llevo el pinganillo.

—Frankie acaba de llamarme, ha pasado algo en el Helmsley.

El Helmsley Arms era el rascacielos de apartamentos de la familia Bianchi en Park Avenue.

—Antes de que te pongas chulo, ya me encargo yo. Tú quédate a celebrar el cumpleaños de tu hija y las buenas noticias; yo me vuelvo con los chicos.

—¿Qué ha ocurrido?

—Han arrojado a Jimmie Costanza desde un coche a la calle delante del Helmsley. Evidentemente, está hecho una piltrafa, y los chicos lo han llevado al hospital Mount Sinai para que lo reconozcan. Pero quienquiera que lo hiciera dejó un mensaje prendido en su camisa. Escrito en ruso. Están buscando «al solucionador» y dicen que volverán.

—¿Seguro que...?

—De lo que estoy seguro es de que por ahora te vas a quedar quietecito en Pensilvania. Paulie ya ha puesto el coche en marcha. Dale recuerdos a tu madre, y la dama dragón ha dicho que te llevará a casa. Insisto, no te preocupes de esto ahora, mañana será otro día.

—Vale, pero si están buscando a...

—Levi, te prometo que intentaré dejarte un trozo del cabrón que sea para que te encargues de él. Estoy entrando en el coche, ven a mi apartamento cuando llegues y te contaré el resto.

La línea quedó en silencio. No habían transcurrido ni treinta segundos cuando un gran Mercedes pasó a toda velocidad en la dirección contraria, seguido de los dos Cadillacs.

—¿Adónde van? —preguntó Alicia al entrar en la granja de los Yoder.

Levi imaginó el cuerpo destrozado de Jimmy tendido en una camilla y cerró los puños con tanta fuerza que los nudillos le crujieron.

—Ha surgido un imprevisto en la ciudad. Vinnie te manda recuerdos.

Alicia enarcó una ceja mientras aparcaba el coche. Le lanzó una mirada.

Levi abrió y cerró los dedos y sonrió.

—Entremos antes de que a mamá le dé un soponcio.

CAPÍTULO CUATRO

Levi salió del ascensor en la última planta del Helmsley. Los paneles de madera de la estancia estaban relucientes después del pulido, y dos mafiosos cachas flanqueaban ambos lados de las puertas dobles del salón del ático de Vinnie.

—Lucca, Giuseppe, ¿qué hacéis aquí arriba todavía?

Los dos se levantaron de la silla cuando Levi se les acercó, y Luca se encogió de hombros.

—Desde lo que ha pasado esta mañana con Jimmie, Frankie no quiere arriesgarse a que nos dé por hacer algo. Ha doblado la seguridad y ahora estamos aquí a todas horas hasta que dé otra orden. Creo que a media noche nos relevarán.

Giuseppe, el más bajo de los dos, habló con un marcado acento italiano.

—El Don te espera. —Se frotó una mejilla hinchada, donde Levi le había dejado un morado en una de las peleas en las que le había hecho de sparring. Hizo la señal de la cruz—. *Mamma mia*, en cuanto lo encuentres, ese *pezza di merda* va a desear no haber nacido.

Levi se acercó a Giuseppe con expresión taimada, le dio una ligera palmada en la mejilla hinchada y le dijo en italiano:

—No te preocupes.

Una sonrisa asomó en el rostro del grandullón y los dos guardas abrieron las puertas. El cálido sonido de una ópera envolvió a Levi nada más entrar en la enorme sala, lujosamente decorada.

El sonido se apagó casi de inmediato cuando Vinnie se levantó de una mullida butaca de cuero situada al lado de la chimenea e hizo un gesto hacia los vigilantes, que cerraron las puertas detrás de Levi, quien cruzó el salón bien amueblado.

La sala hacía las veces de oficina para Vinnie, además de funcionar como una especie de vestíbulo que separaba los aposentos de la familia del vestíbulo del ático. Estaba repleta de muebles de madera tallada, hermosos cuadros y una estatua de mármol de la Venus de Milo digna de un museo.

Vinnie le había puesto a la escultura un sombrero de fieltro a la cabeza, sombrero que el capo de la familia había empezado a llevar desde que empezara a perder cabello.

Vinnie se cruzó los labios con un dedo para pedir silencio y señaló el escritorio.

Levi vio el objeto negro en forma de pirámide con un led rojo brillante en la cúspide. Parecía un adorno, pero él no se dejaba engañar fácilmente. Asintió mientras sacaba el teléfono móvil y mantenía el botón de apagado pulsado para desconectar el aparato.

Vinnie se acercó a un minibar empotrado en una pared detrás del escritorio y se rellenó el vaso de cristal con un denso líquido ámbar. Acto seguido, apretó el manguito de una lata de metal grande, una máquina para hacer soda al estilo antiguo, del tipo de las que funcionan con cartuchos de CO₂. Emitió un fuerte silbido y Vinnie sirvió a Levi agua de Seltz recién hecha en un vaso largo.

La luz roja de la pirámide cambió a verde, lo cual significaba que no se detectaba ninguna emisión de señales en la zona, y Levi se guardó el teléfono en el bolsillo.

Vinnie le tendió el vaso, lanzó una mirada a la pirámide y asintió.

—Tu amigo Denny hace unas cosas impresionantes. Sigue en activo, ¿no?

Aquel genio de la electrónica había reformado los sistemas de seguridad del edificio y la pirámide era una de sus aportaciones.

—Por supuesto, ¿necesitas algo? —Se acercaron a la chimenea, se acomodaron en las mullidas butacas de cuero situadas una frente a otra y Levi dejó con cuidado su vaso en el brazo del sillón.

Vinnie sacó un objeto del bolsillo de su pantalón, se inclinó hacia delante y tendió a Levi algo parecido a una llave USB.

—Frankie me dio esto para ti. Es la grabación del suceso de esta mañana extraída de las cámaras de seguridad del edificio. Frankie y yo hemos mirado el vídeo atentamente y hemos visto el todoterreno Lincoln que arrojó a Jimmie en la cuneta delante de la puerta principal. No hemos podido distinguir la matrícula ni nada por el estilo, por lo que me preguntaba si tu amigo sería capaz de sacar del vídeo algo que nosotros no vemos.

Levi frunció el ceño, dio un largo sorbo al agua de Seltz y se inclinó hacia delante.

—Hablaré con él a ver si puede hacer algo.

—¿Cuándo?

—Bueno, pensaba ir a ver a Denny mañana después de visitar a Jimmie en Mount Sinai y presentar mis respetos...

Vinnie hizo un gesto de desdén y una mueca.

—Hoy he ido yo, no hace falta que te tomes la molestia todavía. Jimmie está en coma, no se entera de si vas o no vas. Joder, si las Rockettes estuvieran en su habitación moviendo las tetas delante de sus narices, ni se inmutaría. Los médicos le dan un cincuenta por ciento de posibilidades de salir de esta en condiciones. Hemorragia cerebral. La inflamación no es muy grave, pero está en la UCI. —El jefe de la mafia señaló con el índice el dispositivo USB que Levi tenía en la mano—. A ver si tu amigo puede desentrañar algo de ahí y proporcionarnos un nombre.

—¿Por casualidad tienes la nota que le dejaron a Jimmy? Quizá Denny consiga alguna huella.

—Pues sí. —Vinnie se levantó de un salto y se acercó al escritorio—. Por desgracia, un puñado de gente ha tocado la nota con sus manazas, así que no sé si tu amigo conseguirá algo. —Cogió un sobre y se lo tendió a Levi—. El de papel está dentro. Iba a pedirle a uno de los chicos que comprobara lo de las huellas, pero si tu amigo puede hacerlo, mejor.

Levi se guardó el sobre en el bolsillo interior de la americana, se recostó en la butaca y notó la ira crecer en su interior. Era muy extraño que quien hubiera hecho aquello no supiera que agitaba un

avispero. En circunstancias normales, el mero hecho de replicar a un iniciado bastaba para recibir una buena tunda. La idea de agredir a un miembro de *La Cosa Nostra* resultaba impensable. Como poco, el autor recibiría la visita de un escuadrón de matones que se deleitaría rompiéndole unos cuantos huesos. Quienquiera que fuera, era hombre muerto.

—Vinnie, llamaré a Denny enseguida a ver qué puede hacer. Si no puedo ayudar, ¿quieres que intente mover otros hilos?

El jefe de la mafia ladeó la cabeza.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, la Panda podría...

—No. —Vinnie sacudió la cabeza y sonrió—. Eres nuevo en tu relación con la Panda, pero esto no es para ellos. Recuerda que esos tipos son bastante quisquillosos con nuestro gremio. —Levantó un dedo y dio un buen sorbo a su amaretto.

Levi no sabía que la Panda había reclutado a Vinnie hacía muchos años, cuando su padre aún encabezaba la familia. Aunque Vinnie ya no hacía gran cosa para la organización clandestina, seguía formando parte de aquel grupo de marginados. Hacía poco que Levi se había enterado de que Vinnie había tenido que ver en el hecho de que lo reclutaran para la causa.

—A menos que sea legítimo investigar el asunto, es mejor que no se enteren de esto. ¿Hay algún motivo por el que los rusos pudieran estar buscándote? —continuó Vinnie.

Levi sacudió la cabeza antes de hablar.

—Bueno, justo antes de volver a la actividad... unos rusos me agredieron en la cárcel.

—¿No fue una trampa?

—Exacto, y estoy convencido de que quien envió a los rusos a por mí está muerto...

—Claro, ya me acuerdo. Acabaste cargándote a unos cuantos. —Vinnie rio y señaló con el vaso en dirección a Levi—. Cuando intentaron hacerte una visita, no se esperaban a un demonio de Tasmania experto en kung fu. Quizá entonces te granjearas unas enemistades que ni siquiera conoces. Son nuestros trapos sucios, deja a la Panda al margen.

—Bueno, la nota decía que estaban buscando al «solucionador», así que suena más a mis trapos sucios que a los tuyos.

Vinnie levantó el vaso casi terminado y ambos los entrechocaron.

—Formas parte de la familia, así que los asuntos que los rusos tengan contigo son también asunto nuestro. —Señaló la puerta doble de la entrada y dijo—: Vete a ver qué puede descubrir tu amigo. Empezaremos por ahí.

Levi consultó su reloj de pulsera.

Era poco más de medianoche. Denny estaría despierto. Al fin y al cabo, regentaba un bar que no cerraba hasta las tres.

Se levantó, los dos amigos se besaron en las mejillas y, al salir del salón de Vinnie, Levi tuvo una certeza: Ni él ni Denny iban a pegar ojo esa noche.



Ya era casi la hora de cerrar cuando Levi entró en el Gerard's, un bar de barrio situado en una travesía de Delancey Street, en Little Italy, Nueva York.

El local estaba casi vacío y Rosie, una puertorriqueña de unos treinta y tantos años, intentaba echar a un viejo que andaba con paso tambaleante. Miró a Levi, entornó los ojos exasperada y se centró en el borracho al que estaba haciendo salir por la puerta.

—Pappi, ¿seguro que no quieres que te llame a un Uber o algo así?

—No, estoy bien. —El hombre rechazó la oferta con un gesto exagerado de la mano y salió como pudo por la puerta que Levi mantenía abierta—. Estoy Rosie... eh, no, estoy borracho. Vivo a dos manzanas de aquí.

Rosie levantó la vista hacia Levi y le señaló el fondo del local.

—Denny te espera en la trastienda, pero ¿puedes cerrar la puerta cuando salga? Voy a asegurarme de que nuestro amigo llegue a su casa de una sola pieza.

—Por supuesto.

Levi observó a la camarera sujetar al viejo por el brazo mientras salían a Delancey Street. Rosie era un animal de ciudad sin pelos en la lengua que no disimulaba su enojo con Levi cuando apartaba a Denny de sus labores de dueño del bar, y resultaba interesante ver otra faceta de ella.

Cerró la puerta con llave y se dirigió a la trastienda. Dejando atrás los baños, giró a la izquierda por un pasillo mal iluminado. La pared derecha del pasillo estaba alicatada con un mural hortera que representaba una escena de playa.

Levi había visto a Denny pulsar una combinación de baldosas para entrar en la trastienda. Al llegar a la pared, oyó un clic y, con una ráfaga de aire, apareció la silueta de una puerta.

La puerta se abrió hacia dentro y Denny asomó la cabeza al pasillo. Su característico pelo afro cortado al rape le había crecido un poco y parecía un tanto demacrado. Le indicó a Levi que entrara.

—Ya era hora, pensaba que llegarías antes.

Levi entró en la sala cavernosa pero bien iluminada y ladeó el cuello a un lado y a otro para desentumecer los músculos.

—Lo sé, habría llegado antes andando, sin esperar a que el Uber respondiera y me trajera hasta aquí. —Recorrió la estancia con la mirada y se fijó en los innumerables estantes llenos a rebosar de equipos de vigilancia electrónica, osciloscopios y casi todo aparatejo imaginable. Le entregó a Denny la mochila USB y el sobre que le había dado Vinnie.

—Supongo que no tienes intención de ordenar este sitio, parece una tienda de Radio Shack toda revuelta.

—Ya ves. —Denny resopló, se acercó a su escritorio y se sentó ante la estación de trabajo—. En Radio Shack nunca han tenido estas cosas y, además, creo que ya han cerrado todas las tiendas.

Levi acercó una silla mientras el genio de la informática enchufaba el dispositivo usb y paseaba los dedos por el teclado a toda velocidad.

—Bueno, es un archivo grande, voy a pasarlo a mi unidad de almacenamiento RAID para procesarlo más rápido. —Tecleó unas cuantas órdenes más y se fijó en el sobre. Abrió un cajón del

escritorio, tomó unos guantes de látex y miró a Levi—. A ver, no me lo has contado. ¿De dónde salen el USB y el sobre? ¿Quiero saberlo?

Levi inclinó la silla de respaldo rígido hacia atrás y se encogió de hombros.

—La verdad es que no sé gran cosa. Tal como te dije por teléfono, el vídeo es de la escalera de la entrada principal, en la que alguien arrojó a uno de nuestros hombres. El pobre no puede hablar porque está en coma. —Señaló el sobre mientras Denny extraía cuidadosamente con unas pinzas un trozo de papel manchado de sangre—. Le clavarón esa nota en la camisa.

—Entiendo. —Denny abrió una pequeña funda de plástico y empezó a espolvorear con un polvo fino negro la nota ensangrentada con el mensaje en ruso garabateado a mano. Con algo parecido a un pincel delicado, apartó con delicadeza parte del polvo y frunció el ceño.

—Aquí ha metido la pezuña mucha gente.

Levi se acercó más y vio la variedad de manchas que el polvo había revelado en el papel.

Denny le dio la vuelta a la nota y repitió el proceso. Sacudió la cabeza y señaló una esquina del papel.

—Parece que aquí tenemos una huella parcial que puedo intentar pasar por la base de datos de huellas dactilares del FBI. —Con un trozo de celo, Denny trasladó la huella parcial a un pequeño recuadro de papel blanco, A continuación, lo colocó en un escáner y accedió a un sitio web con el logo del FBI. Tras pulsar unas cuantas teclas, apareció un mensaje circular que indicaba que había una búsqueda en marcha—. Primero lo paso por el NGI, y si hay suerte obtendremos una coincidencia.

—Eso funciona. —Señaló el dispositivo conectado al ordenador grande—. ¿Qué me dices del vídeo?

Denny dejó la nota en el sobre, se lo entregó a Levi y se quitó los guantes. Acto seguido, se centró en el monitor y exhaló un suspiro.

—¿Qué coño de lápices USB usáis?

—¿Por qué lo dices? ¿Qué tiene de malo?

Denny soltó un bufido mientras tocaba unas cuantas teclas.

—Recuérdame que antes de irte te de una caja de dispositivos USB 3.0. No había visto un USB 1.1 desde el año 2000.

—¿Y eso es malo?

—No, lo único es que el fichero va a tardar treinta veces más en transferirse. —Denny se levantó y, con una seña, invitó a Levi a seguirlo—. No pasa nada, tengo algo para que pruebes mientras tanto.

Levi siguió a Denny más allá de las hileras de estanterías metálicas y se paró cuando lo vio coger un paquete de Fedex de una mesa larga y lisa.

Abrió la caja y sacó algo parecido a un recipiente de plástico para guardar lentillas. Se lo tendió a Levi.

—¿Más lentes de contacto? —preguntó Levi. A lo largo de los años, Denny le había suministrado todo tipo de inventos que le habían ayudado a salir airoso de varios apuros. Incluso llevaba puesto uno de ellos. Ya tenía cinco trajes iguales al que vestía, equipado con una batería fina que se ajustaba alrededor del pecho, como si fuera un cinturón. No había hecho el traje él solo, sino que era producto del trabajo de varias personas, para que fuera prácticamente a prueba de balas y de armas blancas. Denny había ocultado unos emisores de luz infrarroja a lo largo de las rayas diplomáticas gris oscuro. Los emisores ocultos, combinados con la batería, ayudaban a Levi a detectar si alguien tenía la vista clavada en él.

—Sí, más lentillas, pero esta es distinta. —Denny sacó un portátil de un estante cercano, lo abrió y empezó a teclear—. Estoy introduciendo una app en tu móvil que se vinculará con esa lente. La última que te di... —Levantó la vista hacia Levi y frunció el ceño—. Aún la tienes, ¿no?

Levi asintió.

—La última lentilla que te di transmitía lo que veías directamente a tu teléfono y yo podía acceder a los datos, ¿verdad? Pues la tecnología ha evolucionado desde entonces—. Denny señaló el estuche que Levi tenía en la mano—. Venga, pónela mientras te explico.

Levi desenroscó la tapa y observó la lente sumergida en solución salina.

—Esta cosa está atravesada por más rayas plateadas que la última.

—El diseño no difiere demasiado. Son canales de fibra óptica entrelazados con matrices agrupadas de nanotubos de carbono. Créeme, no los verás cuando la lleves puesta. Póntela en el ojo derecho, que es el del que tenía medidas.

Pescó la lentilla con el dedo índice y miró a Denny.

—¿Y las mediciones oculares no cambian?

Denny se encogió de hombros.

—Ahora veremos.

Aquella era la parte que Levi odiaba. Cuando se acercó el dedo al globo ocular, se preguntó cómo podía haber gente que decidía llevar lentillas. La idea de ponerse algo dentro del ojo le parecía una locura, pero ahí estaba él haciendo precisamente eso.

—Ya sabes cómo va, presiona suavemente y la superficie del ojo la succionará. Quedará bien colocada en cuanto parpadees unas cuantas veces.

Levi hizo lo que le decía y vio borroso mientras parpadeaba para eliminar el exceso de solución salina. Se dio unos toquitos para secar el ojo y miró a su alrededor, pero no vio nada fuera de lo común.

—Bueno, ¿y ahora qué?

—Coge el teléfono. Deberías encontrar la nueva app en la pantalla de inicio. Dale un toqucito para activarla y ya estará. Siempre y cuando tengas una señal o una conexión Wi-Fi, funcionará.

Levi sacó el teléfono y, al dar un toqucito en la app, vio aparecer un mensaje de «conectando» delante de su ojo derecho, como en una pantalla de visualización frontal. Era una sensación extraña, porque el texto parecía estar al alcance de la mano pero, al mirar alrededor de la sala, notó que la imagen se estaba proyectando de algún modo en su ojo.

—Vale, dice que está conectando.

Miró a Denny y el rostro del ingeniero quedó encuadrado en una línea roja con la palabra «desconocido» parpadeando debajo.

—¡Ostras! Cuando te miro, resalta tu cara y dice «desconocido».

—¡Perfecto! —Denny sonrió. Pulsando unas cuantas teclas, accedió a una imagen de su portátil y se la enseñó a Levi—. ¿Y ahora?

Levi miró la imagen y, justo cuando la identificó, el rostro apareció resaltado en un recuadro verde junto con un texto brillante que decía: «Nick Searcy, actor». Mientras contemplaba la cara fueron apareciendo más datos biográficos.

—Qué guay. —Se giró y volvió a centrarse en la imagen. Empezó con el nombre y profesión—. O sea que identifica a quien estoy viendo y si sigo mirando me proporciona información biográfica.

—Sí, y he codificado la información por colores basándome en una escala de tres puntos dependiendo de la procedencia de la identificación: asociaciones criminales, órdenes judiciales activas u otro tipo de alertas—. Con expresión entusiasmada, Denny empezó a explicar el invento a toda velocidad—. Ahora esto es posible gracias a los últimos avances en el silicio, que me permiten calcular rápidamente resúmenes criptográficos que uso casi como si fueran una huella dactilar para la imagen que busco, transmiten esa información al teléfono y me permiten hacer búsquedas rápidas...

Levi sonrió y dejó que Denny se explayara sobre cuestiones que escapaban a su interés o comprensión. Sacó el teléfono y repasó imágenes al azar. La lentilla que había recibido en la ocasión anterior transmitía, desde una cámara instalada en a un bolígrafo, una imagen que le ocupaba casi todo el ojo derecho, y aquello resultaba útil pero no tan práctico. La que ahora llevaba interfería mucho menos con su visión y no lo desorientaba. En cuanto Denny acabó con la ristra de explicaciones, Levi le hizo una pregunta.

—O sea que la mayoría de las imágenes que veo en mi teléfono la lentilla las identifica, pero no te ha reconocido a ti. ¿Hay algún...?

—Para la búsqueda, uso los API del modo administrador para acceder a los NGI, el sistema de identificación del FBI de próxima generación, el NCIC, la INTERPOL, la base de datos de imágenes de pasaportes que tiene el departamento de Estado y alrededor de cien

servicios de pasaportes de otros países. Joder, incluso puedo hacer una búsqueda de imagen inversa en Google si es necesario. —Denny le dedicó una sonrisa torcida—. Sin embargo, me he borrado de prácticamente todos esos repositorios, por lo que la app no funciona bien conmigo.

Levi recorrió la sala con la mirada mientras Denny dejaba el portátil a un lado. Apenas notaba que llevaba la lentilla, lo cual era fantástico.

Denny invitó a Levi a seguirlo de nuevo hacia la parte delantera de la trastienda secreta.

—A ver si el vídeo ha enviado los datos a mi sistema.

Levi se guardó el estuche de la lentilla y bostezó mientras seguía a Denny hasta el escritorio. Consultó la hora y vio que eran casi las cuatro de la mañana. Mucho más tarde de la hora en que solía acostarse.

El genio de la informática señaló el monitor, en el que destellaba un icono.

—Oye, la base de datos ha encontrado algo.

Levi notó una punzada de emoción que ahuyentó el agotamiento que sentía.

Denny accedió a la página web con el logo del FBI.

—Sí, tenemos una coincidencia. —Tras pulsar unas cuantas teclas, en pantalla apareció una página de texto con la imagen de un hombre en la esquina superior derecha—. ¿Conoces a un tal Anthony Montelaro? Porque a él pertenece la huella parcial.

Levi soltó un gemido.

—Sí. Tony era uno de los guardas de seguridad esa mañana. Seguro que tocó la nota.

—No es de extrañar. No creo que se me hubiera ocurrido ponerme unos guantes en tales circunstancias. —Denny minimizó la ventana del navegador y accedió a otra pantalla—. Hablando de circunstancias, el archivo ha terminado de copiarse, voy a abrirlo y a ver qué encontramos.

Levi vio a Denny abrir una especie de aplicación y, en cuestión de segundos, las imágenes grabadas por las cámaras de seguridad aparecían en pantalla.

Los dos observaron la película en tiempo real: un todoterreno aparecía a toda velocidad, frenaba de golpe mientras la puerta trasera se abría y Jimmie Costanza era arrojado de cabeza a la calle. El vehículo aceleraba inmediatamente, desaparecía de la pantalla y al cabo de unos segundos un grupo de hombres trajeados, el equipo de seguridad de Bianchi, entraba en la imagen y el vídeo terminaba.

Era un milagro que las ruedas traseras no le hubieran aplastado la cabeza a Jimmie cuando el todoterreno se largó a una velocidad de vértigo por el asfalto mojado por la lluvia.

—Menuda salvajada —comentó Denny al rebobinar el vídeo hasta el punto en que la parte trasera del vehículo resultaba visible—. Bueno, a ver qué distinguimos.

Fotograma a fotograma, fue haciendo avanzar el vídeo mientras el vehículo desaparecía de la escena y, por lo que a Levi le parecía, la matrícula no se veía entera en ningún momento. Y al ampliar la imagen, las letras se veían, como mucho, borrosas.

Levi frunció el ceño.

—Supongo que necesitamos mejorar la resolución de nuestras cámaras.

—No. —Denny desestimó la sugerencia con un gesto—. No está tan mal, teniendo en cuenta las circunstancias. Ese día llovió, por lo que la iluminación no es la ideal, y tampoco es que las cámaras de seguridad estén hechas para obtener fotografías perfectas en movimiento. La palabra Excelsior aparece en la matrícula, así que es de Nueva York, y veo que se expidió con posterioridad a junio de 2020.

Levi frunció el ceño mientras contemplaba la imagen borrosa. Apenas era capaz de distinguir las letras doradas de la parte inferior de la matrícula.

—Y en la primera parte parece que pone KKL, pero no tenemos nada más.

—Bueno, no está tan mal —se mofó Denny al cambiar de ventana y acceder a otra página, que parecía reservada para los empleados del departamento de policía de Nueva York. Tras tocar unas cuantas teclas y avanzar por unas cuantas páginas web distintas, el genio de la informática introdujo la matrícula parcial—. A

juzgar por la carrocería, diría que es un modelo nuevo del Lincoln Navigator. A ver si podemos acceder a los registros de la Dirección General de Tráfico correspondiente a vehículos con las letras KKL en la matrícula y con ese modelo—. Escribió algo más y pulsó intro.

Levi observó el reloj de arena que apareció en medio de la pantalla y, en cuestión de segundos, se actualizó y mostró tres listas.

Denny señaló la pantalla.

—La primera dice que el coche es azul, así que descartado. La segunda, que es negro, del año correspondiente y registrado a nombre de una mujer llamada Marsha Springfield, de Canarsie. —Constaba su dirección y número de teléfono.

Levi trajo a su mente un mapa de la zona y se centró en Canarsie, situado en el sudeste de Brooklyn. Un barrio de clase media que había visitado unas cuantas veces a lo largo de los años.

—Y el número tres es el modelo y color correcto, registrado a nombre de un tal Alexander Rybakov...

—Un momento, ¿qué información aparece sobre él?

Tras unos cuantos golpes de tecla, Denny accedió a algo similar a una foto del pasaporte y un texto que iba desplegándose debajo.

—Parece que tiene pasaporte ruso. Nacido en Ucrania, a los cinco años se trasladó a una región situada a las afueras de Moscú, y ahora está aquí con el visado caducado. —Denny tecleó rápido y en pantalla aparecieron más logos y texto. Miró a Levi—: Nuestro amigo aparece en la Interpol. Tiene antecedentes penales por delitos menores que se remontan a hace diez años. Pasó un año en... —Denny frunció el ceño ante la pantalla—. Soy incapaz de pronunciarlo.

Levi dijo la palabra en ruso y recordó de inmediato el nombre de la prisión de un documental que había visto hacía un año sobre la cárcel más dura de Rusia.

—Se la conoce como la prisión del Delfín Negro. Se considera lo peor de lo peor, y no es para nada el lugar al que iría a parar un delincuente común.

Denny se encogió de hombros mientras seguía leyendo rápidamente las páginas de texto.

—Los registros de la Interpol no dicen por qué lo encarcelaron, solo el nivel del delito. ¿Quién sabe? A lo mejor tuvo un rifirrafe con algún comisario de Moscú.

—Tal vez. Tengo la dirección de Marsha, ¿tienes la de nuestro ruso?

La pantalla se actualizó con los datos que Levi quería.

—Aquí dice... Brighton Beach. —Levi se acercó más para observar el rostro del hombre. La lentilla del ojo derecho capturó la imagen y lo identificó como Alexander Rybakov.

—¿Quieres que lo imprima?

Levi se dio un toqucito en la sien.

—No hace falta. Lo tengo aquí.

Denny sacudió la cabeza y suspiró.

—Esa memoria eidética tuya es de lo más alucinante que he visto nunca.

Levi se puso en pie y le dio una palmada en el hombro.

—No es tan fantástico como te crees. Está claro que puedo recordar imágenes de cosas que he visto, pero no es lo mismo que saber qué es qué. Por ejemplo, últimamente he estudiado unos libros de derecho...

—¿Quieres ser abogado? —Denny sonrió.

—No, pero no está de más conocer las leyes. Si me preguntas qué hay en la página 205 del material de preparación para las oposiciones al cuerpo de abogados, puedo decírtelo enseguida, pero si me haces una pregunta cuya respuesta está en la página 205, no necesariamente seré consciente de que está ahí. Tengo que leer las cosas y estudiármelas.

—Oh. —Denny parecía un poco decepcionado cuando se levantó. Entrechocó el puño con el de Levi y soltó un bostezo—. ¿Necesitas algo más?

—No, ya está. —Levi siguió a Denny desde el almacén hasta el bar justo cuando Rosie entraba.

«Rosario Fuentes». Su lentilla mostró la identificación de inmediato.

La mujer le dedicó su característica mirada furibunda y se centró en Denny.

—Oye, te vas a poner enfermo si trabajas día y noche.

Levi rio entre dientes, dio una palmada a Denny en el hombro y se despidió.

—Chicos, me largo. —Se volvió hacia Rosie y señaló al genio de la informática con el pulgar—: Cuida de él.

—Es lo que hago siempre —repuso ella con un gesto de desdén mientras observaba a Denny, que daba golpecitos con el pie preso de la impaciencia.

Levi salió del local e inspiró profundamente el olor almizclado de las calles poco antes del amanecer.

Las calles... ese olor era el de lo que él consideraba su hogar.

Sacó el teléfono, marcó un número y por el pinganillo oyó la voz soñolienta de Frankie Minnelli.

—Más vale que tengas un buen motivo para llamarme.

Levi recorría las calles oscuras de Little Italy con una sonrisa en los labios.

—Al parecer, tenemos una pista sobre los tipos que le dieron la paliza a Jimmie. Necesito transporte y varios hombres.

Se oyó un frufú por la línea y Levi imaginó que Frankie se levantaba de la cama.

De repente, la voz del hombre sonó afilada.

—¿Dónde estás y dónde está nuestro objetivo?

—Estoy en Little Italy, acabo de salir del Gerard's. Nuestro hombre está en Brighton Beach. Tengo la dirección.

—Un momento, tengo a varios hombre trabajando en el Muelle 36 ahora mismo. —Frankie hizo una pausa—. Acabo de enviarles un mensaje. Ya están en el coche yendo a buscarte, llegarán en unos diez minutos. ¿Necesitas algo especial?

—Necesito un lugar tranquilo por allí cerca. Ya me entiendes... para que nuestro amigo y yo podamos hablar.

—Entendido. Llamaré a otro equipo para que hagan de refuerzo. Esa zona está llena de rusos. Prepararé un equipo de limpieza para cuando acabes. Además, que sepas que Jimmie no ha sobrevivido. Me llamaron del hospital hace apenas una hora.

Levi se paró en medio de la calle vacía, lleno de ira.

«Jimmie».

Maldita sea.

Vio los faros de un coche que bajaba a toda velocidad por Grand Street y el Cadillac se paró bruscamente a unos quince metros de él. Carmine Ricce sacó la cabeza por la ventanilla del lado del conductor.

—Frankie, están aquí. Te llamo cuando acabe.

Levi colgó y se encaminó al coche. Se subió al asiento trasero de la gran berlina y dijo:

—Brighton, Calle 7. Vamos para allá antes de que haya movimiento en la zona.

Carmine puso el coche en marcha y pisó el acelerador.

Tenían una cita en Brighton Beach.



Soplaba una brisa del este y Levi inspiró a fondo para disfrutar del aroma a agua salada procedente de la bahía de Sheepshead. Faltaban pocos minutos para las cinco de la mañana. Carmine estaba al volante del Cadillac y Levi esperaba en el exterior de un dúplex de ladrillo visto en Brighton Beach.

El resto del equipo, que incluía a Gino, uno de sus segundones más destacados, y a los hermanos Scarpetti, eran los matones. Carmine se había quedado en el Cadillac y el resto se habían apostado en la parte trasera del edificio. Levi, convertido en una silueta sombría en la solitaria calle de madrugada, estaba delante.

Levi dirigió la vista a derecha e izquierda, observando la disposición de los edificios, captando todos los detalles. Era una zona ecléctica, como buena parte de la ciudad, y los rusos tenían, a un lado, un establecimiento descrito como «Peluquería» en alfabeto cirílico y, al otro, otro local que anunciaba servicios de traducción.

De repente, Levi notó movimiento y la puerta delantera se abrió.

Levi sintió un escalofrío al ver a un hombre alto y delgado salir por la puerta del dúplex. Lo miró a la cara, sonrió y dijo en ruso:

—Esperaba visita y no me ha decepcionado.

Detrás del hombre había un mastodonte con las manos hundidas en los bolsillos del cortavientos; eran lo bastante grandes como para ocultar un arma de cañón corto.

Levi no había visto ninguna cámara en el exterior. ¿Cómo había podido saber el ruso que estaba allí? ¿Y dónde estaban Gino y los chicos?

En la calle reinaba un silencio fantasmagórico cuando la voz del flaco recorrió los quince metros que los separaban.

—Lazarus Yoder, a mi jefe le gustaría volver a contar con sus servicios...

El hombretón que hacía de escolta soltó un gruñido cuando Gino se dejó caer desde una ventana del segundo piso justo encima de sus hombros y le cubrió la nariz y la boca con un paño.

El ruso levantó los brazos lentamente cuando uno de los hermanos Scarpetti le apuntó a la cabeza con un revólver.

Gino bajó del grandullón cuando se desplomó boca abajo en las escaleras que conducían al dúplex.

El ruso tenía la mirada clavada en la pistola con la que le apuntaban mientras gritaba por encima del hombro.

—Eseto no es necesario, señor Yoder. Mi jefe es Yuri Popov. Quiere llegar a un acuerdo con usted.

Gino se acercó a él y, sin previo aviso, le roció la cara con una sustancia que lo hizo tambalearse hacia atrás y resoplar. A continuación, se abalanzó sobre él y, rodeándole el cuello con el brazo, le plantó un paño en la cara y lo derribó.

El hombre se quejó y forcejeó, pero quedó inerte en cuestión de segundos.

Ya estaba.

Levi subió las escaleras mientras Gino hablaba por su micrófono de pulsera.

—Tenemos tres que llevarnos. Que sea rápido, el barrio está a punto de despertarse.

Levi cacheó al ruso, le cogió la cartera y la abrió. Había una tarjeta en alfabeto cirílico donde también ponía *PERMIS DE CONDUIRE*, en francés.

Era el carné de conducir de Alexander Rybakov.

Una furgoneta blanca sin distintivos paró delante del dúplex y los hermanos Scarpatti se dispusieron a arrastrar los cuerpos inconscientes hasta el vehículo.

Gino guardó el spray y los paños impregnados de la sustancia que había utilizado en una bolsa de plástico de cierre hermético.

—Lo siento por los dos *momos*. Salieron a la calle justo cuando entramos en la casa. —Mostró la bolsa con el spray y los productos químicos y sonrió—. Esto funciona de maravilla. He rociado al ruso en la cocina y se me ha quedado mirando unos instantes antes de desplomarse como un espagueti recocido.

La sustancia química que contenía el spray era sevoflurano, un potente anestésico que Levi había enseñado a usar a algunos miembros de la familia Bianchi. Lo había descubierto hacía unos años gracias a unos agentes de la CIA, y desde entonces lo había añadido a su repertorio.

Levi indicó a Gino que lo siguiera. Se encaminaba al Cadillac, que estaba en punto muerto, sin dejar de observar la calle por si advertía señales de movimiento. Lo último que le faltaba era que alguien los viera cargando un par de cuerpos inertes en una furgoneta. Satisfecho al ver que no había nadie, Levi asintió hacia el conductor de la furgoneta, que tomó la calle 7 de Brighton en dirección norte.

Levi subió al asiento trasero del Cadillac y Gino ocupó el del copiloto.

Carmine puso el coche en marcha y siguió a la furgoneta blanca.

—¿A qué distancia está el piso franco?

Carmine miró por el retrovisor y pisó el acelerador.

—Está en una travesía de la Avenida P. Llegaremos en unos ocho minutos.

Levi asintió. Probablemente no se habrían despertado aún.

Miró hacia el este; las sombras nocturnas iban difuminándose a medida que el horizonte se tornaba más brillante con la promesa de un nuevo día.

Levi movió los hombros para quitarse la rigidez, se recostó en el asiento y se relajó. Había sido un día muy largo para él y aún le quedaba mucho por hacer.

«Esperaba visita y no me ha decepcionado», había dicho el ruso. Parecía una ridiculez, sobre todo para alguien que, al parecer, lo conocía. «A mi jefe le gustaría volver a contar con sus servicios».

No tenía ni idea de quién era el supuesto jefe, y en verdad poco importaba. Levi lo descubriría antes de que el tipo callara para siempre, de eso no le cabía la menor duda.

CAPÍTULO CINCO

Levi respiró hondo y notó cómo el olor a sangre y sudor inundaba la sala de seguridad. Contemplaba la figura inmóvil de Alexander Rybakov. Estaba desplomado hacia delante; unas cintas de cuero bien apretadas lo mantenían sujeto a una silla de acero que, a su vez, estaba atornillada al suelo. Tenía el ojo derecho tan hinchado que apenas podría abrirlo, y el labio, partido y ensangrentado. El último tortazo de Levi lo había dejado inconsciente.

La puerta de la sala se abrió y la silueta de cerca de dos metros de Paulie llenó el umbral. Entró y cerró la puerta insonoriza tras de sí. Miró a Rybakov. Abrió los orificios nasales y negó con la cabeza.

—¿Has conseguido lo que querías?

Levi se echó un chorro de desinfectante de manos en las palmas, las frotó entre sí, cogió una toalla blanca de una pila que había en una mesa plegable y se limpió.

—Ya he tenido suficiente.

Observó la expresión del hombretón. Aunque Paulie era un capo, un líder dentro de la familia Bianchi, y había visto todo lo que había por ver del lado oscuro de la vida de la mafia, Levi notó que le afectaba ver a alguien medio muerto de una paliza.

Bueno, mostraba su humanidad.

—Paulie, ¿y los otros dos? —Levi señaló hacia la puerta cerrada.

—Resulta que sí que hablaban inglés. Esos dos no eran más que los guardaespaldas de este tío. Al parecer, uno de ellos fue quien enganchó a Jimmie en la esquina cerca de Flatbush, y el otro, el que

lo interrogó y luego lo arrojó del coche. Eso es todo lo que sé. — Paulie le tendió el teléfono—. Frankie ha llamado y quiere que lo pongas al día.

Levi cogió el móvil, marcó un número y se acercó el aparato al oído.

—¿Quién es? —gruñó Frankie por la línea de seguridad.

—Soy yo. Ya he terminado.

—Vale, cuéntame. ¿Qué sabemos?

—Una parte tendrá que esperar hasta que estemos cara a cara, pero estos tíos trabajan para un tipo ruso que se llama Yuri Popov.

—No me suena de nada. ¿Lo conoces?

—No lo he oído en mi vida. En cualquier caso, el jefe les dio mi nombre a los tipos de aquí y me querían para un trabajo nada más y nada menos que en Rusia.

—¿Por qué demonios quiere un mafioso ruso contratar ayuda externa para algo que está pasando en su país? No tiene ningún sentido, aquí hay algo que no cuadra.

—Tienes razón. No tiene ningún sentido. Pero estaban dispuestos a pagar con oro, y la mitad como anticipo. El tío tenía la llave de una caja de seguridad y se la he dado a Carmine para que la examine. Ahora estoy exhausto y necesito dormir, así que me vuelvo a mi apartamento.

—Vinnie querrá hablar contigo cuando vuelva esta tarde.

—Entendido. Pero llevo despierto más de treinta y seis horas seguidas, así que necesito dormir un buen rato. Después, estaré operativo. ¿De acuerdo?

—Sí, dile a Paulie que te lleve a casa a descansar. Que el equipo cumpla su cometido.

—De acuerdo.

Levi colgó y se volvió hacia Paulie.

—La casa esa de Brighton Beach, ¿hemos...?

—Nuestros hombres la vaciaron y lo están analizando todo en uno de nuestros almacenes. Les he pedido que hagan un inventario de todo y que lleven al Helmsley todos los papeles que encuentren. Ya sabes, nombres de contacto, archivos, etc.

—Bien hecho. —Levi bostezó—. Tienes un coche, ¿verdad?

Paulie asintió.

—Volvamos al lado este, necesito dormir.

El grandullón señaló a Rybakov con el pulgar.

—¿Necesitas sacarle algo más a este, o a los demás?

—No. Después de lo de Jimmie, con ellos ya hemos terminado. —

Levi se dirigió a la puerta, se volvió hacia Paulie y lo miró a los ojos

—. Estoy seguro de que nadie los echará de menos.

Paulie inclinó la cabeza observando a Levi.

—¿Y su jefe?

Levi soltó un bufido y sacudió la cabeza.

—Sus hombres la cagaron al tratar a uno de los nuestros de esa manera. Nosotros cuidamos de los nuestros, me importa un carajo quiénes sean estos imbéciles, ¿queda claro?

El hombretón sonrió y asintió lentamente.

—Se lo diré al equipo de limpieza. Hay un vertedero donde creo que falta materia.



Con el estómago lleno, Levi dio un sorbo de agua de Seltz mientras observaba a Vanessa y a Michael Bianchi, los hijos adolescentes del Don, que protestaban por el anuncio de su padre desde el otro lado de la mesa de travertino.

—Papá, no es justo. Hace dos semanas que lo teníamos planeado —se quejó con amargura Michael, un guapo joven de catorce años que había heredado los ojos azules de su madre—. Dijiste que podríamos ir a la playa con los Ragusso este fin de semana.

—¿Podemos ir, por favor? —Vanessa, la melliza de Michael, parpadeó y miró a uno y otro extremo de la mesa, confiando en ganarse a sus padres con un mohín que le marcaba los hoyuelos—. Esta vez me aseguraré de que Michael no se meta en líos.

La voz de Phyllis atajó las quejas con rotundidad.

—Ya habéis oído a vuestro padre. No hay nada que añadir.

Vinnie exhaló un suspiro y clavó la mirada en los niños.

—Lo siento, os compensaré, pero las festividades de este fin de semana quedan anuladas.

—Pero...

—¡Basta ya! —Los ojos de Vinnie destellaron de la ira que Levi recordaba de cuando él y el Don eran adolescentes. Hizo un gesto hacia los niños—. Dad las buenas noches a nuestro invitado, duchaos y preparaos para ir a la cama.

Michael encorvó la espalda. Cuando él y su hermana se levantaron de la mesa, toda expresión desafiante se había desvanecido.

Se acercaron a Levi y le dieron un beso en la mejilla.

—Buenas noches, tío Levi —dijeron al unísono.

—Buenas noches, chicos.

Salieron del comedor del ático arrastrando los pies. Mientras Phyllis quitaba la mesa, miró a Vinnie y preguntó:

—¿Todo bien?

—No tienes nada de qué preocuparte, querida. —Vinnie le lanzó un beso—. Es por cautela.

La esposa del Don, con expresión dudosa, cogió el plato de Levi y dijo:

—Mientras Levi esté metido en el asunto, sé que no cometerás ninguna locura.

—¿Qué quieres decir con eso? —respondió Vinnie fingiendo estar molesto.

—Ya sabes a qué me refiero. Tú eres impulsivo, Levi tiene sangre fría. —Miró a Levi y frunció el ceño—. Aunque es demasiado frío con respecto a la novia china esa que tiene. ¿Cómo es que todavía no os habéis casado y tenido hijos? Y si no con ella, conozco a un montón de chicas igual de guapas y quizá un poco más predispuestas a complacer a su hombre, si les das la oportunidad.

—¡No empieces otra vez! —Vinnie sacudió la cabeza.

Levi se echó a reír.

—Phyllis, gracias por preocuparte por mi vida amorosa, pero por ahora ya me va bien como están las cosas.

Vinnie se levantó y le hizo una seña.

—Marchémonos de aquí antes de que Phyllis empiece a buscarte una cita a ciegas con sus amigas emperifolladas. Hablemos en el despacho.

Levi se levantó, besó a Phyllis en la mejilla y dijo:

—La cena estaba riquísima.

Salió del comedor detrás de Vinnie, cruzaron el vestíbulo y entraron en el despacho. El don fue directo al mueble bar y se sirvió una copa.

—¿Quieres otra agua de Seltz?

—No, gracias. —Levi se acomodó en la butaca situada cerca de la gran chimenea y disfrutó de la calidez del hogar crepitante.

—¿Frankie te ha contado lo que descubrimos en Brighton Beach?

—Sí, y hay novedades. —Vinnie cogió una pequeña bolsa de gimnasio de cuero que tenía en el escritorio y se le acercó con una copa en la otra mano. Dejó la bolsa a los pies de Levi y dijo—: Ábrela.

Levi abrió la cremallera y vislumbró un destello dorado entre lo que parecía un fardo de toallas. Metió la mano y cogió una de las toallas de rizo. De allí salió un lingote de oro. Estaba marcado en ruso y decía que pesaba un kilo y que era oro puro de 24 quilates.

Al tomar asiento en la otra butaca, Vinnie apuntó con la bebida en dirección a Levi.

—Tienes en la mano unos seis de los grandes. Y hay cuatro más en la bolsa.

—¿Gino los encontró en la caja de seguridad del ruso?

—Exacto. —Vinnie cogió una libreta con tapas de cuero de la mesilla de al lado de la butaca y se la lanzó a Levi—. Nuestros chicos también encontraron esto.

Levi atrapó la libreta al vuelo, dejó el lingote y la abrió. Era un pequeño diario que contenía unas cuantas frases en alfabeto cirílico. Lo hojeó y enseguida le quedó claro que era una agenda llena de nombres, direcciones y números de teléfono.

—Es una libreta de direcciones.

—Ya me he dado cuenta. —Levi sonrió mientras seguía hojeándola.

—Por cierto —Vinnie dejó la bebida en la mesita y se inclinó hacia delante—: ¿Dónde narices has aprendido ruso? Sé que hace años, cuando regresaste, tenías entre manos un asunto raro con un tipo ruso...

—Vladimir Porchenko. —Levi recordaba el nombre de todas las personas que había matado. Era un político ruso, un mafioso, responsable de forma indirecta del extraño camino que había tomado su vida. Mary, su esposa, había sido asesinada por orden suya.

—Sí, ese hombre. Y se nota por cómo miras la libreta que entiendes e incluso quizá sepas hablar el idioma. ¿Dónde lo aprendiste? En aquel momento, la familia no tenía mucha relación con los rusos.

Levi sonrió mientras seguía escudriñando la libreta, buscando un nombre.

—No lo sé, la verdad. Después de la muerte de Mary estuve en Japón, China, Rusia y unos cuantos países más, y aprendí varios idiomas que fui oyendo a lo largo de los años.

—¿Así, sin más? —Vinnie chasqueó los dedos y sacudió la cabeza con expresión incrédula—. Tienes una memoria extraordinaria.

Levi se paró a mitad de libreta y sonrió al identificar un nombre conocido. Miró a Vinnie y preguntó:

—¿Has descubierto algo sobre Yuri Popov?

Vinnie asintió.

—De eso tenemos que hablar. Puedo contarte lo fácil: fue campeón de boxeo en Ucrania. Mientras dormías he hecho que lo investiguen.

Levi inclinó la cabeza, expectante, mientras el Don hacía una pausa y apretaba los labios.

—Fue uno de los socios conocidos del tal Vlad con quien te cruzaste.

—Mierda... eso no puede ser bueno. —Levi hizo una mueca—. ¿Está relacionado con alguien que conozcamos que esté vivo?

—¿Vivo? No lo sé seguro. Por lo que me han dicho, ese tío era uno de los sicarios de Vlad. Cuando te cargaste al tipo, hubo una lucha de poder ahí y el tal Yuri acabó perdiendo. —Vinnie apuntó con

el índice—. No te engañes, sigue teniendo un pequeño ejército de tipos leales a él en Rusia, pero en la calle se dice que intenta hacer crecer su negocio. Tiene gente en unas cuantas ciudades americanas: Los Ángeles, Chicago y aquí. Teniendo en cuenta que estamos al cuidado de dos de sus hombres, tendremos que poner las cosas en orden con él. Es lo que podría llamarse cortesía profesional, ya me entiendes.

—¿Por eso anulaste los planes de los niños?

Vinnie se encogió de hombros.

—No me gusta exponerme cuando no sé con quién o con qué trato.

—Tiene lógica. —Levi sonrió, giró la libreta de forma que Vinnie la viera y dio un toquecito a un nombre—. Bueno, tengo su nombre y un número. ¿Quieres que me ponga en contacto con él?

—¿Ahora? —Vinnie consultó su reloj—. ¿Qué hora es allí?

—Las cuatro de la mañana. —Levi sacó el móvil y apretó el botón de encendido—. Si este número está bien, no creo que el hombre esté muy ocupado a estas horas.

El Don le dio el visto bueno, se recostó en el sillón y se puso a dar sorbos a la bebida color ámbar que se había servido.

Una vez marcado el número, Levi activó el altavoz del teléfono y escuchó el crepitar de del tono de llamada.

Al tercer ring alguien respondió:

—¿Da?, «¿Sí?

Levi respondió en ruso.

—¿Hablo con Popov?

—¿Quién pregunta?

—Me llamo Yoder.

Por el altavoz del teléfono se oyó un frufrú. Daba la impresión de estar levantándose de la cama.

—Ah, o sea que Rybakov te ha encontrado. Bien. Hace tiempo que quería localizarte. Tengo una propuesta que hacerte.

—¿De qué se trata?

—Dile a Alexei que se ponga.

—No está disponible. —Levi no estaba seguro de quién era Rybakov para aquel tipo, por lo que no tenía ni idea de cómo se

tomaría la noticia de su muerte prematura.

—De acuerdo. ¿Te ha dado mi regalo?

Levi se inclinó hacia abajo, desenvolvió uno de los otros lingotes de oro y entrechocó los dos.

—Si te refieres al oro, la respuesta es sí.

—Bien, no es más que un aperitivo. Tengo diez veces más esperándote en un banco de Suiza para cuando acabes mi pequeña misión. Necesito tus servicios aquí en Rusia. ¿Cuándo puedes venir?

—Un momento. —Levi observó el teléfono con el ceño fruncido—. ¿Por qué yo para esto de entre toda la gente que hay en el mundo? Tú ya tienes a tus hombres, seguro que son capaces de hacer lo que te haga falta.

Yuri rio unos instantes antes de carraspear.

—Hay una persona a la que me encantaría borrar de la faz de la tierra, pero ninguno de mis hombres se le puede acercar lo suficiente. Tú, en cambio, sí que podrías.

—¿Y qué te hace pensar eso?

—Es muy sencillo. El hombre al que quiero liquidar está en deuda contigo y sé que tiene muchas ganas de conocerte. Quizá tú ni siquiera sepas quién es, pero seguro que conoces a su exjefe. De hecho, yo también trabajé para él: ¿el nombre de Vladimir Porchenko te dice algo?

—Sí. —Levi frunció el ceño aún más—. ¿Quién es esa persona que dices que quiere conocerme?

—Yevgeny Karpov. Su padre fue miembro de las dumas, un hombre bastante famoso. Por desgracia, el viejo Yevgeny es una de las personas mejor protegidas de mi país. Amigo del presidente ruso, Yevgeny está siempre rodeado por un círculo de hierro que ninguno de mis hombres ha conseguido traspasar. Lo hemos intentado. Pero sé que Yevgeny quiere hablar contigo, Lazarus Yoder. Así es desde la muerte de Vladimir. De hecho, los dos estamos en deuda contigo de una manera difícil de explicar. Fuentes muy fiables me han dicho que Yevgeny ofrece una recompensa sustanciosa a quien le informe de tu paradero. Estoy seguro de que podrías burlar su sistema de seguridad y hacer lo que hay que hacer si consiguieses acercarte a

él. Créeme, el mundo sería un lugar mejor si Yevgeny dejara de respirar.

Levi sacudió la cabeza y empezó a hojear la libreta de cuero otra vez.

—Si ese tipo está tan protegido como dices, me cuesta creer que vaya a abrirme la puerta y a saludarme como a un viejo amigo.

—Si quieres, puedo darte su número de móvil personal.

Levi se quedó quieto al pasar una página y observó el nombre de «Yevgeny Karpov» con su correspondiente número de teléfono y dirección.

Yuri soltó el número, que coincidía con el de la libreta.

—¿Lo has apuntado?

—Sí. —Levi miró a Vinnie, que lo observaba con expresión preocupada. Quedaba claro que no tenía ni idea de qué hablaban. Centrándose en el teléfono, Levi respiró hondo y exhaló lentamente —. Yuri, me pensaré la oferta que me has hecho. Pero debes saber que tus hombres cometieron un grave error al intentar contactar conmigo.

—¿Qué...?

—Mataron a uno de los míos. No esperes que Rybakov ni sus dos compinches te devuelvan las llamadas de teléfono. ¿Queda claro?

La línea quedó en silencio durante cinco segundos antes de que Yuri hablara.

—Es deplorable, pero lo entiendo. A veces se cometen equivocaciones.

Levi se acercó más al teléfono.

—Para que quede claro, te digo que no hay ningún asunto pendiente entre tú y yo. Estamos en paz. ¿Tú también lo ves así?

—De acuerdo —dijo Yuri con cierta preocupación—. Diente por diente. En Rusia la situación es complicada, pero puedo ponerte las cosas fáciles para que cruces la frontera. Lazarus, ¿puedo contar contigo?

—Todavía no lo he decidido. Antes debo aclarar ciertas cosas.

—Puedo mejorar el trato un poco más —anunció Yuri con voz más suave—. Si te interesa una nueva alianza, tengo una vacante en mi organización. Alexei era importante para mis planes de

expansión. Quizá podamos hablar de ciertos detalles que seguro que te resultarán favorables comparados con tu situación actual. Necesito una respuesta.

Levi sonrió y Vinnie le dedicó una mirada de confusión.

—No vas a recibir una respuesta por mi parte hasta que me lo haya pensado bien.

—El pensador, ¿eh? Bueno... una semana debería bastarte para pensártelo. —El tono de Yuri había cambiado ligeramente y Levi sabía que aquel nivel de impaciencia rayaba en amenaza.

—Me pondré en contacto contigo en este número. Buenas noches. —Levi colgó.

Repasó mentalmente lo que Yuri había dicho. Probablemente tendría que contactar con Brice y ver si podía darle información sobre el lío en que podría meterse con ese tipo.

Vinnie se lo quedó mirando con las palmas hacia arriba y juntando las yemas de los dedos en ese gesto tan típico de los italianos.

—Bueno, ¿qué pasa?

Levi sonrió.

—No sé por dónde empezar.



Un hombre se le acercó renqueando, ataviado con ropajes de monje budista. Llevaba un parche en el ojo derecho y por debajo de la túnica asomaba un muñón de madera. En el interior de Levi, una voz pronunció el nombre de Amar Van. «El inmortal» en hindi. A medida que el hombre se acercaba, Levi notó el olor envolvente a canela y especias exóticas.

Amar Van se inclinó hacia él y se levantó el parche para que viera el orificio seco que había ocupado su ojo. Exhaló y Levi a punto estuvo de ahogarse al oler la podredumbre que las especias habían disimulado.

—Estás infectado por la misma maldición... —susurró el hombre—. Eres igual que yo...

Levi se incorporó en la cama ahogando un grito.

Inspiró profundamente el aire del aparato de aire acondicionado de su apartamento y se estremeció asqueado por el sueño. Era recurrente, sobre todo cuando estaba estresado, pero cada vez le provocaba la misma reacción.

El hombre del sueño no era producto de una pesadilla; Levi lo había conocido en las regiones remotas de Nepal, en la época en que huía de sí mismo y del recuerdo de su esposa muerta. Por aquel entonces, el hombre se hacía llamar Narmer y decía tener miles de años, idea que no era más que un cuento para asustar a los niños del pueblo y hacerles comportarse.

—¡Si no os coméis las gachas, el viejo Narmer vendrá y se os llevará!

Pero mientras el recuerdo bullía en su interior, Levi sintió el mismo temor que siempre le provocaban aquellas imágenes.

Salió de la cama, se acercó al lavamanos y se echó agua fría en la cara. Luego miró el punto en medio del pecho descubierto donde le habían disparado. No había siquiera una pequeña marca que le recordara el suceso.

Y eso no era lo único extraño de su aspecto. Aparentaba mucho menos de cuarenta y cinco años. Parecía mucho más joven, de hecho, que su amigo Vinnie, que solo tenía tres meses más que él. Mientras que el don parecía ahora el distinguido jefe de mediana edad de una familia de la mafia, con unas cuantas canas en las sienes, unos kilos de más aquí y allá, y arrugas marcadas en la frente y alrededor de la boca, Levi no tenía nada de eso. Parecía haberse quedado congelado en el tiempo.

Tal como Narmer había dicho.

Y los científicos que Levi había contratado cuando regresó a Estados Unidos no habían sabido explicar lo que encontraron en los análisis de sangre, las radiografías o las micrografías electrónicas de barrido, aunque él no era capaz de borrar de su memoria los misterios que habían revelado.

Los médicos le dijeron que era un enigma.

Levi debería haber muerto varias veces desde entonces. Lo habían envenenado. Disparado. Apuñalado. Todo aquello podría —

debería— haberlo matado. Pero no había sido así.

Gracias a un sistema de sanación muy activo que tenía en su interior.

Narmer le había advertido acerca de eso.

Formaba parte del pasado de Levi que él intentaba negar. Pero, cada vez que se miraba al espejo, le recordaba que se mentía a sí mismo. A altas horas de la madrugada, como entonces, era cuando se permitía sucumbir ante el miedo que le provocaba.

¿Y si Narmer estaba en lo cierto?

La amenaza de vivir para siempre lo aterraba. El estar aislado. La idea de quedarse para siempre con sus errores. El dolor de ver cómo envejecían sus seres queridos.

A la larga, vería cómo sus hijas se harían mayores y morirían.

Apartó la mirada del espejo, volvió al dormitorio y miró una foto de sus hijas que tenía junto a la cama. Lucy también aparecía en ella. Una parte importante de su vida, aunque no fueran pareja. O no en el sentido tradicional.

Lucy había sufrido abusos casi toda su vida a manos de gente de su entorno, y aun así había tenido la fortaleza de superarlo todo. Era la viuda del líder de una tría, una de las pocas mujeres que tenían verdadero poder en el sindicato del crimen chino, y ya no pensaba desempeñar un papel secundario para nadie. Era implacable pero, a su manera, se parecía mucho a Levi: tenía buenas intenciones.

Con respecto a sus métodos...

Bueno, tenía buenas intenciones.

Levi y Lucy eran dos personas con una gran fuerza de voluntad, capaces de comerse el mundo si unían esfuerzos. Pero Levi no tenía aires de grandeza. Sus hijas adoptivas lo eran todo para él, y eran su prioridad.

Miró la hora. Eran las cinco de la mañana y Alicia iba a venir de visita. Cogió la ropa de hacer ejercicio y se vistió rápidamente.

Solo había una forma de aliviar la tensión que sentía. La bolsa de boxeo le esperaba en el sótano.

CAPÍTULO SEIS

Levi estaba delante del bloque de apartamentos cuando un todoterreno con los cristales tintados paró delante de aquella dirección de Park Avenue. La ventanilla del pasajero delantero bajó y Paulie, que iba al volante, le lanzó una mirada. Levi le indicó que esperara un momento mientras escuchaba la voz de Alicia por el pinganillo.

—«Papá, el sistema de navegación del coche dice que llego en tres minutos».

—Perfecto. Aquí te espero. —Colgó y se acercó al vehículo, que estaba en punto muerto—. Alicia está a punto de llegar.

Paulie miró más allá de Levi y gritó.

—Oye, Charlie, dile a Joey que salga inmediatamente. La hija del solucionador necesita que le aparquen el coche.

Charlie, uno de los sicarios de la familia Bianchi, que hacía guardia delante de la entrada del edificio, desapareció y dejó solo a otro hombre vigilando la puerta principal.

A modo de precaución, desde que liquidaran a los rusos de Brighton Beach, Frankie había añadido varios niveles de seguridad visibles en el bloque de apartamentos. Nadie estaba seguro de cómo respondería Popov ante el hecho de que se hubieran cargado a varios de sus hombres como represalia por la muerte de Jimmie, y era preferible no subestimar a un jefe de la mafia rusa, aunque hubiera prometido no vengarse.

Justo cuando el BMW de Alicia se detenía, un mafioso nervudo al que Levi había enseñado artes marciales salió del edificio.

La chica dejó el coche en punto muerto y Joey lo rodeó por detrás cuando ella se apeaba.

Levi hizo un gesto hacia ella.

—Dale las llaves a Joey. Él te lo aparca.

Alicia y las otras niñas lo habían visitado en alguna ocasión en la ciudad, por lo que la familia extendida de mafiosos Bianchi no le resultaba ajena. Aunque su hijastra mayor siempre había sido decidida, Levi observó que tendía las llaves del coche con cierta renuencia.

Era «su» coche y, probablemente, le costara entregar las llaves a un relativo desconocido. En cuestión de segundos, el descapotable de color vivo se fundió entre el tráfico a toda prisa, dobló la esquina y se desvaneció por las calles del Upper East Side.

Alicia saludó a Paulie cuando bajaba del todoterreno.

—¡Hola, tío Paulie! Parece que has engordado.

Paulie abrió una puerta trasera del todoterreno y se paró a mirarse el vientre, relativamente plano, con expresión preocupada.

Alicia saludó a Levi con un beso en la mejilla y se echó a reír.

—A los grandullones como tío Paulie siempre les preocupa el peso

El aludido blandió un dedo regordete en dirección a Alicia.

—Sabes cómo ofender a un hombre, mira que eres guasona. Entre la mirada de tu padre y tu lengua mordaz, el que quiera cortejarte lo va a tener difícil.

—¿Cortejarme? —Alicia entornó los ojos y adoptó una expresión divertida—. ¿Tú de qué época eres? ¿De la Edad Media? Eso de cortejar ya no se dice.

—Dejemos la conversación sobre cortejos para otro momento. Ya tengo bastante con pensar en mi niñita sola con todos esos chicos sesudos el próximo otoño. —Levi rio y señaló el todoterreno—. Aparcar en la ciudad es una pesadilla. Hoy Paulie va a ayudarnos.

Alicia subió al espacioso asiento trasero del todoterreno y Levi se sentó a su lado. Paulie se puso al volante y arrancó el coche.

—¿Adónde vamos?

—A la tienda de artículos deportivos Rosen.

—¡Oh! —Alicia se mostró entusiasmada y aplaudió, mostrando su emoción de un modo muy femenino—. Me encanta Esther, es una pasada.

Levi sonrió al acelerar el todoterreno en dirección al viejo barrio.

Alicia iba a descubrir una faceta de Esther distinta de la que conocía.

Para su hijita, Esther era la propietaria regordeta de una tienda de artículos deportivos que disfrutaba dándole caramelos, la viva imagen de una matrona judía afable.

Alicia descubriría que Esther Rosen era cualquier cosa menos típica.



Cuando Levi abrió la puerta de la tienda de Rosen, sonó una campanilla y Alicia entró con expresión alegre. Paulie se quedó esperando en el coche.

La tienda tenía casi quinientos metros cuadrados de superficie dedicada a las actividades deportivas de todo tipo, pero la primavera tocaba a su fin y el establecimiento estaba en pleno proceso de cambio de temporada. Ya no había ropa para la nieve ni esquís, y en muchos pasillos se anunciaba material de tiro con arco, pesas, fútbol y artículos varios para todo tipo de deportes de campo.

Levi sonrió al ver a la contundente propietaria entrada en años mirando por unos prismáticos hacia la calle.

—¿Esther?

—Levi, calla. ¡Estoy haciendo algo importante!

Miró hacia la acera de enfrente y, a parte del tráfico peatonal típico de la mañana, no vio nada que le pareciera merecedor de tanta atención.

—Han abierto un Meyer's calle abajo —explicó Esther sin dejar de mirar por los prismáticos.

Levi desvió la mirada hacia la tienda en cuestión, situada a unos cien metros calle abajo. Vendían *bagels*.

—¿*Bagels*?

—No unos *bagels* cualquiera. *Bagels* recién hechos. —Esther emitió un quejido y, de repente, tensó todo el cuerpo—. ¡Moishe! ¡El tipo acaba de salir con una gran cesta humeante, ve, ve, ve!

Un adolescente de pelo oscuro salió corriendo de la tienda y Esther le gritó desde atrás:

—Asegúrate de conseguir al menos una docena de sésamo y otra docena normales antes de que aparezcan los buitres y se los lleven todos!

El desgarrado adolescente se convirtió en una mancha que cruzaba la calle a toda velocidad, esquivando peatones por los pelos antes de esfumarse en el interior del pequeño comercio de *bagels*.

—¡Uy! —gimió Esther al incorporarse y dejar los prismáticos a un lado—. Voy estando demasiado vieja y gorda para estas labores de vigilancia. —Se volvió en dirección a Levi y, al ver a Alicia, abrió unos ojos como platos—. ¡*Bubalé*! —La mujer profirió un grito de felicidad abriendo los brazos y envolvió a la alta joven asiática con un fuerte abrazo.

—No sabes lo contenta que me he puesto al enterarme de que veníamos a verte. —La voz amortiguada de Alicia apenas se oyó desde el abrazo sofocante.

La matrona se separó de Alicia y la repasó de pies a cabeza.

—¡Cuánto has crecido! —Apartó el cabello largo, negro y lacio de la cara de la joven y los ojos se le humedecieron al susurrar—: Vas a necesitar un bate de béisbol para ahuyentar a los chicos. —De repente, la mujer miró a Levi con expresión acusadora—: Ahora ya sé por qué me pediste aquello. Podías haberme dicho que era para Alicia, no habría *schlepped* todo lo que cogí del almacén. Sé exactamente qué necesita.

—¿Qué necesito? —preguntó Alicia.

La campana sonó cuando Moishe entró por la puerta cargado con dos grandes bolsas de papel, una de ellas humeante.

—Moishe, sé educado y saluda a Alicia. Seguro que te acuerdas de ella, ha venido unas cuantas veces con su padre.

El rostro lleno de granos del adolescente se ruborizó en grado extremo, masculló algo ininteligible y corrió a la trastienda.

—¡Que no se os ocurra ni a ti ni a Ira comeros ninguno de sésamo! —gritó Esther a la figura evasiva de su nieto—. ¡Dejadlos para mí y nuestros invitados! —Se volvió hacia Alicia y entornó los ojos—. Siento que sea tan *meshuggener* cuando ve a una chica guapa. Se queda mudo y se pone rojo como un tomate. Lo superará, pero aún no ha llegado el momento.

Levi pasó el brazo por los hombros de Alicia y observó a Esther. Tenía setenta y pocos años, no medía más de metro sesenta, llevaba el pelo entrecano recogido en un moño y seguramente pesaba más de noventa kilos. Aparte de habérsele vuelto blanco el pelo del moño, Esther no había cambiado en los últimos veinte años, desde que la conocía. Bajo ese aspecto modesto se escondía una leona que disparaba mejor que un francotirador profesional, y seguro que había olvidado más sobre armas y explosivos de lo que Levi había aprendido jamás.

Esther se encaminó a la caja registradora, que custodiaba Ira, el gemelo de Moische.

—Ira, si necesitáis algo, estaré en la trastienda. —Señaló las grandes cajas de cartón que había en medio de la tienda—. Son las raquetas y la ropa de tenis que estábamos esperando. Desembaladlas y colocadlas en el mostrador de deportes de verano, ¿entendido?

Ira asintió y sonrió en dirección a Alicia.

—Hola, Alicia, ¡cuánto tiempo!

Alicia le devolvió la sonrisa y Esther advirtió a su nieto:

—Si no apartáis esas cajas, os atizo con las raquetas nuevas. —Miró a los Yoder y los invitó a seguirla—. Vamos a darle el regalo a Alicia. Tengo un análogo corporal para que se lo pruebe.

Alicia levantó una mirada asombrada hacia Levi.

—¿Análogo corporal?

Levi se encogió de hombros. No tenía ni idea de qué tramaba Esther, pero sonrió mientras zigzagueaba por entre las filas de equipamiento de tiro al arco y levantamiento de pesas. Estaba impaciente por ver qué idea descabellada se le había ocurrido a Esther.

Se dirigieron al fondo de la tienda, más allá del nieta, que se metía en la boca lo que parecían los últimos restos de un *bagel* de sésamo.

Esther los condujo a una mesa larga situada al fondo de un almacén y se sentó a un lado de cualquier manera. Señaló otras dos sillas y padre e hija tomaron a su vez asiento.

Tardó treinta segundos en rebanar tres *bagels*, untarlos con queso cremoso y disponerlos encima de la mesa.

Esther se inclinó hacia delante en la silla, miró a Alicia y señaló con el pulgar en dirección a Levi:

—*Nu*, ¿te ha dicho siquiera por qué estáis aquí?

Alicia dedicó a Levi y el tipo de mirada reservada para cuando tramaba algo. Siempre había sido una niña de lo más perspicaz.

—No, solo ha dicho que veníamos de visita.

Levi dio un buen mordisco a su *bagel* recién hecho, cuyo calor residual había derretido el queso en parte, e indicó con un gesto que se concentraba en el tentempié.

Esther dio una palmada a la chica en la rodilla.

—Conozco a tu padre desde que era adolescente. Siempre calladito, pero con un as en la manga...

—Eh —interpuso Levi—. Lo dices como si fuera algo malo.

Esther ignoró las palabras de Levi.

—Es un chico listo, pero a veces se pasa. En cualquier caso, por lo que me ha dicho, vas a ir a la universidad en Nueva Jersey, ¿no?

—Sí... —A Alicia pareció sorprenderle la pregunta—. Voy a ir a Princeton.

Esther se volvió hacia Levi.

—¿Es buena con las manos?

Levi asintió.

—Les he enseñado a todas artes marciales. Por lo menos las nociones básicas.

Tras un movimiento de muñeca apenas perceptible, en la mano de Esther apareció un puñal, y lo levantó. La hoja, afilada y brillante, destellaba al reflejar la luz mientras lo hacía girar en la mano.

—¿Has entrenado con cuchillos?

—Sí. —Alicia dio un mordisco al *bagel* y una palmada a Levi en el hombro—. Él nos hizo practicar con navajas automáticas. Pero ¿a qué viene esto? ¿Debería estar enterada de algo? ¿Hay algún problema?

—No, cielo. —Levi le puso la mano en el hombro y le dio un ligero apretón—. Solo que quiero cuidar de lo que es valioso para mí. En casa estás en familia. En nuestra comunidad rural tienes poco de que preocuparte. Pero, cuando salgas al mundo real, quiero asegurarme de que puedas lidiar con lo que surja.

—Papá, pareces un poco paranoico.

De haber tenido la más remota idea de la vida que llevaba Levi y de los enemigos que podía tener, Alicia habría estado tan paranoica como él.—*Bubalé*, es el trabajo de tu padre. —Esther sonrió y le guiñó un ojo a Levi—. Y cuando nuestros hijos están lejos, suele ser más duro para los padres que para los hijos que dejan el nido por primera vez—. Casi como por arte de magia, el cuchillo que Esther tenía en la mano se esfumó—. Tienes diecisiete años, ¿verdad?

Alicia asintió.

Esther sacudió la cabeza y suspiró.

—Por desgracia, las leyes de Nueva Jersey están hechas para apoyar a los delincuentes. A tus diecisiete años no se te permite gran cosa en defensa propia. Ni siquiera puedes llevar espray de pimienta. Por eso la gente indecente lo tiene tan fácil. Las buenas personas que cumplen la ley quedan prácticamente indefensas en ese estado. Sobre todo los jóvenes como tú. De todos modos, tengo algo para ti, angelito. —Señaló algo parecido a una caja de zapatos—. Abre esa caja.

Alicia la cogió, se la colocó en el regazo y levantó la tapa. Con expresión perpleja, sacó algo parecido a una linterna metálica de tamaño medio.

Levi arqueó las cejas al observar lo que a primera vista parecía una linterna de la marca Maglite. Pero tenía elementos que parecían fuera de lo común. Miró a Esther.

—¿Es una adaptación de las tuyas?

—Por supuesto. —Esther acercó su silla a la de Alicia, que levantó el objeto entre las manos y dijo:

—No lo entiendo. ¿Quieres que lleve esto en vez del espray de pimienta? ¿No sería mejor llevar una porra o algo por el estilo?

—Eso no funcionaría. —Esther sacudió la cabeza y habló en tono serio—. En Nueva Jersey no se te permite llevar nada que se considere un arma. Y no cabe la menor duda de que una porra es un arma. Sin embargo, si llevas una linterna y te encuentras en una situación en la que tienes que usarla como arma, pues no hay ningún problema. Escucha con atención, *bubalé*.

—La línea que separa lo legal de lo ilegal con respecto a lo que se use como arma, al menos en Nueva Jersey, es la intención. No admitas nunca que llevas algo para defenderte o para atacar. Debe tener algún tipo de utilidad...

—Como una linterna —dijo Alicia observando el objeto cilíndrico.

—Exacto. —Esther señaló la linterna—. Pero no es eso exactamente lo que estás sujetando.

Levi sonrió. Con Esther, todo tenía otras posibilidades.

—¿Ah no? —Alicia frunció el ceño mientras palpaba con el pulgar algo parecido a un interruptor de encendido y apagado.

—Púlsalo. —Esther asintió con gesto aprobatorio.

Alicia apuntó con la linterna a una estantería y apretó el botón.

La linterna enseguida emitió una luz brillante, y siguió brillando hasta que Alicia lo apagó.

—Como ves, funciona como una linterna normal. —Esther tendió la mano y Alicia le entregó el objeto de metal gris—. Pero, si miras bien en la parte delantera del aparato —pasó el dedo por el engaste—, verás que es una aleación de tungsteno. Y la he aislado del resto de la linterna, de manera que, si se calienta, no afecte al funcionamiento del reflector ni de los led que emiten la luz.

Esther abrió un portátil que había en la mesa y enchufó un cable a la parte posterior de la linterna. Conectó una cajita al portátil mediante un cable USB y lo levantó para que Alicia lo viera.

—¿Eres diestra o zurda?

—Diestra.

Esther abrió el dispositivo USB y dijo:

—Pon el dedo índice en el escáner.

Alicia obedeció y el led rojo del dispositivo se puso verde al cabo de unos dos segundos. El portátil emitió un pitido.

—Acabo de programar la linterna para que solo reconozca tu huella dactilar. —Esther retiró el cable de la linterna y señaló un cuadrado ligeramente más oscuro situado en el extremo opuesto del botón de encendido—. Si colocas el dedo índice en este recuadro capacitivo y lo mantienes ahí durante dos segundos, el engaste delantero de la linterna se activará. —Se levantó e hizo una seña a Alicia para que la siguiera.

Levi las siguió mientras serpenteaban por entre varios estantes llenos del almacén y entraban en un espacio abierto donde había algo parecido al cadáver de un cerdo colgado de las vigas.

Esther le tendió la linterna a Alicia y dijo:

—Cuando actives el engaste delantero, tendrás que tratar la linterna como un arma blanca.

—¿Activar el engaste? —Alicia observaba la linterna con cara de sorpresa—. O sea, ¿debería...?

—Adelante, pruébala. —A Levi le picaba la curiosidad—. A ver qué locura se le ha ocurrido a Esther traer al mundo.

La matrona se volvió hacia él con una ceja levantada.

—¿Es necesario que te recuerde que algunas de mis locuras te han salvado el *tuchus* en más de una ocasión?

Alicia estiró el dedo índice y lo colocó en la almohadilla de metal descolorido de la linterna. Casi de inmediato, Levi notó olor a quemado.

En cuestión de segundos, el engaste se tornó de un rojo intenso.

—¡Uau! —Alicia observaba impresionada el extremo brillante de la linterna.

En el interior del engaste hay una bobina de inducción que crea un campo magnético. La he tuneado para que no afecte a la integridad estructural del engaste ni destruya los factores de aislamiento que he incluido entre el engaste y el verdadero extremo operativo de la linterna.

Levi notó el calor que emitía la nueva arma de Alicia. Señaló hacia el cadáver de cerdo y dijo:

—Imagínate que el cerdo es alguien que intenta atacarte y que tú tienes un puñal.

Alicia sujetó bien el dispositivo que tenía en la mano.

—¿Pero esto puede absorber el impacto si golpeo algo?

Esther la tranquilizó.

—La mayor parte de la linterna es de titanio y el circuito interno está diseñado para soportar golpes fuertes. Tal como está hecha, no la romperás.

—De acuerdo... —Alicia adoptó una posición defensiva, sujetando la linterna con fuerza en la mano derecha. Con un movimiento repentino, le dio una patada al cerdo e inmediatamente un golpe con la linterna.

Se oyó el sonido de algo al chamuscarse y se vio un humo acre cuando una capa de piel se desprendió del cerdo.

Alicia enseñó los dientes y se abalanzó hacia el cadáver porcino con una ferocidad que hizo sonreír a Levi.

A los treinta segundos de ataques, la futura universitaria dio un paso atrás y se aseguró de levantar el dedo de la almohadilla de activación de la linterna.

Levi le había enseñado la disciplina del gatillo durante el manejo de una pistola, y le satisfizo sobremanera ver que la muchacha aplicaba el mismo principio a su nueva arma.

Levi se acercó al maltrecho cerdo y pasó el dedo por los profundos surcos producidos por las quemaduras del arma.

—Esto haría desear a cualquiera no haber nacido. —Se volvió hacia Alicia y preguntó—: ¿Qué tal es luchar con esa arma?

Alicia observó el extremo de la linterna, que ya no relucía, y le pareció que el dispositivo se mantenía intacto.

—Ha sido superfácil de usar. Le he dado unos buenos golpes, pero extremo ardiente parecía que lo lubricara y no oponía resistencia.

—De hecho, estaba lubricado. —Levi frotó pulgar contra índice, pringados de grasa animal—. Con ese calor, has derretido al instante la grasa de la piel. Imagino que pasaría lo mismo con la piel humana, sobre todo porque los cerdos son bastante parecidos a nosotros en ese aspecto.

Esther se acercó a Alicia y tocó el extremo funcional de la linterna.

—Ahora ya se ha enfriado lo suficiente y puedes tocarlo. En cuanto quitas el dedo, el calor se disipa en más o menos un minuto. ¿*Nu, bubalé*? ¿Te parece que es algo útil que llevar a la universidad?

—No veo por qué no. —Alicia sonrió y dedicó una mirada extraña a Levi—. Aunque creo que mi padre es un poco demasiado protector y paranoico. Pero supongo que es por culpa de su trabajo.

Esther miró a Levi con los ojos bien abierto. Ella sabía que pertenecía a los bajos fondos de la mafia.

Alicia pensaba que era una especie de agente encubierto.

Levi se encogió de hombros.

—Solo intento proteger a mi hijita.

La puerta del almacén se abrió, y uno de los gemelos asomó la cabeza y anunció:

—Abuela, el comercial de Spalding está aquí, dice que había quedado contigo.

—Ahora voy —respondió Esther en voz alta—. Ya casi hemos terminado.

A Levi le vibró el teléfono, miró el número rápidamente y se retiró un poco para responder.

—Brice, tenía pensado llamarte. ¿Qué ocurre?

—Tenemos una pista sobre el activo ruso con el que hablaba nuestro secuaz en D. C. Mason te quiere en ello. Tú hablas ruso y estás listo para una misión, por lo que seguramente seas la persona adecuada. ¿Cuándo puedes presentarte aquí?

Levi frunció el ceño.

—Supongo que entiendes que no soy vuestro empleado. Tenemos una especie de acuerdo.

Brice exhaló un suspiro.

—Lo sé, pero tú y yo sabemos que es algo en lo que te gustaría ayudarnos.

Brice no se equivocaba, pero no exactamente por los motivos que él pensaba.

—Si hace falta, puedo estar ahí mañana, pero necesito algo a cambio.

—¿Qué?

—Necesito saber todo lo que hay que saber sobre un ucraniano llamado Yuri Popov, así como sobre un oligarca que está en Rusia, Yevgeny Karpov.

—Yo diría que eso escapa a nuestro alcance habitual... Veré qué puedo hacer. ¿Hay otros socios conocidos de cuya existencia sepas?

—Se rumorea que solían trabajar para alguien llamado Vladimir Porchenko.

Levi oyó teclear a Brice.

—Lo tengo. Oh, mierda... Levi, tenemos un problema.

Miró hacia Esther y Alicia, que estaban ocupadas mirando una caja de fundas, seguramente para la linterna.

—¿Qué tipo de problema? —Levi se dirigió al fondo del almacén.

—Tu nombre acaba de aparecer en una alerta de la Interpol. Amigo, se te busca por el asesinato de un ciudadano ruso. Un tal Alexander Rybakov. ¿Te suena?

El ruso de Brighton Beach. Popov acababa de entrar en la lista de asuntos espinosos de Levi.

—No sé. Lo que sí puedo decirte es que no hay pruebas de que yo haya matado a ningún ruso, sobre todo porque no he matado a nadie.

Brice guardó silencio unos instantes antes de volver a empezar a teclear.

—Tendré que investigarlo, pero eso significa que durante un tiempo es preferible que no vayas en transporte público. Ni trenes ni aviones.

A Levi le vibró el teléfono para indicar la entrada de un mensaje.

«Acabo de enviarte la dirección de uno de los centros de transporte de la Panda. Trae tu identificación».

Levi miró la dirección, estaba en Harlem.

«Ya he estado allí. ¿Me recogerá alguien?».

«No te preocupes, dispondré la recogida. ¿A qué horas crees que podrás estar?».

«Supongo que es urgente, así que probablemente por la mañana».

«Oído, llámame cuando embarques. Investigaré los nombres que me diste».

El teléfono se desconectó y Levi se acercó a las chicas. Las rodeó a ambas con un brazo y preguntó:

—¿Os apetece un almuerzo como Dios manda?

Esther se deshizo del brazo de Levi, le dio un pellizco en la mejilla y dio una palmadita a Alicia en el hombro.

—Ve a comer con tu hija y divértíos. Yo tengo un negocio que atender y a un comercial esperándome ahí delante.

Esther se encaminó hacia la tienda y Levi miró a su hija.

—¿Te apetece un italiano?

Alicia rodeó con el brazo la cintura de su padre y siguieron a Esther.

—Solo si tío Paulie come con nosotros. Es muy gracioso y se pone rojo enseguida.

Levi rio y se despidió de Esther y sus nietos al salir de la tienda.

Pensaba aprovechar el poco tiempo del que disponía para estar con su hija mayor, pero, mientras entraban en el coche y se dirigían al Sal's para un almuerzo rápido, no podía quitarse de la cabeza lo que Brice le había dicho: «Se te busca por el asesinato de un ciudadano ruso».

CAPÍTULO SIETE

El Uber paró en la esquina de Lenox Avenue con la calle 127 Oeste de Harlem. Levi le dio las gracias al chófer y bajó del coche. Faltaba poco para las seis de la mañana; las calles estaban tranquilas y, aunque el barrio parecía dormido, el sol estaba a punto de asomar por el horizonte.

Levi llevaba viviendo en la ciudad casi toda su vida adulta y hasta hacía pocos años había tenido una existencia fácil. A ojos de la gente normal, no era más que un peatón anónimo. Pero para la gente del gremio, era un iniciado. Un solucionador para la familia de criminales Bianchi. Pero ahora se sentía como si tuviera dos vidas paralelas.

Esa mañana no era el solucionador ni un miembro de la *Cosa Nostra*. Era agente de la Panda y, aunque Vinnie estaba al corriente de esa relación, le parecía extraño caminar por la ciudad con una identidad distinta a la habitual.

No había querido que ninguno de los chicos lo condujera allí; habría sido demasiado propicio para hacer preguntas... preguntas que no podía responder.

Además, recientemente aquella extraña dicotomía se había acentuado aún más, al revelarle Alicia que estaba al corriente de su trabajo para una organización clandestina. No tenía ni idea de qué sabía exactamente, pero era preferible mantenerla al margen de la realidad de esa otra vida.

Mientras se encaminaba al club sin distintivos, sonrió al imaginarse llevando la vida de lo que muchos pensarían que era la de un espía como Bond.

Por una puerta enmarcada por luces de neón violetas se filtraba música tecno, y los dos gorilas que la flanqueaban se lo quedaron mirando.

Eran unos hombres enormes; probablemente pesaran cerca de ciento cuarenta kilos cada uno, y tenían una constitución de levantadores de pesos y ni rastro de sentido del humor en el semblante. Eran como sacados de un molde de Clubber Lang hinchado a esteroides.

Levi llevaba la lente de contacto de Denny y ya casi daba por supuesto que la lentilla resaltaría cualquier rostro de forma automática y le proporcionaría su nombre. Sin embargo, al acercarse a los porteros del club nocturno, la lentilla sobrepuso en ambos casos un recuadro rojo alrededor del rostro y la palabra «desconocido» destelló bajo cada uno de ellos. No era de extrañar para gente relacionada con la Panda. Aunque Levi no podía estar seguro, imaginó que lo más probable era que los miembros de la organización estuvieran borrados de la mayoría de las bases de datos electrónicas.

Llegó a su altura y, antes de articular palabra, el que estaba más cerca le habló con un ligero acento jamaicano:

—Tiene que enseñarme la identificación, señor Yoder.

Lo esperaban.

Levi sacó la moneda del bolsillo y la enseñó.

El gorila la cogió por el otro lado y, cuando el ojo de la moneda se iluminó, ambos hombres se hicieron a un lado para abrir paso a Levi.

Aunque sabía que todo era un montaje, al abrir la puerta Levi se preparó para un ataque auditivo.

Pero, en cuanto abrió la puerta, el sonido de la música cesó. En el interior del edificio reinaba un silencio absoluto.

Cuando la puerta se cerró tras él, el sonido amortiguado de la música volvió a oírse... desde el exterior.

O, al parecer, desde el interior de la puerta en sí.

Era una de las muchas artimañas de la Panda. Había encontrado trucos similares en otras partes del mundo.

Levi se encontraba en un vestíbulo forrado de paneles de madera que olía a cera y tabaco de pipa. La recepción estaba al otro lado, ocupada por un hombre alto y delgado de cabello entrecano. Levi se acercó al mostrador con una sonrisa.

Ya conocía a aquel hombre.

—Señor Yoder, me alegro de verle. Le estábamos esperando. — Hablaba con un acento británico tan distinguido que a Levi le recordaba al mayordomo de *Downton Abbey*—. Su identificación, por favor.

Levi le mostró la moneda y, cuando el empleado la cogió por el otro lado, el ojo empezó a brillar.

—Me alegro de verte, Watkins. ¿Vas a desaparecer con otro truco de los tuyos?

—¿Señor? -El recepcionista inclinó la cabeza y su rostro más bien estoico reflejó un punto de diversión.

—Da igual, supongo que estoy aquí para ir a D. C.

—Ah, sí. —Watkins asintió—. Dicen que tiene usted un problemilla con la Interpol.

—Estás muy bien informado para ser un mero... ¿qué dijiste que eras, la otra vez? El dueño de este sitio.

Watkins se encogió de hombros.

—Sé lo suficiente para poner la misión en marcha. —Señaló un pasillo a la izquierda de Levi—. Sígame antes de marcharse.

Levi siguió a Watkins por un pasillo iluminado con candeleros anticuados cuyas bombillas parpadeaban como si fueran fuego. Mantenía todos los sentidos aguzados al máximo para captar hasta el más mínimo detalle.

La última vez que había estado allí, Watkins se había esfumado como por arte de magia, y los pasillos no siempre volvían al mismo sitio de donde habían partido. Todo el edificio tenía un aire a casa extrañamente encantada, con pasillos que cambiaban de recorrido y dueños que desaparecían, pero esta vez Levi no se perdería ni un solo detalle.

Al final del pasillo había una puerta ligeramente entornada y Watkins se detuvo.

—Señor, como antes, este es el cuarto de nuestro intendente. — Con un gesto grandilocuente, el dueño señaló la puerta—: Adelante.

Levi empujó la puerta y se dio cuenta de que tenía unos quince centímetros de grosor. Debía de pesar cientos de kilos, pero se desplazaba silenciosamente gracias a unas bisagras bien engrasadas.

En cuanto cruzó el umbral, se encendieron unas luces y se encontró en una sala cuyas paredes estaban cubiertas por un casillero. Se volvió hacia Watkins y preguntó:

—¿Por qué no vamos directos al tren?

Watkins se encogió de hombros.

—Me limito a obedecer órdenes, señor Yoder. —Señaló un poste situado en el centro de la estancia. A la altura de los ojos había un visor, parecido al periscopio de un submarino—. Mire por el escáner biométrico, si me hace el favor.

Levi meneó la cabeza al acercarse al escáner. Era la misma rutina que había seguido hacía un tiempo y ahora le resultaba un tanto extraña. Lo único que tenía que hacer era desplazarse unos cientos de kilómetros al sur. No iba a asaltar por sorpresa el cuartel general clandestino de unos antiguos nazis en Sudamérica. Al menos, no era ese el plan que tenía.

Puso los ojos ante el visor y vio una serie de destellos de luz verde a los que siguieron varios clics. Y luego nada.

Levi retrocedió y se dio cuenta de que varias casillas se habían abierto.

—Señor —dijo Watkins, señalando la más cercana—. Creo que ya conoce el proceso. Desde la central piden que vaya equipado como es debido para la misión.

—¿Misión? —Levi frunció el ceño al acercarse a la casilla. Él no se había comprometido con ninguna misión.

En la primera casilla, cogió una pistola con una pistolera de hombro y varios cargadores sueltos.

—Es una pistola Lebedev de fabricación rusa, modelo PL-15K. Es compacta, de nueve milímetros, y ya tiene una bala en la recámara.

Posee un gatillo de acción única con una presión del disparador de bajo peso y una longitud corta.

Levi se volvió hacia Watkins pistola en mano.

—Ya llevo dos armas encima, ¿por qué esta?

—Señor, creo que la dirección tiene sus motivos.

Levi se quitó la americana, se enfundó el arnés de cuero e introdujo la pistola rusa en la pistolera.

En la siguiente casilla había una cartera con un documento de identidad del ejército llamado CUC, carné de acceso común. Llevaba pegado un post-it amarillo que decía: «A entregar a la llegada a la central».

Levi se guardó el carné en el bolsillo suponiendo que solo lo necesitaría cuando apareciera en medio de la Base Conjunta Andrews.

Se acercó a la última casilla abierta y sacó un cuadernillo rojo del tamaño de la palma de una mano. Estaba escrito en cirílico y quedaba claro que era un pasaporte ruso.

Lo abrió y se encontró con su propia cara. El pasaporte estaba a nombre de Maxim Volkov.

Entre la pistola semiautomática rusa y el pasaporte, era evidente que la Panda tenía algo en mente para él que implicaba que viajara a Rusia.

Algo que aún no había aceptado hacer.

Recordó lo que el jefe de la mafia rusa había insinuado cuando le advirtió que algunos de sus hombres ya no le devolverían la llamada.

—Es una lástima. Lo entiendo, a veces se cometen equivocaciones.

A veces se cometen equivocaciones...

Aquel mafioso era el único que habría sabido cómo añadirlo a la lista de hombres buscados por la Interpol. Sin duda, tenía planes propios con respecto a Lazarus Yoder.

Si Popov pensaba eliminarlo, independientemente de lo que hubiera dicho, Levi debía andarse con cuidado. Dado que era un conflicto relacionado con la mafia, Vinnie se sentiría obligado a ayudar.

Y lo último que le faltaba a la familia Bianchi era una guerra entre clanes.

Watkins señaló la puerta por la que habían entrado.

—Señor Yoder, creo que ha dicho que necesitaba viajar.

Levi asintió. Tenía que mantener una conversación con Brice como fuera. Tal vez ir a Rusia tuviera sentido.

—Vámonos.

El hombre entrecano sonrió e invitó a Levi a seguirlo.

Volvieron por el mismo pasillo por el que habían ido pero, al igual que la vez anterior, el vestíbulo había desaparecido. De alguna manera, a pesar de lo mucho que se había fijado en los detalles, los pasillos se habían cambiado. Esta vez llegaron a una pequeña sala con un tramo de escaleras descendentes.

Levi miró a Watkins.

—¿Cómo es que los pasillos cambian y ya no vuelves allá de donde sales? ¿Dónde está el vestíbulo?

—Señor, sabe tan bien como yo que no tiene por qué ir al vestíbulo. —Watkins le dedicó una mirada comprensiva y señaló hacia las escaleras—. El tren le espera.

Sabedor de que, al igual que la otra vez, no valía la pena discutir con él, Levi bajó por las escaleras.

En la pequeña cámara subterránea, Levi atisbó un pulcro vagón de tren que le esperaba con las puertas abiertas.

La cámara estaba tenuemente iluminada por unos cuantos focos led empotrados en el techo e inundaba el ambiente un ligero olor a humedad, sin duda debido al lecho de roca. No tenía nada más que hacer que subir al tren.

Así que subió a bordo.

Una voz incorpórea anunció: «El tren partirá en diez segundos. Sujétese a un pasamanos o es probable que se vea impelido hacia atrás. Es todo cuanto debe tener en cuenta». —.

Levi tomó asiento y se agarró a una de las barras verticales.

«Cinco segundos. Cuatro, tres, dos, uno».

Levi se deslizó hacia atrás cuando el tren aceleró a una velocidad de coche de carreras. En cuestión de segundos, el viento silbaba ferozmente mientras el tren volaba a través de la oscuridad.

A diferencia de la primera vez que había ido en ese tren, ahora sabía un poco más sobre la Panda y su historia. Aquello no era más que un ejemplo de los recursos ocultos de una organización con siglos de antigüedad que era difícil creer que se hubiera formado sin el conocimiento de otras personas.

Al fin y al cabo, debían de haber tardado años en excavar ese túnel en el lecho de roca.

Levi viajó a la velocidad del rayo durante casi cuarenta minutos antes de que el tren empezara a desacelerar.

La voz incorpórea volvió a oírse:

«Llegaremos a la Base Conjunta Andrews en unos cinco minutos. Por favor, no baje del tren hasta que se detenga por completo».

Levi imaginó que, en una hora, habría recorrido más de trescientos veinte kilómetros a lo largo de la costa este, a una velocidad equiparable a la del tren bala de Japón.

El tren entró en una cámara bien iluminada y fue frenando hasta detenerse por completo.

Las puertas se abrieron y Levi bajó. Lo recibió una joven oficial.

—Señor Yoder, ¿me enseña su CUC, por favor?

Levi sacó el carné militar plastificado, el llamado CUC, y se lo tendió a la teniente, que introdujo la tarjeta en un lector. Un led amarillo destelló varias veces hasta emitir una luz verde fija. La teniente Humphries le devolvió el carné y señaló con el pulgar las escaleras situadas a su izquierda.

—Señor Yoder, hay un coche esperándolo en la pista para llevarlo a su destino.

—Gracias, teniente.

Levi subió las escaleras a saltos y, cuando salió a un gran aeródromo, entrecerró los ojos para protegerse de la luz del sol.

La otra vez que había estado allí era noche cerrada, justo a tiempo de empezar una misión peligrosa.

Un todoterreno con los cristales tintados y una luz estroboscópica azul paró a su lado. La ventanilla del conductor bajó y vio que el director Mason iba al volante.

—Levi, sube, tenemos que hablar.



Levi apartó la mirada de los informes de vigilancia en los que estaba enfrascado cuando la puerta de la sala de reuniones se abrió y apareció Mason. Brice entró tras él, seguido de un hombre de piel aceitunada y otro de piel blanca, alto y distinguido, de mediana edad, con el pelo negro y las sienes plateadas. No los había visto nunca.

Cuando la puerta se cerró, el cristal de las ventanas de la sala se volvió de un blanco lechoso para garantizar la privacidad. Todos tomaron asiento, con Mason a la cabeza de la mesa de reuniones.

Mason, el director del OCID, señaló al hombre de piel oscura y dijo:

—Levi, te presento a Giuseppe Russo. No sé si lo has visto revoloteando por D. C. Trabajó para la Agencia de Inteligencia de la Defensa y ha estado vigilando a unos cuantos de nuestros congresistas sospechosos.

El aludido se levantó, se inclinó por encima de la mesa y le estrechó la mano a Levi.

—Puedes llamarme Joe.

—La persona que está a tu derecha es Gregor Manheim. Está pasando la semana aquí, y le he pedido que asista a esta reunión para que os conozcáis. Es el DI para Europa y Eurasia y suele trabajar desde las oficinas de Alemania.

—¿DI? —preguntó Levi mientras le estrechaba la mano al hombre.

—Director de Inteligencia. Es los ojos y los oídos de la Panda en aquella parte del mundo. Probablemente nos ayude con la logística relacionada con nuestra próxima misión.

—Un momento —Levi dio una palmadita en la pila de documentos que Mason le había dejado delante—. Aún no he revisado todo esto, pero ¿de qué misión estamos hablando?

—Una serie de acontecimientos nos han traído hasta aquí. —Mason clavó la mirada en Levi, con una sonrisa apenas perceptible, y luego la desvió hacia el italiano—: Joe, explícale a Levi lo ocurrido

hasta el momento y así podremos decidir qué hacer a partir de ahora.

Joe carraspeó con expresión pensativa, como si se planteara qué decir.

—Veamos, hemos estado vigilando a varios congresistas, junto con varios altos funcionarios de la Casa Blanca. —Señaló hacia Levi—. Después de que le dieras a uno de ellos, a Tony Banks en concreto, una serie de fotos comprometedoras de la esposa de un congresista, redoblamos esfuerzos en la vigilancia a ese funcionario y su esposa, sabiendo que había muchas posibilidades de que ocurriera algo.

»No nos equivocamos.

»Resulta que el congresista en cuestión se peleó con su esposa de forma poco discreta y tenemos el audio completo.

»Está claro que el funcionario al que le pasaste las fotos consiguió de algún modo hablar con el congresista, y por eso se produjo la pelea entre la pareja.

Joe frunció el ceño.

»Sin duda, hubo una filtración en nuestra vigilancia. Sabemos que el funcionario habló con el congresista porque en algún momento de la pelea salieron las fotos a colación. Pero no sabemos cómo contactó el funcionario con el congresista porque creíamos tener controladas todas las comunicaciones y no captamos esa conversación. En cualquier caso, analizamos las rutas en coche tanto del congresista como del funcionario.

—¿Pusisteis un rastreador de GPS en sus coches? —preguntó Levi.

Brice asintió.

—Sí, tenemos dispositivos de rastreo en casi todos los vehículos de los políticos además de en las limusinas de los congresistas y los medios de transporte oficiales.

Joe señaló a Brice con el pulgar.

—Gracias al agente Brice, tenemos constancia de que el funcionario y el congresista estuvieron en el parking del mismo supermercado en Bethesda. Solo permanecieron allí cinco minutos y luego se marcharon.

—Eso explicaría que el congresista se enterara de lo de las fotos. —Levi frunció el ceño—. Pero eso no explica cómo quedaron para verse en el supermercado.

—Correcto —asintió Joe—. Gracias también al agente Brice, tenemos constancia de los sitios a los que fue el funcionario. Buscamos patrones y no encontramos ninguno, salvo porque tuvimos suerte...

»Resulta que, por casualidad, fue a una pizzería en Arlington, nada más y nada menos. Y queda cerca de donde vivo. Recuerdo ver entrar al funcionario y que casi me atraganto con la pizza que me estaba comiendo, dado que hacía muy poco que me habían asignado su vigilancia y estaba fuera de servicio. No me fijé mucho en él porque no quería llamar su atención pero, ahora que pienso en ese día, el encuentro fue un poco extraño.

—¿Por qué? —preguntó Levi.

—Bueno, entró, habló en susurros con alguien que había tras el mostrador y se dirigió a la parte trasera. Los servicios están al fondo del restaurante, por lo que imaginé que iría allí. Poco después, salió del restaurante y se marchó en el coche, con las manos vacías.

Brice sonrió.

—Pero nuestro hombre ha ido a la pizzería siete veces en las últimas tres semanas, y cada vez ha pasado allí poco más de cinco minutos. —Señaló en dirección a Joe—. Cuando me dijo lo que había visto, mi sexto sentido empezó a activarse.

Levi sonrió. Brice tenía muchas habilidades que le merecían ser divinizado como el intendente y gurú de la tecnología de la Panda, pero una de las cosas que había apreciado desde que lo conocía era que también tenía un instinto fiable.

—Investigué un poco sobre la pizzería —continuó Brice—, y resulta que es propiedad de un hombre nacionalizado. Tuvo permiso de residencia en Estados Unidos durante unos ocho años después de emigrar aquí.

—A ver si lo adivino. —Levi notaba el peso de la pistola Lebedev de fabricación rusa en la pistolera del hombro—. ¿El propietario vino de Rusia?

—Correcto —asintió Brice—. Y, después de enterarme de ese dato, investigué más. El establecimiento dispone de tres líneas de teléfono. Hice pesquisas y, al parecer, dos de ellas corresponden al negocio y se usan de forma activa. Una línea de voz y otra para procesar pedidos. La tercera línea no aparece en ningún anuncio de la pizzería.

»Pinché las tres y confirmé que dos se usan para el negocio de forma legítima. La tercera hizo que se me dispararan todo tipo de alarmas. Los datos que extrajimos de las pocas veces en que se activó esa tercera línea fueron indescifrables. Había algún tipo de encriptado de punto a punto en la línea y no sé decir para qué se utiliza.

—No sé si te sigo. —Levi se inclinó hacia delante en el asiento—. Dijiste que pinchaste la línea y ¿no sabes si se oye una voz u otra cosa?

Brice negó con la cabeza.

—Es que no va así. Cuando pincho una línea de teléfono, lo hago en la oficina central, donde las llamadas y la información pasan por los cables de la red telefónica. En una línea sin encriptar normal, puedo traducir lo que pasa por la conexión desde el origen, ya sea voz o datos. Pero el encriptado obstaculiza mi trabajo.

—¿No puedes desencryptarlo?

—Lo intenté, créeme. —Brice sonrió—. Analicé los patrones de datos y sospecho que el método que emplean es una combinación del algoritmo del incremento doble con un intercambio de claves triple extendido de Diffie-Hellman. No me extrañaría que utilizaran la Curve25519 para las operaciones criptográficas asimétricas. Es decir, necesitamos que alguien entre allí y coloque un simple micrófono oculto.

Levi arqueó una ceja.—¿Y ahí es donde entro yo?

—Sí y no —intervino Mason—. Tenemos motivos para creer que ese funcionario se comunica con alguien en Rusia, pero tenemos que asegurarnos, y necesitamos saber quién es antes de precipitarnos.

—Sí que sabemos que el funcionario que conociste usa la línea encriptada —intervino Brice—. Al parecer, la línea se usa varias veces

por semana, y aproximadamente la mitad de esas veces coincide con cuando nuestro señor Banks visita la pizzería.

Mason asintió.

—Tengo ciertas ideas acerca de cómo podrías ayudarnos recopilando más información. Pero, antes de entrar en eso, hablemos de los nombres que le proporcionaste a Brice. Popov y Karpov. —Se volvió hacia el hombre que estaba a la derecha de Levi y dijo—: Gregor, ¿por qué no nos cuentas quiénes son esos dos tipos?

Gregor se giró ligeramente hacia Levi y habló con un ligero acento alemán.

—Yuri Popov es un miembro destacado del infame grupo Wagner, una organización paramilitar rusa que opera en las regiones de Ucrania que están en disputa. Sabemos a ciencia cierta que el grupo Wagner tiene relaciones con el Kremlin y, con las hostilidades intermitentes en la frontera entre Rusia y Ucrania, creemos que Popov y sus socios intentan ganarse el favor del Estado ruso desestabilizando Ucrania. Por lo que he averiguado, es un tipo desagradable muy bien relacionado con el liderazgo ruso. Sus actividades diarias no se conocen bien.

Levi apretó la mandíbula al recordar lo que Popov le había dicho sobre uno de sus rivales:

«Por desgracia, el viejo Yevgeny es una de las personas mejor protegidas de mi país. Amigo del presidente ruso, Yevgeny está siempre rodeado por un círculo de hierro que ninguno de mis hombres ha conseguido traspasar.

»Créeme, el mundo sería un lugar mejor si Yevgeny dejara de respirar».

Si Popov formaba parte de un grupo que estaba en deuda con el Kremlin, y hoy en día el Kremlin era el presidente ruso, los cimientos sobre los que Popov había construido su historia empezaban a resquebrajarse.

—¿Y Karpov? —preguntó Levi.

Gregor se frotó la nuca.

—Yevgeny Karpov es un tipo interesante. Su padre fue miembro de la Duma rusa, que es el equivalente a ser congresista de los

Estados Unidos.

—Igual que su padre, Yevgeny se mueve por círculos políticos, pero parece más interesado en las actividades de generación de riqueza de la era postsoviética. Su negocio tiene que ver principalmente con el comercio de artículos de lujo bajo el nombre de su empresa, el grupo Vostok.

—No obstante, recuerda que tales actividades están autorizadas por el gobierno ruso y que son bastante sospechosas —comentó Mason con una sonrisa—. En la actualidad, casi todos los círculos políticos están implicados en algún tipo de corrupción.

Gregor asintió.

—Es bien cierto. Sobre todo en el ambiente actual con las hostilidades activas en la frontera rusa. Las sanciones de Occidente con respecto al acceso de Rusia al SWIFT...

—¿El SWIFT? —preguntó Levi.

—No recuerdo exactamente qué significan las siglas, pero es un código bancario para el procesamiento de pagos. Parte de las sanciones sobre Rusia han dificultado su capacidad de pagar o cobrar cosas a través del sistema bancario internacional. Tenemos muchos informes procedentes de Rusia que afirman que eso ha causado mucho revuelo entre las elites. Para los más cercanos a la estructura de poder del Kremlin, los activos extranjeros están congelados y las propiedades, confiscadas. Desde un punto de vista financiero, Rusia se ha convertido en un estado de parias. Y los problemas no se limitan a las clases altas: la gente de la calle sufre luchas internas, debidas en gran parte a la severa represión de los medios de comunicación y de la libertad de expresión. El acceso del pueblo ruso a los medios extranjeros se ha cortado por completo y, por supuesto, el Kremlin les echa las culpas de todo a las fuerzas occidentales, sobre todo a los países de la OTAN.

Levi no se pasaba el día mirando las noticias, pero aun así había escuchado algunas sobre el desolador panorama en Ucrania y ciertas partes de Rusia. Nunca se sabía con certeza hasta qué punto era real, pero lo que Gregor describía significaba que los medios suavizaban los problemas en el interior de Rusia. Para sus adentros, imaginaba un paisaje de pesadilla para el pueblo ruso.

«¿Y eso es en lo que voy a meterme?», se planteó Levi.

—Con respecto a Karpov, tengo que empezar con una advertencia. Los datos que tengo sobre él son precisos y anteriores al inicio de las dificultades entre Rusia y Occidente. Dicho esto, las cosas pueden haber cambiado de forma drástica desde entonces.

—Según lo último que sabemos, Karpov era un hombre muy rico. No nos consta que sea directa o indirectamente responsable de actividades criminales. Todo parece indicar que Yevgeny Karpov es tan legal como puede serlo un oligarca ruso y, tal como ha dicho el director Mason, deberías tomártelo con cierta relatividad... ya me entiendes.

Levi asintió.

—Sin embargo —Gregor señaló en dirección a Brice—, con ayuda del agente Brice intenté anticipar lo que preguntarías sobre estos dos hombres. No he encontrado un vínculo claro entre tú y Popov, pero en la investigación sobre Karpov apareció algo muy extraño. —Miró a Brice—. ¿Se lo explicas tú?

—Por supuesto. —Brice se sacó una hoja de papel doblada del bolsillo de la camisa y la desdobló—. Hice una búsqueda básica intentando relacionar tu nombre con esos dos que nos diste y, tal como dijo Gregor, no apareció nada sobre Popov, pero encontré algo muy raro al buscar en los medios rusos. Nada más y nada menos que en el *Pravda*.

—¿No es ese el periódico soviético que básicamente era el brazo propagandístico de la URSS? —preguntó Levi.

—Pues sí. Y, aunque cueste de creer, sigue existiendo. En la Rusia postsoviética está gestionado por el Partido Comunista de la Federación Rusa. De hecho, tu nombre apareció en él hace unos años en un anuncio de «Se Busca».

—¿Qué? Cómo... —y Levi recordó lo que había dicho Popov.

«Pero sé que Yevgeny quiere hablar contigo, Lazarus Yoder».

—A ver si lo adivino, ¿se busca a Lazarus Yoder?

—¡Sí! —Brice ensanchó los ojos y miró el periódico—. Es un anuncio de «se busca» raro, que dice lo siguiente. Perdonad por la traducción de Google: «Se busca a hermano desaparecido desde

hace tiempo, Lazarus Yoder. Se recompensará toda información que conduzca a su regreso sano y salvo a su familia».

—Pues sí que es raro, sobre todo porque no tengo hermanos. —Levi apretó los labios. Las ideas bullían en su mente intentando encontrarle sentido a lo que parecía un mensaje que quizá tuviera un significado oculto—. Supongo que me cuentas eso porque en cierto modo guarda relación con Karpov, ¿no?

—Exacto. Había un número y una dirección postal relacionados con el anuncio pagado, e incluso pirateé la base de datos del Pravda y confirmé el origen del pago del anuncio. Procedía de una empresa fantasma propiedad de Karpov.

—Bueno, señor Yoder. —Mason fijó su intensa mirada en Levi—. Al parecer, te esperan varios misterios sin resolver relacionados con un oligarca ruso, pero dejemos eso a un lado por ahora. Es una distracción. Hablemos de la pizzería.

Levi dirigió la mirada a Brice.

—Brice, supongo que tienes unos cuantos aparatitos que te gustaría colocar en distintos puntos del restaurante y allí donde está la tercera línea de teléfono, ¿no?

El genio de la tecnología asintió.

—Tengo una bolsa llena para que los coloques.

—¿Y el local está en Arlington? —preguntó Levi.

Joe asintió.

—Sí.

—De acuerdo, necesitaré los micrófonos que hay que plantar —Levi recorrió la mesa con la mirada hasta centrarse en Mason—. Y también necesitaré dinero de la Panda, sin demasiadas preguntas.

Mason curvó los labios en una media sonrisa.

—¿De cuánto dinero estamos hablando?

—Con unos diez mil dólares debería bastar. No esperes que los devuelva.

Todos los presentes contemplaron la figura impertérrita de Mason, que ni siquiera parpadeó durante diez segundos. Al final, asintió.

—De acuerdo. Los tendrás en veinte minutos. ¿Qué tienes en mente?

Levi sonrió.

—Es mejor no hablar de los detalles. Haré lo que pueda para plantar los aparatitos de Brice y ya está. Tendré que hacer unas llamadas, pero vamos a dar por supuesto que me presentaré en la pizzería mañana por la noche.

Mason se levantó y señaló la pila de papeles que Levi tenía delante.

—Míratelos mientras estés aquí, en estas instalaciones. Te vendrán bien cuando esto vaya en la dirección que creo que tomará.

Mientras los demás se levantaban e iban saliendo de la sala de reuniones, Levi tuvo la certeza de con quién tenía que contactar.

Dino Minelli podría ayudarle en sus planes. Toda operación en Virginia precisaba del visto bueno de Don Marino, el jefe de la familia de criminales Marino, y, a pesar de lo que hiciera para la Panda, en ese mundo había que cumplir ciertos protocolos.

Sobre todo para lo que tenía planeado para esa pizzería.

CAPÍTULO OCHO

Levi entró en Ma Kelly's Bistro, un local que ningún miembro de la mafia de Nueva York que se preciase habría frecuentado. Era un viejo pub irlandés en el que ahora servían comidas a gente a quien no le importaba de qué animal procedía la carne que comía. El local estaba sucio y olía a cerveza rancia y a refrito. No era de extrañar que estuviera medio vacío. En aquel antro, las suelas de los zapatos se le adherían al suelo pringoso.

Levi escudriñó el entorno y reconoció a un hombre alto y de pecho fuerte y grueso que se levantaba de una de las mesas.

Inmediatamente, la lentilla encuadró su rostro en un rectángulo amarillo y, debajo, destelló «Dino Minelli».

Un texto adicional empezó a rodar bajo el rectángulo:

«Miembro conocido de la familia de criminales Marino. Sin órdenes judiciales pendientes».

Se acercó a Levi y se dieron un beso en la mejilla. Un saludo entre iguales.

Tal como la lentilla de Levi lo había identificado, era Dino Minelli, uno de los capos de la familia Marino de mafiosos de Virginia.

—Amigo Levi, ¡qué alegría volver a verte! —Dino señaló hacia los dos hombres que estaban sentados con él y que ahora lo flanqueaban—. A mi izquierda, Joey Pelosi, y a mi derecha, Víctor Romano. Son amigos nuestros.

La lentilla de Denny lo confirmó.

Levi les estrechó la mano a los dos sabiendo exactamente qué eran sin que se lo dijeran directamente.

Ser amigos en la *Cosa Nostra* tenía un significado especial, y existía un protocolo que todos los miembros cumplían. Había dos maneras de presentar a alguien a otro miembro de la mafia; o se decía que era «mi» amigo, lo cual significaba que la persona estaba conectada y que delante de ella no se hablaba de negocios, o se le presentaba como «nuestro» amigo, que quería decir que era un iniciado, una persona a la que se debía respeto, y de quien se esperaba, y a quien podían confiársele negocios. Una persona que había hecho el juramento.

Joey y Víctor eran grandullones. Iniciados. Probablemente pesaran más de cien kilos, y tenían un cuerpo duro como la piedra. No llegaban al metro ochenta de Levi.

Levi volvió a centrarse en Dino y sacudió la cabeza.

—¿Qué te pasa, que siempre quedamos en este antro?

Dino sonrió al salir del local pestilente pasando el brazo por los hombros de Levi.

—Ya me conoces, quería asegurarme de que nadie nos vea hablar, y el último lugar donde se imaginarían encontrarse a Dino Minelli sería en un pub irlandés de tres al cuarto. —Señaló el Cadillac XTS negro aparcado en el lateral de la calle, pulsó el mando y el coche emitió dos pitidos, señal de que se habían abierto las puertas—. Levi, siéntate delante e indícanos cómo llegar adonde tienes el marrón.



Aunque Levi no había estado nunca en la pizzería de la que Joe le había hablado, la buscó en Google Maps y accedió a una imagen y a su ubicación exacta. Dino conducía hacia el este por Wilson Blvd cuando Levi señaló hacia delante y a la derecha.

—Justo pasado Emerson verás el sitio. Se llama Pirrone's Pizza, es el edificio con el tejado marrón.

—Ya lo he visto. —Dino aminoró la velocidad y entró en el extremo más alejado de la zona de aparcamiento, al otro lado de dos grandes contenedores.

Era tarde. Había anochecido y había unos cuantos clientes en la pizzería.

Dino apagó los faros, pero dejó el coche en marcha.

Levi se giró en el asiento para dirigirse a Joey y a Víctor.

—¿Estáis preparados, chicos?

—Un momento. —Dino se movió en el asiento—. Aclaremos unos puntos. El tipo al que buscas estuvo por tu zona y se sobrepasó con la hermana de uno de los iniciados de Don Bianchi. Yo habría zanjado el asunto pegándole un tiro en la frente, pero tú quieres plantarle cara y ya está. Joey y Víctor son matones de refuerzo por si la cosa se tuerce.

Levi asintió.

—Yo tomaré la iniciativa en el restaurante, Joey y Víctor pueden quedarse cerca. Me llevaré al dueño a la parte trasera y lo convenceré de que se ha equivocado tomando según qué decisiones en la vida y que tiene que enmendarse. Consiga lo que consiga, vosotros os lo ganáis. Si tardo más de diez minutos, probablemente alguien saldrá con los pies por delante.

Dino sonrió.

—Me parece bien. —Miró a sus dos compañeros—. ¿Alguna pregunta?

Joey se inclinó hacia delante y habló en un susurro.

—O sea que ninguno de los dos hace nada a no ser que Levi esté en apuros, ¿no?

Dino dio una palmada a Levi en el hombro y dijo:

—Ahí dentro manda él, *¿capisce?*

Ambos asintieron.

—Así me gusta. —Dino señaló la pizzería—. Vosotros entrad, que yo dejaré el coche en marcha. Si tardáis más de un cuarto de hora, me largo y os dejo a todos ahí dentro.

Levi se dio una palmada en la pistolera del hombro y notó el peso tranquilizador de la Glock 19 que solía llevar. En la otra pistolera de hombro llevaba la pistola rusa, aunque no acababa de

entender por qué la Panda se la había dado. Bajó del coche de un salto y los otros dos lo siguieron en silencio hacia a la entrada del restaurante.

La campanilla de la puerta principal tintineó cuando Levi la empujó. Contempló el interior del local. Justo delante estaba el mostrador principal, decorado al estilo de un comedor antiguo, con varios asientos vacíos, y detrás del mismo, los hornos para las pizzas y el obrador.

A su izquierda había varias mesas con cuatro sillas cada una y, al fondo, un letrero que indicaba los servicios y una puerta sin marcar que supuso que conducía a la trastienda.

Había cinco clientes en dos mesas, comiéndose sus pizzas.

Tras el mostrador había un joven trabajando la masa de las pizzas, otra persona de edad similar a cargo del mostrador y la caja registradora y, al fondo, un tipo de mediana edad con una pala que acababa de sacar una pizza del horno y la había depositado en una caja para llevar.

Levi miró por encima del hombro cuando Joey y Víctor entraron en el establecimiento.

—Por ahora, quedaos cerca de la entrada. Seamos discretos.

Se acercó al chico de la caja registradora y se inclinó hacia él.

—Oye, joven, ¿es él el encargado? —Levi señaló con la cabeza en dirección al hombre que cortaba la pizza recién salida del horno con un cortapizzas.

El chico asintió.

—¿Tiene alguna queja sobre nuestras pizzas? A lo mejor puedo ayudarle.

Acercándose más al chaval, Levi deslizó uno de los micros de Brice bajo el mostrador y dijo:

—No, es una cuestión que tengo que tratar con el encargado.

El chico se volvió y lo llamó.

—Carlo, este señor quiere hablar contigo.

Levi dio unos pasos hacia el extremo derecho del mostrador más alejado mientras el encargado se le acercaba, mirando en dirección a Joey y Víctor con expresión preocupada. Levi imaginó qué debía de estar pensando: «Dos hombretones trajeados en la entrada del

restaurante, mientras otro hombre trajeado quiere hablar conmigo. Será el FBI, o algo peor».

Carlo esbozó una sonrisa falsa y se colocó en el lado opuesto del mostrador. Habló con un acento extraño, que no era italiano ni por asomo.

—¿Sí, señor? ¿En qué puedo ayudarle?

Un rectángulo amarillo enmarcó el rostro del hombre y el nombre «Carlo Ingenioso» apareció debajo del mismo.

Por debajo del nombre fue apareciendo más información:

«Nombre de nacimiento: Sergei Romanov.

Expediente activo en el FBI.

Bajo vigilancia del FBI, aprobado por el tribunal de vigilancia de inteligencia extranjera (FISA).

Sin órdenes de captura activas».

Levi colocó disimuladamente otro de los micrófonos bajo el mostrador, se inclinó hacia delante e indicó al hombre que se le acercara.

Se acercó.

—Sergei, tienes algo que me pertenece.

Sergei frunció el ceño y abrió la boca sin articular palabra.

Levi deslizó a propósito la americana para que se viera una de sus pistolas.

El asombro se reflejó en la cara del jefe y durante unos instantes dio la impresión de que iba a perder el equilibrio, casi como si estuviera a punto de desmayarse.

De repente sonó el teléfono antiguo de la pared, con su cable en espiral sujeto al auricular, y Levi lo descolgó con brusquedad.

—¡Eh! —gritó el cajero.

El jefe se encaró con el chico de la caja:

—Métete en tus asuntos. —Se volvió hacia Levi y habló en un susurro—. Lo siento, pero creo que se equivoca. —Miró nervioso hacia la entrada del restaurante—. ¿Qué cree que yo tengo, señor...?

—Nuestros amigos del extranjero me dijeron que habían enviado un paquete aquí para alguien llamado Ribikov. —Levi señaló la trastienda—. Lo encontraré yo mismo, acompáñame.

—Pero...

Levi imprimió mayor solemnidad a su voz cuando agarró al hombre por el cuello de la camisa y apretó.

—Estoy empezando a pensar que me ocultas algo. Te lo diré bien claro: tú y yo vamos a la trastienda, buscamos mi paquete y, cuando lo tenga, me marcharé, o mis dos amigos y yo reduciremos este local a cenizas. ¿Qué prefieres?

—¡Vale, vale! —El hombre asintió, nervioso, y señaló hacia el fondo—. Venga, abriré el almacén, no tengo nada que ocultar.

El encargado caminó a lo largo del mostrador, el cajero intentó decirle algo y a punto estuvo de recibir un sopapo.

Cuando Levi pasó al lado de sus gorilas, susurró:

—Joey, ven conmigo a la trastienda y asegúrate de que nadie nos moleste. Víctor, encárgate de que haya paz. No tardaré.

Levi dejó atrás las mesas y a los clientes, que, absortos en sus conversaciones, apenas se habían dado cuenta de nada.

Con manos temblorosas, «Carlo» abrió la puerta del fondo del local con una llave. Miró por encima del hombro y vio a Levi y al soldado de la familia Marino detrás de él.

Abrió la puerta y automáticamente se encendió una luz de lo que sin lugar a duda era una especie de almacén. Levi le puso la mano a Sergei en el hombro y lo obligó a internarse en la sala mientras Joey se quedaba de centinela en la puerta.

—Sergei, cierra la puerta con llave —dijo Levi en ruso.

Mientras el interpelado obedecía la orden, Levi recorrió la estancia con la mirada. En el rincón del fondo vio un escritorio sencillo sin adornos, con un teléfono de aspecto moderno. Demasiado moderno para un local donde nada parecía tener menos de treinta años.

Levi oyó el sonido metálico de la cerradura al encajar con el marco, sacó su Glock y apuntó con ella a la cabeza del encargado.

—Deja las llaves aquí, retrocede tres pasos y levanta las manos.

El hombre obedeció temblando como una hoja rezando en ruso.

Levi cogió las llaves y condujo a Sergei al fondo del almacén, a la pared opuesta a la del escritorio.

—Arrodíllate de cara a la pared.

Al agacharse, el encargado empezó a suplicar en ruso:

—Por favor, por favor. No he hecho nada malo. Se lo juro, no he recibido ningún envío. Yo recibo todo el correo. Lo miro todo. No cometo equivocaciones de esas. Por favor, se lo ruego, tengo mujer e hijos.

Levi señaló la pared.

—Inclínate y apoya la frente en la pared.

El hombre empezó a sollozar, pero obedeció.

—Ahora pon las manos detrás de la espalda.

Volvió a obedecer.

—Si te mueves un pelo mientras busco mi paquete, te juro que me aseguraré de que tu esposa e hijos vean tu cuerpo desmembrado antes de que los mate también a ellos. Si acabo mi búsqueda y me quedo convencido de que no mientes, a tu familia no le pasará nada. ¿Me has entendido?

—Sí, sí. —Sergei inspiró de forma entrecortada y cerró los ojos.

Levi enfundó el arma y se acercó a una pila de cajas. Empezó a abrirlas a lo bruto mientras iba colocando los micrófonos de Brice en lugares discretos.

Un paquete de sémola se abrió por accidente y el contenido se desparramó por el suelo.

Fingiendo buscar algo, Levi se acercó al escritorio donde estaba el teléfono. Miró a Sergei y, aunque parecía muerto de miedo, tenía la vista clavada en la pared de delante.

Levi adhirió un micrófono a la base del teléfono y, al ver que el auricular estaba sujeto con un tornillo, sacó rápidamente un destornillador Philips del bolsillo de la americana, lo abrió y colocó un dispositivo de escucha fino como un alambre.

Volvió a montar el teléfono rápidamente, dio unas cuantas patadas más a unas cajas, ocultó el último micrófono y maldijo a un volumen que solo Sergei podía oír.

Toda la operación había durado cuatro minutos, más otros dos minutos en el comedor del local, de modo que ya no le quedaba más tiempo.

Levi había hecho lo que necesitaba. Se acercó a Sergei y le gruñó en ruso.

—Levántate.

El encargado estaba pálido y tenía el rostro surcado de lágrimas.

—¿Lo ha encontrado?

Levi sacó un sobre del bolsillo de la americana y se lo tendió a Sergei.

—Esto es por las molestias. Está claro que me dieron información equivocada.

Sergei cogió el sobre con manos temblorosas y expresión confundida.

—Adelante, ábrelo. Me voy. No volverás a verme, así que puedes estar agradecido.

Levi abrió la puerta con la llave y oyó un grito ahogado detrás de él. Se dio la vuelta y vio a Sergei con cara de sorpresa, sosteniendo un puñado de billetes de cien dólares. Dejó caer las llaves al suelo, miró a Joey y dijo:

—Vamos.

Los tres hombres se marcharon del local dejándolo en casi como lo habían encontrado.

Levi subió al asiento del pasajero del Cadillac y Dino salió lentamente del aparcamiento.

Al parar en un semáforo, se giró hacia Levi.

—¿Y bien? ¿Encontraste lo que buscabas?

Levi sacó otro sobre del bolsillo de la chaqueta y se lo dio a Dino con una sonrisa torcida.

—Hemos llegado a un acuerdo y no creo que repita el error.

Dino sopesó el grueso sobre y miró a Levi.

—¿Y esto qué es?

—Cinco mil pavos. Es prácticamente lo que el tío tenía en la caja fuerte.

Dino resopló y lanzó el sobre a Joey, que estaba en el asiento trasero.

—Dividídslo y dadle a Don su parte.

Víctor rio.

—Dos mil quinientos por quedarme ahí parado diez minutos no está nada mal.

Joey abrió el sobre y silbó.

—Dino, tenías que haberlo visto. Suave como la seda. Levi tuvo al pavo comiéndole de la mano en menos de un minuto, y lo único que sufrió daños fue un teléfono de pared.

—¿Un teléfono de pared? —Dino miró de reojo a Levi y asintió—. No me sorprende lo más mínimo.

Levi apoyó la cabeza en el reposacabezas, satisfecho por las actividades de la noche.

Pensó en Sergei y en lo alterado que estaba. ¿Llamaría a alguien a Rusia de inmediato o se cambiaría los calzoncillos y cerraría temprano?

Teniendo en cuenta la cantidad de micrófonos que había plantado, seguro que Brice empezaba a obtener respuestas a un montón de interrogantes. Tal vez su siguiente parada no fuera la cama de su habitación de hotel sino el cuartel general.

—Levi, he quedado con algunos de mis hombres de Virginia Beach, ¿te apetece cenar aunque sea tarde?

No era habitual que los miembros de diferentes familias socializaran de ese modo. A pesar de la curiosidad que sentía por lo que habría pasado cuando se marchó del restaurante, Levi sabía que la oferta del representante de la familia Marino era una muestra de cortesía.

Miró a Dino y asintió.

—Por supuesto, ¿quién necesita dormir cuando le espera un buen plato de *fagioli*?



Levi bostezó al entrar en el despacho de Brice, dominado por una gran mesa de trabajo llena de planchas para soldar, artilugios varios y otras cosas en las que el genio de la electrónica estaba trabajando para la Panda. Eran las tres de la mañana.

El jefe de ingenios, que llevaba gafas, se giró en el asiento y le indicó con impaciencia que tomara asiento.

—¿Por qué has tardado tanto en responder? Te envié un mensaje hace cinco horas.

Levi se desplomó en una silla con ruedas y la acercó a Brice.

—Estaba ocupado con otros socios. Dime, ¿tú duermes? ¿A qué viene tanta urgencia? Es imposible ya que tengas algo de los micrófonos ocultos... ¿o no?

—Te sorprenderías. —Brice tecleó en el ordenador y accedió a lo que parecía un programa de análisis de audio—. Te juro que me ha entrado el canguelo mientras estabas en esa pizzería y no podía advertirte, ¿quieres saber por qué?

Levi se inclinó hacia delante.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

Brice se volvió hacia él y dijo:

—Podría haber sido una pesadilla, pero tuvimos suerte. ¿Sabes el funcionario que conociste en Lincoln Park? No sé cómo no os habéis encontrado en la pizzería porque te juro que ha aparcado allí mismo unos treinta segundos después de que te marcharas.

Levi puso cara de sorpresa.

—¿Cómo sabes cuándo me marché?

Brice se giró hacia la pantalla y accedió a un archivo de audio.

—Colocase nueve transmisores sin contar el del teléfono. Pude trazar el plano del restaurante e imaginar lo que estaba pasando, teniendo en cuenta qué transmisor captaba el sonido de tu voz y tus pisadas. —Hizo clic en el botón de reproducción.

Levi levantó la vista hacia el monitor y se fijó en que Brice tenía un plano rudimentario de la disposición de las paredes internas del restaurante y nueve puntos rojos, los cuales supuso que eran cada uno de los micrófonos ocultos.

—*Sergei, tienes algo que me pertenece.*

El punto rojo de la esquina inferior derecha del plano parpadeó mientras las palabras de Levi se reproducían en la sala.

—*Eh...*

Levi asintió. Era el cajero captado por otro micrófono, correspondiente a otro punto rojo.

—*¡Métete en tus asuntos! Lo siento, pero creo que se equivoca. Qué es lo que cree que tengo, señor...*

—*Nuestros amigos del extranjero me dijeron que habían enviado un paquete aquí para alguien llamado Ribikov. Lo encontraré yo*

mismo, acompáñame.

Se volvió hacia Brice y le dio una palmada en el hombro.

—Esos micrófonos son la bomba.

—Cierto. Voy a avanzar rápido un poco. —Brice hizo unos cuantos clics y le dio al *play*.

Levi oyó el sonido de unas pisadas desde el punto rojo cercano a la caja registradora, luego el tintineo de la campana al abrirse y cerrarse la puerta principal.

Se produjo una pausa antes de que una voz preguntara con suavidad:

—*¿Vas a ver cómo está Carlo?*

Pero antes, de que hubiera respuesta, el tintineo de la campana volvió a anunciar la apertura de la puerta principal.

Más pasos y una voz que Levi reconoció como la del funcionario de la Casa Blanca, que dijo:

—*¿Dónde está Carlo?*

—*En la trastienda, pero...*

—*Deja de hablar conmigo y vigila las pizzas.*

Levi sacudió la cabeza.

—Tienes razón, ese encuentro podía haber acabado bastante mal. —Al tomar conciencia de lo ocurrido, sintió un subidón de adrenalina—. ¡Mierda! ¿Conseguiste lo que necesitabas? ¿Llamó a su contacto?

Brice avanzó un poco más y volvió a darle al *play*.

Se oyó el sonido amortiguado del descuelgue del auricular del teléfono. El funcionario emitió un sonido de succión entre los dientes mientras marcaba un número.

El teléfono sonó una... dos veces...

—*¿Banks?*

El hombre tenía acento ruso.

—*Sí, soy yo. Me falta muy poco para conseguir los votos necesarios para suavizar las restricciones del NordStream2.*

—*Cómo ayuda que la esposa de un congresista sea drogadicta, ¿verdad?*

El funcionario ahogó un grito.

—*Cómo...*

—Señor Banks, nada de lo que usted hace me pasa desapercibido. Recuerde que está en deuda conmigo y espero lealtad en la ejecución de mis necesidades. Doveryay no proveryay.

—Lo siento, no hablo ruso.

—Es una frase que nos robó su presidente. «Confía, pero compruébalo». Has sido un buen trabajador y se te ha compensado. ¿Qué más puedo hacer para ayudar con tu voto?

—Creo que, si lo vendiéramos como una causa humanitaria, influiría en algunos para votar en contra de los deseos de su partido. Rusos que se mueren de hambre, Europa que se congela en invierno, ese tipo de cosas.

El ruso soltó una risa cálida.

—Haré unas llamadas y veré qué puede hacer mi gente. He oído rumores acerca de conversaciones relacionadas con NordStream 1. ¿Qué me cuentas?

Banks respiró ruidosamente por el teléfono.

—Hay agitadores en el Congreso y el Senado que hablan de embargar el gas procedente de ese gasoducto. Creo que el tema humanitario queda reforzado por esas amenazas. Alemania y buena parte de la Unión Europea dependen de lo que suministráis vosotros. Y, con el movimiento en contra de los combustibles fósiles en Estados Unidos, es bastante fácil impedirnos ayudar. No me preocupa demasiado el cierre del número 1.

El ruso resopló.

—No dejemos nada al azar. Quiero que me pases una lista de personas del Congreso y el Senado que consideres un problema, las que nunca simpatizarán con nuestra causa. Miraré de influirlas con otros métodos.

Se produjo un silencio incómodo antes de que Banks contestara.

—Te conseguiré esa lista.

—Yo haré lo que haga falta desde mi posición. Consígueme lo que necesito e infórmame si surge algún problema.

—Entendido.

La línea quedó en silencio y Levi oyó el sonido del auricular al volver a la horquilla.

—Infl... como... Sa... z

—¿Qué ha dicho? —preguntó Levi.

—Lo mismo me pregunté yo, así que recurrí al potenciador de audio. —Brice cogió un bloc de notas del escritorio—. Banks dijo: «Influir como a Sánchez».

—¿Sánchez? ¿Tienes idea de quién es?

Brice se encogió de hombros.

—No lo sé seguro, pero descubrí que a un candidato al Congreso le dio un ataque al corazón durante la campaña. Era partidario de endurecer las medidas contra Rusia y China.

—¿Qué edad tenía? —preguntó Levi.

—Treinta y cinco y ningún antecedente de problemas cardiovasculares.

—Joder... eso es más que un poco sospechoso. —Levi reprodujo en su cabeza la conversación que acababa de escuchar y se enojó—. Ese Banks está hasta el cuello de mierda. ¿Por qué no lo encerráis?

—Lo hemos hablado y, a la larga, ese es el plan. Pero ese tío juega con otros, que son claramente los que mueven los hilos. Necesitamos saber quién más está implicado.

Levi frunció el ceño.

—No solo mueven los hilos, parece que están dispuestos a hacer cualquier cosa por salirse con la suya. ¿Qué pasa con el NordStream ese? Sé que ha salido en las noticias, ¿es un oleoducto o gasoducto que va de Rusia a Europa?

—En realidad, son dos oleoductos. Cada uno le reporta unos diez mil millones de dólares al año al Estado ruso. El segundo está bloqueado debido a los trámites burocráticos de las sanciones y se habla de cerrar también el NordStream 1, todo ello debido a los conflictos políticos con Ucrania.

Levi se recostó en el respaldo de la silla.

—¿Sabes quién es el ruso?

Brice asintió.

—Los ordenadores tardaron un poco en encontrar una coincidencia aproximada, sobre todo porque el tío hablaba en inglés y la mayoría de los datos de voz en los que los ordenadores tenían que buscar estaban en ruso. Pero tuvimos suerte. Se llama Konstantin Porchenko.

—¿Porchenko? —Levi sintió un escalofrío.

—Sí, es el jefe de una compañía energética del Estado ruso. Un hombre rico, sin duda, que tiene suficientes recursos para conseguir lo que quiera que hagan por él.

—Y tiene pillada por los huevos a mucha gente de D. C., por lo que parece. —Levi frunció el ceño. La posible pérdida de diez mil millones de ingresos al año sería una fuerte motivación para casi cualquiera—. El tal Porchenko... ¿por casualidad tiene alguna relación con un tal Vladimir Porchenko?

—Un momento, ya me preguntaste por él en otra ocasión...

—Cierto, pero eso fue cuando aparecí en la lista de los más buscados de la Interpol y nos fuimos por las ramas.

—¡Sí! —Brice volvió a centrarse en el ordenador y tecleó varias órdenes. Tardó menos de un minuto en asentir ante lo que veía en pantalla—. Al parecer, Konstantin está bien relacionado, como cabía esperar, y sí, tiene un tío llamado Vladimir. O quizá debería decir que lo tenía, porque resulta que murió hace poco.

Levi apretó los labios y los pensamientos se agolparon en su mente, pues él tenía algo que ver con la muerte de Vladimir.

Brice pasó una página de la libreta y dio un toquecito en la hoja en la que había garabateado algo.

—Aquí es donde la cosa se pone interesante. ¿Recuerdas el nombre que nos diste, Yevgeny Karpov?

Levi asintió.

—Pues parece que Karpov y Porchenko son rivales directos. Han competido en casi todas las adquisiciones de recursos energéticos desde la disolución de la Unión Soviética.

Levi abrió la americana y le enseñó a Brice la pistola que llevaba al hombro.

—Todo esto es muy interesante, pero ¿por qué me disteis un arma y un pasaporte rusos? ¿Cómo voy a ayudar en este asunto? Tenéis a personas como la Viuda Negra, que parece disfrutar matando a gente. ¿Qué pensáis Mason y tú y quienquiera que tome decisiones que voy a hacer yo?

Brice sonrió.

—Para empezar, Annie, a quien tú llamas la Viuda Negra, está embarazada. Se ha retirado y nos casamos dentro de unas semanas.

Levi parpadeó intentando imaginar al ingeniero bajito y rollizo con la sádica belleza negra que probablemente tuviera docenas de muertes en su haber.

—Supongo que tengo que felicitarte.

—En cualquier caso, hemos verificado que el teléfono con que Porchenko llamó al funcionario ha hecho muchas llamadas a Estados Unidos. Parece tener preferencia por gente de D. C., incluso del interior del Pentágono. Debemos suponer lo peor, y que es quien mueve los hilos de un grupo de personas cuya identidad desconocemos.

—¿O sea que queréis cortarle la cabeza a la serpiente? —planteó Levi.

—Bueno, en resumen, sí. Es imposible saber cuánto daño es capaz de hacer ese tipo. Joder, tiene al jefe de gabinete de uno de los congresistas veteranos comiendo de su mano. Quizá tenga a unos cuantos generales en el bolsillo. Incluso a algunos agentes del FBI... Visto así, podríamos intentar enviar a un escuadrón asesino, pero, por lo que hemos podido descubrir, el tal Porchenko ya está en guerra con otros personajes del Estado ruso. Va a ser difícil de pillar. Pero tú tienes una vía de entrada.

—¿Ah sí? Oh, ¿te refieres al tal Karpov, que se supone que me busca? A ver si lo adivino, ¿vas a asumir que me busca porque quiere que seamos buenos amigos y que nos ayudará a matar a su rival en el mundo de los negocios? ¿Eso es lo que estás dando a entender?

Brice pareció avergonzarse, pero enseguida se sobrepuso a la situación.

—Investigué sobre Karpov con los recursos que tenemos en Rusia. Se le conoce por ser una persona franca y lo más honesta posible en un país como aquel. Tienes que ser consciente de que en la ciénaga que es D. C. hay tantos traidores como pulgas en un perro callejero. En cuanto intentemos poner a las pulgas entre rejas, el tal Porchenko se dará cuenta de lo que ocurre y vete a saber qué pasará.

—La mejor opción parece ser no dar a entender que estamos al corriente de lo que se cuece, que continúe...

—Vamos que, mientras esté en Rusia, tendré que lamerle el culo a algún oligarca que no conozco y ver cómo puedo quitarle las ganas al tal Porchenko de interferir en las operaciones de nuestro gobierno.

Brice sonrió.

—No podía haberlo dicho mejor. Entonces, ¿es un sí?

Levi cerró los ojos y se notó embargado por el cansancio. Respiró hondo, espiró lentamente y clavó la mirada en Brice.

—¿Te has encargado ya de lo de la Interpol?

Brice negó con la cabeza.

—Hablé de ello con Mason y cree que es mala idea hacer nada ahora. Podría alertar a esos tipos de que sabemos que pasa algo, y no queremos enseñar nuestras cartas si podemos evitarlo. Al menos por ahora.

—Entonces, ¿cómo se supone que voy a llegar allí?

—Si aceptas, Mason moverá unos hilos y cogerás un transporte militar en Incirlik, Turquía. Desde allí tenemos medios para permitirte cruzar la frontera, y te encontrarás a un paso del Kremlin diez horas.

Levi se recostó en el asiento y se masajeó las sienes.

—Debo de estar loco para aceptar esto. Venga, que el jet vaya calentando motores. Supongo que me voy a hartar de *borsch* en los próximos días.

CAPÍTULO NUEVE

Cuando el móvil vibró en la mesita de noche, Levi alargó la mano y respondió a la llamada.

—¿Quién es? —preguntó, antes de bostezar sonoramente.

—Levi, he conseguido que la Fuerza Aérea ponga un C-37B a tu disposición para tu vuelo. —La ronca voz de Mason atronó por la línea—. Tienes a un chófer esperándote abajo para llevarte a Andrews ahora mismo.

Levi apartó la ropa de cama y miró el reloj. Eran las cinco de la mañana y todavía estaba oscuro.

—Vosotros no creéis que dormir sea necesario, ¿no?

—Tendrás diez horas más o menos para dormir durante el viaje. El chófer te entregará un maletín que contiene el informe de la misión para que te lo leas. Encontrarás toda la información necesaria sobre tus objetivos y una lista de tus contactos en el país.

Levi activó el altavoz del móvil y lo lanzó a la cama para poder ponerse los pantalones y acabar de vestirse.

—¿Brice consiguió...?

—Encontrarás todo lo que pediste y algo más en el avión de la Base Conjunta Andrews. Y, antes de que bajes corriendo las escaleras, ten en cuenta que te protegeremos en todo momento. Nuestra gente de Incirlik te recibirá en cuanto el avión aterrice y te ayudará a pasar a territorio enemigo. Lo que debes tener en cuenta es que, si llevas algo que pueda identificarse, como cualquier número de serie, tendrás que dejarlo. Eso incluye toda arma que no

sea de fabricación rusa. Nuestros hombres te ayudarán a equiparte con lo que necesites.

Levi se enfundó el chaleco antibalas.

— Mi ropa la llevo. Está toda hecha a medida, no tiene etiquetas y no debería poderse rastrear.

—¿Tampoco tu ropa interior? ¿Los calcetines?

—Bueno, supongo que debo de llevar algo de marca. —Levi frunció el ceño al calzarse los mocasines y darse cuenta de que no llevaba la ropa adecuada para una misión con exigencias físicas.

—En nuestras oficinas conocerás a un tal señor Osman. Él se encargará de lo que necesites para la misión in situ.

Levi cogió el teléfono, desactivó el altavoz y se dirigió a la puerta.

—Si tú lo dices... Bueno, ya bajo.

—Oído. Recuerda, Brice es tu contacto en caso de urgencia. Él te proporcionará lo que haga falta. Buena suerte, Levi.

El teléfono quedó en silencio y Levi bajó a la planta baja por las escaleras, cruzó el vestíbulo y salió por la puerta principal. Enseguida se encontró con una furgoneta oscura con sirenas policiales estacionada a unos seis metros de la entrada del hotel. En la puerta delantera del pasajero había un logo estampado que rezaba «Policía Secreta» y «Departamento de las Fuerzas Aéreas».

Levi oyó el desbloqueo de las puertas de la furgoneta y la del pasajero se abrió un poco. Al ir a entrar, se encontró con un chófer ataviado con el uniforme de las Fuerzas Aéreas.

—Señor Yoder, el jet tiene el tanque lleno y está preparado para despegar.

Levi subió al vehículo, cerró la puerta y, mientras se abrochaba el cinturón, el aviador se giró en el asiento y le enseñó la mitad de una moneda de plata. En esa cara de la moneda había una pirámide llamada «el Ojo de la Providencia». Una de las señas de identidad de la Panda. Cogió la parte visible y, de inmediato, el ojo emitió una luz.

El aviador se guardó la moneda en el bolsillo, arrancó y se alejaron rápidamente del hotel en dirección este. Miró a Levi y le tendió un carné militar, que él cogió.

—Es para que le dejen entrar por la puerta de embarque y subir al avión. —También señaló con el pulgar hacia el asiento trasero—.

Tiene que llevar el maletín que hay detrás. Cumple con las medidas de seguridad de la Panda.

Levi alargó el brazo, agarró el maletín y se lo puso entre las rodillas mientras observaba el CAC con una fotografía suya. Según el carné militar, ahora se llamaba Warren Jennings y era teniente de las Fuerzas Aéreas. Miró el uniforme del chófer, identificó el nombre y el rango y preguntó—: Aviador Weaver, está claro que sabes mi verdadero nombre. ¿Sabes por qué en el carné aparece otro?

—Señor, no lo sé seguro, pero me informaron de ciertas cosas que le atañen y puedo especular, si así lo desea.

—Sí, por favor.

—Me dijeron que quizá haya peces gordos en mi cadena de mando militar que estén comprometidos...

—Ah, y nuestra gente no quiere que nadie sepa que soy yo quien hace el viajecito.

—Eso es, señor. De hecho, sé que el C-37B cuyo depósito se ha llenado para ir a Incirlik se ha registrado como medio para facilitar una reunión entre un americano y un VIP turco. Se trata como si fuera una operación de bolsa negra, lo cual no es tan raro. El subdirector de la misión se reunirá con usted en el avión, él es uno de los nuestros. En teoría, viaja en calidad de asesor técnico y traductor para dicha reunión.

Cuando la furgoneta giró a la derecha para desviarse de Dower House Road, pasaron por un letrero que decía: «Horario de apertura de Pearl Harbor: 05.00–21.00», y en cuestión de segundos llegaron a un puesto de avanzada de seguridad bien iluminado.

El aviador bajó la ventanilla y, cuando pararon, los dos tendieron sus carnés al guarda. Tras una comprobación rápida, el guarda les devolvió la documentación y enseguida cruzaron la base y dejaron atrás East Perimeter Road. En cuestión de segundos, la furgoneta fue reduciendo la velocidad al acercarse al jet, de tamaño medio y que llevaba la bandera estadounidense en la cola, el logotipo de las Fuerzas Aéreas en el motor, en azul y blanco, y «Estados Unidos de América» estampado justo encima de las ventanillas de los pasajeros.

Levi había volado en jets militares en otras ocasiones, pero casi siempre eran grises y sin identificaciones.

Las luces parpadeaban en las alas y una escalera se abrió nada más apearse Levi de la furgoneta, maletín en mano y el CAC sujeto a la solapa.

Una mujer estaba situada de perfil en lo alto de las escaleras y le indicó el acceso.

Levi subió las escaleras a saltos y fue recibido por una de las componentes de la tripulación, que también llevaba el uniforme de las Fuerzas Aéreas.

—Señor, ¿me enseña su identificación?

Levi soltó el carné y se lo tendió a la aviadora García.

Después de mirar el carné, su cara y luego el CUC otra vez, se lo devolvió, le hizo el saludo militar y le indicó que entrara.

—Teniente Jennings, tiene reservado un espacio seguro al fondo del avión. Por favor, abróchese el cinturón de inmediato porque despegaremos en cuanto recojamos la escalera.

Levi recorrió el interior de la cabina con la mirada. Sin duda era un jet para mandos ejecutivos. Probablemente lo usara gente como el Presidente de la Cámara y otros VIP. Tenía capacidad para seis personas en la primera sección, y veía otra zona al fondo pasada una puerta.

Un hombre alto, trajeado, se le acercó, y se estrecharon la mano.

—Me alegro de tenerle a bordo, Jennings. Soy Frank Luck, el número dos de la embajada de Turquía. Hablaremos un poco más durante el vuelo, pero... —señaló los asientos de cuero—, tome asiento y abróchese el cinturón porque a estos pilotos no les gusta esperar.

Resultaba extraño que en el avión solo fueran, según parecía, dos pasajeros además de los pilotos, a quienes no veía, y otra aviadora, que tenía la mano pegada a un botón.

Levi se acomodó en la parte central de la cabina cuando el sonido del sistema hidráulico resonaba por el avión.

El subjefe de misión para Turquía se sentó en uno de los asientos delanteros, desplegó un periódico y se enfrascó en su lectura.

Levi vio plegarse las escaleras y, en cuestión de segundos, se oyó un golpe seco y la aviadora García desapareció por la parte delantera del avión.

La presión del aire cambió y el altavoz crepitó por encima de sus cabezas.

—Les habla el capitán John Wunderlich. Seré su piloto en este vuelo a Incirlik. Estamos en primera posición para el despegue. Volaremos a una altitud de 48 000 pies, a una velocidad de alrededor de quinientos nudos. La duración del vuelo se estima en aproximadamente once horas entre el despegue y el aterrizaje. Aquí termina mi comunicación hasta que aterricemos en nuestro destino.

Levi sonrió. Los militares no estaban para las formalidades que la Administración Federal de Aviación obligaba a cumplir a las compañías aéreas comerciales. Miró el maletín, que no parecía tener ninguna llave ni manera de abrirlo, salvo por un logo que conocía.

En la parte superior del maletín se veía la pirámide con el Ojo de la Providencia grabado en una placa de metal.

Levi presionó el logo con el pulgar y en cuestión de segundos notó un clic en el interior de la maleta, que se entreabrió.

El avión viró hacia la derecha y los motores se quejaron mientras el piloto los revolucionaba.

Levi echó un vistazo al interior de la maleta y vio un grueso pliego de papeles, fotos y mapas.

Había un papel rojo que enseguida le llamó la atención. Abrió el maletín un poco más y examinó el papel.

«Antes de bajar del avión, asegúrate de que todo este contenido vuelve a estar en el interior del maletín. El mecanismo de cierre es el mismo que el de abertura. Una vez cerrado, el contenido se incinerará de forma segura. El maletín y su contenido se considerarán seguros para ser desechados».

Levi se sintió propulsado contra el asiento cuando el piloto soltó los frenos y el jet rodó a toda velocidad por la pista.

En cuestión de segundos estuvieron en el aire y ganando altura a una velocidad mucho mayor que la de un avión comercial normal.

Once horas.

Con un poco de suerte, podría repasar aquel volcado de informes sobre la misión y dormir unas horas antes de aterrizar.

Levi apoyó la cabeza en el reposacabezas esperando que el avión se estabilizara.

Mientras surcaban el cielo, no pudo evitar preguntarse cómo sería el siguiente tramo del viaje. El tráfico aéreo en Rusia estaba restringido... aun así, no parecía que para la Panda resultara un problema.

No faltaba mucho para comprobar esa hipótesis.



Cuando el avión viraba hacia la izquierda para iniciar el descenso hacia Incirlik, Levi presionó con el pulgar el Ojo de la Providencia y oyó el clic de la cerradura del maletín.

En cuestión de segundos, notó un leve olor a quemado y, aunque el maletín se fue calentando, nunca llegó a quemar.

El avión aterrizó con un golpe seco y los motores bramaron al tiempo que Levi se inclinaba hacia delante debido a la frenada y la inversión del empuje.

Levi se desabrochó el cinturón cuando el avión iba parando cerca de un grupo de hangares con el logo de las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos. Se puso en pie, cogió la mochila que había dejado en el compartimento del fondo y el diplomático le hizo una señal; las escaleras se desplegaban desde la carcasa del avión.

—Le acompañaré hasta su contacto, teniente.

Levi bajó del avión detrás del diplomático y se fijó en una limusina Mercedes que esperaba, con una pequeña bandera estadounidense clavada en el panel frontal derecho del vehículo y la medialuna roja y la estrella de la bandera turca en el panel izquierdo.

El diplomático saludó al aviador que estaba junto al coche y gritó por encima del ruido de los jets que rodaban por la pista.

—Enseguida vuelvo. —Frank hizo una señal a Levi, que se dirigía hacia el hangar, para que siguiera adelante.

Levi lo alcanzó y le preguntó:

—¿Adónde vamos?

—Debería preguntarle yo adónde va usted. Yo no estoy informado de los detalles de su misión, solo sé que tengo que ayudarle a llegar a la oficina.

Entraron en el gran hangar y giraron bruscamente hacia un pasillo que conducía a unos despachos sencillos. Levi bajó tras el diplomático por unas escaleras de cemento hacia lo que parecía un refugio antiaéreo.

A lo largo de toda la red de estrechos pasillos de hormigón, iluminados por luces led colgantes, había señales con tres triángulos amarillos y las palabras «Refugio nuclear» pintadas. El diplomático se paró y señaló un pasillo poco iluminado que parecía no tener salida.

—La entrada está por allí. Tiene una clave biométrica, así que no debería tener problemas. ¿Alguna pregunta antes de que vuelva arriba?

Levi frunció el ceño.

—Um... ¿nadie va a preguntar por mí? ¿Por qué no vuelvo con usted?

El diplomático negó con la cabeza.

—No se preocupe por eso. Lo más seguro es que la tripulación del avión ya se haya ido del hangar. De todos modos, nadie le esperaba en la embajada.

Se dieron la mano y Levi se encaminó al final del pasillo.

Cerca del techo había un viejo logo del Ojo de la Providencia pintado, y en las paredes de hormigón, una plancha de metal lisa sin nada que delatara que era una entrada.

Parecía una vía muerta.

Levi miró por encima de su hombro, no vio a nadie y presionó la plancha de metal con la mano extendida. Estaba caliente al tacto y, casi de inmediato, oyó un clic. La pared que tenía delante se hundió en el suelo y apareció un pasillo oscuro.

Cruzó el umbral e, inmediatamente, la pared volvió a elevarse y se cerró con un silbido, al tiempo que unas luces brillantes iluminaron el pasillo.

—Señor Yoder, bienvenido a Turquía.

La voz incorpórea, con un acento difícil de identificar, transmitía calidez. Posiblemente fuera oriental.

—Vaya hasta el final del pasillo, por favor, y coloque los pies en las baldosas situadas delante de la puerta. Mire hacia delante con los brazos a los lados.

Levi recorrió el pasillo, de unos cincuenta metros de largo, plantó los pies en las baldosas de delante de una puerta metálica. Enseguida lo alumbraron unos focos tan brillantes que parpadeó.

«Identidad confirmada».

La puerta metálica descendió ante sus ojos y apareció un caballero de mediana edad de pelo negro y barba poblada que lo invitó a pasar.

—Bienvenido a nuestra oficina. Creo que es la primera vez que viene a Turquía, ¿no?

Levi cruzó el umbral y se encontró en un vestíbulo. Igual que en la ocasión anterior, la puerta que tenía detrás ascendió con un silbido.

—Sí. —Recorrió con la mirada el lujoso vestíbulo lleno de sillones de cuero y pasillos que partían a derecha e izquierda.

Se estrecharon la mano.

—Soy el señor Osman, el director de la oficina. Si no me equivoco, tiene una misión por cumplir y el tiempo apremia. Sígame, por favor. —Se dirigió a la izquierda, dejando atrás un conjunto de sillones de cuero vacíos dispuestos alrededor de una mesa baja, y se internó en un pasillo.

Las luces se encendían y apagaban de forma automática a medida que pasaban por el laberinto de pasillos del complejo.

—Señor Osman, me preguntaba si tiene algo de ropa rusa que...

—Vamos de camino al armario de suministros, no se preocupe. Creo que todas sus peticiones se han anticipado. Y, si no fuera el caso, deberíamos poder satisfacer sus necesidades en un santiamén.

Mientras recorrían el pasillo dejando atrás una intersección tras otra, Levi se dio cuenta de la magnitud del lugar.

—¿Cómo ha llegado a construirse este sitio? Deben de haberse tardado años en excavarlo del lecho de roca.

El señor Osman miró en su dirección y sonrió; las luces se reflejaban en sus ojos oscuros.

—Buena parte de estos túneles existían mucho antes del nacimiento de la Panda. No se sabe con exactitud si fueron obra de los romanos o si los construyó más tarde el imperio otomano. Su historia precisa es una incógnita, se ha perdido en el tiempo. Pero son una maravilla de la ingeniería.

Entraron en una cámara grande y Levi sonrió al ver un entorno que le resultaba familiar. Un casillero, muy parecido al de la oficina de Nueva York y no muy distinto de lo que se ve en cualquier instituto, revestía las paredes.

El dueño señaló una placa metálica de la pared y dijo:

—Por favor, coloque la mano aquí y empezaremos a equiparlo para su misión.

Levi presionó la mano contra el panel metálico, que estaba caliente, y enseguida oyó una serie de clics en la sala que abrieron varias casillas.

—Señor —dijo el señor Osman, haciendo un gesto—: empecemos por este lado de la sala, ¿de acuerdo?

Levi se acercó a la primera serie de casillas abiertas y vio distintos tipos de ropa interior, camisetas blancas, calcetines de vestir, vaqueros y suéteres. Sonrió al ver las marcas rusas.

—Por favor, señor Yoder. —Osman señaló la ropa—. Me dijeron que tiene que dejar aquí todo lo que lleve con etiqueta americana, incluida la ropa, la cartera, el carné militar y cualquier cosa que pueda delatar su procedencia.

Levi cogió unos calzoncillos y cayó en la cuenta de que llevaba ropa interior Hanes.

—Es decir, que me cambie del todo.

—Si es tan amable. —El señor Osman asintió y le tendió una bolsa de tela—. Puede guardar aquí lo que se quite.

Levi se desnudó rápidamente, se cambió la ropa interior, los calcetines y la camiseta. Mientras se vestía, el señor Osman sacó un bolso de viaje de cuero sin distintivos.

—Es para que guarde los objetos de la misión si no va a llevarlos en la mochila.

Levi optó por volver a ponerse su traje e introdujo el resto de la ropa de fabricación rusa en el bolso.

El señor Osman señaló la siguiente casilla.

Levi se acercó, vio un conjunto de ropa militar de trabajo negra, que se guardó en la bolsa, y siguió repasando el resto de las casillas abiertas.

Contenían un kit de soldado, incluidas unas botas de combate; un chaleco de combate con encartes balísticos; un sistema de distribución de peso y encartes para ayudar a proteger contra armas de fuego pequeñas, y encartes balísticos laterales. Todo ello era de fabricación rusa y de colores muy oscuros, lo cual le haría destacar en un terreno nevado, pero Levi imaginó que funcionaría muy bien para mantenerse oculto de noche.

En una casilla había un bastón grueso, lo cual Levi agradeció. Se le ocurrieron varias ideas para utilizarlo.

De la última casilla abierta, Levi sacó una cartera llena de dinero ruso y con una tarjeta Visa platino emitida por un banco ruso, y se la guardó en el bolsillo.

Abrió la bolsa de tela y metió su vieja cartera, sus dos Glocks, y la ropa interior y los calcetines que se había cambiado. El resto de su vestimenta estaba hecha a medida y no llevaba marcas que pudieran identificarse. Le tendió la bolsa al señor Osman y dijo:

—Espero recuperar esto a mi vuelta.

—No se preocupe. —El señor Osman asintió—. Estará todo a buen recaudo. —Le indicó a Levi que lo siguiera—. Ha llegado el momento de emprender el siguiente tramo del viaje.

Salieron por el mismo pasillo por el que habían entrado pero, a diferencia de los extraños bucles a otras salas de la oficina de Nueva York, ese lugar parecía tener más sentido. Pasaron por el vestíbulo y lo cruzaron para llegar a otro pasillo. A unos cien metros del vestíbulo, llegaron a una sala con unas escaleras descendentes.

El señor Osman señaló hacia abajo y dijo:

—Al igual que los demás puestos de avanzada, tenemos varios pasajes subterráneos que conducen a otras ubicaciones.

¿Varios pasajes a otras ubicaciones?

¿Significaba aquello que la oficina de Nueva York tenía túneles para ir a otros lugares además de a D. C.? ¿Acaso cada oficina era una especie de Grand Central Station para viajes subterráneos?

—Abajo le espera un tren que lo llevará al otro lado de la frontera, por debajo el Mar Negro y hasta territorio ruso. A su llegada a Moscú lo recibirá la señora Petrova. Ella velará por usted en Rusia. —Le tendió una bolsa de papel—. Es para el viaje. Será largo y quizá le entre hambre.

Levi echó un vistazo al interior de la bolsa y sonrió al ver lo que parecía el almuerzo escolar que cualquier madre prepararía a su hijo: un sándwich, una manzana, una bolsita de frutos secos y un paquete de dátiles turcos. Levantó la bolsa y se dio la vuelta para darle las gracias al señor Osman.

Para su gran sorpresa, no había rastro del señor Osman. Se había desvanecido.

Se quedó boquiabierto un instante porque no entendía cómo aquel hombre tan discreto había conseguido desaparecer en los escasos segundos en que había examinado la comida. Levantó la bolsa y dijo «gracias» a nadie, sintiéndose un poco tonto. Bajó las escaleras con la mochila colgada al hombro, el bastón atado a ella y el bolso de cuero en la mano derecha.

Un elegante vagón de tren le esperaba al pie de las escaleras con las puertas abiertas. Era idéntico al que había tomado en Nueva York. Levi subió a bordo.

Una voz incorpórea anunció:

«Bienvenido. En breve, el tren partirá de Incirlik en dirección a la estación de la Plaza Roja. Recorrerá una distancia de unos dos mil kilómetros, trescientos de los cuales serán bajo el Mar Negro. La llegada está prevista para dentro de unas seis horas».

»Tiene diez segundos para cancelar el lanzamiento de este vagón. Una vez en marcha, no habrá paradas. Sujétese a un pasamanos o es probable que se vea impelido hacia atrás. Es la única advertencia».

Levi tomó asiento y se agarró a un poste.

«Cinco segundos, cuatro, tres, dos, uno».

Levi se deslizó hacia atrás cuando el tren aceleró a una velocidad muy parecida a la que cabría esperar de un coche de carreras. En cuestión de segundos, el viento ululaba a medida que el tren circulaba a toda prisa.

Las luces de la cabina eran tenues pero, a diferencia del tren que había tomado en Nueva York, aquel asiento tenía botones con unas marcas que daban a entender que podía reclinarsse.

Levi pulsó un botón y el asiento se deslizó lentamente hasta una posición más cómoda. Programó la alarma de su teléfono, cerró los ojos e intentó descansar.

Cuando se despertara estaría en territorio enemigo.



Al mediodía, Brice se sentó delante del ordenador, abrió la hoja de cálculo donde se registraban las últimas alertas de sus transmisores y escudriñó los cientos de ellas que había recibido.

Al recorrer con la mirada las filas y columnas de datos a toda velocidad, se fijó en una nueva transmisión de la pizzería e hizo clic en el enlace.

El sistema recuperó el audio grabado y lo emitió por los altavoces del monitor.

—*Banks, tienes un problema* —Era la voz de Porchenko. Brice había escuchado tantas cintas en las que hablaba aquel hombre que ya no necesitaba el análisis de voz computarizado para identificarlo».

—*¿Qué problema?*

El funcionario sonaba nervioso.

—*Te envié un enlace a un vídeo de seguridad del local. Hace un par de días estuvo ahí un hombre, causó unos cuantos problemas y se marchó. Necesito saber quién es*».

El rostro de Brice reflejó su asombro al escuchar la conversación. ¿Porchenko se refería a Levi?

—*Puedo hacer que un amigo del FBI lo pase por los ordenadores. Un momento, déjame ver qué enviaste... oh, mierda, conozco a ese tío. Es Lazarus Yoder. Es un mafioso de por aquí... lo conozco.*

—No puede ser que haya gente metiendo las narices en mi negocio. Dime dónde está.

—Eso podría ser complicado. —A Bank le temblaba ligeramente la voz—. El FBI tiene un expediente sobre él de varios centímetros de grosor. Lo he visto. Es como un fantasma. Desconocen su paradero. Si necesitan contactar con él, utilizan un punto de recogida que...

No me sirve. Necesito saber dónde está. —La voz de Porchenko sonaba amenazadora—. Necesito saber por qué fue a la pizzería y qué buscaba.

—Bueno, a quien quizá sí pueda localizar es a su hija.

A Brice se le aceleró el corazón y escribió el código de la hora de la pista de audio.

—¡Mierda! Esto no pinta nada bien.

—¿Tiene una hija?

—Creo que sí. Alicia Yoder va a empezar la universidad en otoño. Me pidieron que repasara los nombres de admisiones recientes en algunas de las mejores universidades del país con la intención de reclutar becarios. Me fijé en su apellido, hice unas llamadas y resulta que el padre de Alicia se llama Lazarus. Por algún motivo, su dirección no constaba, pero sí que ponía que vive en Nueva York, que es donde se supone que tiene su base el mafioso.

—Bien»

Brice casi podía oír la sonrisa en el rostro de Porchenko mientras tomaba notas como un loco de lo que se decía en la conversación.

—Quiero que me consigas la dirección de Yoder... o tal vez... ¿a qué universidad va a ir la chica?

Tendría que comprobarlo —Banks sonaba nervioso—, pero creo que era Princeton.

Brice sacudió la cabeza y se dispuso a llamar por teléfono a Mason. La Panda tenía que hacer algo, y aquello superaba con creces sus funciones.

Bueno, consígueme la dirección de Yoder y comprueba a qué universidad irá la chica. Y que sea en cuestión de horas, no de días. ¿Queda claro?

—S...sí, sí —tartamudeó Banks.

El audio terminó y Brice se acercó el teléfono al oído en cuanto Mason respondió.

—¿Qué pasa?

—Jefe, tenemos un problema.

CAPÍTULO DIEZ

Levi notó que el tren desaceleraba y la voz incorpórea volvió a sonar.

«Llegaremos a la Plaza Roja en un minuto. No desembarque hasta que el tren esté completamente parado».

Las puertas se abrieron y Levi se apeó. La estación, tenuemente iluminada, estaba vacía. En la pared de hormigón había un mensaje descolorido que decía, en ruso, algo así como : «Un huésped no invitado es peor que un tártaro».

No estaba seguro de qué significaba aquello, pero parecía una especie de advertencia. Algo así como «Si estás aquí y no te esperan, da media vuelta y márchate».

Le pareció extraño que no hubiera ido nadie a recibirlo, pero quizá era que no lo esperaban. El informe que había leído no decía gran cosa acerca de la estructura de la delegación de la Panda en Rusia.

Recorrió con la vista la estación desierta y, como no vio otra salida, caminó hacia el final, donde le pareció intuir un pasillo oscuro.

Al acercarse, parpadearon luces en el túnel de piedra y, al internarse en él, Levi notó un olor a comida que le resultaba curiosamente familiar. Llegó a unas escaleras y las subió rápidamente a medida que el olor se intensificaba.

El sándwich de crema de cacahuete y mermelada que había comido en algún punto por debajo del Mar Negro le había matado el

gusanillo, pero los aromas cada vez más fuertes que se propagaban por las escaleras volvieron a abrirle el apetito.

Al final de la escalera, Levi se encontró en una especie de cocina improvisada.

Era una sala grande con una puerta a la derecha. En el lado opuesto había una serie de hornos y una isla de cocina con quemadores de gas al lado de una encimera de madera en la que una mujer mayor picaba una pila de setas. Levantó la vista, se miraron a los ojos y a ella no le pareció extraño que un desconocido apareciera desde la estación de abajo.

Le indicó que se acercara y le gritó algo que no acabó de entender.

Levi se acercó y la mujer, que tendría al menos setenta años, señaló con brusquedad y con un dedo grueso y arrugado un taburete situado al lado de la isla. Con voz ronca, ordenó con un fuerte acento ruso:

—Siéntate.

Cada vez más divertido, Levi se despojó de la mochila, dejó el bolso de viaje en el suelo y se sentó en el taburete.

—¿Señora Petrova?

La mujer hizo un gesto de desdén y, con unas manoplas, cogió una bandeja de pollo asado y escurrió la grasa en una sartén donde burbujeaba una preparación que despedía un olor muy conocido.

—¿Qué está preparando? —preguntó Levi—. Huele de maravilla.

La mujer cogió un puñado de setas laminadas, las echó en la sartén y empezó a remover todo el contenido sin que se le saliera ni gota.

—Estás hambriento. Se te nota en la cara. El *Kasha* te llenará.

Levi sonrió. *Kasha*. Cómo no. Un plato que su abuela solía preparar. Eran una especie de gachas de trigo sarraceno, aunque él las tomaba como cereal para el desayuno con miel y leche. Aquello no era lo mismo.

El cereal integral tardó apenas unos minutos en absorber el líquido y los jugos del pollo, y la mujer añadió unos fideos en forma de lazo que estaban en otra cazuela. Con un cucharón, llenó un

cuenco de madera con la comida humeante y lo colocó delante de Levi.

—Come —ordenó dejándole una cuchara al lado del cuenco.

Levi cargó una buena cucharada, asegurándose de incluir un trozo de seta y un fideo. La levantó, miró a la mujer y asintió.

—Gracias, señora...

Ella arrugó la cara al mirarlo.

—Soy una *babushka*, eso es lo que soy. Llámame así.

Babushka era «abuela» en ruso.

Respirando rápidamente por la boca, intentó enfriar la comida, que se había metido en la boca hirviendo, masticó rápido y tragó.

Sintiendo aún el calor abrasador del bocado descender hasta el estómago, Levi cogió otra cucharada, aunque en esta ocasión dedicó un ratito más a soplarla antes de metérsela en la boca. Levantó la vista hacia la mujer nudosa y sonrió.

Ella no le prestaba atención ni esperaba cumplido alguno. Sabía que su comida era buena y había pasado a centrarse en una bola de masa del tamaño de un pomelo que trabajaba sin parar.

La puerta del otro extremo de la sala se abrió y entró una mujer. Al ver a Levi, se le acercó sonriendo de oreja a oreja.

—Señor Yoder, veo que ya ha conocido a mi *babushka*.

—¿Señora Petrova?

La mujer asintió y habló en un susurro con marcado acento ruso.

—En persona.

—¡Nadia! —La voz de la abuela sonó como el chasquido de un látigo. Cambió al ruso para dirigirse a su nieta—. ¡No coquetees con este hombre!

Nadia hizo un gesto de desdén hacia su abuela, que había cogido el bastón y lo blandía con ademán amenazador. Volvió a centrarse en Levi y le tendió la mano.

—Nadia Petrova. Soy la dueña del escondite situado bajo la Plaza Roja.

Levi se fijó en la moneda que sujetaba entre el pulgar y el índice, cogió la mitad que le ofrecía y la luz destelló. Nadia aparentaba unos treinta y cinco años y llevaba el cabello oscuro recogido en una gorra gris de estilo masculino, lo cual le otorgaba un aire retro,

aunque lo que le llamó la atención fue la cicatriz que tenía. Era una marca blanca y fina que arrancaba en el nacimiento del pelo, le bajaba por la sien, le cruzaba la mejilla izquierda y acababa en la base del mentón. Pasó a hablar en ruso y dijo:

—Encantado de conocerte. Teniendo en cuenta a los otros dueños que he conocido, esperaba a alguien de más edad... —sonrió—, y menos atractivo.

—¡Hablas ruso! —Nadia desplegó una amplia sonrisa mientras la abuela golpeaba la bola de masa contra la mesa emitiendo un sonido sordo. Masculló algo que resultaba ininteligible y siguió amasando con vehemencia.

Nadia señaló a la mujer con el pulgar.

—No le hagas caso, es muy protectora. —Se pasó el dedo índice por la cicatriz—. Sobre todo, después de que mi marido me hiciera esto.

—¿Tu marido te hizo eso? —Levi se la quedó mirando sin saber cómo reaccionar.

Nadia le puso la mano en el hombro y le dio un apretón.

—Resultó ser un confidente del FSB, pero yo no lo sabía cuando nos casamos. Personalmente, me importa poco que alguien próximo a mí ayude al gobierno actual. Pero, por supuesto, a él sí le suponía un problema que yo no le contara adónde iba durante el día.

El FSB era la versión moderna del KGB soviético, conocido habitualmente como la policía secreta.

—Me hizo esto justo antes de que lo apuñalara en... —Se calló y se echó a reír—: Bueno, no pretendía hablar de este tema tan espinoso en nuestro primer encuentro. —Nadia miró hacia su abuela y preguntó—: ¿Estás haciendo empanadillas?

—Por supuesto. Si no, solo comerás esa porquería que venden por las calles. Las de hoy son de pollo y *kasha* con setas.

—Volveremos pronto para cenar. —Nadia invitó a Levi a seguirla—. Tengo una habitación donde puedes dejar tus cosas y podemos hablar de los siguientes pasos de la misión.

Levi bajó del taburete y recogió sus cosas.

La abuela levantó la vista de la masa y se dirigió a él.

—Cuidado en la calle. Los desconocidos suelen desaparecer, ¿me has oído?

Levi asintió.

—Gracias por la advertencia.

Al salir de la cocina, Nadia bajó la voz.

—Me han proporcionado nombres de gente con la que quieres contactar y he investigado un poco antes de tu llegada. Creo que una de esas personas está muerta.

—¿Quién?

Nadia negó con la cabeza.

—No hablemos más hasta que estemos en la sala adecuada.

Tras pasar por varios pasillos entrecruzados, Nadia entró en una habitación que era poco más que un armario grande, de metro y medio por metro y medio.

Entró tras ella, la imitó girándose de cara a la puerta y ella le advirtió:

—Prepárate.

Presionó con la mano un panel metálico situado a la altura de la cintura que quedaba a la izquierda del umbral de la puerta.

De repente, el cubículo salió disparado hacia arriba y quedaron sumidos en una oscuridad invadida por el silbido del aire.

El trayecto ascendente acabó con la misma rapidez. Levi tuvo la impresión de volverse casi ingrátido cuando la salita ascensor redujo la velocidad y se paró en otra planta.

Nadia se volvió hacia él y apenas disimuló lo divertida que le resultaba la situación.

—¿Estás bien?

El estómago de Levi no estaba muy contento con la aceleración y desaceleración inesperadas, pero sonrió.

—Ha sido divertido. Deberíamos repetir.

Con un guiño, Nadia le indicó que lo siguiera.

—Estamos a unos quince metros por debajo del nivel del mar. Dejemos tus cosas y pongámonos manos a la obra.



La sala de reuniones estaba en lo que Nadia denominaba «el ala tranquila» de las oficinas de la Panda. Levi no era capaz de apreciar ninguna diferencia entre esa sala y cualquier otra, pero sí que se había fijado en lo gruesa que era la puerta de la misma, seguro que estaba insonorizada. De hecho, lo único que se oía eran los latidos de su corazón y la respiración tranquila de Nadia cuando se sentó frente a él en la mesa y se puso a clasificar pilas de fotos y papeles impresos.

Levi se centró en las horripilantes fotos que tenía delante dispuestas en la mesa. A juzgar por la ropa, parecían soldados rusos. Estaban todos muertos, todos ensangrentados, mutilados en algunos casos, como si un animal les hubiera mordido las manos y la cara. Sin duda, a unos los habían quemado, otros tenían los uniformes hechos jirones y a otros incluso les faltaban extremidades... posiblemente a causa de una explosión.

—Ah, aquí está. —Nadia cogió uno de los papeles y empezó a leer:

«El mando ruso no había contado con los retos a los que se enfrentaría en los bosques de Izyum, lo cual provocó un número catastrófico de bajas en las brigadas 64 y 38 de los Fusileros Motorizados de la Guardia. Su número se estima ahora en poco menos de cien soldados físicamente capacitados en total. Al parecer, los comandantes rusos no proporcionaron el equipamiento adecuado a sus unidades de combate en terreno boscoso. Buena parte de su artillería pesada no servía. Y, al parecer, la comunicación electrónica entre las tropas y el mando fue ineficaz, y tuvieron que confiar en mensajeros para enviar y recibir mensajes, sobre todo por falta de teléfonos encriptados.

»Las fuerzas ucranianas atacaron con drones las posiciones rusas avanzadas, con lo que evitaron que su ejército sufriera daños. Los mercenarios rusos, los componentes del grupo Wagner, se negaron a participar en el combate, lo cual impidió avances en el eje Izyum.

»Los ucranianos lanzaron varios ataques con drones a un grupo bien armado que quedó rezagado, lejos del terreno boscoso. Se cree que varios miembros claves del grupo Wagner pueden haber fallecido. Su identidad no puede confirmarse por su aspecto físico o

sus pertenencias. Estamos a la espera de los análisis de ADN para identificar a los muertos».

Nadia se recostó sobre la mesa y dio un toquecito con el dedo en una de las fotos.

—Creemos que es Yuri Popov. Su último paradero conocido lo sitúa en las afueras de Slovyansk, que está entre el Dombás e Izyum.

Levi observó la foto. El hombre tenía media cara destrozada, supuso que por la metralla. En el hombro vio una insignia desgarrada en cuyo centro había una calavera y donde se leía «grupo». Fuera quien fuera, llevaba una insignia del grupo Wagner, una organización paramilitar rusa que operaba desde Ucrania.

Nadia sacó otra foto de la pila y la deslizó hacia Levi.

—Es la única imagen que tenemos de Popov de los últimos tres años.

La lentilla que Levi seguía llevando no se activó cuando miró la foto. De hecho, no se había activado desde que había subido al tren en Turquía. Probablemente se debiera a la profundidad a la que se encontraba y a que la conexión Bluetooth resultara totalmente inútil allá abajo.

Comparó la foto del hombre vivo con la del muerto. Costaba saber si eran la misma persona. El muerto tenía la cara más delgada, más demacrada, y la barba rala y entrecana le ocultaba buena parte lo que no había quedado destruido por el ataque.

La puerta de la sala de reuniones se abrió y la abuela entró renqueando. Apoyaba una mano en el bastón y con la otra sostenía una bandeja llena de empanadillas fritas, acompañadas de cebolla caramelizada.

Levi mantenía unos ojos bien abiertos mientras inventariaba mentalmente toda la información sensible desperdigada por encima de la mesa. Tener a una abuela en aquella sala le parecía una enorme brecha en la seguridad. Fue mirando alternativamente a la anciana y a Nadia.

—Estáis tardando mucho, las empanadillas se enfriarán. —La abuela dejó la bandeja y dos tenedores en la mesa, entre las horrendas fotografías e informes varios. Se acomodó en una silla

situada en un extremo de la mesa y señaló la comida—. Podéis comer sin dejar de trabajar.

Nadia envió un beso a su abuela y sonrió en dirección a Levi.

—Estás pensando que estoy loca por dejar que mi abuela vea estas cosas.

No era una pregunta.

La abuela desvió su atención hacia Levi y le dedicó una sonrisa desdentada.

—Antes de que tú nacieras, jovencito, yo ya trabajaba para la misma organización para la que trabajas tú.

Nadia clavó un tenedor en una empanadilla, se la metió en la boca y dijo:

—Mi abuela era la propietaria de este sitio durante la caída de la Unión Soviética.

Levi alargó la mano y cogió una empanadilla. La masa era sabrosa, con los bordes fritos crujientes, y, cuando la mordió la boca se le llenó de trigo sarraceno, cebolla frita a la perfección, setas y trocitos de pollo. Era delicioso.

La abuela asintió.

—Aquella fue una época extraña. Tantos años bajo la dictadura soviética, con la KGB observándolo todo y a todos. Y luego llegó la *perestroika*, empezaron las reformas. Fue el principio del fin de la Unión Soviética. Muchos de nosotros celebramos su caída.

»Pero las cosas han cambiado. Alcanzamos una prosperidad occidental que parecía casi inimaginable unos años antes. Y, al final, la situación se convirtió en la nueva normalidad. —La mujer adoptó una expresión adusta.

»No pasó mucho tiempo hasta que los hombres que gobiernan ahora empezaron a cambiar las cosas para su propio beneficio, lo cual se parecía mucho a los viejos tiempos.

Hablaba con tristeza.

—¿De qué manera han cambiado las cosas? —preguntó Levi—. Estuve en Rusia hace unos años, pero no sé con qué compararlo.

Nadia chasqueó la lengua y sacudió la cabeza.

—En pocos años la cosa ha cambiado mucho.

—Sí, y tanto. —La mujer miró a su nieta—. Nadia, esos cambios... van por mal camino y, querida mía, no tienes ni idea de lo malo que puede llegar a ser ese camino. Yo era demasiado joven para recordar lo que sucedió en los años cincuenta, pero las historias que contaba mi madre sobre el gobierno de Stalin aterrarían a cualquier ruso.

»En la Unión Soviética, Stalin empleaba a la policía secreta como su propio ejército personal. —Levantó la mano juntando el pulgar y el índice—. A la gente que criticaba ni que fuera un poquito a Stalin la borran del mapa. Millones de personas desaparecieron de las calles.

»Y estamos viendo que vuelve a pasar lo mismo.

»Nuestros supuestos líderes están convirtiendo nuestro bello país en un paria del mundo. A quienes desean marcharse, se les prohíbe. Los que critican las reformas que se producen a cinco metros por encima de nosotros también desaparecen, al igual que en los días del Gran Líder. —Se volvió hacia Nadia y le lanzó un beso—. No lo lamento por mí, sino por lo que mi pobre Nadie tiene que soportar. Mi única esperanza es que su formación le sirva.

Levi miró a Nadia, que había cogido la mano de su abuela por encima de la mesa. Era un momento emotivo con el que no imaginaba encontrarse en la oficina clandestina de la Panda bajo la Plaza Roja, pero le servía de advertencia.

—¿Formación? —Miró a Nadia—. Sé muy poco de cómo se gestionan estas oficinas. ¿Existe una formación específica para ser propietario?

Nadia sonrió e inclinó la cabeza en dirección a su abuela.

—Ella me enseñó todo lo que sé sobre el oficio de espía y el combate cuerpo a cuerpo. Ahora cuesta de imaginar, pero fue cinturón negro tercer dan de judo.

—¡Bah! —La abuela gruñó, cogió el bastón y se levantó de la silla—. ¡Lo sigo siendo, Nadia! ¡Lo sigo siendo! —Una expresión tímida asomó en el rostro arrugado de la mujer, que exhaló un suspiro—: Pero supongo que la edad ha empezado a pasarme factura. —Hizo un gesto de barrido con el brazo que los englobó a los dos—. Me voy a la cama —anunció.

Y, con ese anuncio, salió renqueando de la sala y cerró la puerta silenciosamente.

Levi sonrió ante la puerta cerrada y se dirigió a Nadia:

—Eres afortunada por tenerla.

Nadia asintió y señaló las fotos que tenía delante.

—Con respecto a Popov, es una mala persona. Sin duda está metido en varios asuntos de crimen organizado, tanto aquí en Rusia como en Estados Unidos y Canadá. Pero, como amigo del líder ruso, existe porque resulta útil, nada más. Si está muerto, apuesto a que buena parte de su organización, que es poco compacta, se relajará, sobre todo debido a lo tensa que está la situación local. Sin embargo, seguiré controlando la inteligencia procedente de esa región y confirmaré si los análisis de ADN demuestran algo. Por ahora te aconsejo que lo ignores. —Con respecto a los demás nombres que me proporcionaron, he investigado sobre su pasado. Hablé con unas cuantas personas que conocen su situación mejor que la mayoría y me enteré de que tanto Konstantin Porchenko como Yevgeny Karpov fueron lugartenientes de Vladimir Porchenko.

Levi asintió.

—Vladimir era un hombre muy poderoso en la Rusia postsoviética. Ex KGB y como un hermano para el presidente ruso actual. Era rico a más no poder y, con la ayuda de varios accidentes claves y la amistad del gobierno, adquirió casi todas las compañías energéticas de Rusia. Ahora está muerto y, aunque su muerte se atribuyó a un ataque cardíaco, existen varios informes que apuntan a un asesinato.

Levi se mantuvo impasible porque no quería desvelar información que solo él sabía. Él estaba en la sala en la que Vladimir sufrió el supuesto ataque cardíaco.

—Cuando Vladimir murió, sus dos lugartenientes lucharon por hacerse con el control de los intereses y acabaron repartiéndolos de manera que Porchenko se llevó la mayor parte. —Nadia rebuscó por la pila de papeles y repasó uno que le llamó la atención—. He recibido una copia de parte de los resultados de la investigación sobre la muerte de Vladimir, encargada por Karpov. —Miró a Levi con expresión divertida y dio un toquecito al papel con el dedo índice—.

Aquí dice que hay imágenes de seguridad de alguien entrando en el edificio unas horas antes de que encontraran el cadáver de Vladimir. Evidentemente, la persona a la que Karpov encargó investigar la muerte acabó pasando las imágenes de seguridad por un software de reconocimiento facial, y resulta que la persona identificada responde al nombre de Lazarus Yoder.

Levi se encogió de hombros.

—No me digas.

—Sí te digo. —Nadia sonrió—. Y lo más curioso es que no hay constancia de que ningún Lazarus Yoder haya entrado en Rusia, al menos por las vías normales. Supongo que por eso encontré tu nombre en un anuncio de personas desaparecidas en un periódico, poco después de la muerte de Vladimir.

Levi exhaló un suspiro.

—Entonces, ¿lo más probable es que el tal Karpov piense que maté a su exjefe y quiera vengarse?

Nadia se recostó en el asiento y frunció el ceño.

—No creo. Karpov tiene fama de ser honesto hasta la médula, lo cual es muy poco habitual en la sociedad rusa actual, sobre todo entre esa clase de gente. Y, a decir verdad, si no hubieras matado a Vladimir...

—Yo no he dicho que lo matara —objetó Levi.

—Claro, claro. —Nadia dio una palmada al aire y forzó una sonrisa—. Estoy segura de que fue todo una coincidencia. En cualquier caso, si Vladimir no hubiera muerto, seguramente Karpov no estaría vivo ahora. Los Porchenko tienen la mala costumbre de provocar muertes a su alrededor cuando se les contraría de algún modo, o cuando ya no les sirves. Vladimir es tristemente célebre por haber ascendido por una escalera manchada de sangre para llegar adonde está. En realidad, no sé decir por qué Karpov querría conocerte, pero lo que sí puedo afirmar sin temor a equivocarme es que la muerte de Vladimir no lo ha contrariado. —Blandió un dedo hacia Levi—. Pero Konstantin Porchenko es harina de otro costal. Se le considera un loco. Incluso se rumorea que mató a su hermano gemelo cuando eran jovencitos por una chica que les gustaba a los dos.

—Fantástico. —Levi exhaló un suspiro—. Y ese es el tipo al que intento llegar.

Nadia sacudió la cabeza.

—No es un objetivo sensato, diría yo. Va protegido por la policía secreta en todo momento. Sus oficinas están en el Edificio Lubyanka, ¿te suena?

—Sí. —La última vez que Levi había estado en Rusia había visto el edificio desde fuera. Apenas podía imaginar las miles de almas torturadas que habían muerto allí—. La sede de la KGB en la era soviética y la del FSB actual.

—Exacto. ¿Cuál es tu objetivo último?

Levi se había estado planteando la misma pregunta desde que aceptó la misión.

—Si quieres que te diga la verdad, creemos que a Porchenko le importa un carajo quién muere, siempre y cuando consiga que el petróleo y el gas circulen por los conductos. Y para ello ha estado echando mano de recursos comprometidos dentro del gobierno de Estados Unidos. Aunque la Panda preferiría que se hiciera justicia...

—¡Justicia! —se mofó Nadia—. ¿En Rusia?

—A veces la directiva de la Panda tiene objetivos poco realistas. —Levi se encogió de hombros—. Bueno, como lo más probable es que no se haga justicia, el problema sigue sin resolver.

—¿Estás aquí para cortarle la cabeza a la serpiente?

Levi sonrió.

—Muy bien expresado.

Nadia adoptó una expresión seria.

—Entonces tienes que rezarle al dios que veneres, porque lo más probable es que esa tarea escape a nuestras posibilidades.

—No es «nuestro» problema, sino el mío. —Levi se encontró con su mirada fija—. Ya veremos cómo sale la cosa—. Consultó la hora. Era tarde.

Nadia se levantó y señaló los artículos que estaban desperdigados por encima de la mesa.

—Extremaré las medidas de seguridad en esta sala para que podamos dejar todo esto tal cual está. Se está haciendo tarde y, ahora que soy consciente de lo que intentas hacer, hablaré con mi

hermano, que también es agente de nuestro jefe común. Debería estar de vuelta de su encargo en cualquier momento y hablaré con él del problema que tienes. A ver si por la mañana se nos ocurre alguna opción que no sea un suicidio.

Levi se levantó, estiró los brazos por encima de su cabeza y oyó los chasquidos de sus vértebras al girar el torso.

—¿Por casualidad tenéis un gimnasio y unas duchas por aquí?

—Pues sí. —Con la puerta de la sala de reuniones abierta, Nadia le indicó que la siguiera—. Pero te aconsejo que esperes a mañana. La electricidad de esta oficina sigue dependiendo de los recursos estatales y, debido al racionamiento nocturno, quizá no haya suficiente energía para que funcionen la iluminación y los aparatos.

Levi asintió. No había leído en ningún sitio que en Rusia hubiera racionamiento de energía. Empezaba a sonar muy parecido a algunas historias acerca de la Unión Soviética sobre las que sí sabía.

Al recorrer el pasillo mal iluminado detrás de Nadia, le preguntó:

—¿A qué hora vuelve a haber luz?

—A las seis de la mañana. Pasaremos por el gimnasio camino de tu habitación. Tras el ejercicio y la ducha, podemos quedar en la sala de reuniones a las siete. Espero tener varias opciones que plantearnos.



—Lucy, hace tiempo que no hablamos.

Lucy Chen sujetó el volante con más fuerza. Conducía por Flatbush Avenue y no se esperaba oír la voz de Doug Mason por los altavoces del coche.

—Cierto, pero pensaba que ya no nos hablábamos.

—No es por mi culpa. Quisiste distanciarte de la Panda y, aunque sigues perteneciendo a la organización, he intentado respetar tu petición.

—Pero... siempre hay un pero, Doug.

—Es un poco complicado, pero conoces a Alice Yoder, ¿verdad?

—Por supuesto. —Lucy notó un escalofrío y detuvo el coche a un lado de la calle para centrarse en la conversación. Que alguien de la Panda mencionara el nombre de una persona corriente nunca era buena señal y, aunque Levi era quien era, los niños eran inocentes. Se puso muy seria al hablar—: La conocía antes de que Levi la recogiera de la calle. ¿A qué viene hablar de ella ahora?

—Tranquilízate, dama dragón. Intento ayudar. —Mason suspiró y la línea quedó en silencio un instante—. Ahora mismo Levi está en una misión en el extranjero. No sabe nada de esto y, si lo supiera, la misión correría peligro. Ciertos miembros de la mafia rusa intentan localizar a Levi y, para abreviar, se han enterado de que Alicia va a ir a Princeton.

—Pero eso será en otoño.

—Por desgracia, la han invitado a asistir a una jornadas de orientación en la residencia universitaria y mañana va a salir de la granja de su abuela.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sabemos. Nuestros recursos infiltrados que podrían ayudar con esto son escasos y ya están comprometidos con otros asuntos. Ahora mismo, tengo agentes vigilando la granja y podemos seguirla hasta que llegue a la universidad, pero a partir de ahí la cosa se complica».

Lucy frunció el ceño.

—Si habéis puesto un micrófono oculto en casa de la madre de Levi, y os veo capaces, ya sabes que él va a ponerse como un loco.

—Sea como sea, ¿podrás ayudar?

—¿Y cómo demonios se han enterado los mafiosos rusos de la existencia de Alicia?

—Sabes que no puedo responder a esa pregunta.

—¿Y hasta qué punto es creíble la amenaza?

—Por desgracia, creemos que es muy creíble. De lo contrario, no llamaría.

Lucy recordó la alegría en el rostro de Alicia la última vez que la había visto en la granja. Estaba entusiasmada con poder ir a esa universidad. Y era tan inocente... no tenía ni idea de quién era su padre. Más y más invadida por la frustración, espetó:

—¿Qué has pensado? ¿Qué quieres que haga? ¿Corre el riesgo de que la secuestren para llegar a Levi o es que tal vez quieran asesinarla?

—La principal preocupación es un secuestro. La chica va al Whitman College, es una de las residencias universitarias del campus de Princeton. Puedo hacer unos apañíos para conseguirte una plaza en las jornadas de orientación. ¿Podrías ser su compañera de habitación?

Lucy resopló con desdén.

—Aunque haga un par de años que no nos vemos, te garantizo que no pasaría por alumna de universidad. No soy la persona adecuada, pero tengo una idea...

—Ten en cuenta el tipo de gente con la que podríamos estar lidiando...

—Doug, para ahorrarnos las florituras, te diré que soy una asesina y que sé qué necesita Alicia para estar protegida. Te informaré de los detalles de lo que tengo en mente en cuanto organice un par de cosas.

—Perfecto.

Lucy entrecerró los ojos mirando por el parabrisas del coche. Con el paso del tiempo, había llegado a despreciar a Mason. En cierto modo, lo culpaba de algunas de sus dificultades con Levi. Aun así, realmente nunca había incumplido su palabra.

—¿Dices que mañana va para la universidad?

—Sí, ahora mismo los Yoder están cenando, y se acostarán temprano. A primera hora de la mañana, Alicia saldrá de la granja en dirección a Princeton.

—Te juro que vas a tener mucha suerte si Levi no te da una patada en el culo por haber puesto un micrófono oculto en casa de su madre. Porque te aseguro que pienso decírselo.

El suspiro de Mason se oyó con fuerza por los altavoces del coche.

—Mándame los detalles lo antes posible, porque tengo que hacer unos cuantos milagros en las próximas doce horas más o menos.

Lucy metió la marcha, se fundió en el tráfico de última hora y se dirigió al Upper East Side.

—Los tendrás en el plazo de una hora. —Y, en tono amenazador —: Protege a esa chica porque es muy querida, y no solo por su padre adoptivo.

CAPÍTULO ONCE

Aunque la temperatura de las habitaciones subterráneas de la Panda era muy inferior a la que Levi estaba acostumbrado, consiguió dormir bastante bien. Le habían dejado varios conjuntos de ropa de calle e incluso un pantalón de chándal, que se puso con una camiseta blanca de tirantes. Al entrar en el gimnasio, le sorprendió ver lo bien equipado que estaba, teniendo en cuenta que se encontraba a quince metros bajo tierra.

Había espejos de suelo a techo en las paredes y aparatos de última generación, de bicicletas estáticas a cintas de correr, pasando por estaciones de levantamiento de pesos.

Levi se fijó en un hombre que había en el banco levantando lo que parecían ciento cincuenta kilos de pesas. Tras diez repeticiones, dejó la barra tan tranquilo en el soporte metálico, se incorporó, asintió hacia Levi y se acercó a un soporte de mancuernas enormes.

Supuso que sería el hermano de Nadia. Parecía un contrincante prometedor para una lucha callejera.

Dirigió la mirada al fondo de la sala y vio una bolsa pesada colgada del techo con una cadena. Sonrió.

Se acercó a la bolsa y empezó el calentamiento, dando puñetazos y patadas.

Al cabo de unos cinco minutos, notó que la sangre le inundaba los músculos y que tenía la frente sudada. Gruñó al propinar una serie de patadas rápidas. Los porrazos de su espinilla contra la lona

resonaban con fuerza en la sala y hacían balancear la pesada bolsa con furia de un lado a otro.

El hermano de Nadia señaló la bolsa y preguntó en un inglés macarrónico:

—¿Querer aguantar bolsa?

Levi asintió y el hombretón la sujetó.

A una velocidad cada vez mayor, Levi fue soltando puñetazos, patadas y golpes al objetivo, que ahora estaba fijo. Los golpes ganaron en intensidad y obligaron al otro a afianzarse bien en el suelo.

Tras casi dos minutos de ataques continuados, Levi acabó con una patada trasera con giro que hizo retroceder dos pasos al hermano de Nadia y lo dejó a él mismo jadeando.

—Bien hecho, Levi —comentó Nadia entrando en el gimnasio—. Veo que mi hermano Iván y tú ya os habéis conocido.

Iván entrechocó el puño con el de Levi, se volvió hacia Nadia y dijo en ruso:

—Voy a la ducha. ¿Me necesitáis para algo antes de que suba?

Nadia negó con la cabeza y su hermano salió del gimnasio. Se acercó a Levi con una sonrisa, le pasó el dedo por el brazo cubierto de sudor y lo probó.

—Tú tampoco eres como me esperaba, señor Yoder. —Señaló la puerta y dijo—: Cuando acabes te das una ducha y nos vemos en la sala de reuniones. Te convendría ponerte el traje, necesitarás estar elegante.

—¿El traje? ¿O sea que ya sabes cómo voy a acercarme a Porchenko?

Nadia se encogió de hombros.

—Hablamos luego.

Dio media vuelta y salió de la sala. Dejó a Levi pensativo.

¿Qué habría querido decir con lo de que necesitaré estar elegante?



Siguiendo las instrucciones de Nadia, Levi colocó el dedo en la sucia pared de hormigón.

—Dos centímetros a la derecha y uno por debajo de la grieta.

Levi frunció el ceño al ver la grieta en el hormigón. Parecía un cabello.

—Si me cuesta tanto encontrar el escáner biométrico contigo al lado enseñándome dónde está, ¿cómo voy a encontrarlo cuando venga solo?

Nadia le dio una palmada en la espalda y habló en tono reconfortante.

—La grieta no es real. Está estampada en el hormigón y verás exactamente la misma marca en el muro exterior. Además, tenemos sensores de movimiento a lo largo del callejón para evitar que la puerta se abra si hay otras personas en un radio de tres metros.

Él la miró sorprendido y ella sonrió.

—Es poco probable que haya nadie rondando por el callejón. Enseguida verás por qué. —Señaló la pared de hormigón—: Adelante...

Levi siguió la grieta, calculó dos centímetros, que era el ancho de su dedo índice, y un centímetro hacia abajo, y presionó con el dedo la fría superficie de hormigón.

En apenas un segundo se oyó un fuerte clic y Nadia susurró:

—Venga, empuja.

Levi empujó y la pared se abrió rotando sobre unas bisagras bien engrasadas.

Al traspasar el umbral, le asaltó un intenso olor a amoníaco. Los ojos le lagrimeaban por el acre hedor a orina y, en cuanto Nadia pasó también, la puerta se cerró de forma automática.

—Vamos. —Nadia giró a la izquierda y lo adelantó rápidamente.

Levi la siguió sin vacilaciones intentando imaginar de dónde procedía aquel desagradable olor.

Ella lo miró y susurró:

—El olor sale de las cloacas.

El hedor se fue desvaneciendo a medida que llegaban al final del callejón, donde fue sustituido por un tenue olor a humedad de calle mojada.

Caminaron por una acerca ancha y Nadia giró a la derecha.

—Estamos en Myasnitskaya Ulitsa. Es una vieja calle de Moscú. Una curiosidad: *myaso*, como bien sabes, significa «carne» en ruso, y es que hace unos quinientos años la calle estaba llena de carnicerías. Hoy en día hay muchas tiendas y comercios de té.

Levi recorrió la calle con la mirada y notó algo raro. En un lado había varias tiendas, mientras que en el otro se veía la parte trasera de los edificios. Nunca había visto semejante cosa en ninguna ciudad del mundo: por lo general, es la fachada delantera la que da a la calle. Allí no. Había grafitis en las fachadas traseras, y muchos de ellos se habían restregado con pintura blanca y después se habían vuelto a pintar grafitis encima del chapucero intento de limpieza. Señaló la entrada de la tienda a la que se dirigían y preguntó:

—¿Aquí es donde tú y tu hermanos compráis el té y las pastas?

Nadia asintió y aminoró el paso hasta detenerse.

Aún era temprano, al menos media hora antes de que el oligarca saliera de su lujoso apartamento, situado a unas manzanas, para dar su paseo matutino.

Ella lo miró con el ceño fruncido.

—¿Estás seguro de querer hacerlo?

Levi observó el escaparate y luego dirigió la vista hacia los bancos vacíos situados al otro lado de la calle. Asintió.

—Voy a hacerlo.

Nadia le tocó el brazo por detrás y le dio un pellizco.

—Vale. Tengo que marcharme. No pueden verme contigo, por si acaso. ¿Puedo hacer algo más?

Él sacudió la cabeza y ella siguió calle abajo.

Mientras cruzaba la calle hacia el salón de té Perlov, Levi sacó un bolígrafo del bolsillo interior de la americana y se dispuso a garabatear una nota en un papel cuadrado.

Entró en la tienda y le asaltó el aroma a pastas recién horneadas y azúcar que inundaba el ambiente.

Se acercó al mostrador y, a pesar de la fachada chillona y del estado más bien ruinoso de los edificios del otro lado de la calle, aquel establecimiento era claramente de categoría. La infinita

variedad de pasteles expuestos dejaba en ridículo a la mayoría de las pastelerías de Nueva York.

Sin embargo, los precios eran asequibles. Sin duda, aquellos dulces costaban menos de lo que costarían en Manhattan unos equivalentes.

Un señor entrado en años que estaba tras el mostrador lo miró y preguntó:

—¿En qué puedo servirle?

La lentilla de Levi se activó y alrededor del rostro del hombre se formó un recuadro verde. Se llamaba Mikhail Polyudov.

Levi sacó un billete de mil rublos y un trocito de papel.

—Mikhail, creo que Yevgeny Karpov es cliente habitual de aquí, ¿no?

El hombre apretó los labios e inmediatamente adoptó una expresión suspicaz.

Con una sonrisa cálida, Levi habló con suavidad:

—Creo que hace tiempo que me busca y me enteré hace poco. — Le tendió el billete y el papel.—. Cuando lo vea, ¿puede darle esto? El dinero es por las molestias.

El hombre cogió ambas cosas y las sujetó como si estuvieran empapadas de orina.

—No sé... no me parece bien.

Levi sacó un billete de cinco mil rublos y lo rasgó por la mitad.

El hombre abrió unos ojos como platos.

Cinco mil rublos representaban casi el salario de una semana para el ruso medio.

Levi puso una de las mitades del billete en el mostrador y la deslizó hacia el hombre.

—Si le da esta nota, lo sabré y volveré con la otra mitad.

En cuanto el hombre cogió la mitad del billete, Levi dio media vuelta y salió por la puerta.

O funcionaba o le salía el tiro por la culata.

Levi cruzó la calle, se acercó a uno de los bancos de madera vacíos y se sentó a esperar.



Al encaminarse por el pasillo del tercer piso hacia las habitaciones de la Whitman, Alicia notó un subidón. Ya le habían dado su carné de estudiante, que servía asimismo de llave magnética para casi todos los sitios del campus, incluida su habitación.

Le había tocado una habitación para cuatro, por lo que tendría que compartirla con tres chicas más. La idea de tener compañeras de habitación le resultaba emocionante y aterradora a partes iguales. Después de pasar su adolescencia en una comunidad amish, le preocupaba no parecer lo bastante «moderna». A pesar de haber buscado por Internet en la biblioteca de Lancaster lo que hacía la gente de su edad, Alicia era consciente de que iba a ser la chica de pueblo que no sabía nada de videojuegos. Ella sabía de ordeñar vacas y hacer queso, y se le daba bastante bien arreglar cercados cuando el buey de mil quilos se rascaba el trasero contra un poste y acababa derribándolo.

Alicia fue mirando los números de las puertas y, al llegar a su habitación, deslizó la tarjeta magnética por la cerradura electrónica.

Al oír el clic, abrió la puerta, y se encontró con un coro de risas.

El dormitorio era pequeño, apenas tenía cabida para dos camas individuales y un par de cómodas, pero a su izquierda había una puerta que conducía a una sala más grande por la que apareció una chica que enseñaba todos los dientes al sonreír.

¡Era asiática! ¡Qué buena coincidencia!

La chica era alta y delgada, con una melena lacia negra y la cara fina. Le tendió la mano y habló en inglés con un marcado acento chino.

—Hola, soy Liu Ruxia, pero mi nombre inglés es Ruth. —Señaló una cama en la que había un oso de peluche rosa—. Soy tu compañera de habitación.

Alicia deslizó la maleta de ruedas hacia la cama, le estrechó la mano a Ruth y empezó a hablar rápidamente en mandarín.

—Hola, me llamo Alicia. ¿De dónde eres?

—¡Oh! —A la chica se le iluminó el semblante y se puso a hablar en mandarín—: Nací en Taiyuan. —Ruth la invitó a seguirla al otro cuarto—. ¡Qué guay que seas china!

Alicia pasó a la habitación más grande, dominada por un futón, varias sillas y dos escritorios. Otras dos chicas asiáticas se levantaron de sus asientos. Ruth aplaudía con euforia infantil.

Señaló a una chica alta, de complexión atlética, con una larga cola de caballo trenzada.

—Feng Min, te presento a Alicia, nuestra compañera de habitación.

Alicia le estrechó la mano a la chica, que inmediatamente desvió la mirada y se sonrojó.

—Y ella es Ye Ting.

Una chica menuda se acercó a Alicia y le dio un abrazo.

—Qué curioso que nos hayan puesto a las chinas juntas.

Alicia sonrió.

—En verdad, yo soy de Hong Kong.

—¡No me lo puedo creer! —exclamaron las otras tres al unísono, en mandarín y cantonés, el dialecto de Hong Kong—. ¡Nosotras también!

—¡Uau! ¿Vivís en Estados Unidos o...?

—Desde hace poco. —Ruth señaló a las otras dos y dijo—: Fuimos a la misma familia de acogida, pero el gobierno chino nos subvencionó los estudios aquí. ¿Qué vas a estudiar?

—Voy a empezar neurociencia. ¿Y vosotras?

Ruth miró a las otras dos y se encogió de hombros.

—El gobierno nos paga para que estudiemos ingeniería civil.

Alicia asintió, aunque no tenía ni idea de lo que era eso, aparte de quizá construir cosas, por lo cual tenía sentido que el gobierno chino invirtiera en eso.

Consultó su reloj y vio que era casi mediodía.

—Nuestra sesión de orientación empieza a las tres, ¿os apetece comer algo antes?

Las tres asintieron y Ting preguntó:

—¿Sabes dónde está la cafetería? Estábamos hablando de conseguir un plano del campus o algo así.

—Ah, no os preocupéis. —Alicia buscó en su teléfono y accedió a un plano que había guardado—. Aquí tengo uno.

Las tres cogieron su mochila y Ruth señaló la puerta con su ancha sonrisa.

—La que lleva el plano primera.



Levi, que miraba arriba y abajo de la calle, se irguió en el banco al ver a tres hombres bien vestidos doblar la esquina hacia donde se encontraba. Se dirigían al sur de Myasnitskaya Ulitsa y, aunque desde allí no distinguía sus rostros, se fijó en que el primero miraba hacia delante, mientras que los otros dos movían la cabeza a uno y otro lado.

Esos dos eran los guardaespaldas, no le cabía la menor duda. Consultó su reloj.

Justo a tiempo.

Los tres entraron en el salón de té Perlov.

Seguro que eran Karpov y sus hombres.

Levi aguardó.

¿Estaría el pastelero esperando la llegada de Karpov y le entregaría la nota enseguida, sabiendo que podía ganar con ello el dinero equivalente a una semana de trabajo? ¿O quizá no quisiera arriesgarse a meterse en líos?

Contó los segundos desde que los hombres entraron en el local y no pasó ni medio minuto hasta que uno de ellos salió con algo en la mano.

Levi sonrió.

Casi de inmediato, el hombre entabló contacto visual con él al tiempo que sus dos compañeros también salían del establecimiento.

Levi levantó la mano y saludó discretamente.

Karpov asintió y sus dos guardaespaldas le siguieron. Cruzó la calle y fue directo a Levi.

La lentilla se activó y enmarcó en un rectángulo amarillo el rostro de Karpov. Acto seguido, apareció la información que necesitaba:

«Yevgeny Karpov».

Cuando llegaron a la acera, a apenas cinco metros de distancia, Karpov indicó a sus hombres que esperaran y siguió adelante hasta detenerse a apenas un metro de Levi.

Levi no les quitaba el ojo a los guardaespaldas.

Tenían las manos delante, sujetándose las solapas del abrigo, en una actitud muy parecida a la de los agentes del Servicio Secreto de Estados Unidos en misiones de protección.

Se habían colocado de un modo estratégico para disponer de un ángulo de ataque claro si necesitaban dispararle.

Karpov inclinó la cabeza y dijo:

—O eres muy valiente o muy tonto.

Levi se encogió de hombros.

—Tal vez un poco de cada.

El oligarca levantó la nota y la leyó en voz alta.

«Buscabas a Lazarus Yoder. Sé dónde está. Me encontrarás al otro lado de la calle, en el banco. Voy armado, pero no tengo intención de hacer daño a nadie».

Apenas los separaba un metro.

Karpov se colocó de cara a Levi y preguntó:

—¿Qué sabes tú de ese nombre y cómo sabes que me interesa tal persona?

Levi se fijó en los ojos azules brillantes ocultos en el rostro arrugado de aquel hombre, bien entrado en la sesentena.

—¿Que qué sé yo de ese nombre? La respuesta es muy sencilla... mis padres me lo pusieron cuando nací.

Karpov esbozó una sonrisa y soltó una risotada.

—Interesante... Si es así, dime por qué iba a importarme quién eres. —El oligarca miró a sus guardaespaldas y asintió rápidamente.

Ambos sacaron la pistola y apuntaron a Levi con el dedo en el gatillo. Preparados para disparar.

A pesar de la tensión reinante, Levi estaba tranquilo.

—Trabajaste para un hombre llamado Porchenko. Vladimir, en concreto. Él murió y querías saber la verdad acerca de lo que ocurrió. Contrataste a unos investigadores y te enteraste de que alguien visitó el edificio de Porchenko y nunca registró su salida.

»Pero no te dejaste engañar por el nombre que constaba en el libro de visitas...

—¿Cómo se llamaba la persona del libro de visitas? —preguntó Karpov, abriendo cada vez más los ojos.

—El nombre que aparecía era Ronald Warren.

Karpov se quedó boquiabierto e indicó a Levi que continuara.

—Sé que los investigadores no se dejaron engañar por el nombre falso. Pasaron los vídeos de seguridad por un software de reconocimiento facial y te dieron otro: Lazarus Yoder. Él fue quien estuvo en el edificio.

»Yo estuve en el edificio. Y sí, estaba presente cuando Vladimir murió, pero no de un ataque al corazón tal como se dijo en las noticias. —Levi hizo una pausa y sonrió—. Querías saber la verdad. Puedo decirte lo que pasó en realidad, pero necesito algo a cambio.

Karpov hizo un movimiento descendente hacia sus hombres, que inmediatamente guardaron las armas y adoptaron nuevamente la posición de preparados.

—¿Cuánto quieres?

Levi sacudió la cabeza.

—No quiero dinero. Necesito cierta información.

—¿En serio? —Karpov enarcó las cejas y se inclinó hacia Levi—. Te tomaba por un asesino. Un mercenario.

—Me han llamado muchas cosas, y sí, trabajo para alguien, pero lo que necesito no es dinero, sino información.

—¿Qué tipo de información?

Levi se inclinó hacia delante y susurró:

—Necesito ayuda para acceder a Konstantin Porchenko.

Karpov aspiró aire por entre los dientes y sacudió la cabeza.

—Se nota a la legua que no eres de este país, así que debo advertirte. No sé si entiendes lo que estás pidiendo. Aquí es un hombre blindado. Disfruta de la confianza y protección del presidente ruso.

—Lo entiendo. También entiendo que sus oficinas están en el edificio Lubyanka. Dudo seriamente que pueda entrar ahí...

—¿Por qué ibas a querer tal cosa?

Levi exhaló un suspiro.

—Ese hombre es responsable de la muerte de muchas personas inocentes. Supone un riesgo para la estabilidad internacional. Me han contratado para que elimine ese riesgo.

Karpov sacudió la cabeza.

—No me has entendido bien. ¿Por qué quieres ir a sus oficinas de Lubyanka? Esas oficinas son una fachada. Es una característica rusa... la fama de Lubyanka y el hecho de tener ahí la sede «oficial» sirve para intimidar a los demás. Su oficina está en su casa de Rublyovka, a una hora de aquí.

—¿En serio?

El oligarca asintió.

—¿Por qué quieres ir a su oficina?

—Necesito comprender hasta qué punto supone una amenaza para quienes me contrataron.

—¿No basta con matarlo?

Levi asintió.

—Están los que han trabajado con Porchenko. Necesito saber quiénes son. Ya sea interrogándolo o buscando en sus archivos.

Karpov se rascó el mentón.

—Y cuando sepas con quién ha trabajado, ¿qué?

—Todo lo que suponga una amenaza para mi jefe debe ser eliminado.

—O sea... que eres un asesino. —Karpov sonrió.

Levi se encogió de hombros.

—Elimino amenazas, eso es todo.

Karpov se inclinó hacia él y habló en un susurro apenas audible.

—Ya estoy en deuda contigo por Vladimir. Si consigues encargarte de Konstantin, lo estaré aún más. —Le tendió la mano y habló en un tono más normal—. Trato hecho, entonces. Yo te doy la información que buscas y tú te encargas de un problema común, ¿quedamos así?

Levi le estrechó la mano y asintió.

—Quedamos así.

Karpov se levantó, le tendió a Levi una tarjeta de visita y dijo:

—Preséntate mañana por la mañana en esta dirección. Tendré lo que necesitas y me ayudarás con unas clases de historia.

A su vez, Levi tendió a Karpov la mitad rasgada del billete de cinco mil rublos y dijo:

—Si vas a volver al salón de té, ¿puedes darle al hombre...?

—No hace falta. —Karpov sacó de un bolsillo la otra mitad del billete y le dio las dos a Levi—. Mikhail me ha contado lo que has hecho y le he dado un billete entero. —Dio media vuelta y cruzó la calle, seguido muy de cerca por sus guardaespaldas.

Levi lo vio desaparecer en el interior del salón de té y sonrió.

Miró la tarjeta de visita y le asaltaron los pensamientos. Se preguntó qué tipo de negocios podían hacerse en un lugar llamado Rasputín.

CAPÍTULO DOCE

Alicia se incorporó de un brinco con el corazón desbocado y escudriñó la oscuridad de su habitación. Miró el reloj digital de la cómoda de su compañera. Eran las tres de la mañana.

Balanceando los pies por fuera del edredón, Ruth se movió en la cama y susurró:

—¿Adónde vas?

—A ningún sitio, al baño.

Ruth apartó la sábana a un lado, cogió el neceser y dijo:

—Yo también tengo que ir.

Alicia bostezó calzándose las zapatillas. Oyó la voz de Ting desde la sala común.

—¿Qué estáis tramando?

Ruth se giró hacia la voz pero hizo caso omiso de la pregunta mientras Alicia asomaba la cabeza a la habitación contigua.

Ting se incorporó en el futón, móvil en mano, y se calzó unas chancas.

—¿Por qué estás despierta? —preguntó Alicia.

Ting se encogió de hombros.

—Es un lugar nuevo. Me cuesta dormir en sitios que no conozco. ¿Y vosotras qué hacéis? ¿Puedo acompañaros?

Alicia se echó a reír y se señaló a sí misma.

—Yo voy al baño. Vosotras deberíais estar durmiendo.

—Ahora que lo pienso, creo que yo también tengo que ir. —Ting alargó la mano para coger el neceser y se escurrió del futón. El

neceser cayó al suelo y sonó un fuerte golpe metálico.

—¿Qué demonios llevas ahí dentro? —preguntó Alicia.

Ting se sonrojó y sacudió la cabeza.

—Artículos de tocador —masculló.

A juzgar por su expresión avergonzada, quedó claro que Ting mentía.

Alicia notó que se ruborizaba al intentar no imaginar lo que podía llevar escondido en el neceser. Aquella chica amish no necesitaba imaginarse aquello para nada. Salió por la puerta, oyó a Ruth susurrar algo y vio que su compañera de habitación se apresuraba para alcanzarla.



Cuando el taxi aminoró la velocidad delante del KFC, Levi dio un toquécito en el hombro al conductor.

—Aquí me va perfecto. Pare, por favor.

El taxista detuvo el vehículo junto a la acera y miró a Levi por encima del hombro.

—¿Quiere que espere? Puedo esperar.

Levi negó con la cabeza.

—Gracias, pero voy a comer aquí y me recogerá un amigo. —
Entregó unos cuantos billetes al conductor, casi el doble de lo que costaba la carrera, y se apeó del taxi.

Nadia le había advertido que los taxistas no eran de fiar. Muchos intentaban timar a los clientes... eran tiempos difíciles en Rusia. Y un porcentaje considerable de los conductores informaban a la policía secreta de cualquier cosa que les pareciera inusual, con la esperanza de obtener una pequeña recompensa.

Tras casi un minuto de espera, el taxista arrancó, viró bruscamente para incorporarse al tráfico del mediodía que se dirigía al este en Zubovsky Boulevard, y acabó entrando en la autovía.

Levi inspiró el olor a pollo frito que tan bien conocía y se encaminó hacia el oeste para llegar a su destino.

Era una zona comercial con tiendas pequeñas, en la que todo era moderno y estaba bien conservado.

Dejó atrás un banco a su izquierda y le hizo gracia ver el lugar adonde iba.

En Estados Unidos no era muy habitual encontrar un club de *striptease* al lado de un banco, pero aquí sí: por encima de la entrada enmarcada de rojo se veía el nombre de Rasputín en letras rojas y estridentes: el nombre del vil místico de comienzos del siglo xx escrito en caracteres cirílicos.

Miró rápidamente en todas direcciones y, cuando vio que nadie le prestaba atención, entró en el club.

Probablemente porque era mediodía, el ambiente estaba bastante relajado. El club le recordó a Levi a un salón de Las Vegas, con varias zonas donde se servían comida y bebidas, un escenario central con mesitas dispuestas a su alrededor y muchos huecos y recovecos en penumbra donde podían pasar otras cosas.

En ese momento vio a varias camareras, todas vestidas de manera normal —es decir, ligeras de ropa—, y dos docenas de clientes comiendo en las mesas.

Había dos hombretones estratégicamente situados junto a la entrada que se lo quedaron mirando cuando llegó al puesto de la recepcionista, donde un letrero le indicaba que había que esperar.

Se le acercó una rubia despampanante con un vestido ajustado y cintura de avispa que le sonrió con franca naturalidad.

—Bienvenido, caballero. ¿Será mesa para uno?

Un rectángulo rojo enmarcó su rostro y Levi se fijó en lo que le mostraba la lentilla.

«Katarina Pavlova. Miembro del FSB ruso. Asignada a contraespionaje».

Interesante.

Después de haber pasado casi toda su vida en la mafia, tenía por costumbre evitar decir nada que pudiera incriminarlo, pero, con aquella mujer, extremaría la cautela.

Levi le devolvió la sonrisa y le tendió la tarjeta de visita que Karpov le había entregado.

—El señor Karpov y yo tenemos una cita.

La mujer asintió.

—¿Es tan amable de darme su nombre?

—Yoder.

Cogió un teléfono que estaba detrás del puesto de recepción, se lo acercó al oído y dijo:

—El señor Yoder está aquí, ha quedado con el señor Karpov. ¿Le digo que espere en el salón? —Abrió mucho los ojos—. Oh, de acuerdo. Se lo diré. —Colgó el teléfono y se dirigió a Levi—: El señor Karpov está acabando una llamada y bajará enseguida. —Señaló hacia el bar—. ¿Quiere tomar algo, señor Yoder?

Levi negó con la cabeza.

—No, gracias.

La mujer se le acercó más y le habló en voz baja.

—Tiene usted un acento interesante. Se nota que no es de aquí. ¿De dónde es?

—Moscú —respondió Levi con una sonrisa. Señaló el escenario vacío y luego al club, más bien poco concurrido—. ¿Es normal durante el día? ¿Que... no haya mucha gente?

La pregunta la incomodó, pero intentó responder con alegría.

—Hay menos clientes que antes, pero así nos preparamos para la afluencia de la tarde noche, cuando la cosa se anima.

—Ya, imagino que tenéis una gran afluencia. Sobre todo si todas las chicas son tan guapas como tú. —Levi le guiñó un ojo.

La mujer rio y sacudió la cabeza.

—Es usted muy amable, y sospecho que debería graduarse la vista. Las otras chicas son espectaculares, tendría que venir por la noche y comprobarlo. —Cerca del fondo del club se abrió una puerta, y Katarina señaló en aquella dirección—. Ahí está el señor Karpov. Espero que la reunión sea provechosa. —Le dio una palmada en la espalda y susurró—: Si luego tiene tiempo, estaría bien charlar con alguien de... Moscú. —Le dedicó una sonrisa radiante y se sonrojó ligeramente.

—¡Qué alegría verte! —exclamó Karpov en voz alta, tomando a Levi por los hombros y dándole un beso en las mejillas. Le pasó el brazo por los hombros y lo condujo hacia el fondo del club. Los mismos guardaespaldas que Levi había visto el día anterior los seguían de cerca.

En cuanto dejaron atrás una puerta pesada que se cerró con un golpe seco, Karpov dijo:

—Lazarus, estoy muy...

—Un momento. —Levi se paró en seco y se quitó la americana.

Los guardaespaldas sacaron las armas de inmediato.

—*iNyet!* *iNyet!* —les gritó Karpov.

Uno de ellos señaló a Levi, cuyas armas habían quedado a la vista de todos.

Karpov lo miró enojado y se volvió hacia Levi.

—¿Qué estás haciendo?

Levi pasó las manos por la espalda de la americana y lo notó antes de verlo.

Era un parche de tela del tamaño de una uña, o eso parecía cuando lo despegó de la chaqueta. Era exactamente del mismo color. Levi lo apretó y notó que había algo duro en el interior.

Levi les indicó que no hablaran mientras se arrodillaba, dejaba el parche en el suelo, sacaba uno de sus puñales y lo golpeaba con la empuñadura.

Un fuerte crac metálico resonó en el pasillo.

Levi envainó el puñal, cogió el objeto de color oscuro y lo frotó entre los dedos. Crujió al chocar las piezas rotas entre sí.

Levi señaló con el pulgar hacia la entrada del club.

—¿Qué sabes de esa recepcionista tuya?

Karpov desplegó una sonrisa más amplia de lo que parecía posible.

—Es usted muy, pero que muy bueno, señor Yoder. —Le tendió la mano—. Déjame ver.

Levi volvió a ponerse la americana y entregó a Karpov el dispositivo destrozado. El oligarca hizo un gesto para que siguieran por el pasillo.

Tras pasar por otra puerta, los guardaespaldas se quedaron fuera mientras un hombre bajito pasaba una vara detectora por el cuerpo de Levi. Se paró a la altura del bolsillo de la americana.

—¿Un teléfono?

Levi asintió y sacó el móvil.

—Apáguelo, por favor.

Obedeció y el hombre terminó la inspección.

Karpov le entregó el parche, y él lo examinó minuciosamente. Acto seguido, asintió, Sacó una cajita metálica del bolsillo del pantalón, introdujo el parche y salió de la estancia.

Levi recorrió la espaciosa oficina con la mirada y se fijó en que muchos de los libros de las estanterías eran técnicos. Libros de ingeniería y física, junto con archivadores de tres anillas etiquetados con temas varios como estudios geológicos de las regiones de permafrost siberianas, estudios geotérmicos de Novosibirsk y muchos otros. Aquel hombre no era un mero títere del gobierno que hubiera tenido suerte con unos contratos energéticos. Quizá se había ganado el puesto. No obstante, tal vez Karpov no fuera el burócrata por el que lo había tomado en un principio.

El oligarca señaló uno de los dos sillones.

—Por favor, toma asiento.

Cuando Levi se acomodó, el hombre mayor sirvió un líquido ámbar en un vaso de estilo antiguo de cristal tallado.

Se lo ofreció a Levi.

—Es un whisky americano. Tiene más de veinticinco años y tengo que reconocer que me he aficionado a él.

Levi sacudió la cabeza.

—No, gracias. No bebo.

—Muy bien, más para mí. —Karpov sonrió y dio un sorbo a la bebida. Señaló la puerta de su oficina—. Sí, estoy enterado de lo de Katarina. Es una infiltrada. Ellos piensan que conseguirán sacarme algo, incriminarme de algún modo, o averiguar mis próximos movimientos para atajarlos...

—¿Y quiénes son ellos?

—Los que están en el poder. Ya sean Porchenko y sus acólitos, el gobierno mismo que envía a su gente a espiarme. De hecho, tiene

su gracia, aunque a veces resulte un poco insultante. Al fin y al cabo, llevo toda la vida jugando al ratón y al gato.

Levi observó a Karpov. Le gustaba su actitud segura y le impresionaba que supiera que tenía espías a su alrededor. En su situación, probablemente Levi se habría comportado de otra manera, por mucho que pensara que lo tenía todo controlado. Era demasiado fácil tener un desliz.

—A ver si lo adivino, ¿pertenece a la KGB?

Karpov guiñó un ojo.

—Entre otras cosas, jovencito, entre otras cosas. —Juntó las manos con un golpetazo carnosos y asintió en dirección a Levi—. Por cortesía profesional, ¿puedes decirme lo que le pasó realmente a Vladimir? Es un misterio que hace tiempo que quiero resolver.

—Puedo hacer más que eso. —Levi adoptó una expresión divertida al desenvainar uno de sus puñales y dejarlo encima de la mesa, entre los dos—. Este es el puñal que lo mató.

En el rostro del oligarca se reflejó una expresión de sorpresa. Cogió el arma y la escudriñó.

Levi repasó los detalles de lo ocurrido hacía varios años. Aunque el puñal había asestado la estocada final, esta no se había producido hasta después de que el propio Levi recibiera un disparo y durante el caos posterior.

Karpov contemplaba el puñal dándole vueltas y más vueltas entre las manos con cara de sorpresa. En su mente reproducía la trayectoria que el cuchillo habría descrito por la sala para acabar en quien había sido su jefe. Durante unos instantes, dio la impresión de estar en otro mundo, en otra época. De repente, volvió al presente y miró a Levi a los ojos, con el puñal aún en las manos.

—¿Puedo quedármelo?

Levi asintió.

—Tengo otros, pero pensé que este podía resultar especial para ti. —Ya no tenía ni idea de cuál de sus cuatro puñales había asestado el golpe final, pero no hacía falta que Karpov lo supiera. Y el regalo seguro que tendría recompensa.

El hombre se giró en la silla, dejó el puñal en el escritorio que tenía detrás y volvió a centrarse en Levi.

—Gracias. Ahora, pasemos a Konstantin, el otro Porchenko.

»Dices que necesitas acceso a sus archivos. Lo he estado pensando y hay un problema claro: esos archivos están en su casa. Esa casa es como una fortaleza y para entrar en ella se necesitaría un pequeño ejército. Y aunque dispusieras de tal ejército, recuerda que el hombre está protegido. Es amigo del presidente ruso. Tendrías a prácticamente todos los policías del país encima de ti en un abrir y cerrar de ojos.

Levi frunció el ceño.

—¿Sabes algo sobre la seguridad? Tengo algo de experiencia burlando sistemas de alarma y cosas así.

—No lo dudo, señor Yoder. —Karpov sonrió—. Créeme cuando te digo que Konstantin no reparó en gastos al instalar las medidas de seguridad de su casa. Recuerda, ahí es donde hace todos sus negocios. La oficina de Lubyanka es pura fachada.

Levi exhaló un suspiro.

—No me presentas un panorama muy halagüeño, señor Karpov.

—Sí, bueno... como he dicho, he estado pensando mucho al respecto. —En su rostro asomó una sonrisa—. Las medidas de seguridad de Konstantin tienen un punto débil. Y, ahora que te conozco, creo que quizá puedas explotar esa debilidad.

—¿De qué debilidad se trata?

Karpov desvió la mirada hacia el reloj de pared.

—Konstantin tiene una hija, y he hecho un apaño para que gane un premio bastante atractivo. Una emisora de radio la ha informado de que ha ganado una fiesta «de nivel presidencial» para ella y sus amigas. La joven ha confirmado su asistencia al director de la emisora y la limusina la recogerá dentro de unas seis horas.

Levi intentó procesar lo que acababa de oír.

—No sé si te sigo. ¿Qué más nos da que Porchenko tenga una hija? ¿Sugieres que yo...? De hecho, no tengo ni idea de adónde quieres ir a parar.

El oligarca se recostó en el asiento y tamborileó con los dedos en el brazo de cuero del sillón.

—Digamos que el padre haría cualquier cosa por proteger a su hijita. Tengo ciertas ideas acerca de cómo acceder a su complejo, y

es a través de la niña de sus ojos. Con respecto a otros de tus objetivos, creo que tú y yo tenemos que pensar juntos. Tengo unas cuantas cosas que podrían ayudar. —Los ojos grises acerados de Karpov brillaron con fuerza, el hombre iba lanzado—. Me motiva mucho que consigas tus objetivos, pero por razones totalmente distintas a las de los que han contratado tus servicios. Estoy seguro de que cualquier contrato que intentes cumplir permitirá que otros obtengan beneficios adicionales.

Levi se lo quedó mirando y recordó las palabras de Brice:

«Todo parece indicar que Yevgeny Karpov es tan legal como puede serlo un oligarca ruso.»

Quizá fuera legal, pero eso no impedía que también pudiera ser un psicópata despiadado. La idea de implicar a la familia de nadie no agradaba a Levi, pero no sabía exactamente qué tenía aquel hombre en mente. Y aunque fuera tan malo como imaginaba que podía ser, si a la larga salvaba vidas, quizá fuera lo único que importaba en realidad.

La única opción que le quedaba era decidir cuál era el menor de ambos males.

Asintió hacia Karpov.

—Yo tengo mis objetivos; si otros salen beneficiados, que así sea.

El oligarca presionó un botón del escritorio.

La puerta se abrió casi de inmediato y sus guardaespaldas asomaron la cabeza.

Karpov les hizo un gesto.

—Dedíale a Gregori que lleve mi equipamiento a la sala de seguridad.

Uno de ellos desapareció mientras el oligarca se levantaba y hacía un gesto hacia Levi.

—Ven, vamos a planear una travesura.



Levi se sentó en la oficina de seguridad del Rasputín, donde había un grupo de monitores que emitían imágenes de varias ubicaciones

del interior del club. El personal de seguridad había recibido órdenes de salir del despacho y solo se habían quedado Levi, Karpov y Gregori, el técnico informático del oligarca. Ya había caído la noche y notaba el zumbido de la música a través de la tarima del suelo.

Karpov estaba al teléfono, alejado de la mesa.

Gregori deslizó ante él algo parecido a una caja de puros metálica. Encima había una mochila USB que contenía un virus informático. Levi cogió las dos cosas y le pareció que la caja pesaba mucho para ser tan pequeña.

—Son 750 gramos de Semtex con un detonador en el móvil. — Señaló la banda de cinta adhesiva de doble cara que cruzaba la caja —. El número que has memorizado no podrá recibir una señal hasta que retires la banda de papel de aluminio y adhieras el dispositivo a algo.

El Semtex era un tipo de explosivo plástico que Levi ya había utilizado con anterioridad. Era seguro de llevar, parecido al C4 del ejército de Estados Unidos, y no estallaba mientras no se empleara un mecanismo de activación especial.

—¿Cuál es el rango letal de este artefacto?

Levi se guardó la caja en el bolsillo de la americana y el ingeniero frunció el ceño .

—La caja de acero está preparada para lanzar metralla letal, de un modo muy similar a una granada tradicional. Yo diría que cualquier cosa que esté en un radio de tres o cuatro metros quedará destrozada.

—Ha sido un día intenso. —Karpov se acercó y puso la mano encima del hombro de Levi—. Y para algunos la jornada no ha hecho más que empezar. —Miró a Grigori y preguntó—: ¿Todo listo?

El ingeniero asintió.

—Creo que sí.

Alguien llamó a la puerta de la sala de seguridad y Karpov la señaló.

—Grigori, por favor, abre la puerta. He pedido que nos traigan comida.

El ingeniero abrió la puerta y la música inundó la sala. Dejó entrar a una morena con una gran bandeja de comida y aspecto

nervioso, y él se marchó por la misma puerta.

Karpov señaló la mesa, que habían despejado.

—Por favor, querida. En la mesa ya va bien.

Levi miró a la mujer y un rectángulo verde le enmarcó la cara.

«Natasha Lubov».

Observó el rostro de la mujer y, aunque iba muy bien maquillada y llevaba un vestido casi transparente que mostraba el tipazo que tenía, no aparentaba más de diecinueve o veinte años.

Dejó el primer plato en la mesa y, con una voz aterciopela de lo más sugerente, describió el entrante:

—Tenemos *roulade* de salmón ahumado con queso crema, coronada con caviar rojo. —Dejó otro plato encima de la mesa—. Tartar de salmón con aguacate picado, chalote y caviar de salmón.

La mayoría de los platos eran de encurtidos, ensaladas y otros alimentos ligeros.

Describió el último plato de la bandeja del siguiente modo:

—Frutas del bosque con azúcar glasé y un chorrito de nata azucarada.

Levi levantó la vista hacia la chica y sonrió.

—Natasha, todo suena casi tan delicioso como tú.

El cuello y las mejillas se le sonrosaron casi de inmediato y dio la gracias tartamudeando mientras inclinaba la cabeza y se marchaba de la sala de seguridad con la bandeja vacía.

Mientras Karpov se sentaba a la mesa, Levi tomó una cucharada de tartar de salmón y lo colocó sobre una tostada.

Karpov lo observaba con expresión divertida.

—Eres un hombre muy misterioso, señor Yoder.

—¿Por qué lo dices?

Karpov se metió un tomate Cherry en la boca y lo masticó lentamente. Señaló hacia la puerta y dijo:

—Me pregunto cómo sabes el nombre de la chica. Solo hace una semana que trabaja aquí. Con Katarina es distinto, lleva aquí mucho tiempo y puedes haber investigado sobre ella. Pero ¿Natasha?, interesante...

Levi se encogió de hombros.

—Tengo que aprender a flirtear mejor. ¿Cuántos años dijiste que tenía la hija de Porchenko?

—Treinta y uno. Y confío en que nuestro plan funcione. —Karpov dirigió la mirada rápidamente hacia uno de los monitores, se metió otro tomate en la boca y señaló—: Ahí está.

Levi echó una mirada al monitor. Se veía la entrada del club. Se había detenido una gran limusina y el chófer se disponía a abrir la puerta trasera. Media docena de mujeres salieron en tromba del vehículo. Iban muy arregladas, con ropa brillante, y una de ellas llevaba una tiara. Incluso a través de la cámara de seguridad se apreciaba el destello de los diamantes. Miró a Karpov.

—¿Es la de la tiara?

—Sí, esa es Anya Porchenko. —Karpov asintió mientras escoltaban a las mujeres al interior del club—. El barman tiene la droga preparada pero, tal como pediste, espera a que la separes de las demás. —El oligarca desvió la mirada del monitor a Levi—. ¿Cómo piensas hacerlo?

—¿Hacer qué?

—Apartarla de sus amigas.

Levi dio un bocado a la *roulade* de salmón, masticó rápidamente y tragó. Durante la planificación, Karpov había planteado varias opciones que a Levi le parecían innecesariamente peligrosas, y habían acordado cómo controlar a la hija del oligarca. Se levantó y se ajustó la corbata.

—Lo verás en un par de minutos.

—Tengo a una chica esperando a que salgas de esta sala. Te llevará a una mesa junto a uno de los reservados más oscuros. Así será todo más fácil... el resto está en tus manos, Yoder.

Se miró en el espejo, se echó el pelo hacia atrás y se encogió de hombros. Ningún momento mejor que el presente.

Levi abrió la puerta y una oleada de música tecno le inundó los oídos.



Levi iba dando sorbos a su agua de Seltz mientras el club se iba animando. A su izquierda quedaba el escenario principal, donde un grupo de mujeres estaban en pleno *striptease* ante un hombre maniatado a una silla. El público ovacionaba cada vez que se quitaban una prenda, y toda la gama de picardías mantenían a la gente entretenida. Pero él tenía la vista clavada en las seis mujeres que estaban de pie junto a la barra.

La chica de la tiara estaba visiblemente delgada. No llegaba a anoréxica, pero Levi sospechaba que, si se quitara el vestido, podría contarle las costillas desde lejos. El grupo había atraído a una manada de sementales que las inflaban con alcohol intentando ligar, como si fueran jovencitos.

Ciertas cosas eran universales.

Levi apuró el agua de Seltz y cruzó el club sin apartar la vista de su objetivo. Sacó un billete de mil rublos del bolsillo y fue directo a Anya.

Justo cuando sus ojos se encontraron, él le puso el billete en la mano y dijo:

—¿Puedes ponerme otra agua de Seltz?

Levi se dio la vuelta y se dirigió a su mesa, sin estar demasiado seguro de qué pasaría.

—¡Eh!

La mujer lo llamó y él corrió hacia su mesa para volver a ocupar el asiento vacío.

Levi miró en dirección a la barra y se mantuvo impassible mientras la morena de la tiara se le acercaba a grandes pasos con una expresión cada vez más furibunda.

En cuanto estuvo lo bastante cerca, le arrojó el billete arrugado y le gruñó:

—¡No soy camarera, imbécil!

Y cuando dio media vuelta para marcharse, Levi espetó:

—Lo sé.

—¿Lo sabías? —Volvió a mirarlo, con la expresión un poco más suave, mientras Levi recogía el billete arrugado y se levantaba—. ¿Entonces por qué narices...?

—¿De qué otro modo iba a apartar de toda esa gente a la chica más guapa del club para invitarla a una copa y hablar en privado? — Levi habló con el tono más cálido y sincero que fue capaz de adoptar. Llamó con un gesto a la camarera, que había estado aguardando ese momento.

Acudió rápidamente y preguntó:

—¿Qué os pongo?

Levi miró a Anya.

—¿Qué quieres tomar?

La expresión iracunda de su rostro se desvaneció, y sonrió. Una bonita sonrisa. Miró a la camarera.

—Vodka con arándanos.

La camarera se giró hacia Levi y él le tendió el vaso.

—Lo mismo.

Levi señaló el asiento vacío que tenía al lado y sonrió.

—Siento que mi entrada haya sido un poco brusca, pero es lo que se me ha ocurrido.

La chica le tendió la mano y se presentó.

—Me llamo Anya.

—Levi —sonrió mientras se daban la mano y se sentaban.

La camarera les trajo las bebidas. Dejó la copa de color rosa delante de Anya y el agua de Seltz delante de Levi. Se dirigió a la mujer.

—El barman me ha pedido que me asegurara de que el vodka fuera aceptable. Es una nueva marca premium de las afueras de Moscú.

Anya dio un buen sorbo a la bebida, cerró los ojos y asintió.

—Oh, es fuerte... pero está bien. —Abrió los ojos y sonrió—. Dile que prepare otro. Creo que este me va a durar poco.

—Lo que tú digas. —La camarera se marchó rápidamente hacia la barra.

—Levi —dijo la chica, lo bastante alto como para que la oyeran desde la mesa contigua. Se inclinó hacia delante y se lo quedó mirando—. ¿Sabes quién soy?

—Me gustaría conocerte, pero ahora mismo solo sé el nombre de pila de una chica que me ha llamado la atención desde el otro

extremo del club. —Sonrió—. Además, no soy de aquí, así que la verdad es que no conozco a nadie. ¿Debería conocerte?

Anya dio otro sorbo a la bebida y se le pusieron los ojos vidriosos. Se inclinó hacia él y le puso la mano en la rodilla.

—No mme conoces.

Arrastraba un poco las palabras.

Levi acercó la silla a la de ella y le tendió la mano.

Ella apuró la bebida y le cogió de la mano para no perder el equilibrio.

—¿Estás bien? —preguntó Levi al ver que varias personas se les acercaban desde la periferia.

Anya lo miró con una sonrisa sentimentaloides.

—Tienes unos oj... ojos azules muy bonitos, Levi. ¿Alguien... alguna vez...?

Los párpados empezaron a cerrársele.

Había que reconocer que el sedante o lo que fuera que le hubieran echado en la bebida funcionaba a una velocidad alarmante.

Levi sujetó a Anya por ambos brazos justo cuando la cabeza se le caía. Dos de los hombres de Karpov se llevaron enseguida a la chica semiinconsciente.

Mientras Levi se tomaba su agua de Seltz, apareció Grigori y le tendió una tarjeta de plástico.

—Aquí tienes la llave magnética de la chica —le susurró al oído—. El chófer del señor Karpov te espera delante del club, te llevará adonde le digas.

Levi se guardó la tarjeta en el bolsillo, dejó el billete arrugado encima de la mesa y se encaminó a la salida del club.

CAPÍTULO TRECE

Caía la tarde cuando Alicia salió de la residencia con sus tres compañeras de habitación en dirección a la biblioteca del campus. Justo habían empezado a hablar de la cena, y no se acababa de creer cómo habían reaccionado a su sugerencia de ir a comprar unas pizzas.

—¿Cómo puedes comer eso? —Min tenía una expresión amarga mientras caminaban hacia Elm Drive—. Ese queso que le ponen está hecho de leche podrida, ¿no? Seguro que no es sano.

Alicia se echó a reír.

—Supongo que podría decirse que la leche está cortada, pero no exactamente. En todo caso, está riquísimo. —Miró a Ruth y a Ting—. ¿Nunca habéis comido queso?

Todas negaron con la cabeza.

—Pues ahora sí que queda claro que vamos a comer pizza. Ahora estáis en América, os introduciré en...

—¿Por qué está tan oscuro? —preguntó Ting con un deje de preocupación en la voz.

Al pasar por la escultura metálica situada delante del Whitman, Alicia se fijó en que todas las farolas de la calle estaban apagadas.

—Eh, ¿Alicia? —Era una voz de hombre y procedía de una silueta sombría junto a la estructura metálica.

Alicia se volvió hacia la voz y, de repente, todo pareció suceder a cámara lenta.

La siniestra figura se abalanzó hacia delante. En la mano derecha se veía un destello brillante.

Mia se abalanzó hacia la silueta y le dio una patada en el brazo que hizo que lo que tenía en la mano saliera disparado.

Un coche que había en Elm Drive se puso en marcha y encendió los faros.

Ruth agarró a Alicia por la parte superior del brazo y gritó:

—¡Sígueme! —Tiró de ella de vuelta a la residencia.

A medio camino, Alicia vaciló.

—¿Y la...?

—Ya se apañarán. —Ruth tiró de ella con más fuerza aún cuando se oyó un disparo.

A Alicia le iba el corazón a cien por hora cuando sacó la linterna, sabiendo que ya era demasiado tarde para que le resultara útil.

No tardaron más de treinta segundos en ponerse a salvo en el edificio.

Alicia fue a coger su teléfono para llamar a la policía, pero cuando se palpó el bolsillo se llevó una decepción.

—Debe de haberseme caído el móvil ahí.

Se habían acercado a la escalera cuando a Ruth le vibró el teléfono y se lo acercó al oído.

—¿Sí?

La chica, delgada, asintió varias veces repitiendo un gruñido de afirmación.

—¿Has pillado la matrícula?

Otros dos gruñidos.

Los pensamientos se agolpaban en la mente de Alicia cuando intentaba reproducir para sí lo sucedido.

Ese destello brillante... odiaba pensar en esa posibilidad, pero probablemente fuera una pistola. De haber sido unas llaves, habrían emitido un tintineo al darles Min aquella patada.

Y la voz del hombre... no era la de un estudiante. Parecía mayor. Tenía acento ruso.

No conocía a ningún ruso. ¿Quién podía ser? ¿Y cómo sabía su nombre?

La puerta que conducía al ala norte se abrió y entró Ting.

A Alicia se le cayó el alma a los pies cuando la chica corrió hacia ellas.

—¿Dónde está Min?

Ting abrazó a Alicia y preguntó:

—¿Estás bien?

—¡Dónde está Min! —Alicia se secó las lágrimas de los ojos. El corazón le latía con fuerza en el pecho.

—Está bien, está hablando con la policía, dándole el número de matrícula del coche. —Sacó un móvil del bolsillo y se lo tendió a Alicia—. Toma, lo he encontrado en el césped.

—¿Qué ha pasado con el hombre de...?

—El hombre que había junto a la escultura corrió hacia el coche y huyeron.

—Oí un disparo.

—No creo. —Ting se mantenía tranquila pese a lo ocurrido. Casi como si todo aquello fuera normal—. A lo mejor oíste el petardeo del tubo de escape y sonó distinto durante el caos, pero no creo.

—Vamos. —Ruth las rodeó a ambas con los brazos—. Volvamos a la habitación y relajémonos un poco. Era Min la que me ha llamado, ya se encarga ella de todo. Cuando acabe, quizá podamos pedir una pizza de esas que querías que probáramos.

Al subir las escaleras, Alicia aún tenía el corazón desbocado y le temblaba la mano.

¿Por qué iba alguien querer ir a por ella?



El teléfono de Doug Mason vibró, y le dio un toquecito al auricular.

—¿Diga?

—Doug —la voz de Lucy Chen sonó por la línea—. Ha habido un intento de contacto con la hija de Levi.

El director de operaciones se sentó más erguido.

—¿Está bien?

—Está a salvo en la residencia, con mi gente. Necesito un equipo de limpieza para el cadáver, y que sea rápido. Lo último que nos

falta es que una parejita se pierda entre los arbustos para enrollarse y tropiece con un muerto. También tengo la matrícula del coche con el que escapó el conductor. Y sí, se libró.

—¿Hay más testigos?

—Mi gente cree que no. Hemos tenido suerte. Alicia está asustada, pero la sacamos de la escena nada más producirse el intento. No creo que sospeche que sea nada más que un incidente fortuito.

Mason frunció el ceño.

—Estoy seguro de que sospecha más de lo que dice.

—Tal vez, pero mi gente se encargará de tranquilizarla. Necesito que acabes el trabajo.

—De acuerdo, envíame la ubicación del cadáver, y la matrícula. Me encargaré de todo eso. ¿Necesitas más ayuda allí? Puedo enviar a un equipo.

—No. Mi gente no se separará de Alicia en ningún momento hasta que regrese a Pensilvania. Nos quedan dos días más. ¿Cuándo vuelve Levi? Querrá meterse en esto y yo no os voy a seguir el juego. Se lo voy a contar digas lo que digas.

—Levi sigue con su misión. Si la cosa sale como espero, regresará más o menos cuando Alicia esté preparada para marcharse a casa. Hablaré contigo en un par de días.

La línea quedó en silencio y Mason se recostó en el asiento, miró al techo y dijo en voz alta:

—Levi se va a poner hecho una furia cuando se entere de esto. ***

Konstantin se levantó del ordenador, se quitó la manta térmica del hombro dolorido y, cuando estaba a punto de dirigirse al dormitorio, sonó el teléfono.

Nadie le llamaba a esa línea, sobre todo a esas horas de la noche. Dirigió la vista a la pantalla digital. Era una empresa de nombre Sleeping Systems. Seguro que era una llamada publicitaria.

—Estas llamadas deberían estar prohibidas —gruñó.

Dejó sonar el teléfono hasta que paró; probablemente había saltado el contestador automático de la empresa telefónica.

Casi de inmediato, el teléfono volvió a sonar.

Era el mismo número y Konstantin contestó hecho una furia.

—¡No me interesa lo que sea que vendáis!

—¡Señor, señor! Siento llamarlo a estas horas, pero soy de seguridad de la tienda de colchones y tengo a una mujer aquí que me ha dado este número. Está borracha o drogada y creo que la han atracado. Me ha tirado el bolso y lo único que lleva es el carné de conducir.

Sintió un escalofrío al dirigirse con paso decidido a la parte de la casa donde vivía Anya.

—¿Quién te ha dado este número?

—La chica. Su carné dice que se llama Anya Porchenko.

El hombre siguió hablando mientras Konstantin dejaba atrás la cocina y continuaba por el pasillo. Abrió de golpe la puerta de la suite de su hija y la llamó:

—¡Anya!

Había ropa por todas partes, como siempre. Las sirvientas limpiaban cada día, pero su hija era incapaz de mantener la habitación ordenada. Salió del cuarto y se dirigió a su despacho.

—Pásamela.

—Señor, está inconsciente en uno de nuestros colchones de exposición. No huele mucho a alcohol, pero no está bien. Lloraba por una tiara perdida. Se ha puesto muy peleona cuando he intentado levantarla.

Konstantin inspiró profundamente y exhaló despacio. Encajaba con su hija.

—Enviaré a alguien a buscarla.

—Lo siento, caballero, pero en su estado no puedo entregársela a un desconocido. Probablemente sea mejor que llame a la policía. Le he llamado porque ella ha insistido en que lo hiciera antes de volver a perder el conocimiento.

—No llame a la policía.

—Señor, es mi deber. No sé qué más hacer, pero está hecha polvo en la tienda, y no sé qué daños puede haber causado. Ahora

mismo estoy solo y no puedo hacerme cargo de ella ni del daño que haya podido provocar al meterse en la tienda.

—Iré a buscarla personalmente.

—Señor, ¿quién es usted? ¿Vive cerca?

—Soy su padre. —Konstantin se sentó a su escritorio, tecleó el nombre de la empresa que había visto en la pantalla del teléfono y la buscó en el mapa—. ¿Está en Universitetskiy Prospekt?

—Sí.

—Llegaré en cuarenta y cinco minutos.

—Señor, tengo que llamar a alguien...

—¿Cómo te llamas?

—Boris.

—Escúchame, Boris. Soy Konstantin Porchenko y soy el presidente del Consorcio de la Energía del Estado Ruso. Soy amigo personal del jefe del FSB, así como del presidente de nuestra gran nación. Ahora mismo tienes dos opciones y son las siguientes: o esperas a que llegue y que te compense por tu paciencia y silencio, o haces lo que te parezca y sufres las consecuencias. ¿Qué eliges, Boris?

—Eh... per... perdone, señor Porchenko. No sabía...

—¿Qué respondes? —gritó por el teléfono perdiendo la paciencia.

—Es... esperaré, señor. La vigilaré y me... me aseguraré de que no le pase nada.

—Voy para allá. —Konstantin colgó, cogió las llaves del coche y salió del despacho.

Cuando el oligarca salió de casa, se dirigió a uno de los miembros de su cuerpo de seguridad:

—Me voy al centro un rato. Volveré en un par de horas.

El guarda sacó un *walkie-talkie* del cinturón.

—Señor, despertaré a su chófer y...

—No. —Konstantin rechazó el ofrecimiento—. Voy solo.

Lo último que le faltaba era que alguien más viera lo que Anya se hacía a sí misma... una vez más.



Cuando el sedán redujo la velocidad, Levi observó las barreras de privacidad a lo largo de la autopista Rublyovo-Uspenskoye. En Estados Unidos no existían esas protecciones, pero en aquel vecindario había unas barreras corrugadas muy ostentosas a lo largo de la carretera, que se curvaban hacia fuera, lo cual impedía que se pudieran escalar. De vez en cuando veía un hueco y, pese a la falta de alumbrado público, podía distinguir más allá siluetas de mansiones con luces centelleantes.

Si existía algo así como «la calle del oligarca», seguro que estaba ahí. Probablemente fuera bonito durante el día, pero de noche no era más que un tramo de carretera oscuro y solitario que resultaba más amenazador que atractivo.

Karpov le había proporcionado los planos originales de la casa de Porchenko, así como imágenes de satélite cortesía de Google Earth.

Habían sido esas imágenes de satélite las que habían ayudado a Levi a urdir su plan. Después de que uno de los hombres de Karpov confirmara la precisión de las imágenes, decidió cómo realizaría el abordaje. A pesar de la planificación de la Panda y de la insistencia de Levi en estar preparado, se encontró a quinientos metros de su objetivo sin su equipamiento habitual. Una penetración táctica en una zona hostil no solía realizarse con traje y corbata pero, aun así, allí estaba él con ese atuendo.

En cierto modo, contaba con realizar una penetración tranquila, recoger ciertos datos y, según si conseguían hacer salir a Porchenko de la casa o no, un asesinato o preparar el terreno para ello.

El conductor paró a un lado de la calle y señaló hacia delante.

—La casa está a la izquierda. Esperaré en la gasolinera que hay quinientos metros más abajo. —Se dio la vuelta en su asiento y tendió a Levi una caja plana del tamaño de una mano—. El señor Karpov me pidió que te diera esto. Quizá allí dentro le encuentres una utilidad.

Levi cogió la caja, levantó la tapa y encontró una pequeña pistola.

—Al señor Karpov le preocupaba que llevara la Lebedev. Esta es una PSS-2, con silenciador. Es la que utiliza el FSB en las operaciones mojadas.

«Operaciones mojadas» era el término empleado en la antigua Unión Soviética para referirse a los asesinatos. Actividades que podían acabar con sangre.

—Tiene balas subsónicas de 7,62x43 mm y, aunque parezca increíble, el sonido de los casquillos al caer será más fuerte que el disparo.

Levi comprobó el cargador, estaba lleno. Deslizó la corredera, introdujo una bala y se guardó la pistola de punta chata en el bolsillo de la americana.

—De acuerdo.

—¡Un momento! —El conductor sacó un plano para tapar la vista de la carretera y se volvió hacia Levi—. Alguien está saliendo de casa de Porchenko.

Levi se agachó en el asiento trasero y enseguida pasó un coche por el lado.

El chófer bajó el plano.

—Despejado. La verja se ha vuelto a cerrar.

Levi dio una palmada en el asiento del conductor y bajó del sedán hacia la oscuridad de una carretera solitaria.

El coche arrancó y Levi caminó como si nada y pasó por delante de la entrada de la casa de Porchenko sin siquiera echarle una mirada.

La propiedad limitaba con la carretera a lo largo de casi trescientos metros, con barreras de metal coronadas con alambre de espino.

Desde un punto cercano se oía el zumbido de un generador, y a Levi no le habría sorprendido lo más mínimo que incluso el alambre de espino estuviera electrificado.

Cruzó la carretera al entrar en lo que resultó ser una obra en la parcela contigua a la de Porchenko. Gracias a la luz de la luna, vio las partes más cercanas de los cimientos del que sería el edificio vecino.

Distinguió máquinas en apariencia abandonadas donde había ido creciendo hiedra, y tuvo la clara sensación de que el fin de la construcción no era ni mucho menos inminente. Quizá debido a los conflictos internos del país, el vecino tenía la obra parada. Tal vez la

policía secreta lo hubiera matado o hubiera tomado una mala decisión empresarial y uno de los peces más gordos lo hubiera aplastado.

Cualquiera que fuese el motivo por el que la construcción se hubiera interrumpido hacía tiempo, Levi pisó el terreno con cuidado y encontró lo que buscaba.

Había una máquina pesada enorme aparcada justo al lado de la pared de Porchenko. Tal como aparecía en la imagen del satélite.

Levi sacó una fina cuerda de nailon de su bolsillo y se subió a la oruga de la excavadora. Luego subió de un salto al techo de la cabina, ató un extremo de la cuerda a un aro de metal y lanzó el otro cabo por encima del muro de seguridad.

Se agachó e inspeccionó la finca desde encima de la cabina.

Cerca de la verja de la entrada había un puesto de vigilancia, y donde estaba Levi había una segunda entrada a la casa.

La entrada que Anya utilizaba.

Después de observar el terreno durante unos cinco minutos sin ver ningún tipo de movimiento, Levi saltó desde lo alto de la cabina y aterrizó de forma limpia, doblando las rodillas e irguiéndose después. Estaba a quince metros de la entrada lateral de la casa.

Sacó la llave magnética del bolsillo de la americana, avanzó sigilosamente y la deslizó por el panel situado junto a la puerta tallada.

Se oyó un fuerte clic y Levi entró en la casa empujando la puerta.



Con el arma silenciada en mano, Levi avanzó sigilosamente por las baldosas de mármol blanco rememorando la disposición de la casa que había visto en los planos.

Por ahora, todo coincidía.

Había cruzado el vestíbulo de invitados, dejado atrás el dormitorio de Anya y pasado por su zona de comedor y salón, antes

de llegar a una puerta que, supuestamente, conducía a las dependencias principales de la casa.

Cuando Levi iba a girar el pomo de la puerta, se abrió.

Un hombre de gran envergadura y con unas facciones pétreas cruzó el umbral y el tiempo pareció detenerse cuando abrió unos ojos como platos.

El gigantón se puso a buscar algo en el interior de la americana, y Levi apretó el gatillo y le voló la tapa de los sesos.

El guarda se desplomó como una marioneta cuyas cuerdas se hubieran cortado, haciendo más ruido al caer que el propio disparo.

Levi no tenía ni idea de cuánta gente había en la casa, y lo último que le hacía falta era dejar un rastro de sangre que alertara de que había ocurrido algo.

Cerró la puerta y, con varios trapos de cocina, limpió la sangre que había empezado a encharcarse en el suelo. Tiró los trapos en una bolsa de basura y cubrió con ella la cabeza del hombre. Acto seguido, arrastró al guarda por el cuello de la camisa pasillo abajo y lo metió en un cuarto de baño.

Lo cacheó y encontró un móvil que chafó con el pie y una pistola SIG P365 de 9 mm de fabricación alemana que se guardó en el bolsillo.

Salió al pasillo y cerró la puerta del baño.

Levi respiró lentamente y no oyó otros sonidos en la casa. Siguió adelante. En las baldosas de mármol no se veía el rastro de sangre, y dejó tal cual la pared manchada contra la que había muerto el guarda antes de entrar en una cocina fastuosa.

La pieza era tan grande como su apartamento. Pese a la fama de solitario de Porchenko, tenía una cocina como para preparar banquetes para un regimiento.

Al observar los enormes electrodomésticos, Levi distinguió un montón de marcas americanas, como Viking y SubZero. Siguiendo el plano que tenía en mente, dejó atrás la cocina y la mesa de comedor de travertino beige con capacidad para veinticuatro comensales.

Pasó por un pasillo que conducía a una zona abierta para recibir invitados y, por fin, llegó al primer piso y siguió hasta el final de un

largo pasillo.

La información de Karpov era precisa.

La doble puerta de entrada al despacho de Porchenko estaba abierta de par en par, y la amplia estancia se extendía ante sus ojos. Estaba especialmente bien cuidada. No había ni un clip fuera de sitio pero, curiosamente, había una manta eléctrica enchufada a la toma eléctrica encima del brazo de un sillón orejero de cuero.

Quedaba claro que Porchenko se había marchado de forma precipitada. Debía de ir en el coche que habían visto salir del complejo.

Levi sonrió al ver el ordenador de escritorio. Estaba encendido.

Sacó el lápiz de memoria que Gregori le había dado, lo enchufó en la parte trasera del ordenador y un led verde parpadeó, seguido de uno rojo, hasta que al final se quedó en verde fijo. Se suponía que eso era todo lo que necesitaba para instalar el virus.

«La caja que contiene el explosivo tiene un receptor de móvil. De hecho, todo el aparato es una antena que se activa en cuanto retiras el aluminio y adhieres la caja a algo. Lo único que tienes que hacer es instalar el virus y, cuando alguien se conecte al ordenador, se conectará a un servicio que llamará al número de la caja y explotará».

Levi se sacó otra llave del bolsillo delantero. Aquella era una de las especialidades de Brice.

Enchufó el dispositivo USB en una de las ranuras vacías del ordenador. Un led rojo brilló una sola vez sin emitir sonido alguno, tal como se describía en el informe.

Estaba instalando otro virus, aunque este era distinto.

«El virus se conectará a uno de mis servidores públicos y, mediante un intercambio de claves privadas, establecerá una conexión segura con una de las estaciones de trabajo de la Panda. A partir de entonces, mis *scripts* empezarán automáticamente a copiar todos los datos a los que tenga acceso».

Sacó la bomba todavía inerte del bolsillo de la americana, retiró el aluminio que dejaba al descubierto el adhesivo de la cinta y la colocó bajo el ordenador.

El Semtex estaba activado.

Levi consultó su reloj. Se había prometido no pasar más de diez minutos en aquel lugar.

En el escritorio había una fotografía de un hombre y una mujer cogidos de la mano. Como conocía a Anya, la vio en los ojos y la sonrisa de la mujer. Y el hombre que tenía al lado también guardaba cierto parecido con la joven. Levi se preguntó dónde estaría la madre y le asaltó la urgencia de marcharse de allí.

Abrió uno de los cajones del escritorio y lo encontró totalmente vacío. Inspeccionó el resto y solo encontró bolis, lápices y un cargamento de pastillas de menta.

Abrió lo que parecía una libreta de direcciones y fue pasando las páginas fijándose en los detalles.

Se inclinó sobre el escritorio, observó el teléfono y presionó la flecha ascendente de la pantalla digital. Sonrió mientras la pantallita mostraba una lista de llamadas entrantes y salientes. Presionó las flechas ascendentes y descendentes y repasó la lista.

Fue hasta el último número guardado en la memoria; eran más o menos las llamadas de las dos últimas semanas.

Levi recorrió la estancia con la mirada y echó un vistazo a la hora. Tenía que marcharse.

Recogió los lápices USB, se apartó del escritorio y comparó lo que se veía entonces con cómo se lo había encontrado. Todo estaba en su sitio.

Pistola en mano y con los sentidos aguzados, salió decidido del despacho, cruzó la casa y se dirigió a la entrada de la parte de Anya.



Brice corrió de vuelta a su oficina, dejó precipitadamente la bolsa de comida a medio comer encima del banco de trabajo, se sentó frente al ordenador y empezó a teclear.

Las alertas que había recibido en el teléfono le indicaban una cosa pero, al conectarse a internet, vio un proceso local correspondiente a un puerto de red abierto en algún lugar de Moscú. Empezó a sonreír.

Había una unidad remota montada en su máquina local, y sacudió la cabeza.

—Joder, Levi, ¡lo has conseguido!

Hacía veinte minutos que los archivos del ordenador infectado con el virus de puerta trasera de Brice se estaban transfiriendo.

Su teléfono sonó y dio un toquecito al altavoz mientras sus dedos volaban por el teclado.

—¿Qué pasa?

—¿Ha entablado contacto?—Era Mason.

—Eso parece. Un momento, a ver si puedo confirmar una cosa.

—Brice escaneó los directorios que ya se habían transferido para ver si encontraba un archivo .PST. Encontró uno, lo pasó por su software de descifrado y lo abrió en un visor de Outlook—. Muy bien. —Fue desplazándose por la lista de mensajes de correo electrónico y el filtro de traducción automática no daba abasto. Seleccionó uno de los asuntos que le parecieron interesantes—. Veamos. Ahora mismo tengo delante un correo de Konstantin Porchenko al viceministro de algún departamento del que nadie ha oído hablar en el Kremlin. Uau, Levi lo ha conseguido. No tengo ni idea de cómo coño se lo ha montado, pero estamos dentro. Y estoy extrayendo los datos con la máxima rapidez que me permite la conexión de internet de Porchenko.

—De acuerdo. Asegúrate de conseguir todo lo que puedas. Aquí tenemos una operación con una larga serie de arrestos, pero hay que ser herméticos. Localizaré a nuestro contacto en Rusia y traeré a Levi de vuelta. Él y yo tenemos una conversación pendiente.

Brice se estremeció al pensar en cómo iría esa conversación. Aquello escapaba a sus funciones y al poco dinero que cobraba. Las personas se vuelven impredecibles cuando se enteran de que su familia corre peligro por culpa de su trabajo.

—Bueno, allí son las diez de la noche, así que probablemente estén haciendo algo.



Konstantin regresaba a casa bien aferrado al volante. Le dolía todo el cuerpo de la ira que sentía al ver los líos en los que se metía Anya. Mañana sería otro día, pero esa noche tenía que cuidar de su hijita. Tal vez debiera contratar a alguien que la vigilara a todas horas. La miró y se estremeció al ver que la cabeza le iba de un lado a otro. Su única hija había estado balbuciendo de manera apenas coherente buena parte del trayecto de vuelta a casa.

Había dicho algo sobre un premio. Un premio de algún tipo.

No recordaba dónde había estado ni con quién. Y, para consternación de su padre, tampoco cómo había acabado dormida en la tienda de colchones donde la había encontrado un guarda de seguridad.

Su hijita tenía el mismo gen que había matado a su madre. La tentación de beber y otras cosas era demasiado fuerte. Le embargó una gran desesperación al darse cuenta de que la única persona que lo mantenía aferrado a la vida se iba matando poco a poco.

Pulsó el botón del coche y la verja de entrada se abrió.

El guarda asintió y Konstantin ascendió por el sendero hasta la entrada principal de la casa.

Estacionó el coche, corrió al lado del pasajero e hizo caso omiso de lo que le dolía el hombro para tomar en brazos a su hija.

Anya apoyó la cabeza en su pecho y gimoteó.

—Papi, añoro cuando mamá y tú hacíais fiestas.

—Yo también, cielo. —Le dio un beso en la cabeza justo cuando uno de los guardas de seguridad se apresuraba a abrirle la puerta principal.

Cuando Konstantin se acercó, el guarda abrió la boca para decir algo, se lo pensó dos veces y apartó la mirada.

—Yuri, sea lo que sea, puede esperar a mañana.

Se dirigió a su dormitorio, dejó a Anya encima del edredón y le dio un beso en la frente.

—Enseguida vuelvo.

Cerró la puerta de la habitación y subió las escaleras rápidamente.

Se sentó en la silla de su despacho, cogió el teléfono y pulsó un botón de llamada rápida.

La línea sonó una sola vez y respondió un hombre que hablaba con un perfecto acento americano.

—¿Diga?

La voz de Konstantin se quebró al oír la de aquel, y habló rápidamente en ruso.

—Alex, es igual que Anna. Va a morir, lo presiento. Va a pasar otra vez lo mismo y, ¿qué voy a hacer yo? No puedo seguir con esto, ella me necesita.

—¡Para ya! Tranquilízate. Será tu perdición, y yo necesito que permanezcas en el programa.

Alex siguió hablando en inglés, sin abandonar su identidad adoptada, y sin pensar que el fracaso ruso sería también el suyo.

Konstantin inspiró profundamente y exhaló un respiro trémulo.

—Tienes razón. Sé que tienes razón. Ya casi hemos acabado, ¿no?

—Sí, las cosas están yendo tal como necesitamos. Te he enviado los contactos de lo que creo que serán cinco personas influyentes más. Las últimas que te envié ya están convencidas y sus votos son nuestros. Necesitamos cinco más en el Congreso y dos más en el Senado.

—Te echo de menos. Han pasado cuarenta años.

—¿Me has oído? Estamos muy cerca. Haz lo que hay que hacer.

La línea quedó en silencio y Konstantin exhaló un suspiro.

Colgó el auricular, se volvió hacia el ordenador, tecleó la contraseña del salvapantallas y...

El mundo quedó en blanco.

CAPÍTULO CATORCE

Después de subir las escaleras desde el búnker subterráneo de Incirlik, Levi echó a andar por el asfalto del aeropuerto turco entre el olor de los gases del jet. Entrecerró los ojos para protegerse del brillo del sol, inspiró profundamente y sonrió. Lo que entraba en sus pulmones era libertad. En el bolso llevaba el traje, que olía a sudor y orina, y vestía la ropa de trabajo oscura. Recorrió la pista con la mirada. Alguien uniformado corría hacia él con algo en la mano.

—Teniente Jennings, su documentación, señor. —Le tendió el carné militar.

—Gracias, aviador. —Levi se lo sujetó a la ropa y preguntó—: ¿Sabe cuándo llegara mi transporte a Estados Unidos?

El aviador señaló al noreste.

—Es esa gran ave gris que se dirige hacia aquí. Irá directa a Andrews con usted como único pasajero.

Levi sacudió la cabeza.

—Me pregunto qué cagada habrá hecho el piloto para que le toque este viaje. Probablemente alguna variante de «pilotarás un avión de carga lleno de mierda de perro de caucho desde Hong Kong». Pero en vez de mierda de perro solo me tiene a mí.

—¿Señor? —El aviador estaba desconcertado.

—Da igual, aviador. Alguien dijo algo parecido en una película de antes de que tú nacieras.

—Señor, me han encargado pedirle que se ponga en contacto con la central lo antes posible.

Levi sacó su móvil, que por fin tenía señal, y marcó el número de Brice. Respondió casi de inmediato.

—Levi, ¿has hablado con Mason?

—Bueno, podrías decir algo así como «¿Qué tal?». Aún estoy en Turquía y no, no he hablado con Mason. Me han dicho que llame a la central, y él no es con quien hablo normalmente. Es contigo, querido amigo. ¿Por qué? ¿Qué ocurre?

Se hizo el silencio en la línea, y aquello nunca era buena señal.

—Un momento, estoy intentando conectar con Mason...

—Maldita sea, Brice. Dime qué pasa. ¿Has logrado intervenir el ordenador?

—Ah, sí. Estoy analizando la información que he obtenido. Por desgracia, no he hecho una descarga completa antes de quedarme sin señal. Supongo que alguien detectó mi intromisión.

Levi frunció el ceño.

—¿Cuánto tiempo tuviste señal antes de perderla?

—Unas dos horas y cuarto.

Se suponía que los hombres de Karpov habían concertado la recogida de Anya en el centro de Moscú. A más o menos una hora del domicilio de Porchenko.

Levi sonrió.

—Bueno, quizá tengas que comprobar si corre algún rumor acerca de que el jefe de una empresa energética rusa ha volado por los aires.

—¡No! Estás de broma. ¿Cómo conseguiste...? Da igual. No sé nada de eso. Pero haré las pesquisas pertinentes.

Un gran avión de carga sin distintivos rodó por la pista a unos doscientos metros de él hasta detenerse.

—Escucha, Brice. Estoy a punto de subir a un avión con destino a Andrews. ¿Es eso lo que Mason iba a decirme?

—Maldita sea, no consigo localizarlo. Llevo intentándolo desde que he empezado a hablar contigo. No voy a esperar más y voy a decírtelo, porque a mí me gustaría saberlo y no quiero que te cabrees conmigo por no habértelo dicho cuando tengo ocasión.

A Levi empezó a acelerársele el corazón.

—Para empezar, que sepas que no ha pasado nada. Y lo digo en serio. Pero quizá te alegre haberte hecho cargo o no de Porchenko porque, después de que te perdiéramos el rastro, capté una transmisión de él a nuestro querido funcionario en la pizzería. Estaba muy interesado en saber cómo encontrarte, y por algún motivo nuestro funcionario estaba al corriente de que Alicia iba a ir a Princeton.

—¿Que sabía qué? —gritó Levi por el teléfono mientras arrastraban una escalinata con ruedas hasta el avión—. ¿Qué ha ocurrido? Cuéntamelo todo.

—Bueno, Mason empezó por llamar a Lucy Chen...



—No hay problema, Levi —dijo Dino. Levi se presionó el teléfono contra el oído para oír mejor la voz del hombre por encima del sonido de los motores del jet, que se aceleraban para el despegue—. En tu lugar, yo haría lo mismo. Infórmame cuando llegues a la ciudad. Lo celebraremos.

—Gracias, Dino.

Levi se sintió impulsado hacia el asiento del avión de carga C-5 cuando se inclinó hacia el cielo. Volvió la vista hacia el enorme espacio vacío de la aeronave. El suyo era el único asiento encastado en los rieles.

Tenía que hablar con mucha gente cuando llegara a su país. Lo correcto era parar en la central. Tenía que informar de su misión y tenía que saber más de lo que le había sucedido a Alicia antes de hablar con ella. Sabía que no había sufrido ningún daño, pero no estaría tranquilo hasta que se lo dijera ella personalmente.

Cerró los ojos y se centró en su respiración.

Tenía diez horas por delante antes del aterrizaje.

Necesitaría ese tiempo para recargar las pilas.



En la bodega no había ventanillas que le permitieran saber dónde estaban, pero ya habían pasado más de nueve horas desde el despegue y se le habían destapado los oídos varias veces a medida que el avión perdía altura.

Se acercaba a casa.

De repente, le vibró el teléfono, lo que indicaba que estaban lo suficientemente cerca del suelo como para tener cobertura. Sacó el móvil del bolsillo y vio varios mensajes.

Desbloqueó el teléfono, abrió los mensajes y se centró en el que le había enviado Lucy.

Casi nunca se comunicaba con él por ese medio.

—Levi, sé que estás volando. Llámame en cuanto aterrices. Es importante.

Se le tensó la espalda y marcó el número.

El teléfono sonó una... dos veces... y, de repente, la voz de Lucy.

—Levi, ¿has llegado ya a Estados Unidos?

—Estoy en la bodega de un avión militar y creo que aterrizo en Andrews en unos veinte minutos. Antes que nada, ¿Alicia está bien?

—Sí, está bien, y creo que hace una media hora que ha llegado a casa de tu madre.

Levi exhaló un suspiro de alivio.

—Gracias a Dios. Después de oír tu mensaje, me tenías...

—¡Pero, debes saber lo que ocurrió! Un ruso...

—Brice ya me ha informado, pero quiero verificar unas cuantas cosas antes de llamar a Alicia. Dime qué sabe y qué ha visto.

—Bueno, es muy sencillo. Tres de mis chicas fueron sus compañeras de habitación en esas jornadas de orientación a las que asistió. Alicia cree que son estudiantes chinas y esa versión nunca ha quedado comprometida. Cuando uno de los mafiosos rusos intentó abordarla, una de ellas lo desarmó mientras a Alicia la llevaban de vuelta a la residencia.

—¿Y el mafioso?

—Eliminado de la ecuación. La Panda ayudó con la limpieza. Hubo un coche implicado y, con ayuda de Denny, tengo sus datos de rastreo e incluso hemos identificado al conductor. El piso franco ruso sufrió un desafortunado incendio y nadie consiguió escapar. Una

tragedia, la verdad. Mi gente se encargó de la operación de limpieza. No quería poner a Mason en una situación comprometida ante sus misteriosos jefes.

Levi asintió al tiempo que notaba que el jet viraba a la izquierda, seguramente para encarar la aproximación.

»Alicia cree que el ruso era un atracador cualquiera y piensa que una de las chicas presentó la denuncia. Evidentemente, estuvo a la altura de las circunstancias. Es dura. La chica vivió cosas mucho peores antes de que la sacaras de la calle. Las últimas noticias que tengo de ellas es que han recogido sus cosas y han salido de la residencia. Los hombres de Mason la han estado vigilando durante el camino a casa. Brice me ha enviado un mensaje diciendo que ha llegado bien. Eso es todo.

Levi sonrió con cierto alivio en el pecho.

—Lucy, te debo una.

—Por supuesto que sí, y espero que vengas a verme a casa cuando acabes de dar el parte. Hace tiempo que no nos vemos. Añoro tu cara bonita.

Levi se echó a reír.

—¿No se supone que eso lo dicen los hombres?

—No eres tú quien lleva los pantalones en esta relación, y te lo demostraré más tarde cuando vengas. Llama a Alicia, sé que te mueres de ganas. Hasta luego.

La conversación terminó y Levi hizo exactamente lo que Lucy había predicho.

En cuanto se oyó el primer ring, la voz emocionada de Alicia le llegó al oído.

«¡Ahbá! Te he llamado varias veces pero no ha habido manera».

—He estado en el extranjero, justo acabo de aterrizar. ¿Qué tal las jornadas de orientación a las que fuiste?

—Ya sabes...

—¿Qué sé?

—Venga ya, papá, que no soy tonta. ¿Tres chinas mayores de compañeras de habitación? Seguro que lo organizaste tú. Estoy convencida de que también iban armadas.

—Un momento, ¿de qué estás hablando? ¿Armadas?

—Bueno, a una de ellas se le cayó el neceser y sonó como si llevara una pistola. O eso o un vibrador gigantesco...

—Pero ¿tú qué sabes de...? Da igual. —Levi pensaba a toda velocidad. A diferencia de lo que Lucy le había transmitido, Alicia albergaba sospechas acerca de lo ocurrido—. No quiero saberlo. No has respondido a mi pregunta. ¿Qué tal la orientación?

—Ha sido guay. Creo que el próximo curso va a ser fantástico. Te estoy superagradecida por poder ir. Sé que es caro...

—Cielo, no pasa nada. Si hubiera algún problema, te lo diría. Así que todo bien. ¿Acabas de llegar a casa?

—Sí. Y puedes decirles a tus amigos que dejen de vigilarme. No sé qué ha sido de Ruth, Ting y Min, pero vaya con esos tipos del Cadillac que me han seguido desde Princeton. Es muy patético que piensen que no los veía todo el rato unos cuantos coches por detrás.

—No sé si...

—Papá, venga ya... déjame respirar un poco, ¿vale?

Sintiéndose cada vez más orgulloso de su hija, Levi sacudió la cabeza y rio.

—De acuerdo. A lo mejor resulta que quería asegurarme de que mi hija estaba bien durante mi ausencia. ¿Tan raro te parece?

El ruido del tren de aterrizaje al desplegarse resonó con fuerza en la bodega del avión.

—Te quiero, *ahbá*.

—Yo también, cariño. Iré a visitaros a finales de la semana.

La línea quedó en silencio y el jet dio unas fuertes sacudidas cuando las primeras ruedas impactaron con la pista de aterrizaje.



Levi estaba en la oficina de Brice, escuchando al ingeniero leer algo de un documento impreso.

—El año pasado hubo un incendio en una planta de procesamiento de pollos en Georgia en el que murieron cinco trabajadores y varias docenas resultaron heridos. Al cabo de un mes, murió una persona y otra quedó en estado crítico en un incendio en

una planta de envasado de productos cárnicos de Nebraska. Poco después se declaró un incendio en una planta de procesamiento de beicon en Iowa; murieron dos personas y cuatro resultaron heridas. Dos meses después se declaró un gran incendio en una planta de alimentos procesados en Texas que destruyó las instalaciones y dejó a más de mil personas sin trabajo. Lo mismo al cabo de unas semanas en California. Y volvió a suceder en Ohio y Pensilvania...

Levi levantó una mano.

—Basta. Ya capto la situación. A alguien no le gusta nuestra cadena de suministro alimentario. ¿A qué lo atribuyes?

—Todos esos sucesos se produjeron en 2021. Y cada uno de los incidentes se relaciona con un mensaje de correo a Porchencko desde una dirección anónima que habla de dos cosas: un miembro del Congreso o del Senado al que hay que «convencer» y un objetivo sugerido al que «enviar un mensaje» en el estado de ese congresista. Por desgracia, no tengo los correos más recientes, nada después de finales de 2021. Así que no sé qué puede haber estado pasando desde entonces.

Levi se inclinó hacia delante.

—Un momento. ¿Dices que otra persona le hizo esas sugerencias a Porchenko? ¿No es él la cabeza de la serpiente?

—Oh, seguro que lo era. Al menos, una de las cabezas. Y estos datos nos dejan en posición de elaborar condenas irrefutables contra muchas de las personas con las que trabajaba. Pero quizá se nos estén pasando por alto muchos culpables... y, lo que es más importante, es probable que se trate de una serpiente de varias cabezas.

Levi señaló el bloc de notas que había en el escritorio de Brice.

—Pásame el bloc y un lápiz.

Levi empezó a escribir números en el bloc.

—Cuando estuve en el despacho de Porchenko, le revisé el teléfono. Incluía una lista de las últimas doscientas llamadas que había hecho y recibido.

Brice abrió unos ojos como platos.

—Joder, Levi. ¿Los memorizaste?

—Ya sabes cómo va —dijo Levi sin dejar de escribir.

—Claro, pero me sigue resultando extraño verlo. ¿Alguna vez te han hecho pruebas de memoria? ¿Algún neurólogo cognitivo o algo así?

Sí que se las habían hecho. Levi había obligado a que destruyeran los resultados y que todos los implicados se comprometieran guardar el secreto. No pensaba contarle todo aquello a Brice.

—Los médicos dicen que son cosas que pasan a veces —comentó tan tranquilo. Cambió de tema y añadió—: ¿Cuándo vuelve Mason?

—En un par de días. Lo convocaron a una reunión de urgencia en algún lugar de Europa.

Levi acabó de escribir los números y justo entonces recibió un mensaje de Dino.

—Estamos listos. La cosa está congelada hasta que llegues.

Deslizó el bloc hacia Brice.

—Tengo que marcharme. A ver si averiguas algo de estos números, a lo mejor hay alguien a quien aún no tengas controlado.

Brice asintió.

—Los pasaré por el Centro de Datos de Utah. Nunca se sabe.

Levi se despidió y salió por la puerta para reunirse con Dino. Iba a deberle un gran favor, pero sin duda valía la pena.



Cuando Levi entró en la habitación insonorizada que la familia Marino le tenía preparada, su único ocupante ahogó un grito. Tony Banks estaba atado a una silla robusta de madera atornillada al suelo y, a juzgar por su aspecto, llevaba allí buena parte del día.

Levi sonrió. «Bien».

Dino estaba delante del edificio, cenando en una mesa de picnic y bromeando con su equipo. Aquello no iba con ellos.

Levi se enfundó unos guantes de cuero.

—Banks —dijo—. Qué curioso cómo cambian las tornas, ¿no? Cuando nos conocimos, me hiciste varias jugadas, pero ahora me toca a mí. Seguro que pensaste que me habías tomado el pelo. ¿Y

sabes qué? No soy mezquino, por aquel entonces no eras merecedor ni de mi tiempo ni de mi energía. Pero las cosas han cambiado.

—Escucha —protestó Banks—. Tengo acceso a un montón de dinero en efectivo. Casi ochocientos mil dólares en billetes sin marcar. Es tuyo si me dejas salir de este lugar. No le diré nada a nadie.

—Desde luego que no dirás nada —Levi sacudió la cabeza—. No me interesa el dinero. A diferencia de ti, el dinero no me emociona. ¿Sabes lo que me emociona? Mi familia. Me he enterado de lo que hiciste y tengo intención de saber más acerca del por qué. ¿Entiendes a qué me refiero?

Banks sacudió la cabeza, sudorosa. Parecía que los ojos iban a salirse de las cuencas.

Levi sacó una pistola y un puñal que había ocultado bajo la ropa de trabajo, se los mostró a Banks y los dejó encima de la mesa.

—Tuviste una conversación con alguien de Rusia acerca de mi familia. ¿Te acuerdas?

Banks se quedó boquiabierto.

Levi sonrió.

—¡Claro que te acuerdas! ¡Excelente! ¿Sabes? Eso sí que me emociona. Me enfada, para ser exactos. El hecho de que alguien se plantee siquiera poner en peligro a uno de mis seres queridos...

—Pero yo no...

El puñal silbó por el aire, dio una vuelta entera y fue a parar directamente entre las piernas de Banks, que soltó un grito aunque la hoja no lo había rozado.

Levi se le acercó y arrancó el cuchillo. Acto seguido, se sentó en una mesa de madera frente a Banks.

—¿Por dónde iba? Ah, sí, poner en peligro a una persona que quiero. Y por ese pecado... me ofreces dinero. No hay dinero en el mundo que pueda compensar tal cosa. He oído la conversación que mantuviste con tu amigo de Rusia. Le ofreciste a mi hija para quedar bien a sus ojos.

Banks tartamudeó.

—I... iba a hacer que me mataran si no le conseguía lo que quería.

Levi asintió.

—Interesante. Dime, ¿cómo se llama tu amigo?

Banks se quedó petrificado.

Levi cogió la pistola, deslizó la corredera y se la colocó en el regazo.

—Venga, estoy esperando.

—Señor Por... Porchenko —dijo Banks—. No sé su nombre de pila.

—¿Cómo te pagó el señor Porchenko?

—Uno de sus hombres me llamaba y me decía que fuese a un sitio. Como el monumento a Washington o algo así. Y a veces chocaba con alguien y me encontraba un sobre en el bolsillo. O alguien forzaba la puerta de mi coche y me dejaba algo bajo el asiento. Dinero. Siempre en billetes de cien.

Levi se recostó sobre sus manos.

—¿Qué sabes de sus objetivos finales?

Banks se encogió.

—Sé que intentaba conseguir votos para que aprobaran su oleoducto.

—Pero Estados Unidos no tiene nada que ver con ese oleoducto, ¿no?

—Bueno... no exactamente. —La voz de Banks perdió el temblor al explicar algo que entendía con claridad—. El Congreso vota resoluciones para apoyar o no esas cosas. Y a través del departamento de Estado lo utilizamos para influir a otros en nuestro bloque de votaciones.

—¿Y qué has hecho para Porchenko... aparte de ofrecer a mi hija de anzuelo?

—Ayudé a coordinar votos. —A Banks le temblaba la mandíbula—. Espié para él en el Congreso. —Empezaron a rodarle lágrimas por las mejillas—. Por favor, déjame ir y haré lo que quieras.

Levi se levantó.

—¿Sabes que acabo de volver de Rusia?

Banks negó con la cabeza.

Levi levantó el puñal y sonrió.

—¿Sabes? Aunque limpié este puñal, probablemente aún tenga restos detectables de la sangre de Porchenko.

Banks puso cara de pánico.

Levi sonrió y levantó la pistola.

—¿Y esta pistola? Es una SIG P365. La pistola favorita del guardaespaldas del señor Porchenko. ¿Sabes cómo lo sé?

—Porque también lo mataste. —Banks estaba sollozando—. Por favor... haré lo que sea. Cualquier cosa.

Levi desenfundó el puñal y se acercó a Banks.

—Toda la información que me has dado ya la sabía. Necesito que me cuentes algo que no sepa sobre Porchenko.

La mirada de Banks iba de un lado a otro.

—Um, sé que hablaba con otras personas además de conmigo. Pero no sé quiénes son.

—¿Cómo supo de tu existencia?

Al moverse, Banks tensó las cintas de cuero que lo mantenían atado a la silla.

—Un día me llamó al móvil del trabajo. Fue hace años. Yo tenía problemas financieros y uno de sus hombres se topó conmigo y me dejó un sobre que contenía la cantidad exacta que yo debía al banco por impagos de la hipoteca.

Levi asintió.

—¿Qué dijo acerca de esos otros contactos?

Banks negó con la cabeza.

—Sinceramente, casi nunca los mencionaba. Y, si lo hacía, siempre eran «los otros».

—¿Quiénes crees que eran esos otros?

—No lo sé seguro. Probablemente otros funcionarios del Congreso como yo. O incluso congresistas, aunque a lo mejor no necesitaba hablar con ellos directamente, si es que tenía personal a su cargo. Y supongo que también miembros de grupos de presión.

—¿Grupos de presión?

—Sí, los de la calle K. Son aquellos a quienes usan los grupos de interés para hacer más o menos lo mismo que yo. Hablar con miembros del Congreso sobre proyectos de ley que quieren que prosperen o que no. Todo forma parte de la ciénaga que es D. C.

—¿Qué hiciste tú que los tipos de la calle K no hicieran o no pudieran hacer?

—Bueno, yo tengo menos limitaciones de acceso que ellos. Se me permite entrar a ciertos lugares que están vetados a los miembros de los grupos de presión.

Levi sintió un odio repentino por el hombre que tenía delante.

—¿Algo más?

Banks apretó los labios y guardó silencio unos segundos.

—Sinceramente, creo que los más poderosos pueden hacer lo que quieran. Pero yo soy tenaz. Igual que esas fotos que me diste, me ayudaron a influir en el voto de un congresista.

—Aquel día te vi en la orilla del río —dijo Levi—. Quemaste las fotos. Es obvio que ya las habías utilizado. ¿Por qué fuiste al río?

—Lo viste. —Banks lo dijo como una afirmación, no como pregunta y sacudió la cabeza—. A veces hablo con gente que, en fin, creo que son de los servicios de inteligencia rusos, aunque de hecho nunca lo hayan reconocido. Sé que tienen relación con la embajada. Lo del río es muy sencillo. Según me contaron, el cebo de la caña de pescar es un transmisor acuático. Alguien en las proximidades, que podría estar al otro lado del río, tendrá un receptor que capta la señal que transmito. Pero es imposible detectar esa transmisión por encima del agua.

Levi asintió. Era una técnica ingeniosa.

Banks se humedeció los labios agrietados.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Adelante.

—¿En serio que has matado a Porchenko?

Levi sonrió.

—Está muerto.

Banks frunció el ceño y, al hablar, sonó poco convencido.

—No lo sé seguro, pero... creo que recibía órdenes de alguien que conoce D. C. incluso mejor que yo.

Levi siguió hablando con voz pausada, pero por primera vez tuvo la impresión de que el funcionario podía revelar algo nuevo.

—¿Por qué lo dices?

—Bueno, unas cuantas veces me pidió que hablara con ciertas personas. Él sabía que tendrían la información que yo necesitaba. Y a veces eran personas que parecían enterradas en una especie de mazmorra dentro de los laboratorios del FBI, que resulta que sabían algo esencial para lo que yo intentaba ayudar. Es algo que ha ocurrido al menos media docena de veces a lo largo de los últimos años. Es imposible que el señor Porchenko conociera a esa gente; él está en Rusia. Creo que no ha estado en Estados Unidos en su vida. Así que imagino que alguien de D. C., alguien que conoce realmente la ciudad, le debe de haber estado suministrando información.

A Levi le vibró el teléfono al entrarle una llamada. Antes de responder, puso la boca de su SIG de nueve milímetros contra el ojo derecho del funcionario.

—Como hagas algún ruido —amenazó—, aprieto el gatillo.

Levi se dio un toquecito en el auricular.

—Hola. Qué pasa.

—Tío, no te imaginas lo que acabo de descubrir.

Levi sonrió mirando al techo.

—A ver si lo adivino: crees que la otra cabeza de la serpiente es miembro de un grupo de presión.

—¿Cómo lo sabes? Bueno, da igual. He comparado los números de teléfono que me diste con los registros del Centro de Datos de Utah. Esos tipos de la NSA tienen un registro de todas las llamadas entrantes originadas en el extranjero. La mayoría de las llamadas de Porchenko estaban encriptadas, pero había un número de teléfono que no usaba la tecnología de encriptado de extremo a extremo, y había dos llamadas a ese número. Una fue hace unas tres semanas. No era más que una chorrada sobre béisbol ruso. Pero la segunda era de justo antes de que Porchenko la palmara. Te la voy a poner.

Al cabo de un momento se oyó otra voz en la línea, la de Porchenko.

«Alex, es igual que Anna. Va a morir, lo presiento. Va a pasar otra vez lo mismo y, ¿qué voy a hacer yo? No puedo seguir con esto, ella me necesita».

Respondió otra voz que hablaba inglés con acento americano.

«¡Para ya! Tranquilízate. Será tu perdición y necesito que permanezcas en el programa».

«Tienes razón. Sé que tienes razón. Ya casi hemos acabado, ¿no?».

«Sí, las cosas están yendo tal como necesitamos. Te he enviado los contactos de lo que creo que serán cinco personas influyentes más. Las últimas que te envié ya están convencidas y sus votos son nuestros. Necesitamos cinco más en el Congreso y dos más en el Senado».

«Te echo de menos. Han pasado cuarenta años».

«¿Me has oído? Estamos muy cerca. Haz lo que hay que hacer».

Se oyó un clic y Brice dijo:

—Y ya está. ¿Qué te parece?

—Es raro —reconoció Levi—. ¿Qué sabes del tal Alex?

—El número corresponde a una dirección que te acabo de pasar por correo electrónico. La casa pertenece a Alex Conway, jefe de un grupo de presión de la calle K. He buscado sus antecedentes, pero he visto que han sido manipulados. Demasiado limpios para alguien que trabaja en este sector.

—Cuarenta años... —dijo Levi, pensativo—. Y le dice que lo echa de menos. Casi parece que fueran amantes. Y, si es el caso, el tipo de la calle K era el que daba. ¿Qué pasará cuando se entere de lo de Porchenko?

Brice habló en tono amenazante.

—Eso es lo que me preocupa. Por el mismo motivo por el que nos preocupaba que Porchenko se enfureciera cuando empezara a sentirse acorralado, es probable que este tipo tenga el mismo acceso a senadores, generales y demás. Porchenko seguro que ha hecho mucho trabajo sucio, pero este tal Conway parece el personaje malvado que hay detrás de las operaciones: agitación política, filtraciones de información para sembrar la discordia y propiciar enfrentamientos... es exactamente lo que se les da bien a los grupos de presión... manipular a la opinión pública. Si se filtran los datos pertinentes en los lugares adecuados, una persona basta para que la ciudadanía pierda confianza en su gobierno. Y si los ciudadanos pierden confianza, y si empiezan a creer que su voto no vale nada...

—Puedes provocar una guerra civil.

—Exacto.

—Así que, ¿vas a enviar a los soldados de asalto a su casa?

—No puedo. No tenemos orden judicial y probablemente ese tío tenga a todos los jueces en su agenda de contactos. Tardaríamos unos cuantos días, aunque no fuera toda información confidencial. Pero para conseguir una audiencia confidencial ante el juez correcto... necesito la ayuda de Mason.

—Y mientras tanto este tío puede estar activando bombas virtuales o literales por todas partes. Si cree que está a punto de pasar a ser irrelevante, va a ir a por todas.

—Exacto.

Levi sonrió.

—Por eso tengo su dirección. No hace falta que digas nada más. Estaré en contacto.

Colgó y volvió a guardar el arma en la pistolera del hombro. La zona que rodeaba el ojo derecho de Banks estaba amoratada por la presión que Levi había ejercido con el cañón de la pistola.

—Bueno, Banks, dijiste que tienes ochocientos mil dólares.

El hombre asintió.

—Sí. Bueno, setecientos ochenta mil.

—¿Dónde están? Es tu única posibilidad. Dime dónde está el dinero y cómo verificar que está ahí y así a lo mejor vuelves a ver la luz del día.

—Gracias. —Banks respiraba de forma entrecortada—. En mi desván. Escondido bajo el aislante, en varios maletines.

Levi se marchó dando un portazo tras de sí y salió a ver dónde estaban sentados los hombres de Marino.

Dino levantó la mirada.

—¿Y bien?

Levi sonrió.

—¿Lo recogisteis en su casa?

Dino miró a los otros mafiosos.

—*Momos*, ¿cogisteis al soplón ese en su casa?

Los tres asintieron.

Levi se agachó para situarse al mismo nivel que Dino y le habló en un susurro.

—Mirad en el desván. Bajo el aislamiento tiene maletines con casi ochocientos de los grandes. Es todo vuestro. Es mi pago para vosotros y Don Marino.

Dino silbó de alegría.

—Qué bien. —Inclinó la cabeza hacia el edificio—. ¿Y qué hacemos con él?

—Ya sabes. —Levi escupió en el césped—. Puso a mi hija en peligro.

Dino levantó una mano.

—No hay nada más que decir. Eso está hecho.

Se estrecharon la mano.

—Siempre es un placer hacer tratos con vosotros, chicos —dijo Levi.

Dino se echó a reír.

—Hasta pronto.

Levi se dirigió a su coche de alquiler. Necesitaba comprar unas cuantas cosas antes de cruzar la ciudad.

El día siguiente iba a ser muy intenso.

CAPÍTULO QUINCE

—¿Estás preparado? —preguntó Brice.

Levi bajó el monóculo de visión nocturna sobre su ojo izquierdo y lo que le rodeaba adoptó varios tonos verdosos. Eran las cuatro de la mañana y se encontraba cerca de la casa de Alex Conway, el miembro del grupo de presión de la calle K.

Activó el micrófono y susurró:

—Eres demasiado listo para hacer una pregunta tan tonta. Si no lo estuviera, no estaría aquí. ¿Ha ocurrido algo nuevo desde que hablamos hace un par de horas?

—De hecho, sí. Los medios rusos acaban de anunciar la muerte de Porchenko. Sospecho que nuestro miembro del grupo de presión todavía no lo sabe, ya que aquí estamos en plena noche, pero seguro que no tarda en enterarse.

—Fantástico. ¿Cómo crees que reaccionará?

—Es difícil saberlo, pero uno de nuestros hombres, que fue perfilador del FBI, repasó lo que tenemos y, según cree, el tal Conway o bien no hará nada... o reaccionará de forma contundente. No hay punto medio.

—Fantástico. Así que tenemos un cincuenta por ciento de posibilidades de que el del grupo de presión se cabree porque se hayan cargado a su novio e intente empezar otra guerra civil.

—No es imposible. De todos modos, Mason hizo una llamada desde Europa. Necesitamos más datos para garantizar la detención de los implicados más importantes metidos en este lío, y rápido.

Interrumpiré el acceso a internet de los ordenadores de la oficina de este tipo y, cuando empiecen a trabajar por la mañana, tendré a un equipo en espera preparado para «arreglar» el problema.

—Un momento, ¿puedes hacer eso? ¿Entonces por qué coño estoy yo aquí?

—Pensaba que te lo había dicho. Mierda, a Mason estas cosas se le dan mucho mejor.

—No me estás inspirando mucha confianza, Brice. Ahora cuéntame por qué estoy a punto de allanar la casa de un tío cuando resulta que parece que ya tienes controlado su negocio.

—Lo siento. Cuando Porchenko y ese hombre hablaron por última vez, los registros telefónicos muestran que Conway estaba en el ala sur de la casa. ¿Te acuerdas que dijo que acababa de enviarle una cosa por mail a Porchenko? O sea que creemos que ahí hay datos clave. Necesitamos esos registros, y cualquier otra cosa que haya en el ordenador.

—Si se puede hacer algo, se hace —dijo Levi, repitiendo el lema de la Panda—. Venga, vamos.

—Bien, he reservado tiempo en un satélite que sobrevuela nuestra parte del mundo y te está apuntando. Tengo una imagen en vivo y tu ubicación de GPS te muestra como un punto rojo. Estás en un cruce cerca de Potomac School Road, ¿es correcto?

—Sí. Pero ¿por qué tengo la sensación de que voy a ser como un elefante en una cacharrería? Estoy viendo un conjunto de buzones cerca de una estrecha carretera privada que se interna en el bosque. Un letrero dice que es de uso privado y que no tiene salida. No tengo la impresión de que por aquí haya mansiones.

—Créeme, estás en el lugar correcto. No desperdicies la oscuridad. Entra y roba algo, señor Yoder.

—¿Robar? ¿Eres Thorin Oakenshield para mi Bilbo?

—Has pillado la referencia, ¿verdad?

Levi atajó por la carretera privada y se internó en el denso bosque que la bordeaba. Avanzó en paralelo a la carretera y le pareció que iba despacio, pues tenía que abrirse camino por el espeso follaje.

—Sí, y eres consciente de que Thorin nunca dijo esa frase. A lo mejor la dijo en las películas, no lo sé, no las he visto, pero, en el libro, Tolkien hizo que Thorin empleara un lenguaje mucho más florido. Algo así como: «Ha llegado el momento de que nuestro querido señor Baggins, que ha demostrado ser un buen compañero...» y continuaba para acabar con «ha llegado el momento de que reciba su recompensa».

—Tendría que haber caído en que habrías memorizado el libro. Seguro que hacerlo forma parte del código de los mafiosos amish, ¿verdad?»

Levi sonrió.

—Escoges los momentos más extraños para explotar tu sentido del humor.

—Forma parte de mi encanto. Me vuelvo así en los momentos de máximo estrés. Y, a decir verdad, mi analogía va un poco al revés, porque soy yo quien intenta descubrir los secretos de Conway, tú no eres más que... que...

—¿Una ayuda?

—Exacto. Bueno, se acabó la diversión. ¿Qué ves?

—No hay mucho que ver, la verdad. Es curioso que esté en McLean, Virginia, el epítome de zona suburbana, y que esté pasando por un bosque tan frondoso. Incluso con las gafas de visión nocturna que me dejaste me cuesta distinguir algo. Este lugar parece tener un tronco que esquivar cada medio metro. Estoy en el giro sur de la carretera privada y acabo de pasar por una casa a mi izquierda. No es pequeña.

—Ninguna de esas lo es. Nuestro miembro de grupo de presión vive lujosamente en una mansión de casi mil quinientos metros cuadrados que consta de ocho habitaciones al final de esa carretera.

—Lo sé, me enviaste las fotos del plano. ¿Y qué pasa con las ocho habitaciones?

—Conway tiene cuatro hijos, pero son mayores y ya no viven en casa. Probablemente tengan ellos también una mansión. Él está casado, así que supongo que hay una esposa con la que lidiar y, teniendo en cuenta el tamaño de la casa, quizá también una

sirvienta. Pero con un poco de suerte tardarás un par de minutos en entrar y salir. Yo me encargaré del resto desde aquí.

—Entrar y salir. —Levi soltó un bufido—. Dicho así parece muy fácil.

Levi miró el rastreador GPS. Su objetivo se encontraba a menos de sesenta metros. Aminoró el paso al acercarse al límite del bosque. Desde luego que había una mansión.

—Parece que estás al oeste de la casa.

Levi se dirigió hacia el sur y luego giró hacia el este.

—Oído, voy hacia el sur. —Dio la vuelta e informó de lo que veía.

—Veo la ventana del dormitorio principal. Las luces están apagadas. Y la zona de debajo no tiene ni una sola ventana.

Era de esperar. Los planos indicaban que el despacho era una sala sin ventanas a la que solo se podía acceder bajando por unas escaleras privadas conectadas con el dormitorio situado justo encima. Probablemente aquel diseño no habría recibido nunca el visto bueno de los inspectores de viviendas; seguro que las ordenanzas exigían que toda estancia tuviera distintas salidas, o alguna como mínimo.

—Tal como supusimos. ¿Qué tal se te da escalar?

—Lo he hecho alguna que otra vez.

Levi se quitó las gafas de visión nocturna —no le servían de gran cosa—, se despojó de la mochila y recuperó el equipo de escalada, con el rezón revestido de caucho acoplado.

»De acuerdo, Brice. Estoy en posición. Ahora esperamos a que nuestro miembro del grupo de presión salga... y rezamos para que a su mujer no le guste pasarse todo el día en el dormitorio.

—Todo irá bien. El sol saldrá dentro de cincuenta y cinco minutos y entonces podré ponerte en aviso de lo que vea por el satélite. Mientras tanto, me voy a armarla a la calle K. Si me necesitas, da un grito. Tendré el altavoz activo.

—Oído. Vete a hacer tus cosas raras.



Faltaba poco para las siete de la mañana cuando, con unos prismáticos, Levi vio salir del garaje un Rolls Royce conducido por una mujer rubia con el pelo recogido en una cola de caballo.

—Me parece que la gallina acaba de salir del gallinero —dijo.

—Bueno, pues así es más fácil, ¿no? Me juego algo a que va a la cita con el terapeuta o cualquier cosa de ese tipo. —Brice hizo una pausa—. No veo su coche en la imagen del satélite, los árboles tapan la carretera. Pero, mientras esté fuera, es un elemento menos del que preocuparse.

—Su coche es el único que había en ese parking. —Levi desvió los prismáticos a la izquierda para ver el otro garaje, de dos plazas, cuando la puerta del mismo empezó a elevarse—. Veo movimiento en el segundo garaje, y bueno... esto no nos lo esperábamos.

—¿Qué?

—Es un Camry. Si es Conway, me sorprende que lleve un coche de esos, sobre todo teniendo en cuenta que su mujer lleva un Rolls Royce.

—A lo mejor es la sirvienta.

—No creo. No hay más coches en el garaje.

Levi no veía la cara de quien conducía, pero, por el perfil, quedaba claro que era un hombre de pelo entrecano.

—A lo mejor tiene el coche en el taller y ese se lo han dejado —sugirió Brice.

—Puede ser. En cualquier caso, ya no queda ninguno dentro, así que es un buen momento para actuar.

Rezón en mano, Levi cruzó el jardín y se detuvo justo bajo la ventana del dormitorio principal, situado en el segundo piso.

—Bueno, a por todas.

Lanzó el rezón de tres puntas sobre tejado inclinado, donde rebotó hacia la izquierda y cayó.

—Asegúrate de que quede bien clavado, porque vas a manipular esos paneles de cristal y son muy pesados.

Levi hizo un segundo intento, apuntando ligeramente más a la derecha. En esta ocasión, al tirar de la cuerda notó que uno de los ganchos se clavaba. Tiró con más fuerza para confirmar la solidez

del agarre y miró el motor acoplado al equipo de escalada. Le pareció pequeño.

—¿Estás seguro de que este motor es suficiente para mi peso?

—A menos que hayas engordado cincuenta kilos desde anoche, será perfecto. Está preparado para soportar ciento cincuenta kilos. Presiona la palanca y te elevará. Gira el interruptor y soltará cuerda.

Levi apretó la palanca y el silencioso motor zumbó y tensó la cuerda. Los pies se le elevaron del suelo.

Sesenta centímetros.

Un metro veinte.

A los dos metros, Levi alcanzaba la parte inferior del alféizar de la ventana de la segunda planta.

A los tres metros, soltó la palanca y se quedó colgando con la ventana a la altura del pecho. Veía claramente el dormitorio.

De un lateral de la mochila, desenganchó un dispositivo provisto de una gran ventosa. Lo sujetó contra la ventana y echó la palanca hacia atrás para hacer el vacío.

—Bueno, he pegado la ventosa al cristal.

—Es probable que esas ventanas tengan cristal doble o triple. Infórmame cuando hayas acabado con el primero.

Levi sacó un cortavidrios del cinturón, presionó la rueda contra el cristal, la deslizó a lo ancho de la ventana y sintió un escalofrío cuando emitió un chirrido agudo. Continuó hasta que hubo marcado un recuadro lo bastante grande como para pasar por él.

—Bueno, esto ya está. Voy a pasar al gas. —Levi miró a su alrededor y de repente fue consciente de lo expuesto que quedaba, colgando del tejado—. Espero que estés vigilando la parte delantera mientras estoy aquí arriba.

—No te preocupes.

Levi sacó una lata de gas comprimido de la mochila y roció la esquina superior derecha del recuadro que había marcado. Brice le había dicho que aquello congelaría el cristal donde lo había marcado, de manera que provocaría suficiente tensión como para romperlo a lo largo de la línea. Así fue: el cristal se empañó y se oyó un fuerte crujido.

Levi, que sujetaba la ventosa con la otra mano, gruñó cuando el peso del cristal le tiró del brazo.

—¡Primer cristal, fuera!

Sujetó el cristal a un lado con dificultad, se retorció en el arnés y accionó la palanca de la ventosa para soltar el cristal, que cayó en el césped lleno de rocío sin romperse.

—Deja que compruebe la alarma antes de que... ¡oh, uau!» — Brice se echó a reír.

—¿Qué?

—Estamos de suerte. Quienquiera que se marchara el último no activó la alarma. Supongo que para ti eso no cambia gran cosa, pero supone no tener que manipular el sistema para silenciarlo y que no se activa la llamada a comisaría si lo haces saltar.

—Me alegro de darte menos trabajo.

Levi repitió todo el proceso con el segundo cristal. Cuando lo roció con el gas, el cristal se inclinó hacia la casa, tirando de él hacia el interior.

—Estoy dentro —anunció.

—Recuerda, entra y sal. Instala el virus y listos.

Levi pasó la pierna izquierda por la ventana destrozada. Tenía la cama justo debajo, por lo que dejó caer el cristal encima del colchón, y luego soltó parte del cable que lo sujetaba para aterrizar él también en la cama. Tras desprenderse del arnés, bajó al suelo.

Vio las escaleras descendentes y se acercó. Era una escalera de caracol que bajaba a la sala. Descendió con cuidado y, al llegar abajo, las luces se encendieron de forma automática. Un sensor de movimiento.

La sala estaba revestida de librerías de madera. Parecía la biblioteca de una persona adinerada, con una escalera con ruedas sobre unos rieles que discurrían a lo largo de las cuatro paredes. Dominaba la estancia un escritorio sobre el que había un ordenador de mesa y un bloc de notas rayado.

Levi sacó el lápiz USB que Brice le había entregado y lo enchufó en la parte posterior del ordenador.

—Ya he conectado el dispositivo al ordenador. El PC tiene que estar encendido, supongo.

—Sí. Enciéndelo y empezaré a descargar en cuanto se establezca la conexión.

Levi pulsó el botón de encendido y el ordenador emitió un único bip. Mientras el logo de Windows aparecía en pantalla, Levi no perdió de vista el lápiz de memoria. Un led rojo se encendió una vez.

—Bueno, ahora ya está en rojo. ¿Va bien?

—Un momento... lo estoy comprobando.

Levi oyó un pitido doble procedente de la habitación de arriba. El mismo sonido que emitía la alarma de su casa cuando se abría la puerta delantera. ¿Una sirvienta, quizá?

Pasaron unos segundos valiosísimos y oyó crujir el suelo de madera por encima de él.

—¡Ya estoy descargando datos!

—¡Mierda! —Levi cogió el USB, subió a toda velocidad las escaleras que llevaban al dormitorio y paró en seco ante lo que vio.

Era imposible.

—¡Levi, sal! —La mente de Levi apenas procesó la voz desesperada de Brice.

Tenía delante a un hombre con una pistola. Un hombre al que daba por muerto.

Porchenko.

—¡Tú! —exclamó Porchenko con el rostro contraído por la ira.

Levi tenía el lápiz USB en una mano y la otra detrás de la espalda, intentando alcanzar su pistola.

—Creía que habías muerto —dijo Levi en ruso.

—Estaba a punto de decirte lo mismo. —Aunque Levi había hablado en ruso, Porchenko respondió con un impecable acento americano. Levi quedó confuso unos instantes... y, de repente, cuando recordó las palabras de Nadia, todas las piezas encajaron:

«Incluso se rumorea que mató a su hermano gemelo por una chica que les gustaba a los dos cuando eran jovencitos».

No tenía sentido. Quedaba claro que no había hecho tal cosa.

Levi sonrió.

—Alexei Porchenko, supongo.

El hombre frunció el ceño, pero no respondió a la pregunta de Levi.

—Estoy seguro de que hay una explicación —dijo— para que Ronald Warren, también llamado Lazarus Yoder, esté en mi habitación.

Levi asió la Glock.

—Para —dijo Porchenko. Sostenía una granada—. Ya he quitado la anilla, señor Yoder. ¿O debería llamarlo señor Warren? Da igual quien sea. De hecho, me encanta tenerlo aquí. Le debo una por mi tío, y ahora mismo acabo de enterarme de lo de mi hermano. Su presencia aquí pone de manifiesto que también fue obra suya. Es una plaga para mi familia y lo maldigo por haber nacido. Supongo que ahora está aquí para acabar el trabajo.

»Tengo muchos interrogantes, pero ninguno importa. Ambos veremos hoy nuestros deseos cumplidos, no se preocupe. Ninguno de los dos saldremos de esta con vida.

Levi había visto aquel tipo de granada con anterioridad, era una vieja F-1 soviética. Porchenko tenía razón acerca de una cosa: si dejaba que explotara, los mataría a los dos. No cabía la menor duda.

A Porchenko le temblaba la mandíbula y por primera vez habló en ruso.

—Quiero saber una cosa antes de nuestro fin.

Levi inspiró con fuerza y, justo cuando empezaba a exhalar, sacó la pistola de la cinturilla. Salieron balas disparadas en ambas direcciones y, cuando Levi notó que algo lo golpeaba en el hombro como un mazo, Porchenko gritó:

—¡Por la patria rusa!

La cuchara de la granada cayó en la alfombra y se oyó un fuerte pum.

Levi no vaciló. Saltó a la cama, rompiendo en pedazos el cristal que había dejado allí, y salió disparado por la ventana. Una fuerte explosión tras él y sintió punzadas de dolor al salir propulsado al exterior.

El mundo ennegreció.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Cuando intentó erguirse y tomar aire en su cama de hospital, Levi vio el regordete rostro de Brice, gafas incluidas, cerniéndose sobre él.

—¡Uau, Levi! —Brice le puso la mano en el hombro—. Tranquilo, todo bien. Estás en una de nuestras suites del Walter Reed.

Con el corazón acelerado, Levi parpadeó intentando encontrarle sentido a todo aquello. Notaba todo el cuerpo magullado y dolorido, y sentía un dolor punzante en el hombro derecho.

Entró un médico con un sujetapapeles.

—Yoder, tenemos que dejar de vernos en estas circunstancias.

Levi lo miró. Funcionaba a cámara lenta y tardó unos instantes en reconocerlo. Entonces, una sonrisa asomó a su rostro y entrechocó el puño del brazo ileso con el del médico.

—Doc Spears, cuánto tiempo.

Brice miró a uno y a otro.

—¿Vosotros dos os conocéis?

Levi rio, pero enseguida hizo una mueca por culpa del dolor en el hombro.

—Creo que la última vez fue una pequeña operación en Argentina, ¿verdad, doctor?

El médico, que tenía una altura considerable y que no solo era miembro de la Panda sino excomponente de las Fuerzas Especiales, asintió.

—Siempre es bueno apuntarse una victoria para el equipo de casa. —Dio una palmada a Levi en el hombro ileso—. Eres un hueso duro de roer. Recuerdo la primera vez que nos vimos, te habían disparado no una sino dos veces con una Lapua .338 y tu única afectación fue un pulmón colapsado.

—Tienes buena memoria. Pero creo que mi estado de entonces se debía más al chaleco antibalas que a mi buena constitución. —Levi levantó el brazo derecho y notó un cosquilleo desde el hombro hasta la punta de los dedos—. ¿Qué daños he sufrido esta vez?

—Lo averiguaremos. Baja las piernas de la camilla y ponte de cara a mí. Tengo que hacerte unas pruebas ahora que estás despierto.

Levi hizo lo que le pedían.

Doc Spears sostuvo un bolígrafo.

—Mantén la vista fija en el boli.

Levi permitió que el doctor le hiciera unas cuentas pruebas básicas de motricidad y cognición. Cuando hubo terminado, se volvió hacia Brice.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

Brice consultó su reloj.

—Aún no es hora de comer. Supongo que un par de horas. Hice que un equipo te sacara de allí en diez minutos después del caos que dejaste.

—No fue culpa mía —se excusó Levi—. Se supone que tú estabas vigilando.

Se frotó los brazos. Le habían puesto por lo menos media docena de puntos en distintas partes del cuerpo. Cuando se palpó la cara, también se notó varios puntos a lo largo de la mandíbula.

—Dime, doctor, ¿cuál es el veredicto? ¿Sobreviviré? ¿Voy a quedar con pinta de Frankenstein?

Spears se echó a reír.

—Teniendo en cuenta que una granada te estalló muy cerca y que saltaste por la ventana de un segundo piso, estás de maravilla. El TAC ha salido normal. Tienes un montón de puntos, pero nada grave. Y el hombro te quedará bien, aunque lo tienes muy

magullado. Entiendo que cuando te dispararon llevabas un chaleco antibalas. Sé que duele, pero no se te ha roto ningún hueso.

Levi movió el brazo derecho.

—¿Y este cosquilleo tan doloroso? Es muy molesto.

—El impacto de la bala ha causado un traumatismo por fuerza contundente y ha afectado una zona en la que confluyen varios nervios. Pero mientras estabas inconsciente hicimos una prueba de conducción nerviosa y estás dentro de los parámetros normales. Estás notando la reacción de tu cuerpo al trauma. Considéralo un recordatorio para que te tomes las cosas con filosofía durante un tiempo. Si esa sensación no desaparece en un par de días, podemos hacer más pruebas, pero creo que te encontrarás bien en cuanto baje la inflamación.

—¿Significa eso que puede marcharse? —preguntó Brice.

—La mayoría de los médicos le recomendarían pasar la noche en observación. —Spears dedicó un guiño a Levi—. Pero creo que nuestro amigo está hecho de una pasta más dura. Firmaré el alta.

Antes de marcharse, Doc Spears dejó un frasco de Motrin. En un *post-it* amarillo ponía: «Si notas mucho dolor, tómate esto».

Levi se echó a reír, hizo una mueca, y volvió a reír. El tipo le caía bien.

Se volvió hacia Brice.

—¿Dónde está mi ropa?

—Le pediré a una enfermera que te la traiga. Y, oye, me sorprende que no lo hayas preguntado todavía, pero... lo conseguiste. Gracias a ti pude dejar seco el ordenador. Los tipos de la oficina están analizando los datos. Mason llegará hoy, más tarde. Salgamos de aquí y vamos a darle el parte juntos.



Levi entró en la sala de reuniones vestido con ropa de calle de fabricación rusa. No tenía otra cosa. Su traje olía a orina y su ropa de trabajo había quedado destrozada por la metralla.

Brice y Mason estaban sentados a la mesa de la sala de reuniones hablando de órdenes judiciales pero, al ver a Levi, Mason se levantó y se le acercó.

—Levi, ¿estás bien?

Levi sonrió.

—Sí.

—¿Seguro? Pareces un chicle masticado. —Parecía sinceramente preocupado—. Siento mucho cómo fueron las cosas. La operación ha sido un fracaso estrepitoso en muchos sentidos, aunque con ciertas cosas buenas. —Señaló las sillas—. Vamos, sentaos.

Levi se sentó al lado de Brice intentando no mostrar su incomodidad, a pesar de tener la impresión de que miles de hormigas le mordisqueaban el brazo derecho.

Mason se sentó frente a él.

—Supongo que la buena noticia es que quizá estemos al final de esta locura orquestada por Porchenko. Brice, necesito que conciertes una sesión de análisis de la situación con todo el equipo lo antes posible. La idea de que alguien haya acabado saltando por los aires no va a sentar bien a mis superiores. Pero, por ahora, dame una versión resumida.

Brice anotó algo rápidamente en una libreta y luego movió la silla para encararse a Levi y a Mason a la vez.

—Empecemos por el miembro del grupo de presión que en D. C. se hace llamar Alex Conway. Sabíamos que existía una relación entre él y Porchenko, y al principio pensamos que podía ser de carácter sentimental. Resultó no ser así. Alex Conway era en realidad Alexei Porchenko, el hermano gemelo de Konstantin, nacido en la Unión Soviética y enviado aquí hace casi cuarenta años por la KGB como agente clandestino permanente.

Mason frunció el ceño.

—¿Pero la KGB no se desmoronó al caer la Unión Soviética, en 1991? ¿Cómo es que no se supo que era un infiltrado?

Brice se encogió de hombros.

—Los soviéticos necesitaban a alguien dentro. Conway lo tenía todo legal, incluso una partida de nacimiento con una huella salda

de Bethesda. —Señaló a Levi con el pulgar—. Levi ató cabos y adivinó que era el hermano de Porchenko...

—No lo adiviné. Había visto una foto de Konstantin Porchenko y, cuando vi a Conway, realmente pensé que estaba ante un fantasma. Conway es la viva imagen de Porchenko. Y entonces recordé que nuestro contacto en la oficina rusa mencionó el rumor de que Konstantin, de joven, había matado a su hermano gemelo por una chica. Me di cuenta de que sí que tenía un hermano gemelo, pero que no lo había matado... y ahora sabemos lo que fue de él.

—Interesante —dijo Mason—. Pero ¿cómo es que la caída de los soviéticos no afectó a este agente de la KGB?

Brice cogió una de las copias impresas.

—Lo que puedo decir es que su misión era ejercer influencia en D. C. Su primer trabajo oficial fue de administrativo en uno de los grandes grupos de presión de la calle K. Me atrevería a decir que, cuando la KGB se disolvió, él continuó con su misión. Para entonces estaba en nómina en una empresa local y era autosuficiente.

—Y, obviamente, mantenía contacto con su hermano —añadió Levi—. Haber guardado ese secreto durante casi cuatro décadas supone una hazaña impresionante.

—Bueno, era leal a la causa —comentó Brice—. Justo antes de que la habitación explotara, gritó algo en ruso. Seguro que Levi supo lo que significaba, pero yo tuve que usar el traductor automático. Dijo «Por la patria rusa». Esas fueron sus últimas palabras en la tierra.

Mason meneó la cabeza.

—Y ahora tengo que preocuparme porque un ejército de exagentes de la KGB pueda estar acechando en recovecos ocultos por todo el país. A veces preferiría no saber ciertas cosas. ¿Cómo va el análisis de datos?

—Estamos en ello y aún falta un rato —respondió Brice—, pero las piezas del rompecabezas empiezan a encajar. Lo que está claro es que Alexei era quien identificaba en D. C. a personas susceptibles de ser influidas y objetivos fáciles que podían emplearse para influir en las personas adecuadas. Y pasaba esa información a Konstantin, que era el ejecutor y sembraba el caos.

—Y aunque ahora los hermanos estén muertos, sus contactos siguen en peligro —murmuró Mason, tamborileando en la mesa con los dedos—. Tenemos que establecer conexiones sólidas entre los implicados y conseguir unas cuantas detenciones.

Brice exhaló un suspiro.

—Lo sé. He descargado casi cien gigas de datos del ordenador de casa de Alexei, y estamos en el proceso de descargar teras de las oficinas de la calle K. Lo que me gustaría es tener acceso a más datos de Konstantin. Lo más probable es que sus contactos sean el objeto de nuestras acciones inminentes. O, por lo menos, nos ayudarán a saber qué buscar.

Levi abrió mucho los ojos.

—Un momento. Quizá yo tenga esa lista de contactos.

Los otros dos se giraron hacia él sorprendidos.

Levi cerró los ojos y rememoró los escasos minutos que había pasado en el despacho de la casa de Konstantin Porchenko, hojeando su libreta de direcciones. Muchos nombres, direcciones y números de teléfono eran internacionales, pero una buena parte eran de Estados Unidos.

Abrió los ojos y sonrió hacia Brice.

—Leí la libreta de direcciones de Porchenko. Solo necesito papel y boli.

—No me jodas. —Brice se lo quedó mirando—. ¿Memorizaste toda su libreta de direcciones?

Mason se echó a reír.

—Ya ves, Marty. Levi tiene las pistas metidas en la cabeza. Creo que sabes el siguiente paso. Dame nombres y direcciones, y una lista de los delitos de cada uno. Empezaré el papeleo para conseguir las órdenes judiciales. Parece que tenemos un montón de trabajo por delante. —Señaló a Levi con un dedo—. Pero, en cuanto escribas lo que tienes en la cabeza, por favor, descansa. Si quieres, puedes ocupar nuestra suite del Waldorf Astoria recién inaugurado en D. C.

Levi sacudió la cabeza.

—Volveré a Nueva York pasando por Pensilvania. Quiero ver a mis niñas. Por cierto, ¿qué pasa con el sistema de seguridad en casa de mi madre?

—No te preocupes. Tu familia está protegida. Cuando llegues verás lo que hemos montado allí—. Mason se levantó con aspecto complacido—. A pesar de todos los dolores de cabeza e incompetencias varias, parece que hemos conseguido limpiar un poco la ciénaga de D. C.

Al pensar en todo lo que había sucedido a lo largo de la semana, Levi se sintió embargado por el agotamiento . Pero, en el fondo de su ser, sabía que, pese a todos los logros, el trabajo no estaba ni mucho menos terminado.

Para limpiar la ciénaga de una vez por todas, no bastaba con eliminar a un círculo corrupto de miembros de grupos de presión y activos rusos.

NOTA DEL AUTOR

Bueno, así acaba *La ciénaga*, y deseo sinceramente que te haya gustado.

Si es el primer libro mío que lees, te debo un poco de introducción. El resto de los lectores pueden pasar directamente a los avances.

Soy un científico que lleva en la industria de la tecnología punta desde hace más tiempo del que me gusta reconocer. Mis inicios no tienen nada de especial, pero supongo que merece la pena mencionar que crecí teniendo el inglés como tercera lengua, si bien hoy en día es la que mejor domino. Como hijo de militar, viajé mucho e hice lo que la mayoría: estudié, conseguí un trabajo, me casé y tuve hijos.

Crecí leyendo revistas científicas, lo que me llevó a la ciencia ficción, sobre todo a los clásicos, como Asimov, Niven o Pournelle. Y luego descubrí la fantasía épica, que me introdujo en un mundo totalmente nuevo, o en muchos mundos nuevos, para ser exactos. Eddings, Tolkien y otros abonaron el terreno para que apreciara ese género. Con los años, y al volverme más conservador, pasé a disfrutar de los *thrillers* de Cussler, Crichton, Grisham y muchos más.

Cuando mis hijos eran pequeños, empecé a inventar cuentos que los mantenían entretenidos. Al fin y al cabo, ¿a quién no le gustan las historias de enanos, elfos, dragones y otros seres fantásticos?

Fueron los cuentos de antes de ir a dormir de su infancia. Y acabé escribiendo las historias para que no se me mezclaran en la cabeza.

Bueno, los niños se hicieron mayores y, después de haber escrito todo aquello para entretenerlos, resulta que me entró el gusanillo... el gusanillo del relato. Sentí la necesidad de empezar a escribir... pero no lo que había escrito para mis hijos.

A lo largo de mi vida me he hecho amigo de algunos escritores bastante conocidos. Cuando les comenté lo de tomarme lo de escribir más en serio, varios de ellos me dieron el mismo consejo: «Escribe sobre lo que conoces».

¿Que escriba sobre lo que conozco? Empecé a pensar en Michael Crichton. Estudió Medicina y empezó con un *thriller* médico. John Grisham ejerció como abogado durante una década antes de escribir una serie de *thrillers* de temática legal. Tal vez el consejo no fuera descabellado...

Empecé a plantearme qué era lo que yo conocía. Y caí en la cuenta.

Yo sé de ciencia. Me dedico a ella y disfruto con ella. De hecho, uno de mis entretenimientos preferidos es leer artículos académicos sobre distintas disciplinas científicas. Mis intereses van desde la física de partículas y la informática hasta las ciencias militares (es decir, la ciencia que hay detrás de lo que causa explosiones) y la medicina. Reconozco que soy un bicho raro en ese sentido. También he viajado muchísimo y he estudiado por mi cuenta idiomas y distintas culturas.

Aconsejado por algunos autores superventas de Nueva York, me lancé de cabeza a escribir novelas.

Mi primer libro, *Primordial Threat*, se convirtió en uno de los más vendidos del *USA Today*, y desde entonces he aparecido en esa lista varias veces. Visto lo visto, me alegro sobremanera de haberme lanzado a la piscina y empezado a escribir.

Pero basta ya de presentaciones, porque tampoco me gusta mucho hablar de mi persona, así que volvamos a donde estábamos antes de que me interrumpiera a mí mismo.

La idea de *La ciénaga* surgió a raíz de la confusión que se desató en el mundo cuando coincidieron varios eventos. El Brexit, el

movimiento Black Lives Matter de 2020, la elección de un presidente, la destitución de otro... el mundo vio lo que sucede cuando la política entra en juego.

Y una influencia de última hora en parte de ese proceso fue sin duda el actual (en el momento de la redacción de este libro) conflicto entre Ucrania y Rusia.

En mis libros no me posiciono, políticamente hablando, y tuve que echar mano de mi imaginación para no tomar partido por uno u otro bando. Pero sí que quería dejar clara la nefasta influencia que los medios ejercen en la opinión pública. De hecho, en la escena inicial tenemos a un loco que se ha dejado influir por el contenido de un artículo del *New York Times*. Por desgracia, esa escena no difiere demasiado de una escena real ocurrida en un pasado reciente en la que un hombre armado disparó a un grupo de congresistas que estaban jugando al béisbol.

¿Por qué lo hizo? Por culpa del incesante bombardeo de mensajes en los medios que esa persona consultaba.

Soy consciente de que nuestra sociedad ha evolucionado de muchas maneras, pero no siempre a mejor. Soy de una época en que los medios, sobre todo la prensa, se encargaban de informar al público sobre temas de actualidad. Explicaban al receptor las noticias tal como se producían.

Como decía Walter Cronkite «y así son las cosas».

Echo de menos esa época en que el público estaba informado en vez de enardecido.

Hoy en día, vemos ese enardecimiento con demasiada frecuencia en Estados Unidos y en todas partes. La propaganda se transmite a través de las ondas. Según el canal, el país y el momento del día, recibimos distintos mensajes que polarizan a la opinión pública. Eso no es sano.

Y de esa miasma de cieno surgió *La ciénaga*.

Espero que te haya gustado.

Como suelo decir, me encantaría que compartieras tus ideas u opiniones sobre la historia en Amazon y con tus amistades. Así, y con el boca a boca, esta historia llegará a otros lectores, y espero

que este libro (y el resto de mis obras) lleguen a la máxima cantidad de personas posible.

De nuevo, gracias por dar una oportunidad a un autor relativamente desconocido. A fin de cuentas, no soy Stephen King.

Tengo la intención de publicar entre dos y cuatro libros al año y, para ser sincero, la opinión de mis lectores influye en lo que escribo. Un ejemplo de ello es mi primera novela, *Primordial Threat*, una historia que no iba a tener continuación. Pero, sin darme yo cuenta, se convirtió en un éxito en Estados Unidos y en el extranjero. Así que, por demanda popular, publiqué la segunda novela de lo que ha terminado por convertirse en la serie Exodus.

Si deseas recibir información actualizada sobre mis últimas obras, suscríbete a mi lista de correo:

<https://mailinglist.michaelarothman.com/new-reader>

Mike Rothman
23 de junio de 2022

Añadido el 1 de marzo de 2024

Creo que es la segunda vez que Alicia, una de las hijas de Levi, aparece en una de sus novelas, y desde la publicación de esta, muchos lectores me han transmitido el deseo de que tenga más peso en futuras obras.

Allá va mi respuesta oficial: Alicia no va a formar parte de la serie sobre Levi Yoder, sino que va a tener la suya propia. De hecho, resulta que en el momento en que estoy escribiendo esta actualización ya se han publicado tres libros en los que es el personaje principal, y el cuarto se publicará en los próximos días. Tendrá colección propia. Verás que, en el primero de los libros, *Multiverso*, aparece como una especie de segunda protagonista: está estudiando en Princeton, mientras que el otro protagonista es un profesor de la misma universidad. *Multiverso* empieza casi inmediatamente después del final de *La ciénaga*.

A continuación, incluyo el avance tanto de *Multiverso* como de *Nueva Arcadia*, ya con Alicia como único personaje principal.

Un apunte más: hace casi dos años que escribí la última novela de Levi Yoder y he hecho caso de todos vuestros comentarios. No dejéis de enviármelos. En 2025 publicaré dos nuevas novelas sobre él.

La primera ya se puede reservar y se titulará *Canvas of Deception*.

Estad al tanto porque será una historia trepidante para nuestro ángel con piel de lobo preferido.

AVANCE – MULTIVERSO

Michael Salomon se incorporó bruscamente y se mareó al parpadear para quitarse el sueño de encima. El corazón le iba a cien por hora y le costaba respirar mientras los recuerdos borrosos de un sueño escapaban de su mente ya consciente.

Acababa de suceder algo y no sabía exactamente qué.

Sin duda, no era un sueño. No, teniendo en cuenta la ansiedad creciente que sentía. Más bien una pesadilla.

Miró el reloj de la mesita. Eran poco más de las siete. Se había acostado hacía apenas cuatro horas, pero estaba acostumbrado a despertarse a esa hora. Durante el curso se levantaba apurado para ir a dar clases de física en Princeton. Pero era verano, y en verano se dedicaba en cuerpo y alma a la investigación.

Por eso se había acostado tan tarde la noche anterior. Un descubrimiento había hecho que saliera conmocionado del laboratorio pasadas las dos de la mañana.

Le habían entrado ganas de contárselo a alguien. A cualquiera. Pero era tarde, y además no era recomendable hablar con los colegas hasta haberlo comprobado todo con la mente clara. Y por partida triple. Entonces y solo entonces pondría en riesgo su reputación.

Se levantó de la cama, pero volvió a sentarse inmediatamente con una repentina sensación de vértigo. Tal vez su cuerpo le estuviera diciendo que necesitaba más descanso.

Y luego notó el olor a beicon.

No recordaba haber hecho beicon al llegar a casa del laboratorio. Estaba tan agotado que se había ido directo a la cama. Abrió la puerta del dormitorio: el aroma era inconfundible y subía por las escaleras desde la cocina.

Y algo más.

Alguien estaba tarareando.

A punto estuvo de lanzar una amenaza al aire desde lo alto de las escaleras diciendo que tenía una pistola, pero las palabras se le quedaron ahogadas en la garganta cuando vio a una mujer acercarse a al pie de la escalera con un taza de café en la mano. Tenía el pelo negro y liso hasta media espalda y la tez morena. Y estaba en avanzado estado de gestación.

María.

Su cachorro de pastor alemán, Percy, la seguía a todas partes, repiqueteando en el suelo de madera con las uñas.

Antes de que Michael tuviera tiempo de articular palabra, a María se le iluminó el semblante.

—¡Estás despierto! —Levantó la taza de café humeante—. Iba a subirte esto y a decirte que ya he hecho el desayuno.

Se la quedó mirando sin dar crédito a sus ojos.

María le hizo una seña para que bajara.

—La bebé se mueve mucho —dijo, poniéndose una mano encima del vientre—. Baja, mira.

El cachorro levantó la vista hacia él y ladró alegremente.

Michael se notaba la piel húmeda y pegajosa, como si estuviese a punto de desmayarse. Pero consiguió bajar poco a poco las escaleras, incapaz de apartar los ojos de la mujer que llevaba amando casi una cuarta parte de los cuarenta y dos años que llevaba en la tierra.

María le cogió la mano y se la puso en su vientre.

—¿Lo notas?

Asintió.

—¿Qué...? —carraspeó—. ¿Qué día es hoy?

Percy reclamó atención con un gemido.

—Pobrecito mío, te acabas de despertar. —María sonrió, le tendió el café y le rascó a Percy la cabeza—. Es jueves y te quedaste

dormido nada más apoyar la cabeza en la almohada. Ni siquiera te desvestiste.

Era cierto. Aún llevaba la misma ropa que el día anterior en el laboratorio.

Incrédulo todavía, volvió a palpar el vientre de María una vez más, notando el movimiento de su interior.

Su bebé.

Se le hizo un nudo en la garganta de la emoción y se sintió a punto de explotar.

—Ay, mi amor. ¿Qué ocurre? —María le secó una lágrima furtiva que le había rodado por la mejilla. Lo abrazó—. Sea lo que sea, todo irá bien. ¿Ha pasado algo malo en el trabajo?

Él le dio un beso en la coronilla mientras le embargaba un torrente de emociones.

—Supongo que he tenido una pesadilla.

—¿Sobre qué?

—No quiero decirlo en voz alta.

—Ven. —María le cogió la mano libre y lo llevó suavemente hacia la cocina—. Siéntate y te serviré el desayuno. Estoy segura de que, después de comer algo, lo verás todo con otros ojos.

Michael se sentó a la mesa de la cocina y observó trajinar por la cocina a la que era su esposa desde hacía ocho años, embarazada de su bebé.

La observó sabiendo que era imposible. Porque sus recuerdos le hablaban de una sucesión de acontecimientos que habían provocado la desaparición de María.

Primero había sido la complicación del embarazo en la fase final. Su hija había nacido prematura y, aunque con muchas posibilidades de sobrevivir, no lo había conseguido. Aquello había sido el comienzo del fin de su matrimonio. Se peleaban. Peleas amargas y absurdas. Y luego, un día, María se había marchado y no había regresado.

Recordaba claramente el dolor de despertarse y no encontrarla. Su ropa seguía en el armario. Su coche en el garaje.

Había denunciado la desaparición a la policía. Le habían dicho que era una persona adulta y que quizá necesitara distanciarse una temporada.

Pero María había desaparecido sin dejar rastro. Se había esfumado.

Hacía años.

Hasta ahora.

Y luego estaba Percy. El cachorro observaba a su dueña preparar huevos revueltos, y movía la cola con furia al ver que ella le ponía una cucharada en el comedero.

Percy estaba vivo... y seguía siendo un cachorro. Se había pasado semanas gimoteando tras la desaparición de María. Y luego, un día, había escapado del jardín y había muerto atropellado por un coche.

Pero, al parecer, todo aquello no había pasado.

Era todo una mentira. Una pesadilla.

Percy saltaba entusiasmado de un lado para otro cuando María mezclaba su pienso de cachorro con los huevos. Cuando dejó el cuenco en el suelo, se dispuso a devorarlo.

Michael sonrió. Su mujer estaba con él, y bajó la mirada hacia el vientre abultado. Necesitó hacer acopio de todo su autocontrol para no desmoronarse y empezar a sollozar allí mismo. Su hija no estaba muerta. Estaba de fiesta en el vientre de María.

Todo iba bien. Todo era como tenía que ser.

María sirvió dos humeantes platos de huevos revueltos y beicon, se sirvió un vaso de zumo de naranja y se sentó a su lado.

Dio un sorbo al café. Era una café solo, fuerte y caliente. Exactamente como siempre los hacía.

Miró con anhelo la taza de él y suspiró.

—Eso es lo único que añoro. Mi tinto matutino.

Los colombianos llamaban «tinto» al café solo.

Sonrió, pasó la mano por debajo de la mesa y le dio una palmada en el vientre.

—Ya falta poco. ¿Preferirías que no tomara café mientras estás embarazada?

María lo miró con dureza.

—¿Por qué? ¿Estás embarazado tú también? No seas tonto. Además, el zumo de naranja es bueno para la bebé. —Dio un sorbo y señaló el plato de su marido con el tenedor—. No dejes que se enfríe.

—Sí, señora. —Michael sonrió y se metió una buena porción de huevos en la boca.

Pero, incluso mientras masticaba, sentía una desazón creciente.

Entonces María sonrió. Él le devolvió la sonrisa y se comió un trozo de beicon.

Todo era perfecto.



Eran poco más de las diez y Michael iba al trabajo por la US-1 en dirección sur cuando vio que los coches que tenía por delante frenaban. El tráfico se enlenteció y acabó totalmente parado. Suspiró porque no veía el motivo del atasco. Era una autovía sencilla de dos carriles y nunca estaba demasiado concurrida.

—Será un accidente —musitó.

Sentado en el coche, detenido, se puso a pensar en los experimentos de la noche anterior. Su ámbito de investigación tenía que ver con las partículas superlumínicas, llamadas «taquiones», un campo muy restringido que ocupaba uno de los huecos más recónditos de la relatividad especial. Y no era de extrañar: nadie había detectado jamás un taquión. Era cosa de ciencia ficción.

Los taquiones eran partículas capaces de moverse a una velocidad superior a la de la luz. Y si había algo que todo el mundo comprendía —bien o mal— de la revolucionaria teoría de Einstein era que nada viajaba más rápido que la luz.

Pero no era exactamente así.

Para ser más precisos, Einstein dijo que nada que inicialmente se moviera a una velocidad inferior a la de la luz podía acelerarse de tal manera que la superara. De modo que la pregunta era: ¿podían existir los taquiones?

Hasta aquella noche, la pregunta no había tenido respuesta.

Michael dejó sus pensamientos a un lado al oír por detrás el chirrido de unos neumáticos. Miró por el retrovisor y vio un Cadillac antiguo dando un volantazo sin control aparente. Detrás de Michael

no había ningún otro coche parado y al Cadillac descontrolado le faltaban apenas quince metros para chocar con él.

Todo pareció suceder a cámara lenta. Michael vio la expresión de pánico en la cara del conductor, que forcejeaba con el volante. Sin duda había perdido el control del cochazo. Derrapó y los neumáticos echaron humo.

El profesor se preparó para el impacto.

Y... el Cadillac acabó parando a su lado, en la dirección contraria del tráfico. Tenía al conductor literalmente al alcance de la mano.

En circunstancias normales, Michael habría dedicado todo su repertorio de insultos al hombre que había estado a punto de chocar con él y habría inventado de buena gana nuevos improperios. Sin embargo, estaba temblando por la subida repentina de adrenalina y era incapaz de articular palabra. El mundo le daba vueltas y le entraron ganas de vomitar.

Necesitaba serenarse.

Así que se metió en el arcén, circuló unos metros y salió hacia una zona de aparcamiento. Debía de pertenecer a una especie de centro médico, puesto que había un letrero que decía «Rothman Orthopedics». Pero apenas se fijó en él. Solo necesitaba aire.

Aparcó, salió y respiró hondo, lentamente. Se sentía como si el suelo que tenía debajo estuviera inclinado. Nunca se había desmayado, pero estaba seguro de estar a punto.

Agarrándose a la puerta del coche para evitar caerse, cerró los ojos y se centró en la respiración.

Veía un campo de hierba.

Era más que una imagen, lo veía con suma claridad, desplegándose ante él como si estuviera en un sueño a través del objetivo de una cámara.

Vio a un hombre arrodillarse a lo lejos. Michael empezó a ir hacia él de forma involuntaria, aunque, cuanto más se acercaba a la silueta, más ansioso se sentía.

El hombre estaba en un cementerio, arrodillado ante una lápida.

A Michael se le cortó la respiración. Reconoció al hombre.

Era él.

Aunque no exactamente. Estaba más mayor, más delgado. Demasiado delgado. Tenía una buena cantidad de canas y la barba, descuidada.

Entonces, Michael miró la lápida y se le heló la sangre.

Felicia Batsheva Salomon

Tuvimos solo un día pero que sepas que, si el amor hubiera podido salvarte, habrías vivido eternamente.

Bajo la inscripción había dos fechas: las de nacimiento y defunción. Eran el mismo día.

Y la fecha era... la del día siguiente.



Los neumáticos de Michael chirriaron en el camino de entrada cuando aparcó, salió del coche de un salto y entró corriendo en la casa.

—¡María! —gritó.

Oyó al perro ladrar desde el patio trasero como respuesta.

Con el corazón desbocado, Michael corrió a la puerta corredera de cristal que daba al patio y la abrió bruscamente.

—¡María!

—¿Cariño? ¿No ibas al trabajo?

María estaba sentada en una tumbona entre sol y sombra bajo la sombrilla del patio. Parecía incómoda.

Él se le acercó rápidamente y le tomó la mano con cautela.

—Cielo, ¿te encuentras bien?

Ella se encogió de hombros.

—Ahora mismo me siento muy embarazada. Así que, lo normal. Pero hoy me duelen mucho las lumbares. Pensaba que en la tumbona estaría bien, pero... no. ¿Qué haces en casa?

Michael se sentía incapaz de explicárselo.

—Qui... quiero que te examine un médico. Te veo... demasiado cansada.

—¿Por qué hoy? Tengo visita mañana.

Michael forzó una sonrisa.

—Hazme ese favor. Tu trabajo es estar embarazada y el mío, preocuparme, ¿verdad? Quiero asegurarme de que tú y Felicia estéis bien.

De mala gana, María dejó que la ayudara a incorporarse trabajosamente de la tumbona.

—Ni siquiera me he duchado.

—Eso da igual. Por favor, hazme caso.

—De acuerdo. —Entornó los ojos—. Pero al menos deja que me cambie de ropa.

Michael le dio un beso rápido en la frente.

—Claro.



La técnica de ultrasonidos aplicó un gel tibio en el extremo del transductor y lo colocó encima del vientre de María.

—Bueno, vamos a echar un vistazo a la pequeñina y a medirla.

María le cogió la mano a Michael cuando se oyó el sonido de un latido rápido por el altavoz de la máquina de ultrasonidos. Miró a la técnica.

—¿Es el latido de Felicia?

—Desde luego. Felicia es un nombre muy bonito. Significa «sonrisa» en español, ¿no?

—Bueno, no exactamente. Está más relacionado con «feliz».

La técnica siguió desplazando la sonda por el vientre de María con una mano mientras con la otra manejaba el teclado y el ratón.

—¿Habéis elegido un segundo nombre?

María sonrió hacia Michael.

—Aún no, pero estaba pensando en Batsheva. Es el nombre de su abuela, murió hace poco. ¿Qué te parece, cariño?

Michael asintió con un escalofrío. Era el segundo nombre de la lápida.

Felicia Batsheva Salomon.

La técnica se paró de repente y levantó la sonda, de manera que la pantalla quedó en negro.

—Esperad aquí un momento —dijo—. Vuelvo enseguida con el doctor Sakata.

Aunque había hablado con voz calmada, Michael había advertido la expresión preocupada en el rostro de la mujer al levantarse del taburete y salir de la habitación.

María le apretó la mano.

—Tengo que preguntarle a Sakata si puedo tomar algo para las lumbares. No sé si podré aguantar así ocho semanas más.

Michael le dedicó una sonrisa cálida, aunque, en su interior, estaba hecho un manojo de nervios. ¿Qué había visto la técnica? No debería haber sorpresas al comienzo del octavo mes. A partir de ahí todo debía ir como la seda. Al menos eso era lo que decían todos aquellos dichosos libros sobre el embarazo que María le había hecho leer.

La puerta se abrió y entró el doctor Sakata.

—Hola, señor y señora Salomon. Entiendo que estamos haciendo una revisión rutinaria. ¿Ha tenido alguna pérdida u otros síntomas que la hayan hecho venir hoy?

—¿Una pérdida de sangre? No. —María señaló a su marido con el pulgar—. Es que está preocupado y quería que me visitaran. El único síntoma nuevo es que me duelen las lumbares. Pero creo que es normal estando embarazada.

El médico se sentó en el taburete.

—Echemos un vistazo.

Cuando el médico deslizó la sonda por el vientre de María, la pantalla de ultrasonidos mostró varias estructuras que no significaban nada para Michael. En cualquier caso, miró con atención. Iba mirando de la pantalla al médico y vuelta otra vez, buscando algún tipo de reacción.

Sakata se detuvo en una imagen borrosa parecida a las demás, pulsó una tecla y amplió la vista. Cambió ligeramente el ángulo del transductor.

El sonido del latido de la bebé se oyó con fuerza en la sala.

—¿Busca algo en concreto? —preguntó María.

—¿Dice que le duelen las lumbares?

María asintió.

—Hoy es mucho peor. Normalmente no duermo boca arriba, pero me dormí en esa postura esperando a que mi marido volviera del trabajo. —María dedicó una mirada acusatoria a Michael, y luego le apretó la mano y le lanzó un beso.

Sakata amplió varios detalles de la imagen e hizo clic en más botones, lo cual hizo que salieran pequeñas ecografías impresas de una ranura de la máquina. Al cabo de un minuto, levantó el transductor, lo secó, y luego limpió el vientre de María con una suave toalla blanca.

—Bueno —dijo—, empecemos por la bebé. No parece estar sufriendo y está donde se espera que esté un feto a las treinta y dos semanas. Todo bien en ese sentido. Pero también es bueno que haya venido hoy. —Sakata levantó una de las imágenes y señaló algo que era difícil de identificar—. María, tienes un pequeño desprendimiento de placenta. Eso significa que la placenta se ha despegado parcialmente de la pared del útero.

María ahogó un grito.

—¿Qué implica eso para la niña? —Se le empañaron los ojos de lágrimas y apretó con fuerza la mano de Michael.

—Como he dicho, es pequeño. Pero me gustaría que te quedaras ingresada esta noche para hacer unas pruebas. Tenemos que comprobar la química sanguínea de la criatura y asegurarnos de que recibe todos los nutrientes necesarios. Lo más probable es que las pruebas salgan bien, pero deberíais prepararos para la posibilidad de que haya que provocar el parto.

En esos momentos, lo único que Michael veía era la fecha de nacimiento de la lápida. La voz del médico le pareció muy distante.

—Pero solo tiene treinta y dos semanas...

Sakata dio una palmada al aire e intentó sonreír de manera tranquilizadora, con poco éxito.

—El feto que alcanza las treinta y dos semanas de gestación tiene un noventa y cinco por ciento de posibilidades de sobrevivir. Lo importante es que estés aquí y que sepamos lo que pasa. Voy a recetarte betametasona antenatal, que es un corticosteroide para

ayudar a los pulmones de la bebé. Los hará madurar más rápido por si hay que provocar el parto.

—¿Cree que habrá que hacerlo? —preguntó María con voz temblorosa.

Sakata sonrió y en esta ocasión pareció más sincero.

—Haremos todo lo posible para que la pequeñina no salga antes de tiempo. Solo nos estamos preparando para posibles eventualidades. —Se inclinó hacia delante y dio una palmadita a María en el pie antes de desviar la mirada hacia Michael—. Le diré a la enfermera que te haga una lista de lo que tienes que traer de casa. Voy a llamar a ingresos para que registren a María para esta noche.

—¿Cuánto tiempo tendré que quedarme? —preguntó María.

—Al menos hasta mañana por la mañana. Para entonces sabremos más. Si surge cualquier problema, lo trataremos inmediatamente. Pero es posible que baste con un control exhaustivo y reposo en cama.

—¿Reposo en cama en casa? —preguntó Michael.

Sakata asintió.

—Si la situación está estable, sí. —Dedicó a ambos una mirada comprensiva—. Ya sé que no es lo que esperabais oír. Pero al menos sabemos lo que hay y estáis en el lugar adecuado. Mientras tanto, intentemos en la medida de lo posible no preocuparnos por lo que quizá no suceda.

Cuando el médico se marchó, Michael no se quitaba la lápida de la cabeza.

Se inclinó hacia María y le dio un beso.

—Todo irá bien.

—Gra... gracias —tartamudeó ella con un suspiro entrecortado.

—¿Por qué?

María empezó a practicar las técnicas de respiración aprendidas en una de sus muchas clases de preparación al parto.

—Por haberte puesto paranoico. Probablemente hayas salvado a nuestra hija.

Michael se inclinó y abrazó con fuerza a su esposa para que no pudiera verle la expresión de la cara. Quería creerla, creer al médico

y suponer que todo iría bien.

Pero no podía. No podía quitarse de la cabeza la inquietante imagen de la fecha del día siguiente grabada en esa lápida.

Nacimiento... y muerte.

No respiraría tranquilo hasta que pasara el día siguiente.

«Es una visión, no una profecía».

Abrazó a su mujer con fuerza e intentó creérselo.

AVANCE – NUEVA ARCADIA

La niebla cubría la parte baja del bosque y las pisadas del agente chapoteaban en la tierra húmeda, levantando olor a turba: un aroma terroso, oscuro, intenso, que recordaba al de la lana mojada, con un deje de putrefacción. Vio a lo lejos una valla con alambre de espino, la primera señal del campo de alta seguridad que no tendría que haber estado allí.

El agente siguió avanzando agachado hacia el campamento, pero se quedó paralizado al oír un crujido y un chasqueo bajo sus pies. Sintió un miedo terrible al reconocer el sonido del crujido de huesos infantiles.

Los restos quebradizos delataban la presencia otra tumba poco profunda justo en el exterior del campamento Nueva Arcadia, su nombre en clave.

Pese a lo siniestro de la situación, el agente dio otro paso.

No oyó la bala del francotirador, que surcaba el aire al doble de la velocidad de la luz, antes de que impactara en él.

El mundo se volvió negro.



En una sala insonorizada a quince metros por debajo de Fort Meade, Doug Mason observaba a dos de sus especialistas trabajar en el paciente de una camilla de hospital.

Uno era neurocientífico y comprobaba una pantalla plana de la que salían unos cables que estaban conectados al cuero cabelludo del paciente. El otro, un hombre menudo y con gafas, había ejercido de anestesiólogo antes de que Mason lo fichara para la Panda.

Como agencia gubernamental clandestina sin existencia oficial, la Panda y sus miembros eran un grupo de élite, elegidos por sus habilidades especiales. Aquellos dos procedían del sector privado y ahora estaban al servicio de algo mayor... algo que implicaba distintas tareas inusuales en las que la seguridad nacional siempre estaba en juego. Hoy no era una excepción.

Mason desvió la mirada hacia la cabeza de la camilla.

—Jerry, podrá responder preguntas, ¿no?

—Oh, por supuesto que sí. —El neurocientífico señaló el monitor, que mostraba varios patrones irregulares—. Ahora mismo tenemos una imagen clásica de EEG de inconsciencia. Mohan inmovilizará al agente Xiang con fármacos y, cuando el sedante que le hemos administrado pierda efectividad, despertará.

—Debe de ser raro despertarse y no poder ni parpadear —comentó Mason. Nunca había presenciado una sesión de programación, sobre todo porque solo se había llevado a cabo unas pocas veces, y siempre cuando él no estaba en las instalaciones.

—Es mejor que no pueda moverse por varias razones, pero la más importante tiene que ver con las secuencias de programación visuales y auditivas. —El neurocientífico ajustó una característica de lo que parecía un casco de realidad virtual que llevaba el paciente—. Cuando empezamos a experimentar con la programación neurológica, los individuos no podían soportarlo. Los resultados eran terribles.

—¿A qué te refieres con lo de que no podían soportarlo? ¿Era doloroso?

El hombre, de pelo cano, se encogió de hombros.

—Es difícil de decir. Antes de que empezáramos a inducir la parálisis en los individuos, tenían una reacción involuntaria al proceso, no paraban de sacudir brazos y piernas, y ni aun estando atados a la cama del hospital podíamos llevar a cabo un sellado completo de la programación. Es un asunto delicado, innovador. Y

los individuos ni siquiera se dan cuenta de lo que sucede durante la programación.

El anestesiólogo intervino. Tenía un marcado acento indio, pero resultaba inteligible.

—Empecemos ya. —Limpió la válvula de la vía intravenosa con un algodón impregnado de alcohol e inyectó un líquido claro—. Es Quelicin —explicó a Mason—. El bueno. Lo dejará totalmente inmovilizado. Conectaré una bomba de infusión a la vía para que reciba cuatro miligramos por minuto de forma constante durante el procedimiento.

Mason observó a los hombres trabajar juntos de forma fluida, como un equipo. Jerry Caldwell era el neurocientífico y Mohan Patel, el anestesiólogo. Los dos sabían cómo comunicarse y se relacionaban de forma fácil y calmada. Él no compartía su tranquilidad y la situación lo incomodaba. Comprendía la necesidad del procedimiento, porque las noticias procedentes de China eran cada vez más desalentadoras y la Panda necesitaba al agente Xiang para una misión muy especial, pero aquello no le servía para templar los nervios.

—Le he inyectado un antídoto del sedante —informó Caldwell—. Debería despertarse ya. —Rompió una cápsula bajo la nariz del paciente y el olor a amoníaco inundó la estancia—. ¿Ha respondido?

—Sí. Está despierto, Mohan —contestó Caldwell sin apartar la mirada del monitor.

Patel empezó a hablar, vocalizando bien y midiendo sus palabras.

—Agente Xiang, le habla el doctor Patel. ¿Me oye?

Mason no tenía ni idea de qué aparecía en el monitor, pero quedaba claro que significaba algo para el neurocientífico, que dijo:

—Te oye.

—Agente Xiang, estamos a punto de empezar la sesión. Relájese. Cuando acabemos, no recordará nada de todo esto.

Caldwell abrió una nueva pantalla en el monitor en la que aparecían una serie de patrones.

—Enviando un grupo de señales de referencia...

El casco del agente emitió un zumbido. En pantalla apareció una representación rotante en 3D de su cerebro con varias partes

resaltadas.

—¿Los resaltes marcan donde fijas los recuerdos? —preguntó Mason.

—Sí. —Caldwell dio un toquecito a una de esas zonas—. Esta será la primera parte de la programación de las tres necesarias.

—¿Por qué hay que hacerlo tres veces?

—Hemos descubierto que la repetición ayuda a fijar los recuerdos. Y no es una mera repetición. En la tercera pasada inducimos un sueño de baja frecuencia para consolidar el recuerdo...

—Pensaba que para eso se necesitaba la fase REM del sueño —comentó Mason.

—No. El sueño de baja frecuencia que sucede al momento en que nos quedamos dormidos es el que permite consolidar los recuerdos. Por ello induzco ese estado con una generación de bajas frecuencias y luego provoco ondas delta con unos diez miliamperios de corriente a través de los electrodos conectados a la frente del agente y a la base del cráneo.

—No es que sea una gran analogía —continuó Caldwell—, pero conceptualmente es como cuando el ordenador se actualiza y tienes que reiniciar para que procese los cambios. A veces hay que reiniciar otra vez cuando ya has configurado lo que querías. El cerebro sigue un proceso similar.

El científico dio un toquecito a ciertos elementos de la pantalla y fue apareciendo un texto rápidamente, junto con imágenes de lugares y de gente. Todo relacionado con la siguiente misión.

—Bueno, Mohan, ya he orientado las señales. Voy a darle a enviar. ¿Va bien?

—La presión sanguínea está a una media de 117/78, el oxígeno, al cien por cien y el ritmo cardiaco a 45. Todo conforme.

—Vamos allá.

Una parte de la pantalla del neurocientífico quedó borrosa por la sucesión de patrones con caracteres irreconocibles, más o menos como lo que se ve en la película *The Matrix*. Mason miró al agente y vio que la pálida piel de Xiang se volvía rosada, como si estuviera teniendo una reacción alérgica o un sofoco.

El anesthesiólogo ajustó el respirador y el ritmo cíclico se aceleró, lo que hizo respirar al agente más veces por minuto.

—Ahora la presión sanguínea está a 165/80, y el ritmo cardíaco ha subido a 115. Seguimos bien.

Mientras la programación continuaba, la piel del agente pasó de rosa a roja. Afloraban gotas de sudor.

—¿Cuánto falta? —preguntó Mohan, ajustando de nuevo el respirador con expresión tensa. Ahora la tensión es de 205/84 y el ritmo cardíaco está a 185.

Mason apretó la mandíbula mientras iba mirando de los médicos al agente Xiang.

—Ya casi estamos —informó Jerry—. Cinco, cuatro, tres, dos, uno. ¡Fin!

El ruido blanco que había inundado la sala se apagó y solo quedó el sonido del respirador al intentar mantener la demanda de un paciente al que habían hecho pasar un mal trago.

Mason exhaló un suspiro que no había sido consciente de contener y se sintió embargado por un sentimiento de culpa. No le extrañaba que hubieran tenido que inmovilizar al agente. ¿Por qué torturas hacía pasar a la gente? Y lo que es más, ¿merecía la pena?

—Las constantes del paciente están volviendo a la normalidad. La presión sanguínea está en 135/78 y el ritmo cardíaco es de 70. Ambos van bajando.

Mason se volvió hacia el neurocientífico.

—¿Me oye?

Jerry asintió.

—¿Chris? Agente Xiang, soy el director Mason. ¿Está bien para continuar?

El neurocientífico seguía observando la pantalla.

—¿Puedes volver a hacer la pregunta? No estoy seguro de que la haya oído. Su cerebro aún está procesando la agresión.

Mason se le acercó más.

—Agente Xiang, ¿está bien para continuar?

El neurocientífico asintió.

—Las ondas del EEG concuerdan con las respuestas afirmativas que registramos antes del inicio de las pruebas. Está bien.

Mason dio un paso atrás e indicó a los médicos que continuaran. No había leyes que se opusieran a lo que estaban haciendo, pero sintió que probablemente debería haberlas.

Todo ello en nombre de la seguridad nacional.



A Alicia le pareció que las llamas del infierno no serían tan horribles como la quemazón que notaba en la cara por culpa de las sustancias químicas con las que la habían rociado. Corrió a su puesto y oyó al resto de los reclutas tosiendo y luchando contra los efectos del gas pimienta. Parpadear ni siquiera ayudaba; notaba los párpados como papel de lija ardiente. Lo único que podía hacer era apretar los dientes e intentar ignorar el dolor dando saltos arriba y abajo sobre las almohadillas anteriores de los pies.

—¡Muévete, muévete, muévete!

Uno de los instructores la empujó hacia la pista y Alicia tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para no propinarle un puñetazo en la sien.

Ella y una docena de reclutas de la Academia del FBI se encontraban en una zona remota de la base de los marines en Quantico. Solo hacía tres días que había empezado aquellas clases. No obstante, a pesar del entorno polvoriento, de las sustancias químicas que le abrasaban la cara y de la agonía física que sentía, sabía que había una cosa que no podía hacer.

Permitir que aquellos cabrones pudieran con ella.

—Cuanto más sudéis y sufráis aquí, menos sangraréis en las misiones. Quiero que todos corráis dos kilómetros. Son seis vueltas para vosotros, que sois medio tontos.

Parpadeando para ahuyentar el dolor y las lágrimas, Alicia empezó a correr.

—¡Yoder, Sánchez y Smith!

Alicia y otros dos agentes se giraron hacia el instructor.

Hizo con el dedo un gesto en el sentido contrario a las agujas del reloj.

—Hacia el otro lado, zopencos.

Alicia presionó con un dedo una aleta de la nariz, sacó un moco increíblemente grande en dirección al instructor, y se afanó para alcanzar al resto de la clase.



Al terminar la carrera, Alicia se sentía mucho mejor, aunque seguía notando una quemazón en la garganta. No había sido la primera en acabar las nueve vueltas, pero había terminado entre el primer tercio de reclutas, lo cual no estaba mal. A media carrera había notado dolor en la parte inferior del abdomen. No parecía un dolor de regla normal, pero ¿qué podía hacer? Ni por asomo pensaba mencionarlo; teniendo en cuenta que era la única mujer de la clase, no pensaba usarlo como excusa.

En la universidad nunca había corrido con más de un kilo de pesas en los tobillos, y nunca habría imaginado lo agotador que resultaba correr con todo el equipo táctico. Habían dado el equipo completo a todos los reclutas, desde las botas de combate a un chaleco de batalla avanzado con encartes balísticos, un sistema de distribución de peso y lo que el instructor denominaba SAPI y ESBI, encartes de protección para armas pequeñas y encartes balísticos laterales mejorados. Probablemente, todo aquello no pesaba más de ocho o diez kilos, pero Alicia los había notado en sus carnes a lo largo de las seis vueltas.

Los dos últimos reclutas volvieron de la pista rendidos. Tenían los ojos inyectados en sangre, mocos medio secos en la nariz y a saber qué más les corría por la cara y por el pelo. Presentaban un aspecto deplorable.

Alicia conocía la sensación... demasiado bien.

Cuando todos los futuros agentes hubieron completado la carrera y se hubieron acomodado en los bancos, un instructor se colocó delante de ellos y habló.

—Bueno, reclutas. Hoy tenemos algo especial.

Señaló con el pulgar el centro de entrenamiento que tenía detrás, un pueblo fantasma construido a unos quinientos metros. Tenía una disposición en forma de cuadrícula, con una calle principal que la dividía de norte a sur. El día anterior, cuando la habían utilizado para repasar varios escenarios de combate en recintos cerrados, habían visto el almacén de vehículos quemados a lo largo de la calle. Hoy Alicia veía otra cosa. Algo metálico. Pero no era capaz de identificarlo desde lejos.

El instructor sonrió.

—Unos investigadores de la DARPA han desarrollado una nueva unidad de inteligencia artificial y la hemos conectado a uno de nuestros robots artificiales.

Los artificiales eran los que manejaban explosivos. Y entonces Alicia se dio cuenta de qué era el objeto metálico de la calle principal. Hacía un par de semanas había trabajado con un grupo de ellos y había tenido ocasión de probar una de sus unidades de desactivación de bombas en remoto. Era genial. Le había recordado al robot de la película *WALL-E*. Incluso tenía brazos que podía manipular por control remoto.

—Con toda esta mejora de IA, se supone que el robot detecta e identifica combatientes sobre el terreno. Ya ha superado muchas pruebas, pero antes de que pueda trabajar en circunstancias reales hay que afinarlo. Hoy os toca intentar engañarlo. Lo único que tenéis que hacer es tocarlo sin que levante la bandera roja, lo cual significaría que os ha visto. ¿Alguna pregunta?

Uno de los aprendices levantó la mano.

—¿Señor? ¿Hasta qué distancia ve?

—Buena pregunta. El robot detectará todo lo que tenga a un radio de trescientos metros.

En el cinturón del instructor sonó una voz procedente de lo que parecía un *walkie-talkie*.

«Estamos preparados».

El instructor habló por un micro que llevaba sujeto al hombro.

—Oído. —A continuación, señaló al hombre que había formulado la pregunta—. Smith, como veo que eres curioso, puedes ir el primero.

El recluta salió disparado del banco y corrió en dirección norte, bordeando el pueblo artificial hasta que desapareció entre los edificios. Al cabo de un momento, el robot giró hacia el este, porque lo había detectado.

De repente, el recluta pasó corriendo y el brazo del robot se propulsó hacia arriba, con algo rojo en el extremo.

«Individuo detectado —graznó el *walkie-talkie*—. Envía al próximo agente».

El instructor señaló a otro aprendiz.

—Darby, te toca a ti.

Scott Darby, un rubio gigantesco, se levantó y dio una palmada en el hombro al tipo que estaba sentado a su lado. Carl algo.

—Oye, ¿quieres jugar al pilla pilla con Robo Machaca?

—Venga.

Los dos hombres hablaron en susurros antes de esprintar. Se separaron y se aproximaron a su objetivo en direcciones opuestas.

¿Iba uno de ellos a sacrificarse para que el otro tocara al robot?

Cuando entraron en el pueblo, el robot se puso inquieto, escaneando adelante y atrás, detectando el movimiento. Pero los hombres se escondían detrás de edificios antes de que pudiera dirigir la atención hacia ellos.

Entonces, Carl lanzó una piedra más allá de su objetivo.

Sin embargo, en lugar de seguir el movimiento de la piedra, el robot se giró, levantó el brazo y se puso a dar vueltas, con lo que levantó una nube de polvo.

Alicia no estaba muy segura de qué había ocurrido, pero la voz del *walkie-talkie* anunció:

«Ambos agentes identificados. Envía al siguiente».

—Cortez, te toca.

El hombre que estaba sentado al lado de Alicia se levantó de un salto y corrió hacia delante. Igual que los demás, se agachó detrás de los edificios y así fue retrasando la inevitable derrota. Su táctica fue lanzar una nube de tierra para distraer al robot. Pero, en cuanto resultó visible, el robot lo delató.

«Joder, qué rápido es».

—Yoder, te toca.

Alicia se levantó e inclinó la cabeza hacia el cobertizo de suministros.

—¿Puedo usar la tela mosquitera? —preguntó.

El instructor se encogió de hombros.

—Puedes usar cualquier cosa que tengas a mano.

Alicia desenrolló casi quince metros de una bobina de tela mosquitera y se envolvió en ella. El instructor y los reclutas la observaban con interés y confusión hacerse un traje abombado.

En cuanto lo tuvo bien sujeto, miró su sombra. Apenas veía nada a través de las capas de malla, pero había conseguido crear el efecto deseado: su sombra era redonda, disimulando cualquier forma humana. Alicia esperó que la IA no supiera cómo identificarla.

Con las manos en el interior del traje, empujó hacia fuera la malla para parecer aún más redonda y se encaminó fatigosamente hacia el norte.

No se molestó en bordear los edificios. Avanzó en línea recta hacia el robot, bamboleándose. El corazón le latía con fuerza.

Cuando la tuvo al alcance, el robot se giró ligeramente.

Alicia siguió avanzando.

El robot se movía adelante y atrás como si tuviera un tic nervioso. Sin duda, detectaba que algo se le acercaba. Pero ¿iba a identificarlo como un combatiente?

Alicia oyó el silbido del sistema hidráulico del robot. Vio el trapo rojo sujeto en su mano robótica.

«Está a punto de levantarlo».

Pero era demasiado tarde. Alicia chocó con él y gritó.

—¡Pillado! —Se sintió triunfante.

Dos hombres salieron de detrás de un edificio. Iban vestidos de paisano, con la insignia de identificación sujeta al cuello. Uno parecía molesto y el otro se reía.

—¿Cómo supiste que tu marca de calor no se detectaría a través de la malla?

Alicia se encogió de hombros.

—No tenía ni idea. Imaginé que, si no tenía una silueta humana, podría engañarlo.

—Pura chiripa —dijo el otro hombre entre dientes.

—No, ha sido perfecto —afirmó el primero. Levantó el pulgar hacia Alicia para darle el visto bueno—. Nunca se me habría ocurrido. —Habló por un dispositivo manual—. Parece que la recluta ha encontrado una grieta en la armadura. Nos queda trabajo por hacer.

«Oído. Dejaré descansar al resto por hoy. Yoder, buen trabajo. Volvemos al aula a las ocho de la mañana».

Mientras los científicos se disponían a desatornillar uno de los paneles del robot, Alicia se fue quitando las capas de mosquitera. Pese a su pequeña victoria contra WALL-E, el Robo Machaca, no lograba despojarse de la ansiedad que sentía al pensar en las actividades de entrenamiento que le quedaban por delante. A diferencia de sus clases en la universidad, donde sabía exactamente qué entraba, allí no tenía ni idea de lo que la Panda le tenía preparado.

Ni siquiera estaba del todo segura de qué suponía ser una agente de la Panda. La formación no parecía seguir ninguna lógica. La semana anterior había trabajado con los marines en ejercicios de acondicionamiento. Esta semana entrenaba en la Academia del FBI. ¿Y la siguiente? Vete a saber.

Deseó tener al menos alguna nota que le sirviera de referencia, porque no sabía si lo estaba haciendo bien o mal. Pero quizá eso cambiara al día siguiente. Tenía una sesión de valoración de mitad de curso con Mason en la sede de la Panda y no lograba evitar preguntarse qué le diría sobre su rendimiento.



Habían transcurrido tres meses desde que Alicia aceptara entrar en la Panda, en lo que había sido una decisión muy trascendente para ella. No solo le había significado mudarse a un nuevo apartamento en D. C., sino dejar Princeton sin terminar el máster en neurociencia. Lo de no haber terminado los estudios le dolía y ahora, al dejar atrás Lincoln Park, cruzar el National Mall, pasar por Foggy Bottom y

entrar en el viejo Georgetown, le asaltaban las dudas acerca de su decisión.

Hizo una llamada en su teléfono y activó el manos libres del coche.

—¿Qué tal, hija?

Oír la voz grave de su padre adoptivo debería haberla tranquilizado, pero no fue así.

—Papá, ¿en qué demonios estaba pensando? Tengo la impresión de que ayer mismo estaba en clase, era una estudiante normal y ahora me estoy preparando para ser... jolín, ni siquiera sé para qué me estoy preparando. Prácticas de tiro, formación en combate en espacios cerrados, y hace unos días participé en una sesión entera de tácticas de manipulación de vehículos para aprender a conducir y disparar a la vez, maniobra de evasión, simulacros de emboscada... Papá, esto es una locura.

Su padre se echó a reír.

—Alicia, respira hondo. ¿Dónde estás?

Ella respiró hondo y exhaló, lo cual la hizo sentir un poco mejor.

—Voy camino de la central para mi evaluación trimestral con Mason. Tengo el estómago revuelto. Joder, tengo ganas de vomitar.

—No tienes por qué estar nerviosa. Ya lo tienes. Además, he estado curioseando y, hasta el momento, todo el mundo dice cosas positivas acerca de tus progresos.

—Si tú lo dices... Tampoco te iban a decir a ti si lo hago fatal. Eres Levi Yoder, superespía. Y yo no soy más que... yo. —A Alicia se le formó un nudo en la garganta y el corazón se le aceleró—. Papá, yo... no recuerdo por qué accedía esto. Y lo digo muy en serio... tengo la mente en blanco. Creo que estoy perdiendo la chaveta.

—Te aseguro que no estás perdiendo nada. Y esos lapsus... Cariño, digamos que te pasan con razón.

—¿Qué quieres decir?

—Es difícil de explicar. A veces, cuando sufrimos experiencias traumáticas, ciertas cosas quedan bloqueadas de nuestra conciencia. Es de lo más normal.

Alicia notó un escalofrío y empezó a sentirse mareada.

—No hace falta que me cuentes cómo funciona el cerebro, soy neurocientífica, ¿recuerdas? O iba a serlo. Pero... ¿qué trauma, papá? ¿Me... —tragó saliva— violaron... o algo así? ¿Qué estoy bloqueando?

—No, no, nada de eso. Es que... conseguiste involucrarte en algo relacionado con la Panda. Eres una crack, Alicia. Pero fue duro para ti. Mason y yo pensamos que quizá perderías recuerdos del incidente y, a decir verdad, me alegro de que así fuera. Es lo mejor, créeme. Y si este asunto te pone nerviosa, habla con Mason. Él lo entenderá a la perfección.

—A lo mejor.

—Como quieras. Escucha, hoy estoy en D. C. para una breve reunión. ¿Quedamos arriba para comer algo? ¿Qué te parece a las doce?

—Genial, papá. —Alicia se secó unas lágrimas de frustración de las mejillas. Respiró hondo y luego espiró lentamente en un intento de apaciguar su miedo, ansiedad y nervios—. Perdona, me estoy comportando como una niña pequeña. Es que estoy nerviosa... y un poco histérica.

—Alicia, no tienes de qué preocuparte. —Alicia intuyó la sonrisa en su voz.

Terminaron la llamada cuando aparcaba en una plaza a un lado de la carretera de la parte antigua de Georgetown. Curiosamente, había encontrado muy poco tráfico y llegaba una hora antes a la reunión, por lo que sintonizó una emisora de canciones antiguas e intentó apaciguar los nervios.

Ni siquiera la música de *Earth, Wind & Fire* consiguió disipar emociones que la embargaban. Al cabo de media hora, se rindió y salió del coche.

—Guapa, ¿tienes algo de comida para darme?

Se giró y vio a un anciano con la ropa raída que le gritaba desde calle abajo. Sonrió al acercarse a él. Reconoció al «mendigo» porque era miembro de la Panda, y lo que gritaba era en realidad un código que informaba a quien se acercara a la central de que no había nada raro. Pedir comida era señal de que todo iba bien. Si hubiera pedido

algo de beber... pues entonces Alicia habría tenido que marcharse de allí de inmediato.

Más adelante, Alicia vio un letrero que le resultaba familiar. Había un gallo a la izquierda y una cabeza de toro de largos cuernos a la derecha. Aquella zona no era precisamente acomodada, pero Alicia le había acabado cogiendo cierto cariño a la fachada roñosa.

Entró en el *Rooster and Bull*, y la inundó el olor a cerveza rancia y cera para madera. El local era un antro... así como la entrada a una de las organizaciones más clandestinas del mundo.

Las pocas mesas y reservados estaban vacíos a aquellas horas del día, y el local estaba tan poco iluminado como de costumbre. Detrás de la barra, un hombre secaba una copa. Asintió hacia ella cuando se dirigió al fondo del establecimiento.

Alicia entró en el servicio para hombres. Un hombre canoso sentado en un taburete cerca del lavamanos la miró por encima de sus gafas de estilo John Lennon.

—¿De vuelta, chiquilla?

Ella sonrió.

—Harold, ¿cuántos pantalones de vestir marrones y camisas de cuadros tienes? Siempre te veo con la misma ropa.

—¡Bah! —Harold le tendió una toalla blanca—. Mi mujer siempre me daba la vara con lo mismo.

Alicia cogió la toalla. Parecía una toalla normal y corriente, pero sabía que tenía una serie de etiquetas RFID cosidas y que servía como una especie de llave.

—Ya veo que tu mujer era inteligente —dijo, guiñándole el ojo.

Por aquel guiño, el hombre esbozó una sonrisa antes de mascullar algo ininteligible mientras la despedía con un gesto de la mano.

Alicia rio al entrar en el tercero de los tres inodoros que había, el que tenía el cartel de «No funciona» enganchado con celo. Cerró la puerta tras de sí, colocó la toalla especial en la palanca de vaciado de la cisterna y la accionó.

El suelo cayó de inmediato, llevándose con él a Alicia y al inodoro. Se aferró a la cisterna para mantener el equilibrio mientras descendía a una velocidad de vértigo por un hueco sumamente

profundo. Había hecho aquel recorrido docenas de veces, pero seguía revolviéndosele el estómago.

Tras unos segundos que se le hicieron muy largos, las paredes se desprendieron y el ascensor inodoro fue frenando. Alicia se concentró en recuperar el equilibrio para bajar a una estancia anodina situada en las profundidades de la parte antigua de Georgetown. La plataforma se detuvo en un hueco del suelo y Alicia se bajó.

El ascensor inodoro subió con la misma rapidez con la que había bajado y desapareció por el hueco del techo.

Alicia tiró la toalla de mano a un cesto y luego se dirigió a la única salida de la sala: una puerta de acero con un panel de seguridad montado a un lado. Colocó la mano extendida en el panel y una línea azul la barrió de un lado a otro hasta que se encendió un led verde y resonó un clic desde el interior del muro.

«Apártate», advirtió una voz digitalizada.

Tres cerrojos enormes se deslizaron desde los bloques de retención situados en el lado derecho de la puerta, que se abrió hacia fuera ligeramente.

Alicia recordó la primera vez que su padre y el director Mason la habían llevado allí. El lugar le recordaba a un refugio antiaéreo de la década de 1950, aunque no sabía de ningún refugio antiaéreo que tuviera en la entrada una puerta de una aleación de tungsteno y acero de más de un metro de grosor y que pesara dieciocho toneladas.

Pasó por la abertura, dobló una esquina y bajó por un pasillo que conducía a otra puerta, provista de un escáner de retina. Acercó el ojo al recuadro de la pared y, tras emitir un destello de luz verde, la puerta hizo clic.

Alicia la empujó para abrirla y entró en el sanctasanctórum de la sede estadounidense de la Panda.

Se encontraba en una sala más grande que la mayoría de los almacenes. De pie en una pasarela metálica situada a unos seis metros sobre el suelo, Alicia disfrutaba de una vista completa de los cubículos dispuestos en forma de cuadrícula por debajo de ella y que se extendían hasta donde le alcanzaba la vista. Independientemente

de la hora del día o de la noche a la que llegara, allí siempre había hombres y mujeres trabajando como si les fuera la vida. Y lo más probable era que, en algún lugar del mundo, la vida de alguien sí que dependiera del trabajo de aquella gente.

Cuatro pantallas enormes, de quince metros cada una, colgaban del techo en el centro de la sala y mostraban información, mapas, fotografías, imágenes vía satélite y demás, y la pasarela en la que estaba bordeaba la gigantesca sala y conducía a las oficinas, cuyas ventanas también daban a la zona de trabajo central.

No era la primera vez que aquel lugar le recordaba a la sede central de la película *Men in Black*, con la diferencia de que allí no había alienígenas, al menos que ella supiera.

Bajó por una escalera de metal al conjunto de cubículos e inició la larga marcha hasta el extremo opuesto del complejo cavernario. Cuando por fin llegó a la sala de reuniones C1, donde tenía previsto reunirse con Mason, las mariposas que sentía en el estómago amenazaban con salirle volando por la boca.

Aunque llegaba temprano, encontró al director esperando, observando una fotografía. Levantó la vista hacia el reloj de pared y se quedó boquiabierto al ver que no llegaba un cuarto de hora antes, sino cuarenta y cinco minutos tarde.

—Oh, Dios mío, no...

—¿Cambio horario? —preguntó Mason—. ¿Se te ha olvidado que esta noche había cambio de hora?

Él la miraba con sus ojos claros, plateados. Tenía cincuenta y pico años, el pelo castaño claro y entradas. La mayoría de los hombres con su aspecto habrían sido considerados aburridos o normaluchos. Mason, no. Tenía un porte especial... Su presencia llamaba la atención. Aquel hombre era el miembro más antiguo de la Panda en Estados Unidos, al menos que ella supiera, y allí estaba ella presentándose casi una hora tarde a su evaluación.

—¡Cuánto lo siento! ¿Pasamos la reunión a otro día?

Mason ignoró la propuesta y le deslizó la foto que había estado mirando desde el otro lado de la mesa de reuniones.

—Dime qué ves.

Alicia tomó asiento frente a él y cogió la foto. Parecía una reunión de negocios.

—Bueno, hay mucha gente asiática, pero supongo que eso no es lo que quieres que te diga.

—¿Reconoces a alguien?

Estaba a punto de negar con la cabeza cuando una mujer le llamó la atención. Se la veía de perfil y estaba bastante lejos de la cámara, pero...

—No estoy segura, pero creo que sí.

Sintió cierto recelo. Su jefe esperaba una respuesta de ella, una respuesta sincera, pero Alicia no quería traicionar la confianza de aquella mujer. A fin de cuentas, estaba implicada en el lado turbio del negocio.

—Cre... creo que mi padre la conoce.

—Una forma muy diplomática de decirlo, jovencita. —Mason suavizó su expresión pétrea y asintió ligeramente—. Muy bien. Hablaré con Levi dentro de un rato.

Mason miró el reloj de pared y se levantó de la silla.

—Lo siento, pero tengo otra reunión a la hora en punto, así que tendremos que dejar la valoración para otro día. Mi equipo concertará una cita. —Se acercó a la puerta, agarró la maneta y se volvió para mirar a Alicia—. Y la próxima vez no llegues tarde.

Ella asintió.

El teléfono de Mason sonó cuando abría la puerta y se lo acercó al oído.

—Oye, Levi. Enseguida subo. Mi despacho. —Volvió a mirar a Alicia—. Esta sala está libre hasta dentro de dos horas, por si te quieres quedar aquí.

Cerró la puerta tras él silenciosamente.

Alicia se cogió la cabeza con las manos. Había sido una perfeccionista toda la vida. Siempre llegaba antes a las citas, a las reuniones, a clase, a todo. No podía creer que hubiera cometido aquel error tan tonto. La formación de las últimas semanas había sido tan intensa que había olvidado por completo el mundo exterior... y cosas tan mundanas como el cambio horario.

Había imaginado que la reunión de aquel día aliviaría su tensión. Que recibiría orientación acerca de su rendimiento, aunque fuera malo, y que así se sentiría más tranquila. Sin embargo, había llegado casi una hora tarde a una reunión con uno de los hombres más importantes de toda la Panda. Y, de no haberse quedado tanto rato sentada en el coche, casi habría llegado a la hora.

Recordó el consejo de su padre y respiró hondo.

No ayudó.

_____ fin del avance_____

Si deseas pedir esta novela, pincha este enlace: [Nueva Arcadia](#)

APÉNDICE

Si has leído otros de mis libros, seguro que esperas que este científico que escribe introduzca ahora unas nociones científicas a pesar de tratarse de una novela. No me gusta ser predecible pero aquí estamos otra vez, en el apéndice. Y, como en la mayoría de las novelas de Levi Yoder, he hablado de ciertas cosas que quizá requieran una explicación.

En *La ciénaga* aparecen varios dispositivos nuevos y, quienes hayan leído los libros anteriores de Levi, apuesto a que no se sorprenderán. Por supuesto, explicaré qué hay tras esos artilugios. Sin embargo, a lo largo del libro se abordan asuntos de actualidad de los que también me gustaría hablar. Al igual que en *Nunca más*, intentaré tratar la diferencia entre los hechos y la ficción de lo que se representa en los medios de comunicación y, cuando menos, poner el foco en los asuntos en sí en lugar de en una versión sesgada, aunque sea la que la mayor parte de los medios de comunicación ofrecen a su público.

La idea de *La ciénaga* surgió de una serie de acontecimientos que pusieron de manifiesto lo polarizados que están los medios —lo que, por cierto, parece ser un fenómeno global.

Cualquiera que sea la postura de cada cual sobre estos temas, algunas informaciones resultan ridículas. Por ejemplo, durante los disturbios estadounidenses del *Black Lives Matter*, en 2020, apareció un reportero de MSNBC transmitiendo en directo las protestas desde las calles de Mineápolis y describiendo las

manifestaciones como «en general, pacíficas» mientras un grupo de manifestantes estaban incendiando un edificio justo detrás de él.

No me extenderé en las extrañas maquinaciones de los medios fuera de Estados Unidos, sobre todo porque no estoy lo bastante cerca como para separar el trigo de la paja. Sin embargo, puedo comentar la cobertura que los medios hacen del conflicto entre Ucrania y Rusia: está siendo hiperpartidista y varía sobremanera según el relato que se apoye.

Los medios prorrusos presentan a los ucranianos como nazis y opresores de las etnias rusas que viven dentro de las fronteras ucranianas. Como es natural, en esta versión Rusia se presenta como la salvadora que cruza la frontera para rescatar a su pueblo. Conozco a gente que vive en Rusia y ese es exactamente el relato que se les ha contado. Buena parte de los medios extranjeros están bloqueados dentro de las fronteras rusas, y los ciudadanos no tienen acceso a otras versiones.

Por supuesto, hay medios que muestran a los rusos como agresores que utilizan a los supuestos nazis como excusa «inventada» para invadir e intentar anexionar un país vecino.

Esto no es más que un ejemplo.

Otro que quizá tengamos más claro es el de la cobertura del Covid. Durante los primeros días del brote de Covid, un político destacado afirmó que el virus se había propagado desde un laboratorio chino, en concreto de Wuhan.

En aquel momento no resultaba políticamente correcto decir esas cosas, y políticos y medios estaban decididamente en contra de tales afirmaciones. Hubo gente que empezó a tener problemas. Se les prohibió participar en las redes sociales o incluso se les acusó de racismo por hacer aquellas afirmaciones. Y eso incluso en los principales canales de noticias.

No obstante, hoy en día buena parte de los medios occidentales han cambiado de idea acerca de los «hechos». Ahora, esa versión del origen del virus parece normal para los medios occidentales. Cuando hace poco decir algo sobre el origen chino del virus convertía a quien lo hiciera en un paria, ahora es un «hecho» aceptado en buena parte del mundo.

¿Sabemos realmente qué ocurrió? ¿Lo sabremos algún día? ¿Qué opina China?

Resulta que trabajo con chinos y sé lo que se les ha contado. Ellos tampoco tienen acceso a los medios occidentales ni a otras versiones de los hechos.

En un principio, lo que se contaba en China era que el virus se había originado en una partida de carne infectada importada de Australia. Sí, mucha gente en Occidente no lo sabe, pero durante mucho tiempo eso es lo que creían los ciudadanos chinos, y lo que los medios de comunicación les decían.

Posteriormente, en las noticias chinas se dijo que el virus lo había introducido el ejército de Estados Unidos durante una sesión de entrenamiento.

Volvemos a lo mismo. ¿Cuál es la verdad? ¿Quién sabe?

Sea como sea, esto son ejemplos de cómo los medios manipulan a la opinión pública para promover el relato que convenga. La gente se molesta o acaba creyendo en cosas que pueden ser o no verdad. A diferencia de los días de Walter Cronkite, en los que se limitaba a exponer los hechos, lo que se sabía, y en los que el público podía construir su relato, ahora se nos dice qué creer.

¿Y quiénes mueven los hilos de esos relatos?

Suelen ser los políticos del momento. Esto no solo ocurre en Estados Unidos, sino que inevitablemente sucede en todos los países.

Esos llamados «titiriteros» suelen formar parte de la infraestructura política. Unos pertenecen a grupos de presión, pagados esencialmente por grupos con intereses concretos para influir en políticos. Otros son los altos funcionarios e incluso los mismos políticos que tienen motivos para cumplir ciertos objetivos. Y para obtener apoyo público, es inevitable que ciertas cosas se filtren a los medios. A menudo las filtraciones son chismes jugosos para apoyar a un bando u otro con respecto a algún asunto candente.

Por desgracia, ese partidismo y la participación voluntaria de los medios para ser el megáfono de la maquinaria política pueden resultar mortíferos.

Algunas escenas de este libro se basan en acontecimientos reales. De hecho, la primera escena del libro se basa en el tiroteo de diez minutos a congresistas durante un partido de béisbol en 2017 a cargo de un perturbado motivado por el odio inducido por varias noticias, informaciones aparecidas en las redes sociales y artículos de periódico. Al final, varias personas recibieron disparos y al menos un congresista resultó herido de gravedad.

Hasta aquí mi moderada diatriba acerca de la influencia dañina que los medios suelen ejercer en la opinión pública. Ahora vayamos a por información más concreta sobre un par de gadgets.

La lente de contacto de Levi

La idea de una lentilla que proporcione información en tiempo real al ojo humano se ha visto en películas desde hace años y es un elemento esencial de muchos *thrillers*. Sin embargo, hasta hace poco era algo propio de la ciencia ficción porque no se había desarrollado tecnología que fusionara correctamente la matriz de la lentilla con algo que pudiera ofrecer información visual a quien la llevara.

Pero durante la CES2022 (la Feria de Electrónica de Consumo) InWith Corporation presentó esa tecnología. Afirmaban ser la primera empresa en desarrollar una lentilla electrónica. Las lentes funcionan junto con un teléfono inteligente o dispositivo similar, al que están conectadas mediante Bluetooth, lo que permite que la lentilla ofrezca información en tiempo real.

No se conocen muchos detalles, pero el indiscutible triunfo de la tecnología es la combinación de un dispositivo inteligente con la lentilla, de manera que los elementos visuales se muestren en la que sería la pantalla de televisión más pequeña del mundo: la lentilla.

También existen conceptos como la RA (Realidad Activa), que es una forma de realidad virtual que toma sonidos reales y les superpone cosas que no están allí.

Un ejemplo de ello en el mundo actual sería el juego Pokémon Go. Lo juegan millones de personas en sus teléfonos móviles en todo el mundo y permite a los usuarios mirar el entorno con sus móviles y ver elementos del juego superpuestos por la aplicación.

Pueden estar mirando la playa que tienen delante, por ejemplo, y ver aparecer un monstruo en la arena.

Bueno, con lo que se ha desarrollado últimamente, es fácil imaginar que la lentilla de Levi haga algo un poco más práctico. En el mundo del software, tenemos muchos algoritmos que permiten el reconocimiento facial y, al fin y al cabo, funciona captando una imagen de lo que la persona está mirando (la cara de otra persona), digitalizándola y usando luego ese algoritmo para convertirlo en una serie de números.

Esos números se comunicarían de la lentilla al teléfono con el que estaría conectada de forma inalámbrica y, con una conexión a internet, el móvil utilizaría ese resumen criptográfico numérico, que representa la cara, para buscar una coincidencia.

Cuando se encuentre la coincidencia, la información acerca de esa persona puede extraerse de distintas fuentes en línea y la información descubierta se puede transmitir a la lentilla.

Es decir, la lentilla ejerce una doble función de cámara y televisor en miniatura.

Así pues, aunque lo que describo en el libro parece fantasioso, no es ni mucho menos ciencia ficción. Incluso me atrevería a suponer que en las secciones más secretas de la comunidad de inteligencia es posible que nuestros agentes sobre el terreno ya dispongan de dispositivos así.

La linterna de Alicia

Algunos de vosotros quizá penséis: «¡Ehi, hay una escena en la que Esther, la abuela judía traficante de armas por antonomasia, idea un «arma» para Alicia ignorando las limitaciones por ser menor de edad y de la universidad a la que irá... pero no llega a usarla. ¿Es un error?».

Aquí es cuando como autor me parto de la risa y meneo la cabeza. No es un error. Alicia utilizará el artilugio, pero en un libro que aparecerá poco después de la publicación de este.

Chirrido. Un momento, ¿qué?

Lo que acabo de decir tiene muchas implicaciones, pero digamos que en el siguiente libro (que no es de Levi Yoder), titulado

Multiverso, Alicia aparece como personaje clave. Y la linterna entrará en juego. Aunque el libro es más bien un *thriller* de ciencia ficción, veremos una aparición del padre adoptivo de Alicia.

Hablaré más de los detalles técnicos de esa linterna en el apéndice del nuevo libro en cuestión, pero puedo adelantar que el dispositivo está inspirado en un objeto real que suele usarse en medicina y que se llama Bovie.

¿Qué es un Bovie?

En pocas palabras, se trata de un dispositivo que se activa mediante una gran unidad de control o, en muchos casos, existen versiones portátiles que funcionan con una batería del tamaño de un bolígrafo.

El extremo útil del dispositivo es manual y, cuando se activa, quema como una llama.

Se utiliza para cauterizar heridas y detener hemorragias, normalmente durante una cirugía.

La linterna se ha construido al estilo de una versión táctica de un Bovie, aumentada, y ya os podéis imaginar el daño que puede hacer. Es como un sable ligero para pobres, sobre todo en contacto con la piel.

No creo que nadie quiera notarlo en sus carnes.

Y prometo que en el próximo libro veréis que se usa con una gran efectividad.

EL AUTOR

Soy hijo de militar, políglota y el primer miembro de mi familia nacido en Estados Unidos. Todo ello tuvo una gran influencia en mi juventud, porque me inculcó el amor por la lectura y una curiosidad insaciable por el mundo y lo que contiene. De adulto, mi pasión por los viajes y la aventura me ha llevado a visitar muchos lugares impresionantes que, a veces, aparecen en las historias que escribo.

Espero que esta novela te haya resultado entretenida.

-Mike Rothman

Mi blog está en: www.michaelarothman.com
Facebook: www.facebook.com/MichaelARothman
Twitter: @MichaelARothman

